LIBRO dot.com

LA FUERZA DE LA SANGRE

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

AL CAPITAN JOHN HUGHES Y A SUS GUARDIAS RURALES DE TEXAS

Tal vez les parecerá a ustedes raro que entre todas las historias que oí referir en Río Grande escoja, en primer lugar, la de Buck Duane, pistolero y proscrito.

Mas la verdad es que la que me refirió el guardia rural Coffee del último de los Duane surge siempre de tal modo en mi memoria que, dando rienda suelta a la imaginación, la he vuelto a contar a mi modo. Está relacionada con la antigua ley y las viejas luchas fronterizas; merece, por consiguiente, la primacía. Es muy posible que tenga en breve el placer de escribir un libro acerca de la vida fronteriza de nuestros tiempos, que, según dice sentenciosamente Joe Sitter, «es tan mala y tan salvaje como siempre».

En el norte y en el este de los Estados Unidos existe la creencia popular de que las historias fronterizas son algo tan remoto, que sólo se recuerda ya en los libros. Al pensar en eso, me parece ver de nuevo al guardia rural Sitter cuando me aseguraba todo lo contrario, acariciándose una herida de bala, no cicatrizada aún. Y también recuerdo al gigante Vaughn, a aquel hijo típico de los leales tejanos, sentado apaciblemente, con la cabeza vendada, y su mirada pensativa y amenazadora para todo foraiido que le preparase una emboscada. Sólo han transcurrido tunos meses desde que pasé entre ustedes aquella memorable temporada. Y sin embargo, en tan corto tiempo, Russell y Moore han traspuesto la Cordillera en calidad de guardias rurales.

Señores, tengo el honor de dedicarles este libro y la esperanza de poder decir al mundo la verdad acerca de ese extraño, único y mal comprendido Cuerpo-el de los guardias rurales de Texas-, gracias al cual el Estado de la Estrella Solitaria es hoy día tierra habitable; de ese Cuerpo y de esos hombres que desconocen el descanso y el sueño apacible y que sacrifican sus vidas con la esperanza de no ser olvidados y de recoger algún día el fruto de sus esfuerzos.

LIBRO PRIMERO

EL FORAJIDO

I

Era indudable que había heredado un espíritu luchador y una inclinación invencible de matar. Era el último de los Duane de aquella indomable raza de Texas. Pero no era el recuerdo de su padre, muerto ya, ni los ruegos de su madre, ni las prudentes advertencias de su tío-quien, en aquel momento, estaba en pie ante el -lo que puso de manifiesto a Buck Duane el impulso temible y pasional que llevaba en la sangre. Fue el sentir una extraña conmoción experimentada otras veces, un oscuro y fatal instinto que se le había desarrollado durante los tres últimos años, más poderoso ahora que nunca.

-Sí; Cal Bair está en el pueblo, repleto de whisky de mala calidad y empeñado en encontrarte -repitió con acento grave el hombre de más edad.

-Es ya la segunda vez - murmuró Duane, cual si hablase consigo mismo.

-Lo cierto es, hijo mío, que no podrás evitar el encuentro. Mas valdría que te fueras del pueblo hasta que se le pasen los efectos de la bebida. Cuando no tiene el cuerpo lleno de alcohol no te odia.

--fiero, ¿por qué me busca?-preguntó Duane-. ¿Para insultarme otra vez? Pues no estoy dispuesto a tolerarlo.

-Ha cogido una fiebre que en la actualidad está haciendo estragos en Texas, hijo mío. Quiere batirse a tiros. Y, si te encuentra, procurará matarte.

Nuevamente sintió Duane aquella oleada de sangre que, como voraz hoguera, invadía todo su ser y que, al extinguirse unos momentos más tarde, le dejaba yerto.

-¿Matarme? ¿Por qué?-preguntó.

-Dios sabe la razón que tendrá para ello. Pero, como no ignoras, muy leves motivos bastan hoy día para matar a un hombre. ¿No recuerdas que cinco cowboys sostuvieron recientemente una lucha a muerte en casa de Everall por un simple látigo? Y Cal no tiene ninguna razón para quererte. No olvides que su novia te trataba con mucho afecto.

-En cuanto me enteré de esas relaciones, me apresuré a dejarla.

-Pues yo creo que ella no se ha resignado todavía y que no ha renunciado aún a ti. Pero ni ella ni los motivos que Cal crea tener para odiarte importan nada. Lo grave es que, cuando Cal está borracho, se apodera de él el deseo de matar a alguien. Es un verdadero matón. Le gusta que la gente le tema. Abundan los cowboys de criminales

instintos, deseosos de crearse una reputación de hombres feroces, que no hablan más que de su facilidad en empuñar el revólver. Se esfuerzan en imitar a Bland, a King Fisher, a Hardin y a todos los grandes forajidos. Todos desean unirse a las bandas que pululan a lo largo del Río Grande. Se ríen de las autoridades y no hacen más que soltar bravatas acerca de lo que harán con los guardias rurales. Pero tú puedes tener la seguridad de que Cal no te molestará si te alejas de él.

-¿Me aconsejas que huya? - preguntó Duane con desdén.

-Huir, precisamente, no. Sólo te recomiendo que evites a ese hombre. Por otra parte, Buck, no creo fácil que Cal te venciera, aun cuando te encontrase en el pueblo. Has heredado de tu padre la buena puntería y la rapidez en empuñar el revólver. Más bien temo que seas tú quien mates a Bain.

Sin despegar los labios, se esforzó Duane en comprender todo el significado de las suplicantes palabras de su tío.

-Si alguna vez logra Texas reponerse de las heridas que le ha inferido esa guerra insensata y limpiar su territorio de bandidos, los jóvenes como tú tendrán un bonito porvenir- continuó diciendo el tío-. Tienes ahora veintitrés años y, exceptuando algunos defectillos, eres un muchacho estupendo. La vida te ofrece bastantes probabilidades de éxito. Pero, si empiezas matando a un hombre, estás perdido. No tardarás en matar a otro. Es la eterna historia. La policía rural no te perderá de vista, pues su misión consiste en imponer el orden y la ley en Texas. Con ellos no se juega, y si te resistes cuando te vayan a prender, no tendrán el menor reparo en matarte. Y, si te dejas coger, irás a parar a la cárcel y quizás a la horca.

-Eso nunca ; antes me mataría - murmuró Duane sombríamente.

-Ya lo sé -contestó su tío-. Eres verdadero hijo de tu padre. Siempre estaba dispuesto a empuñar el revólver. En estos tiempos, en que los guardias rurales obligan a cumplir la ley, tu padre se habría visto obligado a vivir más allá de río. Y mucho temo, sobrino mío, que seas su vivo retrato. Contente, domínate y evita camorras con esos perdonavidas. Piensa que, de lo contrario, tu fin será desastroso. Tu padre murió en una lucha callejera. Y se dice que, con el corazón ya atravesado por un balazo, aún tuvo arrestos para disparar dos veces más. Pocos hombres hay de tan maravillosa resistencia. Por tus venas corre la bélica sangre de aquel hombre terrible y es preciso que domines tus impulsos.

-Todo lo que me dices está muy bien, tío - replicó Duane -. Pero ya ves que sólo huyendo puedo evitar el encuentro con Cal y eso es lo que no quiero hacer. Por mi paciencia en soportar los insultos de Cal Bain y de sus compinches he cobrado fama de cobarde. Dice que tengo miedo de salir a la calle y de mirarle a la cara. Esto no hay quien lo aguante. Además, si no fuese a su encuentro, ese Cal Bain seria capaz de pegarme cualquier día un tiro por la espalda.

-¿Qué piensas hacer, pues?-preguntó el tío. -No lo he decidido todavía.

-Poco tiempo te queda para pensarlo. La sangre de tu padre te enajena. Hoy no eres el mismo. Antes te enfadabas fácilmente, y dejándote llevar del genio te deshacías en dicterios y amenazas. Entonces no me inspirabas temor alguno. Ahora, por el contrario, con tu frialdad y serenidad, siempre pensativo, tienes una mirada que no me gusta. Me recuerdas mucho a tu padre.

-Quisiera saber lo que me aconsejaría el si estuviese aquí - observó Duane.

-No es difícil adivinar. ¿Que consejo podría esperarse de un hombre que se pasó veinte años con la mano siempre presta a empuñar el revólver?

-Lo cierto es que no habría hablado mucho, porque mi padre no malgastaba el tiempo en palabras. En cambio, habría actuado pronto y bien. Creo, por consiguiente, que lo mejor será que baje al pueblo y proporcione a Cal Bain la oportunidad de verse conmigo.

Siguió un largo silencio, durante el cual Duane permaneció sentado, con los ojos fijos en el suelo, mientras su tío, que parecía estar reflexionando acerca del oscuro porvenir, se volvió de pronto hacia Duane con la expresión del hombre que acepta resignadamente lo inevitable.

-Tienes el caballo más veloz de la región. Después de encontrarte con Cal Bain, no te entretengas y vuelve pronto a casa. Voy a prepararte unas alforjas y te tendré el caballo ensillado y a punto de emprender la marcha.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se metió en la casa, dejando a Duane en libertad de resolver lo que quisiera y de interpretar a su gusto las palabras que acababa de pronunciar. Buck se preguntó entonces si compartía la opinión de su tío acerca del resultado de su encuentro con Cal Bain. Sus ideas eran vagas; pero en el instante de la decisión final, cuando determinó ir en busca de Bain, se apoderó de él tal coraje, que se estremeció como a impulsos de la fiebre. Tal agitación, sin embargo, era puramente interna, estaba dentro de su pecho; su mano, al contrario, continuaba firme y quieta, sin que ni uno solo de sus músculos temblara lo más mínimo. No temía a Bain ni a hombre alguno en el mundo. Experimentaba, en cambio, un vago temor de sí mismo, que le obligaba a reflexionar acerca de las consecuencias de sus actos. Era como si él no pudiese decidirse acerca de aquel asunto, como si todas las fibras de su ser se resistieran, pero una voz, o un espíritu externo, algo independiente de sí mismo, le obligaba a obrar. Aquella hora de la vida de Duane equivalió a muchos años de una existencia cualquiera, y ella sola bastó para convertirle en hombre reflexivo.

Se metió en la casa y se ciñó la pistolera con el Colt de seis tiros, de gran calibre; arma muy pesada, que tenía la empuñadura de marfil. Habíala usado con frecuencia durante cinco años. Antes fue propiedad de su padre. En las cachas había cierto número de muescas. Aquel revólver era el mismo que su padre disparó dos veces, con el corazón atravesado por un balazo, y su mano se crispó con tal fuerza apretando el arma al perder la vida, que costó un trabajo enorme desprenderla después de sus dedos. Y desde que llegó a ser propiedad de Duane, jamás había apuntado a un hombre. Sin embargo, el frío y brillante pulimento del arma demostraba que se había usado. Duane era capaz de empuñarla con inconcebible rapidez y, a seis o siete metros de distancia, podía partir en dos un naipe de canto.

El joven deseaba evitar el encuentro con su madre. Por fortuna, recordó que en aquellos momentos no estaba en casa. Recorrió arriba y abajo el sendero que conducía a la puerta del cercado. El ambiente estaba saturado del aroma de las flores y lleno de las melodías de los pájaros. En el camino se tropezó con una vecina que hablaba con un campesino, sentado en un carro; le dirigieron la palabra, pero, aunque les oyó, no quiso contestarles.

Wellston era una población muy pequeña, aunque tenía importancia en aquella parte casi despoblada del gran Estado, porque era el centro comercial de un territorio que comprendía varios centenares de millas cuadradas. En la parte principal de la población habría, quizá, cincuenta edificios, algunos de ladrillos, otros de maderos ensamblados, pero la mayoría eran de adobes. La tercera parte de estas construcciones estaba destinada a garitos dedicados al juego, a la bebida y al amor fácil.

Librodot

Dejando el camino, Duane empezó a andar por la calle. Ésta era bastante ancha y a cada uno de sus lados había una fila de postes para atar los caballos. Junto a estos postes veíanse numerosas monturas y vehículos de varias clases. Duane recorrió la calle con la mirada, haciéndose cargo al instante de cuanto en ella había, fijándose especialmente en las personas que iban tranquilamente de un lado a otro. No advirtió ni un solo cowboy. Entonces empezó a moderar el paso, de tal modo que, al llegar a Sol White, primer garito de la población, andaba ya con la mayor lentitud. Varias personas le hablaron, volviéndose a mirarle cuando se alejaban. Se detuvo ante la puerta del White, vio quién había dentro y penetró, por fin, en el establecimiento.

El garito era espacioso y estaba lleno de parroquianos, de ruido y de humo. En cuanto él apareció se hizo el silencio, gracias al cual se pudo oír el tintineo de los pesos de plata mejicanos en una mesa del monte. Sol White, que estaba detrás del mostrador, se irguió al ver a Duane; mas luego se inclinó, sin pronunciar palabra, a fin de limpiar un vaso. Todo el mundo, a excepción de los jugadores mejicanos, volvió los ojos hacia Duane, quien tuvo que soportar pacientemente todas aquellas miradas duras, inquisitivas, curiosas. Aquellos individuos sabían perfectamente que Bain deseaba armar camorra; era probable que incluso hubiesen oído con gusto sus bravatas. Pero ¿qué se proponía Duane? Entre los rancheros y cowboys que había en el local se cambiaron algunas miradas. Todos los hombres que iban armados con revólver habían juzgado ya a Duane con el infalible instinto de Texas. Aquel muchacho era digno hijo de su padre. Le saludaron y volvieron luego a sus bebidas o a sus naipes. Sol White estaba en pie, con sus enormes y rojizas manos apoyadas en el mostrador del bar; era un tejano de elevada estatura, memburdo y anguloso, cuyo rostro se adornaba con largo bigote de puntas afiladas con cosmético.

-¡Hola, Buck! -dijo dirigiéndose a Duane. Hablaba sin mirar, como indiferente.

-¡Hola, Sol! -replicó Duane lentamente-. Oye, me he enterado de que en el pueblo hay un individuo que me busca con malas intenciones.

-Es verdad, Buck - replicó White-. Aquí ha estado hace apenas una hora. No hay duda de que estaba algo borracho y deseoso de armar jaleo. En confianza, me dijo que una joven te había dado un pañuelo de seda blanco y que él estaba dispuesto a mancharlo de rojo.

-¿Le acompañaba alguien? -preguntó Duane.

-Sí, Burt, Sam Outcalt y un vaquero pequeñito a quien no conozco. Todos ellos hacían esfuerzos por alejarlo del pueblo. Pero él estaba bastante borracho y no hizo caso de nadie.

-¿Y por qué no le encierra el juez Oaks, ya que ese individuo tantas ganas tiene de armar camorra?

-¿No sabes? Han asaltado otro rancho : el de Flesher. Otra hazaña de la cuadrilla de King Fisher, probablemente, y Oaks ha salido con la policía para perseguir a los merodeadores, de manera que, en este momento, no hay ninguna autoridad en el pueblo.

Duane salió a la calle v volvió a examinarla con la mayor atención. Recorrió toda la manzana y encontró a muchas personas, entre las cuales había granjeros, propietarios de ranchos, empleados, comerciantes. mejicanos. cowboys y algunas mujeres. ¡Cosa curiosa! Cuando se volvió con ánimo de retroceder, la calle estaba casi yacía y pocos momentos después estaba completamente desierta. Sólo algunas cabezas se asomaban por puertas y esquinas. Con frecuencia sucedía lo mismo en las calles de Wellston, porque si

los tejanos luchaban como obedeciendo a un instinto, también de un modo instintivo advertían la proximidad de una lucha a tiro limpio. Era imposible que los rumores viajasen con tal celeridad. En menos de diez minutos, todos los que se hallaban en la calle o en los establecimientos estaban ya enterados de que Buck Duane había bajado al pueblo para salir al encuentro de su enemigo.

Duane siguió andando. Al llegar a unos cincuenta pasos de un garito dio media vuelta rápida para situarse en el centro de la calle, se paró allí un momento, luego continuó avanzando y volvió a la acera. De este modo recorrió todo un lado de la manzana. Sol White estaba en pie a la puerta de su establecimiento.

-Oye, Buck, voy a darte una noticia-dijo en voz baja-. Cal Bain está ahora en casa de Eyerall. Y si te busca, según alardea, allí puedes salir de dudas.

Duane cruzó la calle y descendió por ella. A pesar de la afirmación de White, Duane apelaba a la mayor prudencia y lentitud al pasar ante la puerta de un establecimiento. Nada ocurrió, sin embargo, y pudo recorrer toda la manzana sin ver a nadie. El garito de Eyerall estaba en la esquina.

Duane no dudaba de su serenidad y entereza. Extraño furor, extraños impulsos de avanzar le acuciaban. En aquellos momentos deseaba el encuentro más que otra cosa cualquiera en toda su vida. Sin embargo, aun cuando sus sensaciones eran extremadamente intensas, dábase cuenta de ellas como en sueños.

Antes de llegar al establecimiento de Eyerall oyó fuertes voces, dominadas por otra más vigorosa. De pronto, la estrecha puerta se abrió como impulsada por fuerte mano. Un cowboy zambo, con perneras de cuero, salió a la acera. Al ver a Duane dió un respingo y profirió un rugido salvaje.

Duane se detuvo en el acto junto al borde de la acera, a una distancia de unos doce metros de la puerta de Eyerall.

Si Bain estaba borracho, nada había en su actitud ni en sus movimientos que lo denotara. Avanzó con aire de perdonavidas, disminuyendo rápidamente la distancia que le separaba de su enemigo. Con el rostro enrojecido y sudoroso, descubierto, revuelto el cabello, y la maligna expresión de su desencajado rostro, su aspecto era verdaderamente siniestro. Había matado ya a un hombre y su aire de jaque y bravucón lo revelaba claramente. Extendía ambas manos hacia su enemigo : la derecha algo más baja que la izquierda. A cada paso gritaba pronunciando palabras rencorosas y horribles maldiciones. Fue andando cada vez más lentamente, hasta detenerse en seco. Los dos hombres se hallaban a una distancia de veinticinco pasos.

-¿No habrá manera de hacerte empuñar el revólver, maldito...? -gritó con expresión feroz.

-No he de ser yo el primero-replicó Duane.

La mano derecha de Bain se contrajo, sus dedos se movieron. Duane, entonces, empuñó el revólver con la misma rapidez con que un niño arroja una pelota al suelo; de su padre había aprendido esta destreza en empuñar el arma. Disparó dos veces con tal celeridad, que casi no se percibió más que una sola detonación. Bain disparó todavía, antes de caer; pero no tuyo tiempo de levantar el brazo y la bala se incrustó en el suelo, cubriendo de polvo y arena los pies de Duane. Cal se desplomó en seguida, como un fardo, sin hacer la más mínima contorsión.

La realidad se impuso a Duane con la fuerza de los hechos consumados. Avanzó con el revólver dispuesto, para prevenir cualquier movimiento de Bain, por pequeño que

Librodot

fuese. Pero éste se hallaba tendido de espaldas y sólo movía el pecho y los ojos. ¡Cuán pálido y desencajado estaba! La expresión amenazadora de antes había desaparecido por completo. También se desvanecieron los efectos de la bebida. Bain conservaba el conocimiento. Quiso hablar, pero no pudo. Sus ojos expresaron algo muy humano y triste. Cambiaron de expresión, se escondieron en seguida bajo los párpados y quedaron en blanco.

Duane lanzo un suspiro y volvió a meter el revólver en su funda. Estaba tranquilo y hasta contento por haber

terminado un asunto enojoso. Una sola expresión brotó de sus labios:

-¡Idiota!

Al levantar los ojos vio que le rodeaban algunos indi- viduos.

-¡Vaya tiro ! -dijo uno.

Otro, un cowboy que, sin duda, acababa de abandonar la mesa de juego, se inclinó y abrió la camisa de Bain. En la mano llevaba un as de espadas. Puso el naipe sobre el pecho de Bain, cubriendo con él las dos heridas. Exactamente encima del corazón.

Duane dió media vuelta y se alejó de prisa, no sin oír antes que alguien decía

-Por fin, Cal ha tenido lo que merecía. Ese Buck Duane es un tirador estupendo. ¡De tal padre, tal hijo!

II

Duane no podía apartar de sí el recuerdo horripilante del moribundo. ¡Ah, si 61 hubiese podido imaginarse a tiempo lo que era matar a un hombre 1 La cosa, no obstante, ya no tenía remedio y el cuitado se consolaba pensando que había librado a la sociedad de un ser innoble, borracho, fanfarrón y camorrista.

Cuando, al llegar a la puerta de su casa, vió a su tío sosteniendo a un fogoso caballo debidamente aparejado y cargado con provisiones, cuerdas y todo lo más indispensable, Duane sintio oprimírsele el corazón. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de las consecuencias de su acto, pero al ver el caballo y al notar la mirada de su tío, recordó que, en adelante, tendría que andar siempre fugitivo. Una cólera irreprimible se apoderó de él.

-¡Todo por ese imbécil! -exclamó -. El encuentro no ha sido muy terrible, tío Jim ; Bain no ha hecho más que llenarme las botas de polvo. ¡Y pensar que por eso tengo yo que huir!

-¿De modo que lo has matado, hijo? -pregunto con voz ronca el tío.

-Sí, cayó al suelo y murió a los pocos segundos. Hice con él lo que él pretendía hacer conmigo.

-Ya lo sabía. Hace ya mucho tiempo que preveía eso. Pero ahora no podemos perder tiempo en lamentar la sangre derramada. Es preciso que te alejes del pueblo y hasta de la comarca.

-¿Y mi madre? -exclamó Duane, poniendo toda su alma en esta pregunta angustiosa.

-No está en casa, y tú no puedes esperarla. Ya le comunicaré yo lo que ella temió siempre.

Duane se sentó y se cubrió el rostro con las manos.

-¡Oh Dios l ¿Que he hecho, tío?-exclamo mientras se estremecían sus anchos hombros.

-Escucha, hijo, y acuérdate de mis palabras -replico el tío con grave acento-. Nunca olvides lo que voy a decirte. Tú no tienes la culpa de lo ocurrido. Me agrada ver que lo lamentas, porque eso demuestra que tus sentimientos no se han endurecido y que no tienes instintos criminales. Eres inocente. La vida de Texas es así. ¿Como hubieras podido tú negar, además, la sangre que te dió el ser? Vivimos en unos tiempos muy duros. La ley, que la policía rural está imponiendo en todas partes, no puede transformar la vida en unas horas. Tu misma madre, a pesar de lo buena que es, ha contribuido a que seas como eres. Ella llego a este país en tiempos de los primeros colonos, cuando la lucha era lo normal y corriente en toda la región. Esos años de vida violenta y aventurera, antes de que nacieras tú, desarrollaron en ella el instinto de la lucha para salvar su vida y la de sus hijos, y ese instinto se ha concentrado en ti. Han de pasar muchos años antes de que los jovenes nacidos en Texas pierdan esos instintos bélicos heredados.

-¡Soy un asesino! -exclamo Duane, estremeciéndose.

-No, muchacho, no lo eres. Y no lo serás nunca. Pero no tendrás más remedio que huir como un forajido hasta que el tiempo te permita volver sin peligro.

-¿Un forajido?

-Eso es. Si tuvieras dinero e influencia, nos arriesgaríamos a que te juzgaran. Pero no tenemos ni una cosa ni otra. No podemos exponemos a que te envíen a la cárcel, o quizás a la horca. No tienes más remedio que irte a vivir a alguna región deshabitada, mas, adondequiera que vayas, y sea lo que sea lo que hagas, sé siempre un hombre. Vive honradamente, si es posible, y, si no lo es, pórtate con tanta decencia como puedas. Si tie-

nes que relacionarte con forajidos esfuérzate en no imitar sus malas costumbres. Hay fugitivos que no son perversos... Muchos se han visto obligados a ir hacia el río por motivos parecidos a los tuyos. Cuando estés entre esa gente, procura evitar toda pendencia. No bebas, no juegues. Y no necesito decirte lo que debes hacer en caso de que salgan a relucir los revólveres, como es fácil que ocurra. No podrás volver a casa. Cuando se olvide este asunto, suponiendo que llegue a olvidarse, te lo haré saber. Sobre todo, no dejes de ser un hombre. ¡Adiós!

Duane, con los ojos turbios y la garganta contraída, estrechó la mano de su tío, que se despidió de él sin pronunciar una palabra. Montó a caballo y salió del pueblo.

Quince o dieciocho millas dejó tras de sí Duane con toda la celeridad compatible con la resistencia de su caballo. Acortó luego el paso del animal, prosiguiendo la huída con más sosiego y menos temores. Pasó por varios ranchos y le vieron algunos hombres. Para evitar tal contingencia tomó un antiguo sendero a campo traviesa por una región llana sin más vegetación que unos mezquites raquíticos y numerosas chumberas. A veces divisaba a gran distancia las formas azuladas de unos montes de poca altura. Con frecuencia había cazado en aquella comarca y sabía dónde podría encontrar agua y pasto para el caballo. Llegó a una altiplanicie, mas no se detuvo en el primer lugar que encontró propio para acampar, sino que continuó su camino. Una vez en la cumbre de una colina, pudo contemplar una gran extensión de terreno. Tenía el mismo tono gris general que las tierras que acababa de atravesar. Parecía deseoso de contemplar dilatados espacios y hasta de poder atisbar, a lo lejos, la gran soledad que, sin duda, se hallaba mucho más allá, hacia el Sudoeste. A la puesta del sol, decidió acampar en un lugar que le pareció conveniente. Llevó el caballo a abrevar y luego buscó en lo hondo del valle un punto ade-

cuado para pasar la noche. Había pasado junto a varios sitios en donde ya había acampado alguna vez y que conocía muy bien, pero que entonces no le parecieron agradables ni seguros. Por fin, encontró un lugar bien protegido y oculto, al amparo de unos espesos mezquites y robles y a no mucha distancia de su camino. Desensilló el caballo y le quitó la carga. Luego anduvo buscando unas maniotas entre sus efectos y observó que su tío no las había puesto. Bien es verdad que él era poco aficionado a usarlas con ningún caballo, y menos aún con el que a la sazón llevaba. Cortó de su lazo un trozo de algunos pies de largo y lo utilizó para trabar las patas del animal, que, no acostumbrado a semejantes ligaduras, tuvo que ser acompañado del ronzal para poder pacer la hierba.

Duane hizo una pequeña hoguera, preparó la cena y cenó y, hecho esto, considerando terminado va el trabajo de aquel día, se sentó y encendio la pipa. La luz crepuscular lo cubría todo y empezaron a mostrarse y a resplandecer en el cielo algunas pálidas estrellas. Dominando el zumbido continuo de los insectos, oyó los cantos de la tarde de los petirrojos. Luego, los pájaros enmudecieron y se hizo sentir el silencio nocturno. Cuando hubo anochecido del todo y aquel lugar pareció más aislado y solitario, Duane experimentó cierta sensación de alivio.

Notó que estaba nervioso, inquieto y sin sueño. Aquello le sorprendió y empezó a reflexionar en lo pasado, con propósito de analizar sus últimos actos y los motivos que le impulsaron a obrar. El cambio que en su vida trajo un solo día le tenía asombrado. Él, que siempre gozó de libertad absoluta y que estuvo alegre y satisfecho, especialmente cuando se hallaba en pleno campo, en pocas horas se sintió rodeado de grandes preocupaciones, perdida la alegría para siempre. El silencio, que en otro tiempo le pareció muy agradable, no tenía para él ya más ventaja que la de permitirle oír mejor, y desde más lejos, a sus perseguidores. La soledad, la noche y el desierto, que siempre le sedujeron, ya no tenían para él otra significación que la de la seguridad. Prestó atento oído y se esforzo en escrutar las sombras, entregándose luego a sus pensamientos. Estaba fatigado, perue no tenía ningún deseo de descansar. Proponíase reanudar la marcha al amanecer, en dirección sudoeste. ¿Tenía pensado adónde habría de ir? Sus ideas sobre este punto eran vagas, como vago e inseguro era también el conocimiento de la enorme extensión de terreno, cubierto de mezquites y rocas, de las proximidades del Río Grande. Por allá encontraría, sin duda, un buen refugio. Y recordó, con pena, que era un fugitivo de la justicia, un criminal.

Aquello significaba que tendría que vivir en constante alerta. Carecía de casa y no podría entregarse al descanso del sueño; desconocería la alegría, y la satisfacción de su

vida no valdría la pena de ser vivida. Hallábase ante la alternativa de ser un lobo solitario o unirse a hombres despreciables y peligrosos. Y si quería vivir entre los hombres honrados, veríase obligado a ocultar su identidad, corriendo el riesgo de ser descubierto. Y ¿cómo podría vivir, de no hallar trabajo en algún lejano y apartado rancho? Repugnábale la Idea del robo. ¡Tenía ante sí un porvenir gris, sombrío, cuando comenzaba a vivir, cuando tan sólo tenía veintitrés años!

¿Qué hado, qué sino funesto le habría impuesto aquella vida durísima?

Al hacerse esta pregunta, le pareció que un frío intenso le recorría las vanas. ¿Tan imperdonable había sido su pecado? Arrojó las últimas ramas de mezquites a las brasas encendidas. Tenía frío y, por una razón que ignoraba, sentía deseo de gozar de la luz. El negro círculo de tinieblas parecía pesar sobre él y condensarse a su alrededor. De pronto

Librodot

se irguió y quedóse inmóvil. ¡Había oído unos pasos! Detrás de él, no, mejor... a un lado. Allí había alguien. Echó mano al revólver. El contacto del frío acero le escalofrío. Esperó; pero nada interrumpió ya el silencio de aquella inmensa soledad llena de innumerables mezquites, que parecían murmurar quedamente al recibir el viento. No, era evidente; no había oído nada. Esta idea le devolvió la calma y le permitió volver a respirar con libertad.

¿Que le ocurría a la hoguera de su campamento? Su llama brillaba con un extraño resplandor verde, parecía oscilar y hacerle señas a alguien que estuviese en las tinieblas. Duane no oyó ningún paso ni pudo observar ningún movimiento; pero tuvo la seguridad de que alguien había junto a él, en su pequeño campamento. Pudo verle. Estaba tendido en el centro de aquel resplandor verde, inmóvil, agonizante. ¡Cal Bain ! Sus facciones se perfilaban con la mayor claridad, como las de un camafeo; las veía con más detalle del que pudiera tener una fotografía. Era un rostro duro, que empezaba a suavizarse an el umbral de la eternidad. El color cetrino de su tez, los signos de embriaguez, la ferocidad y al odio, tan característicos de Bain, ya no se advertían en su semblante. Aquella cara pertenecía a un Bain muy diferente, en el que se desvanecía todo lo humano que había en él, desapareciendo con la misma rapidez con que palidecía; los labios querían hablar, pero no pudieron hacerlo; los ojos revelaban una intensa agonía mental. Daban a entender lo que aquel hombre habría podido hacer, de haber seguido viviendo..., demostraban que comprendía demasiado tarda su equivocación. Luego aquellos ojos giraron bajo los párpados, quedaron en blanco y los cerró la muerte.

Aquella fantástica visión fue causa de que Duane se cubriese de sudor frío, en tanto que al remordimiento le roía las entrañas, agobiado por la maldición que había caído sobre él. Comprendio que aquella visión, que aquel fantasma le perseguiría doquier fuese. Recordó que su padre sufrió siempre por la persecución de las furias acusadoras del crimen y que jamás pudo olvidar, ni en el trabajo ni durante el sueño, a los hombres que murieron a sus manos.

Muy avanzada la noche, Duane consiguió dormirse, y aun entonces tuvo terribles pesadillas. Por la mañana, se despertó tan temprano, que en la penumbra reinante le fué muy difícil encontrar su caballo. Y, apenas había apuntado el día, cuando volvió a emprender el camino. Toda la mañana viajó bastante aprisa y, por fin, se detuvo a descansar en un lugar sombreado, con abundante pasto para el caballo. Por la tarde continuó la marcha al trote corto. El terreno era cada vez más salvaje. En el horizonte se perfilaron, rompiendo la monotonía del paisaje, unas peladas y escabrosas montañas. A las tres de la tarde llegó a un riachuelo que marcaba el límite hasta donde había llegado en sus cacerías.

Decidió remontar un poco el río por dos motivos : la profundidad de su cauce era excesiva en aquellos parajes y sus orillas estaban formadas por arenas movedizas. Le repugnaba, además, atravesar una región en donde su sola presencia bastaría a indicar su condición de proscrito. Las tierras bajas, por donde el río se dirigía, serpenteando, hacia al Sudoeste, le parecían mucho más atractivas que las estepas que había atravesado. El resto de aquel día siguió avanzando rápidamente río arriba. A la puesta del sol penetró en una espesura de sauces y álamos, para pasar la noche. Creyó que en aquel lugar tan solitario podría sentir mayor tranquilidad y ánimo. Paro no fue así. Todas las sensaciones y todas las cosas que observó la noche anterior volvieron a presentársele con mayor viveza y con igual acento, intensidad y color.

Librodot

Viajando y acampando alternativamente, empleó tres días más, durante los cuales cruzó numerosos caminos. En uno de ellos observó las huellas recientes de un rebaño de reses, probablemente robadas. Le quedaba todavía sal, pimienta, café y una buena cantidad de azúcar; pero sus demás provisiones se le habían agotado. En aquella selva había gamos, pero como no podía acercarse lo bastante para matarlos a tiros de revólver, tuvo que contentarse con un conejo. Comprendio que no tendría más remedio que acabar por resignarse con el duro destino que seguramente le aguardaba.

Río arriba había un pueblo llamado Huntsville. Distaba un centenar de millas de Wellston y era bastante conocido en el sudoeste de Texas. Nunca había estado allí. Lo cierto era que la reputación de que gozaba aquel pueblo aconsejaba a los viajeros honrados dar un gran rodeo para no llegar a él. Duane llevaba bastante dinero y decidió visitar Huntsville, en caso de encontrarlo, con objeto de comprar algunas provisiones.

Al día siguiente, por la tarde, topó con un camino que, a su parecer, conducía al pueblo. Algunas huellas recientes de caballos, que descubrió en la arena, le dieron que pensar. Continuó, no obstante, avanzando, aunque con la mayor cautela. Poca distancia habría recorrido cuando a sus oídos llegó el ruido de cascos de caballo, que se aproximaban precipitadamente. Sonaban a su espalda. A la luz del crepúsculo, cada vez más débil, no podía ver a gran distancia. Pero las voces que pudo percibir le advirtieron que aquellos jinetes, quienquiera que fuesen, estaban más cerca de lo que a él le hubiese convenido. No había que pensar en proseguir por el mismo camino. Dio media vuelta, introduciéndose entre los mezquites, y se detuvo con la esperanza de que no le viesen ni le oyesen. Como era un fugitivo, parecíale que todo hombre tenía que ser su enemigo y perseguidor.

Los jinetes se aproximaban rápidamente. Pronto se hallaron más allá del lugar en que estaba escondido Duane, aunque pasaron tan cerca de él, que pudo oír los crujidos de las sillas y el tintineo de las espuelas.

-Ha debido cruzar el río más abajo-dijo uno.

-Me parece que tienes razón, Bill. Se nos ha escapado - replicó otro.

Eran guardias rurales que perseguían a un fugitivo. Aquello produjo a Duane una extraña emoción. Era imposible que le buscasen a él, pero la proximidad de los guardias le produjo la misma sensación que si hubiese sido el hombre cuyo rastro seguían. Contuvo el aliento y apretó fuertemente las mandíbulas, mientras acariciaba a su caballo para evitar que relinchase.

De pronto, dióse cuenta de que los jinetes se habían detenido y hablaban en voz baja. Sólo pudo distinguir un grupo de color oscuro formado por unos hombres situados a corta distancia uno de otro. ¿Por qué se habrían detenido de aquel modo tan alarmante?

-Te equivocas, Bill - dijo uno en voz baja, aunque perceptible-. No puedes haber oído el resuello de un caballo. Tu deseo de matar a ese cuatrero te hace oír y ver lo que no existe. Volvámonos a casa; es mejor.

-Bueno, pero antes registremos este arenoso terreno -contestó el individuo llamado Bill.

Duane oyo resonar unas espuelas de acero y el ruido de las botas al pisar la arena. A un corto silencio siguió, de repente, una exclamación.

Duane no esperó más. Habían encontrado su rastro. Espoleo al caballo, metiéndolo por entre los matorrales. Al primer salto del animal oyó unos gritos procedentes del camino, y luego unos tiros. Pasó una bala silbando junto a su oído. Aquellos tiros y la

bala que le había rozado indignaron a Duane de tal modo, que a duras penas podía contener su cólera. Era preciso huir, aunque le parecia que poco le importaba ya lograrlo o no. Sentía violentos deseos de dar la cara y contestar a los disparos. Después de recorrer cosa de doscientos metros, se enderezó, apoyándose en el arzón de la silla. Hasta entonces había cabalgado con la cabeza baja a fin de evitar el choque de las ramas contra su cabeza. No era cosa fácil abrirse paso entre la espesura de los mezquites y de los álamos. Lo consiguió, sin embargo, tan bien y con tanto silencio, que, gradualmente, se alejó de sus perseguidores. Con la distancia, fue debilitándose el ruido que producían los caballos al moverse entre las ramas. Duane siguió guiando el suyo, prestando oído atento a la vez. Había logrado separarse bastante de los guardias. Éstos acamparían, con toda seguridad, hasta el día siguiente, y luego se pondrían a seguir sus huellas. Continuó avan-

zando con el caballo al paso, para examinar mejor el suelo, pues quería descubrir alguna trocha o vereda. En su impaciencia, le pareció que transcurría mucho rato en su inútil búsqueda. Una vez hallado el sendero, siguió por él hasta hora bastante avanzada y luego se metió de nuevo en el saucedal, en las cercanías del río; después de atar el caballo a una estaca, se tendió para descansar. Pero no durmió. Su mente pensaba con amargura en su destino. Hizo esfuerzos para pensar en otras cosas, pero fue en vano. A cada momento esperaba aquella sensación helada y de soledad absoluta, que le anunciaba una extraña visita; las luces y sombras imaginarias de la noche le presagiaban la aparición de Cal Bain. Con gran tesón, se esforzó Duane por apartar de sí el temido fantasma. Siguió diciéndose que todo aquello era hijo de la imaginación y que, con el tiempo, acabaría por desaparecer. Su corazón, sin embargo, le hablaba de muy distinta manera. Mas no quiso ceder ni aceptar como una realidad el fantasma de su víctima.

Al rayar la aurora estaba de nuevo a caballo, en dirección del río. Tras media hora de marcha llegó a un denso chaparral en el que había algunos sauces. Lo atravesó para llegar, por fin, a un vado de fondo arenoso y, por consiguiente, fácil de cruzar. Una vez en la orilla opuesta, volvió a asir las riendas de su caballo, mirando atrás con expresión siniestra. La gravedad de su situación presentábasele con inmensa claridad. Voluntariamente había buscado el refugio de los forajidos y hallábase ya más allá del límite de la sociedad civilizada. Mientras espoleaba a su caballo para que penetrase en la espesura de aquella orilla enemiga, asomó a sus labios una blasfemia cie desesperación.

Después de recorrer veinte millas sin preocuparse gran cosa del cansancio de su caballo, y sin fijarse tampoco en si dejaba o no huellas claras de su paso, se volvió mur-murando

-¡Que me persigan l ¡Que me persigan, si se atreven!

Cuando el calor del día empezó a ser angustioso y se hicieron sentir el hambre y la sed, Duane empezó a buscar un lugar apropiado para detenerse durante las horas del sol fuerte. El sendero conducía a un camino endurecido y alisado por el tránsito del ganado. Ya no dudó de que acababa de llegar a uno de los caminos usados por los bandidos de la frontera. Se aventuró por él y, apenas había recorrido una milla, cuando, en una curva, se vio frente a un solo jinete que marchaba en dirección contraria a la suya. Los dos hombres hicieron dar media vuelta rápida a sus caballos y se dispusieron a huir y a disparar sus armas. Separábalos una distancia no mayor de cien pasos. Luego quedáronse contemplando uno a otro durante algunos minutos.

-Buenos días, amigo-dijo el desconocido soltando el revólver.

-Muy buenos-contestó secamente Duane.

Librodot

Avanzaron los dos, acortando así la distancia que les separaba, y volvieron a detenerse.

-Ya veo que no es usted guardia rural - dijo el jinete -, y, por mi parte, le aseguro que tampoco lo soy.

Y se echó a reír a carcajadas, cual si hubiese dicho una agudeza.

-Y, ¿cómo sabe usted que no soy guardia rural? -preguntó Duane con la mayor curiosidad.

A su vez, también había adivinado que aquel jinete no era agente de la autoridad, ni siquiera un vaquero que siguiese la pista del ganado robado.

-Muy sencillo -contestó el jinete haciendo andar unos pasos a su caballo- Un guardia rural nunca se dispondría a huir de otro hombre.

Se echó a reír de nuevo. Era un hpmbre pequeñito, flaco pero vigoroso ; vestía bastante mal, iba armado hasta los dientes y montaba un hermoso caballo bayo. Tenía los ojos pardos, vivos y perspicaces, a la vez francos y atrevidos, y el rostro, rudo y bronceado. Resultaba evidente que aquel hombre era un malhechor, aunque no de los peores.

Así lo, comprendió Duane inmediatamente, admirando la sagacidad de un hombre que tan pronto había adivinado que él era un fugitivo.

-Me llamo Lucas Stevens y vengo del río. Y usted, ¿quién es?-preguntó el desconocido.

Duane guardó silencio.

-Casi tengo la seguridad de que es usted Buck Duane -continuó diciendo Stevens-. Me han dicho que, con un revólver en la mano, es usted peligroso.

Aquella vez Duane se rió, no por el dudoso cumplido que acababa de dirigirle aquel hombre, sino por la idea

de que el primer forajido con quien se topaba le conociese ya. Allí tenía un ejemplo de la rapidez con que, por los límites de Texas, viajaban las noticias relacionadas con algún desafío a tiro limpio.

-Bueno, Buck - dijo Stevens con acento cordial -, no quiero hacerle perder el tiempo, ni solicito su compañía. Comprendo que se dirige usted al río. Pero, ¿quiere usted detenerse lo suficiente para dar algo que comer a su compañero?

-También yo estoy sin provisiones y con hambre - contestó Duane.

-Ya veo que ha fatigado usted bastante a su caballo. Le aconsejo que se provea de lo necesario antes de aventurarse por esta región.

Levantó el brazo derecho para indicar el Sudoeste y lo movió describiendo con la mano un semicírculo para indicar la existencia de una región vasta y desolada.

-¿Cómo voy a proveerme? -preguntó Duane, visiblemente preocupado.

-Como sea. Es preciso comer. Si no hay otro remedio, puede uno prescindir del whisky, pero no se puede vivir sin comer. Eso es lo que hace tan molesto el viajar por estos lugares, huyendo de la propia sombra. Ahora me dirijo a Mercer. Es una aldehuela que hay río arriba. Veré si puedo encontrar algunas provisiones.

El tono de Stevens era cordial en extremo. Se veía que estaba dispuesto a aceptar la compañía de Duane, aunque no lo manifestase abiertamente. Pero el joven guardaba silencio y, en vista de ello, Stevens añadió -Sepa usted, amigo, que, en este país, dos personas son mucha gente. Además, la seguridad es mucho mayor yendo acompañado. A mí no me ha gustado mucho el papel de lobo solitario, pero me he resignado a él cuantas

veces ha sido menester. Resulta muy fastidioso viajar solo. Y, por mi parte, estaba ya tan aburrido, que incluso deseaba toparme con algún guardia rural para que me prendiese. Siempre he deseado tener un compañero. Es posible que usted no se sienta inclinado a serlo mío; por mi parte, no quiero pedírselo; pero aceptaría muy satisfecho su compañía, si usted me la ofreciera.

-¿Es posible? ¿Le gustaría a usted que yo le acompañase? -preguntó Duane.

-¡Ya lo creo! - contestó Stevens. sonriendo -. Me sentiría orgulloso yendo en compañía de un hombre de su fama.

-A usted le han informado mal-se apresuró a declarar Duane.

-La modestia sienta muy bien a los jóvenes. Me revientan los fanfarrones. Y tampoco me agradan esos cowboys camorristas que siempre andan buscando pendencia y no hablan más que de pegar tiros al lucero del alba. Es cierto que no tengo muchas noticias de usted, Buck; pero todos los que han vivido en la frontera de Texas recuerdan mucho a su padre. Por eso era usted obieto de la curiosidad general y ya gozaba de gran fama antes de que empuñase el revólver por primera vez. Me han dicho que lo hace usted con la rapidez del rayo y que, cuando dispara, un solo naipe es capaz de cubrir los seis balazos de su revólver. Eso es lo que se dice por la frontera, y tal fama se difundirá por aquí con la mayor rapidez, contribuyendo poderosamente a su seguridad, no lo dude. Ésta es la tierra de los buenos tiradores. Usted es casi un niño, aunque ya se ve que tiene el corazón en su sitio. Por mi parte, Buck, no soy ningún pollito y hace ya mucho tiempo que ando fugitivo. Mi compañía en nada le ha de perjudicar y podrá, en cambio, proporcionarle algunas ventajas, ya que, por lo menos, necesita conocer el país.

En las palabras de aquel proscrito había un extraordinario acento de sinceridad y simpatía.

-Creo que tiene usted razón - replicó Duane -. Y, por consiguiente, le acompañaré a Mercer.

Poco después cabalgaban los dos fugitivos como antiguos camaradas. Duane nunca fue muy hablador, y en aquella ocasión las palabras parecían obstinarse en no querer salir de su boca; mas, al parecer, aquello no le importaba a su compañero. Era un individuo locuaz y comunicativo que, probablemente, se alegraba de oír el sonido de su propia voz. Duane le escuchaba y a veces pensaba, con dolor, en la fama que, con su nombre y con su sangre, le había dejado su padre.

III

Aquel día, dos horas antes de ponerse el sol, Duane y Stevens, después de dejar descansar a sus caballos a la sombra de unos mezquites, a corta distancia de Mercer,. volvieron a ensillarlos y se prepararon a continuar el camino.

-Como vamos en busca de provisiones y no de jaleo, Buck, creo que lo mejor sería que se quédase usted por aquí-dijo Stevens mientras montaba a caballo-. Ya sabe usted que, en los pueblos, los sheriffs y los guardias rurales nunca pierden de vista a los forasteros. Muchas veces olvidan a los antiguos, a excepción de los más peligrosos. En Mercer nadie se fijará ya en mí. Hay que tener en cuenta que, por lo menos, un millar de hombres habrán venido a esta orilla del río huyendo de la justicia. Es posible que mi

pecado continué persiguiéndome, a pesar de mis buenas intenciones. Y en tal caso no hay duda de que..

Hizo una pausa muy significativa. Sonrió y sus pardos ojos miraron con alegre ironía.

-¿Tiene usted dinero, Stevens? - pregunto Duane.

-¿Dinero? -exclamó Lucas, muy asombrado-. Mire, no tengo ni un centavo desde..., en fin, desde hace bastante tiempo.

-Pues yo le dare lo necesario para comprar provisiones -replicó Duane -. Y también para whisky, siempre y cuando me prometa volver en seguida, evitando disgustos.

-No hay duda de que es usted un excelente compañero -declaró Stevens, admirado, mientras tomaba el dinero -. Le doy mi palabra, Buck, y le aseguro que nunca he faltado a ella. Ahora, pues, ocúltese y tenga la certeza de que volveré muy pronto.

Dicho esto, espoleó a su caballo y salió de entre los mezquites en dirección a la ciudad. A un cuarto de milla, Mercer no parecía ser más que un pequeño grupo de casitas de adobe construidas en una alameda. En los campos de alfalfa pacían algunos caballos y otras cabezas de ganado. Duane vio también a un pastor que guiaba un escuálido rebaño.

En aquel momento, Stevens se perdió de vista, al internarse en la población. Duane espero, confiado en que el proscrito cumpliría su promesa. Tal vez no habría transcurrido un cuarto de hora, cuando pudo oír claramente los disparos de un fusil Winchester, el golpeteo rápido de los cascos de un caballo sobre el duro suelo y unos gritos que indicaban peligro para un hombre como Stevens. Duane se apresuró a montar y se dirigió al lindero de los mezquites.

En el camino, a lo lejos, descubrio una nube de polvo y, poco después, vió un caballo bayo que se acercaba al galope. Al parecer, Stevens no había sido herido por ninguno de los disparos, porque se sostenía muy bien sobre la silla, demostrando ser un formidable jinete. En el arzón delantero llevaba un voluminoso envoltorio y tenía la cabeza vuelta para mirar hacia atrás. Habían cesado ya los disparos, pero, en cambio, aumentaron los gritos. Duane vio correr a varios hombres que, al mismo tiempo, agitaban los brazos. Luego espoleó al caballo, con objeto de echar a correr para no quedarse detrás de Stevens.

En aquel momento, el fugitivo se reunió con él. Sonreía, pero sus ojos denotaban la inquietud que le poseía. Su rostro estaba, además, algo más pálido que de costumbre.

-Apenas salí de la tienda-grito Stevens-tropecé con un ranchero... que me conocía. Y, sin malgastar palabras, empezó a disparar su fusil. Supongo que nos perseguirán.

Recorrieron varias millas sin apreciar síntomas de persecución; mas al descubrir algunos jinetes que salían de entre unos álamos, Duane y su compañero aceleraron todo lo posible la velocidad de sus cabalgaduras.

-Poco han de preocuparnos esos jinetes - dijo Stevens.

Duane tenía la misma opinión y por eso no se molestó en mirar hacia atrás. Galopaba delante de su compañero v podía oír perfectamente la rápida carrera de un caballo a su espalda, lo que le demostraba que Stevens le seguía de cerca. A la puesta del sol llegaron al río y al saucedal. El caballo de Duane estaba ya sin aliento, cubierto de sudor y de espuma. Pero hasta que hubieron cruzado la corriente no pudo dar descanso al pobre animal. Stevens seguía cabalgando a lo largo de la arenosa orilla. De pronto se tambaleó. Entonces, profiriendo una exclamación de sorpresa, Duane echó pie a tierra y corrió al lado de su compañero.

Éste estaba enormemente pálido y tenía el rostro cubierto de grandes gotas de sudor. Además, la pechera de la camisa estaba teñida en sangre.

-¿Está usted herido? - exclamó Duane.

-Sí, señor; lo estoy. Haga el favor de ayudarme a descargar este fardo.

Duane levantó el pesado bulto, que dejó en el suelo, y luego ayudó a Stevens a desmontar. El proscrito tenía los labios cubiertos de espuma rojiza y, además, escupía sangre.

-Pero ¿por que no me lo decía antes? -exclamó Duane -. ¿Cómo me había de figurar esto? Al parecer estaba usted perfectamente.

-Es posible que Lucas Stevens sea tan charlatán como una vieja, pero a veces es capaz de no pronunciar una sola palabra. Además, no habría servido de nada.

Duane le ayudó a sentarse, le quitó la camisa y le lavó la sangre que tenía en el pecho y en la espalda. Stevens había recibido un tiro en el pecho, bastante bajo, habiéndole atravesado la bala de parte a parte. Por esta razón, su carrera a caballo, con fuerzas todavía para impedir que se le cayera el fardo, que llevaba atravesado en la silla, resultaba una hazaña maravillosa. Duane no comprendía cómo pudo llevarla a cabo. El estado del herido era tal, que Duane perdió en seguida toda esperanza de salvarle. Sin embargo, le curó las heridas, vendándoselas lo mejor que pudo.

-Ese 'individuo se llama Brown - dijo Stevens -. Disputamos por un caballo que yo le había robado, en Hunstville. Luchamos entonces a tiro limpio. Hoy, cuando me disponía a salir de Mercer, vi a ese Brown mucho antes de que él me hubiese descubierto. Hubiera podido matarlo a mansalva, pero no quise faltar a la palabra que le di a usted antes de separarnos, e hice todo lo posible para que mi enemigo no me viese. Pero me descubrió y se apresuró a disparar sobre mí. ¿Qué opina usted de mi herida?

-No me gusta nada-contestó Duane, sin alma para mirar cara a cara al fugitivo.

-Tampoco a mí. Sin embargo, he recibido algunas heridas graves y de todas me he curado. Por eso creo que también podre sanar de ésta. Ahora, Buck, búsqueme usted un buen sitio en el saucedal, déjeme un poco de comida y de agua al alcance de la mano y aléjese cuanto antes.

-.Quiere que le deje solo? - preguntó Duane con seco acento.

-¡Claro! Ya comprenderá usted que no puedo seguirle. Brown y sus amigos nos buscarán también por esta orilla del río. En esta clase de asuntos, lo primero siempre es salvarse.

-Usted, en mi caso, ¿que harta?-preguntó Duane con la mayor curiosidad.

-Confieso que me alejaría para salvar la piel -replicó Stevens.

Duane sintió cierta inclinación a dudar de las palabras del proscrito. Luego, sin pronunciar más palabras, decidió la conducta que debía seguir. Ante todo abrevó los caballos, luego llenó las cantimploras y el odre, ató el fardo a la silla de su propia caballo, y, hecho esto, levantó a Stevens, lo puso sobre su cabalgadura y, sosteniéndolo sobre la silla, volvió a internarse por el saucedal, teniendo el mayor cuidado de escoger terrenos duros o herbosos, en donde quedaran débiles huellas de su paso. Precisamente al oscurecer encontró un sendero que, según le dijo Stevens, era muy bueno para llegar a una desierta región.

-Me parece que obraríamos con gran prudencia continuando la marcha durante la noche... hasta que me caiga-dijo Stevens, riéndose.

Durante toda aquella noche, Duane, malhumorado y preocupado, aunque sin dejar de

atender al herido, siguió aquel sendero y no se detuvo hasta el amanecer. Estaba fatigadísimo y hambriento. Stevens tenía muy mal aspecto, aunque seguía mostrándose animoso y alegre. Duane se preparó para acampar. El fugitivo no quiso tomar ningún alimento. Únicamente bebió un poco de whisky con agua. Después se tendió en el suelo.

-Buck, ¿quiere usted descalzarme? - preguntó, con débil sonrisa en su pálido rostro.

Duane le quitó las botas, preguntándose si el hombre desearía morir sin llevarlas puestas. Pero Steven pareció leer su pensamiento.

-Buck, sepa usted que mi padre solía decir que o nací para la horca. Pero no es cierto. Por eso siempre me ha repugnado la idea de morir con las botas puestas.

-No se ponga en lo peor. Es muy posible que aún se cure usted de esta herida - observó Duane.

-Es verdad. Pero, de todos modos, prefiero estar descalce, por si acaso. Y ahora, amigo, sepa usted que, si me muero, debe acordarse de que yo le agradezco mucho su bondad.

Dicho esto, cerró los ojos y pareció quedar dormido.

Duane no pudo encontrar agua para los caballos, pero. en cambio, halló hierba cubierta de rocío, en medio de la cual los dejó con las patas trabadas. En seguida se puso a preparar la comida, acuciado por el hambre. Los rayos del sol empezaban ya a calentar cuando se tendió a dormir, no despertándose hasta que el astro del día estaba ya en su ocaso. Por la pesada respiración de Stevens, Duane comprobó con júbilo que su compañero vivía aún. Los caballos no se habían alejado. Todo continuaba tranquilo y reinaba el silencio, sólo interrumpido por los insectos entre la maleza. Duane escuchó con atención y luego se levantó, vendo en busca de los caballos.

Al regresar con ellos. encontró despierto a Stevens, con los ojos brillantes, alegre como siempre y, al parecer, más fuerte.

-Bueno, Buck todavía estoy con usted y en situación de continuar el viaje durante la noche -dijo-. Me parece que, por ahora, lo único que necesito es un buen trago de esa cantimplora-la señaló-. ¿Quiere usted alcanzármela? Gracias. ¡Esto da la vida! Esta tarde ya no echo sangre. Tal vez sea que no me queda ya ni una gota en las venas.

Una vez Duane hubo comido apresuradamente, volvió a empaquetar los escasos utensilios y ensilló los caballos, en tanto que Stevens continuaba hablando. Parecía tener mucha prisa en dar detalles a Duane acerca de aquella comarca. Otra noche de marcha le pondría a salvo de toda persecución cerca de Río Grande y de los escondrijos de los forajidos.

En cuanto llegó la hora de volver a montar a caballo, Stevens dijo:

-Me parece que podría usted volver a ponerme las botas.

Aquella noche viajaron mucho mejor por el sendero, bastante ancho para dar paso a dos caballos a la vez, por cuyo motivo, Duane pudo sostener con más facilidad a Stevens en la silla.

Lo más pesado era lograr que los animales marcharan constantemente al paso, porque estaban acostumbrados al trote, lo cual no convenía a Stevens en manera alguna. Por el Oeste fue extinguiéndose poco a poco el rojizo resplandor del cielo. Persistió algún tiempo cierto reflejo luminoso y, por fin, las sombras de la noche invadieron la tierra, se acentuó el tono azul del cielo, e inmediatamente hicieron su aparición las estrellas. Poco después, Stevens cesó de hablar, desplomándose sobre la silla de su caballo. Duane continuó guiando las bestias al paso, y así transcurrieron, lentamente, las horas de aquella

Librodot

noche interminable. El joven llegó a tener la impresión de que nunca más volvería a ver brillar la aurora. La melancolía y la tristeza de aquella inmensa llanura llegaron a turbar su espíritu hasta los lindes de la locura. Por fin, como salidos de la eternidad, los primeros albores del amanecer empezaron a borrar las estrellas e iluminaron los mezquites y los cactos.

El día sorprendió a los fugitivos en un verde rincón, en el que acamparon junto a una pequeña corriente de rocosas orillas. Stevens cayó como una masa inerte en los brazos de Duane, quien comprendio en seguida que el proscrito acababa de realizar su último viaje a caballo. El herido se daba, a su vez, perfecta cuenta de ello, pero de su rostro no desaparecía su habitual expresión alegre.

-Mire, Buck, tengo los pies cansados, las botas me pesan mucho.

Y pareció quedar aliviado de una gran preocupación en cuanto Duane se las hubo quitado.

Aquella manía del herido con respecto a sus botas extrañó mucho a Duane. Rodeándole de todas las comodidades posibles, se ocupó despues un poco de sí mismo. El proscrito reanudó la conversación en el mismo punto en que la dejara la noche anterior.

-Esta senda se bifurca a cierta distancia de aquí, y cualquiera de las dos direcciones que tome usted le conducirá a un antro en donde hallará hombres quizá muy poco semejantes a usted, algunos como yo y, además, numerosos individuos que viven del robo de toda clase de ganado. La vida allí no es muy difícil, Buck, aunque a usted pueda parecerle lo contrario. Estoy persuadido de que usted no se mezclará con ellos, que preferirá ser un lobo solitario. Eso es evidente. La verdad es que, cuando un hombre es capaz de bastarse a sí mismo, y es, además, rápido en empuñar un arma, lo mejor que puede hacer, quizás, es llevar una vida de lobo solitario. De todos modos, yo no sabría qué aconsejarle, porque esos individuos de por ahí recelarán de un hombre que vaya solo y, por consiguiente, se apresurarán a matarlo si se les ofrece una oportunidad favorable.

Stevens pidió agua varias veces. Parecía, en cambio, que se hubiera olvidado de la existencia del whisky. Su voz se debilitaba por momentos.

-Cálmese y no se mueva-dijo Duane -. El hablar le debilita mucho.

-No importa. Seguiré hablando mientras me quede un hálito de vida-replicó con testarudez-. Mire, compañero, lo que voy a decirle le será bastante útil. En cuanto salgamos, mejor dicho, en cuanto salga usted de este campamento, encontrará a numerosos individuos, pero ninguno de ellos será un hombre honrado. De todos modos, los hay que conservan aún algún buen sentimiento. Por espacio de muchos años he vivido en las proximidades del río. Existen tres grandes cuadrillas de forajidos. King Fisher... supongo que ya le conoce, porque pasa mucho tiempo viviendo entre las personas respetables. King es un excelente muchacho. No le obligará a formar parte de su banda a la fuerza. Cheseldine, que suele acampar en Rim Rock, río arriba, es el jefe de numerosos forajidos. Nunca le he visto, aunque una vez estuve en su campamento. En los últimos años se ha enriquecido considerablemente y suele vivir oculto. En cuanto a Bland... Conozco a Bland desde hace muchos años y no puedo decir nada bueno de él. Éste capitanea la banda más formidable de todas. No podrá usted evitar el encuentro, un día u otro, con alguno de los individuos que la componen. Su campamento es casi un pueblo, en el que el juego y los desafíos a balazos son el pan de todos los días. A manos de Bland han muerto unos veinte hombres, sin contar los mejicanos.

Stevens tragó un sorbo de agua, descansó un momento y luego continuó:

-No creo que haga usted buenas migas con Bland.

Es usted demasiado apuesto y guapo para resultar simpático al jefe, porque es muy celoso y tiene varias mujeres en su campamento. Su habilidad en el manejo del revólver no es tampoco ninguna buena recomendación, para el. Bland no es ningún tonto y, además, tiene mucho. apego a la vida, por cuyo motivo le preparará astutas emboscadas. Por estas razones, si resuelve no vivir solo, más: le valdrá unirse con cualquiera de las otras dos cuadrillas.

Con estas palabras, Stevens terminó, al parecer, sus consejos y recomendaciones. Cerró los ojos y permaneció un buen rato en silencio. Mientras tanto, el sol aumentaba la intensidad de sus rayos y la brisa hacía oscilar las ramas de los mezquites ; los pájaros fueron a tomar sus baños matinales en la pequeña corriente; Duane dormitaba cómodamente recostado contra una roca, despertándose de cuando en cuando. Luego, Stevens volvió a hablar, pero en tono algo distinto.

-Mi agresor se llama Brown - dijo -. Disputamos a causa de un caballo que le robe... en Huntsville. Él lo había robado primero. Brown es uno de los que obran siempre con disimulo, que temen hacer las cosas a cara descubierta y que fingen una honradez de la que carecen. Oiga, Buck, es muy posible que algún día encuentre a ese Brown. Usted y yo somos ahora compañeros...

-Me acordaré, si le encuentro algún día-replicó Duane.

Esta promesa pareció satisfacer al fugitivo. Luego quiso levantar la cabeza, pero ya no tuvo fuerzas para ello. Una sombra extraña se extendía lentamente sobre su bronceado y duro rostro.

-Me pesan mucho los pies. ¿Está usted seguro de que: me ha descalzado?

Duane cogió las botas y se las mostró al moribunda,, aunque no estaba seguro de que pudiera verlas. El forajido cerró los ojos de nuevo y murmuró algunas palabras incoherentes. Luego se durmió. Duane creyó que aquel sueño sería el último. Transcurrió el día y Duane continuó observando a su compañero, en espera de su muerte. Hacia la puesta del sol, Stevens se despertó y sus ojos parecían estar más claros que antes. Duane fue en busca de un poco de agua fresca, creyendo que su compañero desearía beber. Pero, al regresar, Stevens no dio a entender que necesitase cosa alguna.

-Compañero... usted... me ha... cuidado... - murmuró el herido.

Duane observó un tono de alegría en la voz y noto una débil sorpresa en aquel rostro desencajado. Stevens parecía haberse convertido en un niño de corta edad.

Para Duane, aquel momento era triste, fundamental, enorme y tan misterioso, que no acababa de comprenderlo.

Enterró al proscrito junto a un arroyo de poca profundidad. y encima puso un montón de piedras, para señalar la tumba. Hecho esto, ensilló el caballo de su camarada, colgó las armas del arzón de la silla y, montando su propio corcel, se aventuró por el sendero, a la escasa luz del crepúsculo.

IV

Dos días después, Duane, a eso de media tarde, hizo subir a los dos caballos la última pendiente de una senda en extremo abrupta y se encontró en lo alto de Rim Rock, desde donde pudo ver, a sus pies, un hermoso y verdeante valle, cruzado por el amarillo y perezoso Río Grande, que brillaba a la luz del sol, así como también la enorme y solitaria estepa montañosa de Méjico, que se extendía hacia el sur.

No había topado con ningún viajero. Tomó los caminos que le parecieron mejores. No tenía la más ligera idea del lugar a que le condujeron, a excepción de que allí estaba el río y, probablemente, en aquel cerrado valle se hallaría la guarida de algún famoso bandolero.

No era de extrañar que los facinerosos viviesen seguros en aquel selvático refugio. Duane empleó los dos últimos días en ascender por el sendero más escarpado y difícil que viera en toda su vida. Luego, al contemplar el descenso que le esperaba, díjose que aquello sería lo más penoso de su viaje. Con toda probabilidad tendría que bajar coca de seiscientos metros para llegar al río. El valle, cubierto de alfalfa y de álamos, tenía forma de cuña y estaba limitado por desnudas paredes de amarilla roca. Resultaba delicioso y encantador para sus ojos fatigados, y deseoso de descender hasta allá y de encontrar un lugar en que poder entregarse al descanso, Duane no se detuvo a contemplarlo.

El sendero era tan empinado, que resultaba imposible bajar despacio. Él iba delante, seguido de los dos caballos, a cuyas pisadas caían las piedras rodando hacia el abismo. Pronto llegaron al valle, penetrando en él por el extremo de la cuña. Allí surgía de las rocas una corriente de agua clara, gran parte de la cual llenaba luego unas zanjas destinadas a la irrigación del valle. Los caballos calmaron la ardiente sed y, mientras tanto, Duane bebió también con la delicia y avidez propias del viajero del desierto que encuentra un manantial de agua pura. Volvió a montar luego a caballo y empezó a bajar por el valle, preguntándose que acogida hallaría si encontraba a alguien.

El valle era mucho más ancho de lo que parecía desde lo alto. Gran sorpresa causó a Duane ver lo bien regada que estaba la abundante hierba, los muchos árboles que había y los inteligentes métodos de su cultivo. Por doquier veíanse caballos y reses. Las casitas de ladrillo estaban circundadas de álamos. Duane vio a unos mejicanos que trabajaban en los campos y también algunos jinetes que iban de un lado a otro. De pronto pasó por delante de una casa, mayor que las demás, que se distinguía de las otras por su gran soportal. Una mujer, que le pareció joven y bonita, quedóse observándole desde la puerta. Pero nadie más llegó a darse cuenta de su presencia.

De pronto, el sendero fue adquiriendo la anchura de una carretera, hasta formar una especie de plaza, limitada por cierto número de rústicas construcciones de ladrillo y troncos. Allí pudo ver caballos, perros, un par de novillues, mujeres mejicanas con sus hijitos, y hombres blancos; pero lo más raro era que toda aquella gente parecía no dedicarse a cosa alguna. Su llegada no suscitó interés, hasta que se acercó a los hombres blancos que mataban el tiempo a la sombra de una casa. Ésta era, sin duda, a la vez tienda y garito, y desde el interior llegó a sus oídos el perezoso zumbido de unas voces.

Cuando Duane detuvo sus dos caballos y se disponía a echar pie a tierra, uno de los curiosos dijo a voces:

Librodot

-¡Así me muera si no es ése el caballo de Lucas:

Estas palabras suscitaron el interés incluso de los escépticos, levantándose todos para acercarse a Duane.

-¿Qué te parece, Euchre? ¿No es el bayo de Lucas? -preguntó el primero.

-No cabe la menor duda-replicó el individuo llamado Euchre.

-Hay que confesar que Bosomer tiene buena nariz -dijo otro, riéndose.

Aquellos individuos se alinearon ante Duane, mientras el contemplaba fríamente su mala catadura de bandidos. El individuo llamado Bosomer, que había dado un paso hacia delante, tenia una cara muy antipática, provista de un par de ojos pardos, una nariz enorme y un cutis de color terroso. El cabello era también de un tono terroso.

-¿Quién es usted, amigo? ¿Dónde demonio ha encontrado ese bayo? -preguntó.

Sus pardos ojos se clavaron en el caballo de Stevens, luego en las armas colgadas de la silla y, por fin, se volvió para mirar con su dura expresión al mismo Duane.

Disgustado éste por el tono con que se le dirigieron las preguntas, permaneció silencioso. No tardó en notar en su interior impulsos muy parecidos a aquella extraña sensación que, con tanta frecuencia, se apoderaba de él v que le decidió a salir al encuentro de Cal Bain. Pero ahora no sólo eran diferentes, sino también más poderosos.

-¿Quién es usted, amigo?-preguntó otro hombre, con cierta cortesía.

-Me llamo Duane - replicó secamente el joven.

-Y, ¿cómo es que tiene ese caballo en su poder?

Duane contestó con breves palabras y siguió un corto silencio, durante el cual aquellos hombres continuaron contemplándole. Luego Bosomer empezó a retorcer las puntas de su barba.

-No hay duda de que Lucas ha muerto, porque, de lo contrario, nadie habría sido capaz de quitarle el caballo y las armas-dijo entonces Euchre.

-Oiga usted, señor Duane -empezó diciendo Bosomer en voz baja y punzante acento-. Da la casualidad de que yo era el compañero de Lucas Stevens.

Duane miró a aquel individuo desde la punta de sus viejas y polvorientas botas hasta el extremo del ala de su sombrero. Aquella mirada pareció inflamar a Bosomer.

-¡Y quiero ese caballo y las armas! - grito.

-Usted, u otro cualquiera, puede quedarse con todo, porque a mi no me importan nada en absoluto ni el caballo ni las armas. No he hecho más que recogerlos. Pero el fardo que lleva el caballo es mío-añadió Duane -. Además, fui amigo del compañero de usted. Y, por otra parte, si no es capaz de hablar con cortesía, vale más que se calle.

-¿Cortesía? ¡Ja, ja, ja! - replico el forajido -. Tenga usted en cuenta que yo no le conozco. ¿Qué seguridad podemos tener de que no haya matado usted a Stevens para robarle el caballo y las armas y lueo haya venido a parar aquí sin proponérselo?

-No hay más remedio que dar fe a mis palabras - contesto secamente Duane.

-¿Sus palabras? No tengo ningún motivo para creerle. Además, yo era el compañero de Lucas.

Al decir esto, Bosomer dio media vuelta y, empujando a un lado y a otro a sus compañeros, penetro en el garito, en donde empezó a rugir.

Duane desmonto y soltó la brida sobre el cuello de su caballo.

-Tenga usted en cuenta, amigo, que Bosomer es un hombre muy arrebatado-dijo el llamado Euchre, que, contrariamente a los demás, no se mostraba hostil ni insultante.

En aquel momento aparecieron otros forajidos a la puerta, precedidos de un hombre

alto, casi gigantesco, cuya actitud daba a entender su condición de jefe. El rostro era anguloso; la barba, roja. Sus ojos claros, azules y fríos se fijaron en Duane de un modo escrutador. No era tejano, y Duane se fijó, además, en el detalle de que ninguno de los forajidos parecía hijo de la region.

-Soy Bland -dijo aquel gigantesco hombre, con acento autoritario -. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

Duane miró a Bland del mismo modo que a los demás. Aquel jefe de bandidos parecía ser razonable, aunque no se mostrase cortés. Y el joven volvió a referir 1a historia, aunque esta vez con mayor detalle.

-Le creo -dijo al fin Bland -. A mi no se me engaña fácilmente.

-Creo que está usted en lo cierto-dijo Euchre a su vez -. Ese detalle de que Lucas quería morir descalzo me ha convencido. El pobre muchacho tenía un miedo horrible a morir con las botas puestas.

Al oír la salida, el jefe y sus hombres se echaron a reír.

-¿Ha dicho usted que se llama Duane... Buck Duane? -preguntó Bland -. ¿Es usted hijo de aquel Duane, excelente tirador y hombre de pelo en pecho, que murió hace algunos años?

-Sí -contestó el joven.

-No llegue a conocerle personalmente y me alegro de ello - observó Bland con irónico acento -. ¿De modo que se metió usted en un mal paso y ha tenido que huir? ¿Que le ocurrió?

-Tuve una cuestión.

-¿Una cuestión? ¿Querrá usted decir que utilizó el revólver? -preguntó Bland con acento de intensa curiosidad.

-Sí, la cuestión terminó revólver en mano. Siento tener que decirlo -contestó Duane.

-Me parece innecesario preguntar al hijo de Duane si mató a su enemigo - observó Bland con irónico acento -. Bueno, siento mucho que haya llegado usted a mi campamento para ser mal recibido por uno de mis hombres. En vista de ello, creo que sería muy prudente, por su parte, no exhibirse demasiado por aquí.

-¿Debo entender que, con la mayor cortesía, me indica usted la conveniencia de que me marche? -preguntó tranquilamente Duane.

-No es eso precisamente -contestó Bland, irritado, al parecer-. Si existe algún lugar libre en la tierra, con seguridad es este. Aquí todos somos iguales. ¿Quiere usted ingresar en mi banda?

-No, señor.

-Bueno, aunque lo hiciera usted, eso no contendría a Bosomer. Es un hombre de muy mal carácter. Uno de los pocos pistoleros que conozco que siempre está deseoso de matar a alguien. Los hombres como él tienen, a veces, motivos agradables; pero Bosomer siempre está del mismo humor y todo lo ve rojo. Por eso, y en su propio beneficio, le aconsejo que no se entretenga por estos lugares.

-Gracias; pero si no es más que eso, me quedare -replicó Duane, quien, mientras hablaba, comprendía que no se conocía a sí mismo.

Apareció Bosomer en la puerta, empujando a sus compañieros que querían detenerle, y al librarse de la última mano que le impedía el paso, profirió un gruñido propio de perro encolerizado. Sin duda alguna, los pocos minutos que pasó dentro del garito estuvo bebiendo y reconviniéndose, lleno de ira. Bland y los otros forajidos se apartaron con

viveza, dejando solo a Duane. Cuando Bosomer le vio en pie, inmóvil y vigilante, se opero en él un rápido cambio. Se detuvo en el acto y al observarlo los hombres que le seguían, se atropellaron casi, en su prisa de situarse a un lado.

Duane observo aquellos rápidos movimientos e instintivamente comprendió su significado, y la razón del repentino cambio de Bosomer. El forajido, que no era tonto, había esperado verse ante un antagonista que emprendiera la fuga, o que, por lo menos, demostraría un poco de miedo. Duane estaba seguro de no expresar nada de aquello. Sentíase firme, como si fuese de hierro, a pesar de que las emociones se sucedían rápidas en su interior. Parecíale que aquella situación le era ya en extremo conocida y familiar. Comprendía sin dificultad las intenciones de aquel Bosomer de pardos ojos. El forajido salió del garito con el decidido propósito de matarle. Y ahora, aunque algo asombrado al notar que el desconocido no huía, seguía animado por la misma intención. A semejanza de muchos bandidos de su calaña, era víctima de la pasión de matar por el sólo gusto de derramar sangre. Duane adivinó que Bosomer no se sentía arrastrado por ninguna animosidad repentina. Sencillamente aprovechaba una oportunidad favorable para cometer un asesinato. Era muy probable que, incluso, hubiese olvidado el pretexto de la riña.

No pronunció ni una sola palabra. Permaneció inmóvil un momento, mirando fijamente al joven con sus pálidos ojos. Su mano derecha, mientras tanto, parecía más bien una garra.

Aquel instante permitió a Duane leer en los ojos de su enemigo el pensamiento que precedía a la acción. Por su parte, no quería matar a otro hombre. Y, sin embargo, veíase obligado a lisiar a Bosomer. En cuanto la mano de éste inició un movimiento, ya el revólver del joven estaba vomitando fuego. Se oyeron tan sólo dos tiros, ambos del revólver de Duane, y el forajido cayó con el brazo derecho destrozado. Bosomer profirió algunas blasfemias y se revolvió en el suelo, tratando de empuñar el revólver con la mano izquierda. Sin embargo, como sus camaradas vieron que el joven no quería matarle, de no verse obligado a ello, rodearon a Bosomer y le impidieron cometer otra locura.

V

Entre todos los bandidos presentes, Euchre parecía ser el más inclinado a demostrarle sus sentimientos amistosos; guió a Duane y los caballos hacia una cabaña de adobe. Ató los últimos bajo un cobertizo y les quitó las sillas. Luego, tras recoger las armas de Stevens, invitó al joven a entrar en la casa.

Ésta tenía dos habitaciones, las ventanas carecían de postigos y el suelo era de tierra. Una de las estancias contenía mantas, armas, sillas y bridas; la otra, un hogar de piedra, una mesa y un banco muy toscos, dos literas, un armario hecho con cajones, y varios ennegrecidos utensilios de cocina.

-Considerese usted en su casa, mientras quiera permanecer aquí - dijo Euchre -. No soy rico en bienes terrenales, pero le ofrezco cuanto poseo y le doy la bienvenida a mi casa.

-Muchas gracias. Me quedaré aquí para descansar. Estoy derrengado -replico Duane.

-Pues vaya usted a dormir. Yo me encargaré de llevar sus caballos a pacer.

Euchre dejó a Duane solo en la casa. El joven se desperezó y, con gesto maquinal, se limpió el sudor del rostro, presa de una especie de pasmo o sorpresa, que tardaba en desaparecer. En cuanto se tranquilizó un tanto se quitó la chaqueta y el cinturón y se acomodó entre las mantas. Y pensó que si descansaba o dormía, eso no cambiaría en nada lo que había de ocurrirle al día siguiente. Ni el descanso ni el sueño podrían alterar el aspecto poco seductor del porvenir. Se alegró al ver que Euchre entraba y empezaba a ir de un lado a otro, y por primera vez se fijó en aquel hombre.

Euchre no era joven. Su cabello, escaso, era gris y llevaba afeitado su arrugado rostro; miraba con ojos semicerrados, a consecuencia de la larga costumbre de hacerlo a la luz del sol y por entre el polvo. Aquel hombre se inclinó y, a pesar de que su cuerpo era flaco, el joven pudo darse cuenta de que poseía un vigor y una resistencia extraordinarios.

-¿Quiere usted beber o fumar? -preguntó.

Duane meneó la cabeza. Había bebido a veces una copita de whisky y también, desde los dieciséis años, fumó con moderación. Mas ahora, si bien le pareció raro, hallaba desagradable la idea de apelar a los estimulantes. No comprendía claramente sus sentimientos. Tuvo una vaga idea de que por sus venas circulaba algo salvaje que le infundía miedo.

Euchre movió la cabeza con expresión de simpatía.

-Supongo que estará usted algo impresionado. Cuando se trata de tiros, yo echo a correr. ¿Cuántos años tiene usted?

-Veintitrés -contestó Duane.

Euchre demostró gran sorpresa.

-En tal caso, es usted un niño todavía. Me figuré que por lo menos tendría treinta años. Y quiero decirle, Buck, que he oído cuanto refirió usted a Bland y de acuerdo con mi propia opinión, veo que todavía no es usted un criminal. El disparar unos tiros de revólver en defensa propia no es ningún crimen.

Duane, que encontraba cierto alivio hablando, le dio algunas noticias más acerca de sí mismo.

-¡Oh! -replicó Euchre -. Hace muchos años que vivo cerca del río y he visto llegar, fugitivos, a centenares de muchachos. Pero muchos de ellos no valían nada, aunque esos duran poco. Esta región del río ha sido y es el refugio de los criminales de todos los Estados. He conocido a cajeros de Banco, falsificadores, ladrones vulgares, asesinos y demás individuos parecidos; pero ninguno de ellos tenía nada que hacer en la frontera de Texas. Los individuos como Bland son excepcionales. Como habrá usted notado, no es hijo de Texas. La pandilla que tiene a sus órdenes procede de mil sitios distintos y todos ellos son individuos de cuidado. De eso puede estar seguro. Aquí llevan una vida fácil y hasta engordan, de modo que si no fuese por las luchas que sostienen entre sí, acabarían por ser demasiado numerosos. El Rim Rock no es ningún lugar apropiado para una persona pacífica y decente. Me he enterado de que no quiere usted ingresar en la banda de Bland. Eso, desde luego, no despertará su simpatía. ¿Tiene usted dinero?

-No mucho - contestó Duane.

-¿Sería usted capaz de vivir del juego? ¿Es usted hábil con los naipes en la mano?

-No.

-¿No quiere dedicarse a robar caballos, o ganado?

-No.

-Bueno, pues, cuando se le haya agotado el dinero, ¿de qué demonio va a vivir? Aquí no hay trabajo para las personas decentes. No es posible que viva en compañía de los mejicanos. Además, los hombres de Bland le pegarían a usted un tiro en cuanto le viesen en los campos. ¿Qué hará usted, pues?

-¡Dios lo sabe! -repitió Duane, desanimado a más no poder-. Haré que el dinero me dure lo más posible y luego, si es preciso, me moriré de hambre.

-Yo soy muy pobre, pero no se morirá usted de hambre mientras me quede algo.

A Duane le llamaron de nuevo la atención aquellos sentimientos humanos y bondadosos que ya observara en el mismo Stevens. Al pensar en los forajidos, el joven no pudo imaginarse nunca que fueran capaces de tales sentimientos, ni de virtud alguna. Para él, como para el mundo en general, no podían ser más que hombres en extremo viciosos, desprovistos hasta de la más pequeña virtud que pudiera redimirles.

-Le estoy muy agradecido, Euchre - replicó Duane -. Pero, como comprenderá perfectamente, no quiero vivir con nadie si no puedo pagar mi parte.

-Haga lo que más le guste, amigo -replicó Euchre con acento de buen humor-; usted encárguese de encender el fuego y yo me ocuparé de buscar comida. Tenga en cuenta que ya soy perro viejo y sepa que no existe hombre en el mundo capaz de quitarme el pan.

-Pero, ¿cómo pueden ustedes renovar sus provisiones? -preguntó Duane, recordando la casi inaccesible naturaleza de aquel valle.

-Una parte procede de Méjico y la otra llega por el río. El viaje por la corriente facilita mucho las cosas. Hay más de quinientas millas hasta el punto de abastecimiento más próximo. Bland tiene mozos y remeros mejicanos. Algunas veces también va a buscar provisiones río abajo.

Tenga usted en cuenta que Bland vende millares de reses a Cuba, y todo ese ganado tiene que llevarse por el río basta tos buques que se encargan de transportarlo a su desuno.

-¿Y adonde demonio llevan el ganado río abajo? - preguntó Duane.

-Ese secretó no me pertenece -replicó secamente

Euchre -. En realidad, lo ignoro. Muchas veces he robado ganado a las órdenes de Bland, pero nunca me envió -con el hasta su destinó.

Duane experimentó cierto placer al darse cuenta de -que se había despertado su interés. Sentía gran curiosidad por Bland y su cuadrilla, y se alegraba de tener algo en que pensar. Con gran frecuencia era víctima de una sensación muy desagradable, que casi le resultaba dolorosa. Deseaba olvidar y en la siguiente media hora lo consiguió y hasta con gusto ayudó a preparar la comida. Euchre, después de fregar y colgar en la pared varios utensilios de cocina, se puso el sombrero y dio media vuelta para salir.

-venga conmigo, o quédese, como prefiera-dijo a Duane.

-Me quedaré -contestó el joven.

El viejo forajido salió de la casa y se alejó silbando alegremente.

Duane miro a su alrededor en busca de un libro, de un periodico o de algo para leer; pero todo lo que pudo hallar consistía solamente en algunas palabras impresas en las cajas de cartuchos y un anuncio que había en la parte posterior de una bolsa de tabaco. No tenía, pues, nada en que ocuparse. Había descansado y no quería tenderse de nuevo. Empezó a ir de un lado a otro, recorriendo la estancia en toda su longitud, y, mientras lo hacía, volvió a sumirse, de acuerdo con la costumbre últimamente adquirida, en tristes

reflexiones acerca de su desgracia.

De pronto se irguió. Sin darse cuenta había empuñado el revólver. Y en pie como estaba, con la brillante y fría arma en la manó, la contempló consternado. ¿Por que la empuñó? Con dificultad repasó sus pensamientos, pero no pudo hallar ninguno que explicase su acto. Descubrió, sin embargó, que tenía una notable tendencia a dejar caer la manó hacia la pistolera. Esto podría deberse a la costumbre y a la larga práctica en empuñar y disparar el revólver. De igual modo podía obedecer, también, a alguna sensación sutil que no merecía por completo el nombre de idea o pensamiento, y que se relacionaba, de un modo íntimo e inevitable, consigo mismo y con el arma. Se asombro al observar que, a pesar de la cólera que sentía contra su destino, tenía más deseos que nunca de vivir. De haberse hallado en una situación desgraciada, pero sin que nadie quisiera encarcelarlo o quitarle la vida, aquella pasión ardiente que le impulsaba a salvarse no habría sido tan poderosa. Era cierto que la vida no le ofrecía ningún futuro alegre. Ya empezaba a desesperar de que algún día le fuese posible volver a su casa. En cambio, el entregarse como un cobarde, permitir que lo esposaran y lo encarcelasen, huir de un cowboy borracho y fanfarrón, o dejar que algún bandido de la frontera le pegase un tiro a sangre fría, con el único objeto de poder añadir una muesca a la culata de su revólver... todas aquellas cosas eran imposibles para Duane, que poseía un temperamento luchador. En aquella hora, solamente se rindió al destino, al espíritu que acababa de nacer en él. En adelante, aquel revólver formaría parte de su propia vida. Y de nuevo reanudó una práctica que hacía tiempo había olvidado : la de sacar el arma con rapidez. Aquello era ya una ocupación seria, importantísima, de la que podía depender su propia vida. No necesitaba practicar el tiro, porque su habilidad en dar en el blanco era un don natural en él y estaba seguro de su precisión. Sin embargo, aún podía mejorar y aumentar la rapidez en empuñar el arma, esforzándose en adquirir la máxima celeridad posible. Alternativamente se detuvo en su paseo, lo continuó, se sentó, se tendió luego y hasta adoptó las posiciones más incómodas; en cada una de ellas se esforzó en empuñar rápidamente el arma y no cesó en aquel ejercicio hasta que se halló fatigado, con el brazo dolorido y la mano ardiente. Decidió continuar tal práctica todos los días y se dijo que ello le ayudaría a entretener el tiempo.

Más tarde salió de la cabaña para gozar de la fresca sombra de !os álamos. Desde allí podía contemplar una gran parte del valle. En distintas circunstancias, Duane habría gozado con tan hermoso paisaje. La cabaña de Euchre se hallaba casi junto al lugar en que se iniciaba la pendiente de! tajo, y así Duane, después de ascender para situarse a una escasa altura, pudo contemplar el valle entero. No cabía ninguna duda de que se hallaba en uno de los poblados de los forajidos. Vio a muchos mejicanos, que, como es natural, sostenían cordiales relaciones con Bland. Tambien divisó unos enormes botes, de fondo plano y tosca construcción, amarrados a lo largo de las orillas de la corriente. El Río Grande deslizaba sus aguas por entre los acantilados. Cruzaba la ancha comente amarilla un cable muy encorvado y hundido en el agua por el centro, y anclada en la orilla opuesta veíase una vieja chalana, que evidentemente se utilizaba como barca de pasaje.

El valle constituía un retiro ideal para una pandilla de proscritos que operasen en grande escala. Apenas habían de temer ninguna persecución más allá de los interrumpidos caminos del Rim Rock. En cuanto al extremo abierto del valle, podía defenderse contra cualquier número de hombres que llegase por el río. También resultaba fácil y rápido el acceso a Méjico. Pero lo que más extrañaba a Duane era cómo podría

Librodot

Bland transportar el ganado río abajo, y se preguntaba si lo llevaría a la costa utilizando embarcaciones.

Sin duda, Duane paso mucho rato en la colina, porque al regresar a la cabaña vio que Euchre estaba muy ocupado junto a la hoguera.

-Bueno, veo que ya no está usted de mal humor -dijo al saludarle-. Siéntese y pronto comeremos. En este campamento hay, por lo menos, un hecho consolador.

-¿Cuál? -preguntó Duane.

-Que la carne es abundante. Y que no cuesta un cuarto.

-En cambio se obtiene por medio de largas y penosas cabalgadas, grandes molestias, remordimientos de conciencia y arriesgando la vida. ¿Verdad?

-No estoy muy seguro respecto a los remordimientos de conciencia. La mía no me ha molestado jamás. Y en cuanto a la vida, no olvide usted que en Texas tiene muy poca importancia.

-Vamos a ver: dígame usted quién es Bland- preguntó Duane cambiando rápidamente de conversación-. ¿Qué sabe usted de ese hombre?

-En realidad, ignoramos quién es y de dónde procede -contestó Euchre -, aunque eso ha interesado siempre mucho a todos los individuos que componen la banda. Cuando llegó a Texas debía de ser muy joven. Ahora es un hombre maduro. Recuerdo que hace bastantes años era un muchacho muy afable, que carecía de la rudeza de palabras y de maneras que se observan en el actualmente. No puede negarse que es un hombre muy listo, inteligente e instruido, capaz de cuidar a un enfermo o a un herido, y, además, hábil en extremo empuñando las herramientas de cualquier oficio. Tiene grandes disposiciones para jefe. Los forajidos acuden como moscas a ponerse bajo sus órdenes, de modo que si no fuese por el juego o las peleas, tal vez tendría ahora un millar de hombres bajo su mando.

-¿Cuánta gente habrá ahora en la banda? -preguntó Duane.

-Me parece que entre todos no llegamos al centenar. Sin embargo, el número varía constantemente. Además, Bland tiene varios campamentos pequeños a uno y otro lado de este lugar. Y también en las fronteras de las regiones ganaderas viven numerosos individuos a sus órdenes.

-Y ¿cómo gobierna a tanta gente? -preguntó Duane -. Eso es interesante, toda vez que esos hombres, por lo general, pertenecen al tipo del bandido. Lucas Stevens me dijo que a él no le gustaba Bland. También me han dicho alguna vez que es un verdadero demonio.

-Es verdad, es un demonio. Duro como el pedernal y de carácter violento ; nunca ha tenido otros amigos que sus tenientes Dave Rugg y Chess Alloway. Bland es hombre capaz de disparar por un quítame allá esas pajas. Ha matado a muchos individuos, y a algunos sin causa justificada. Y la razón de que los forajidos se congreguen a su alrededor y continúen aquí es porque así encuentran un refugio seguro y una paga no mala. Bland es rico y, según se dice, tiene guardados más de cien mil pesos en un escondrijo, sin contar grandes cantidades en oro. Pero cuando no está ocupado en algún envío de ganado, juega sin cesar. Lo cierto es que corre el dinero en cuantos lugares está él. Eso es lo que sostiene a los hombres de su pandilla. Pero ese dinero es sucio y esta ensangrentado.

-¡Es maravilloso aravilloso que no le hayan matado aún! Después de tantos años de vivir en la frontera... –exclamó Duane.

-¡Oh!- replicó Euchre -. Eso se debe a que ha sido más rápido en sacar el revólver que los individuos que abrigaban malas intenciones contra él. Ésta es la explicación.

La respuesta de Euchre enfrió por el momento el interés de Duane acerca del particular. Tales observaciones eran causa de que su mente empezase a recordar los hechos que le habían acaecido.

-Y ahora que hablamos de la rapidez en empuñar el revólver - añadió Euchre -, en el campamento no se habla de otra cosa que de la celeridad con que lo hizo usted. Ya sabe, Buck, que entre nosotros, es decir, entre los proscritos, nada infunde tanto respeto como la rapidez con que un individuo es capaz de sacar y de disparar su arma. Esta misma tarde oí decir a Bland, que hablaba con la mayor seriedad y hasta algo preocupado, que nunca conoció a nadie que pudiera igualarse a usted. Él le observaba de cerca y atentamente cuando tuvo la cuestión con Bosomer, y asegura que no pudo seguir con la vista el movimiento de su mano al sacar el arma. También los demás que presenciaron el hecho añadieron algún comentario acerca del particular. Bosomer es tan rápido como cualquiera en este campamento, exceptuando, quizás, a Chess Alloway y a Bland. Chess es el amo con un Colt, o, mejor dicho, lo era. Desde luego, no le hizo ninguna gracia oír hablar de la rapidez de que dio usted muestra. Bland la reconoció con la mayor sinceridad; pero no le gustó ni pizca. Algunos de los de la banda sostienen que la rapidez de usted pudo deberse a una casualidad, pero muchos opinan lo contrario. Sin embargo, todos se callaron en cuanto Bland les dijo quién era el padre de usted revólver en mano. Yo creo recordar que vi una vez a su padre en un tiroteo que hubo, hace muchos años, en Santone. Bueno, yo hablé para decir lo que me parecía, y exclamé : «¿Qué estáis diciendo, locos? ¿No os fijasteis en que el joven Duane no se movió siquiera cuando apareció Bosomer rugiendo, deseoso de matar? ¿No visteis lo tranquilo que estaba y que sus ojos leían las intenciones de Bosomer? Por otra parte, esa rapidez en sacar el arma no es más que un don de su familia.»

Euchre guiñó los ojos y dió un golpe con la mano enharinada al pastelillo que estaba amasando. Seguramente habíase proclamado defensor y compañero de Duane, con todo el orgullo de un viejo por el joven a quien admiraba.

-Bueno - añadió -, ésta ha sido su presentación en el campo de los proscritos, Buck. Y su tarjeta ha causado enorme sensación. De ahora en adelante, todos los luchadores como Bland, Alloway y Rugg, así como los jefes de otras bandas, tendrán el mayor cuidado en dejarlo en paz. Y aunque todos esos individuos son hombres de pelo en pecho, si usted no les busca las cosquillas ellos le dejarán tranquilo en absoluto. Pero también hay en esta región algunos individuos como Bosomer que querrán meterse con usted. Y en cuanto llegue a un pueblo cualquiera encontrará a algún vaquero lleno de alcohol, o a un pistolero atrevido y hasta incluso a algún sheriff, que armarán un escándalo en cuanto le vean, pidiendo auxilio y deseando verter su sangre. Eso es lo que ocurre en Texas. Siempre más tendrá usted que andar ocultándose en las selvas, pues, de lo contrario, se verá obligado, tanto si quiere como no, a matar a esos individuos. Lo que le estoy diciendo no resultará agradable para un muchacho decente como usted; pero le hago estas advertencias porque me ha sido simpático y comprendo que no se halla en su elemento. Pero basta por ahora de esto. Vamos a comer y luego saldremos, para que todos vean que no se esconde usted.

Cuando Duane salió con Euchre, el sol se ponía ya detrás de la azulada cordillera que había al otro lado del río, que pertenecía ya a Méjico. El valle parecía ensancharse en

Librodot

dirección sudoeste. La escena era apacible y hermosa sobre toda ponderación. En alguna casa cercana cantaba una mujer. Y en el camino, Duane vio a un niño mejicano que conducía unas vacas, una de las cuales llevaba un cencerro. ¡ La dulce y alegre voz de una mujer y el silbido de un niño 1 Todo aquello parecía pertenecer a otro ambiente, no era propio de tal lugar.

Euchre le condujo a la plaza y a la fila de toscas casas que Duane recordaba. Piso casi el mismo punto en que Bosomer le desafió y este recuerdo le encolerizó de un modo raro, que no acababa de comprender.

-Vamos a entrar ahí -dijo Euchre.

Duane tuvo que inclinar la cabeza al atravesar la puerta. Vióse en una sala muy grande, de paredes de adobe y el tejado cubierto de ramas. Había numerosos y toscos bancos, mesas y asientos individuales. En una esquina veíase gran cantidad de barrilitos y barriles, uno al lado del otro, sobre los caballetes. Un niño mejicano encendía las lámparas colgadas de los postes que sostenían las vigas del tejado.

-El único individuo que se fijará en usted es Benson - dijo Euchre -. Es el propietario del establecimiento; él sirve las bebidas. Todos los de la banda le llamamos Jackrabbit Benson[1], porque siempre mira con desconfianza y parece que esté dispuesto a agachar las orejas. Usted no haga caso si lo mira demasiado, Buck. Benson tiene un susto de muerte cada vez que llega alguien al campamento de Bland. Yo creo que eso se debe a que ha hecho alguna porquería. Desde luego, se oculta, pero no del sheriff ni del guardia rural. Los que huyen de ésos obran de distinto modo que él. Se oculta de algún individuo que anda buscándolo para matarlo. Por mi parte, no me extrañaría que cualquier día apareciese un individuo y dejase seco de un tiro a Benson. Y la verdad es que no lo sentiría.

Duane miró distraídamente en la dirección indicada y vio a un individuo flaco, casi esquelético, de rostro extremadamente pálido, cuya palidez resaltaba más aún entre los semblantes bronceados y morenos de los hombres que le rodeaban. Su aspecto era cadavérico. El negro bigote le colgaba con desmayo; un grueso mechón de negro cabello caíale sobre la frente, y los ojos, muy hundidos y agudos, miraban con la mayor atención. Aquel individuo tenía unos movimientos nerviosos, llenos de inquietud. Puso las manos sobre el mostrador que servía de bar y se quedó mirando a Duane. Pero en cuanto encontró los ojos de éste desvió la cabeza para servir una copa de licor.

-¿Y que tiene usted contra él? -preguntó Duane mientras se sentaba al lado de Euchre.

Preguntaba aquello más por hablar que impulsado por el interés, ya que nada le importaba aquel despreciable, perseguido y asustado criminal.

-Quizá me dejo influir por un prejuicio –replicó Euchre disculpándose-. Un forajido y ladrón de ganados como yo no puede ser demasiado exigente. Sin embargo, jamás he robado cosa alguna, a excepción de ganado de algún rancho que no lo echó de menos. Pero ese Benson... tuvo la culpa de que una pobre niña fuese a parar a poder de Bland.

-¿Una niña?-preguntó Duane ya con verdadero interés.

-Sí; Bland es muy aficionado a las mujeres. En cuanto salgamos de aquí le hablaré de esa muchacha. Ahora no puedo, porque se acercarán algunos individuos de la banda y no debo hablar mal del jefe.

[1] Coneio Benson.

Librodot

Durante la media hora siguiente, numerosos bandidos pasaron por delante de Duane y de Euchre, deteniéndose para saludarles, sentándose alguno de ellos un momento. Todos eran gente ruda, que hablaba a gritos, alegre y de buen carácter. Duane contestó cortés y afablemente cuantas veces le dirigieron la palabra, pero no aceptó ninguna invitación para beber o jugar. Era evidente que había sido aceptado como uno de tantos. Nadie hizo la más pequeña alusión a lo ocurrido con Bosomer. Duane pudo convencerse de que Euchre era bien recibido. Uno de los forajidos le pidió dinero prestado, y otro un poco de tabaco.

Al oscurecer, la sala se llenó de proscritos y de mejicanos, entregándose la mayoría de ellos a las delicias del monte. Los primeros, pero especialmente los mejicanos, jugaban en silencio, con la mayor atención. Todo el ruido de la sala procedía de los bebedores que iban a pasar el rato. Duane había visitado muchas salas de juego, sobre todo las más famosas de San Antonio y El Paso y otras de los pueblos fronterizos, en donde nadie se cuidaba de hacer cumplir la ley. Pero la sala de Jackrabbit Benson le dio la impresión de que los revólveres y los cuchillos eran accesorios del juego. Para su mirada escrutadora, lo más interesante de los jugadores era, sin duda, las armas que llevaban. Sobre alguna de las mesas veíanse montones de monedas de plata y pesos mejicanos, tan grandes y tan altos como la copa de su sombrero. Había también pilas de oro y de plata, en monedas de los Estados Unidos. Duane no necesitaba ningún otro dato para comprender que las puestas eran muy fuertes y que pasaban grandes sumas de una a otra mano. Los mejicanos daban pruebas de ser obstinados y apasionados en el juego. Algunos norteamericanos apostaban importantes sumas con la mayor indiferencia, cual si fuesen ricos, como si para ellos el dinero careciera de valor. Era evidente que lo hacían porque la fortuna se les había mostrado propicia, porque sus compañeros que perdían lo demostraban claramente con sus miradas abatidas o codiciosas, o con sus gruñidos de mal humor. La ruidosa conversación y las carcajadas de los bebedores ahogaban, excepto a cortos intervalos, las palabras breves, pronunciadas en voz baja por los jugadores. Sin cesar se oía el tintineo de las monedas; algunas veces producían sonidos musicales, y cuando se derrumbaba un montón se percibía el choque de la plata. De pronto, cuando menos podía esperarse, un forajido golpeaba la mesa con la culata de su revólver; luego, otro agitaba ruidosamente un puñado de dólares mientras estudiaba el rostro de su adversario. Sin embargo, aquel barullo de la sala de Benson no contribuía a aumentar el aspecto siniestro del lugar. Éste se debía, particularmente, a los rostros patibularios de los concurrentes, a sus incli, nadas cabezas y al juego de la sombra y de la luz sobre ellas. Las lámparas alumbraban bastante, pero, por contraste, hacían más intensas aún las sombras, en donde se apelotonaban los hombres de más extremada codicia, de mayor audacia y de carácter más indómito. Allí imperaba el robo, el asesinato y todo sentimiento diabólico.

-Esta noche no ha venido Bland - decía Euchre -. Ha salido hoy mismo de viaje, llevándose a Alloway y algunos otros. En cambio, está aquí Rugg, o sea uno de sus lugartenientes. Mírele, allí, en pie, con aquellos tres individuos, casi al lado de Benson. Rugg es el más pequeño, el de las piernas zambas ; tiene la mitad de la cara destrozada por un balazo. Es tuerto, pero con el ojo que le queda no se le escapa ningún detalle. Además, ahí está Hardin. ¿No lo conoce usted? Tiene a sus órdenes una banda casi tan numerosa como la de Bland. Ahora está de pie al lado de Benson. Fíjese usted en su aspecto, bondadoso e inofensivo. Sí, ése es Hardin. A veces viene a ver a Bland. Son muy

Librodot

amigos, lo cual no deja de ser bastante raro. ¿Ve usted a ese tipo que lleva un galón de oro en el sombrero? Es Manuel, el bandido mejicano. ¡Gran jugador! Viene con frecuencia a perder dinero. A su lado se halla Bill Marr; lleva en la cabeza un pañuelo de colores. Hace pocos días apareció ese Bill mostrando algunos balazos que había recibido. Es el hombre que tiene más balas en el cuerpo de todos los que he conocido. Creo que incluso habrá aumentado de peso a causa del plomo que tiene dentro. Y resulta raro, porque es un individuo muy apacible; como yo, se siente más inclinado a huir que a luchar a tiro limpio. Sin embargo, es el mejor ladrón de ganado que tiene Bland, un gran caballista y una verdadera maravilla por lo que se refiere a saber manejar las reses. Vea usted, también, a ese joven pelirrojo. Es Kid Fuller, el más joven de toda la banda de Bland. Pero también es el más atrevido y tengo la certeza de que no vivirá un año, porque lo matarán antes. Él, por su parte, mató al padre de su novia y tuvo que huir de Staceytown por dedicarse a robar caballos. Ahora forma parte de la banda de Bland. Otro muchacho echado a perder, aunque hoy día es un tío de cuidado.

Euchre siguió llamando la atención de Duane acerca de otros individuos, a medida que los divisaba. Cualquiera de ellos habría resultado un tipo notable entre una multitud de personas decentes. Allí, en cambio, ocupaban un lugar con más o menos distinción, de acuerdo con sus proezas y crímenes pasados y sus posibilidades actuales. Duane comprendió que era tolerado y acogido con indiferencia y afabilidad a un tiempo por aquella célebre colección de forajidos, y experimentó cierta repugnancia que se convirtio en horror. ¿No sería víctima de una pesadilla? ¿Qué tenía él que ver con todos aquellos rufianes? Pero pronto recordó con dolor que él mismo era un criminal ante la ley de Texas, y un forajido como todos los demás. Por un momento, Duane se quedó sumido en sus dolorosas reflexiones ; pero la pesada mano de Euchre, que estrechó su brazo para llamarle la atención, lo devolvió a la realidad.

El zumbido de las voces, el repiqueteo del dinero, las fuertes carcajadas habían cesado ya. Reinaba un gran silencio, sin duda originado por alguna palabra o acto extraordinario capaz de enmudecer a todo el mundo. De pronto lo interrumpió una violenta maldición y el choque de un banco contra el suelo. Alguien se había puesto ten pie.

-¡Has hecho trampa!

-¡Repítelo! -replicó otra voz, muy diferente por su fono tranquilo y amenazador.

-¡Lo repetiré tantas veces como quieras! - exclamó, encolerizado, el primero -. Y hasta lo silbaré. ¿Estás sordo? Tienes los dedos muy listos. He visto cómo escondías una carta.

Siguió un silencio más profundo aún, preñado de amenazas. Duane observó que, por un momento, no se movió nadie. De pronto reinó el mayor desorden en la sala, porque todos se pusieron en pie y tomaron distintas direcciones.

-¡Salgamos! -gritó Euchre al oído de Duane.

Dicho esto, se precipitó hacia la puerta; Duane dio un salto y le siguió corriendo. En un momento se vieron confundidos con una multitud que buscaba la salida a toda prisa, y, en la oscuridad que dejaban atrás, resonaron algunos disparos de revólver, confundidos con gritos salvajes. Entonces se detuvieron todos y varios se asomaron a la puerta para mirar.

-¿A quién se dirigía Kid Fuller? -preguntó un forajido.

-A Bud Marsh - contestó otro.

-Pues entonces los disparos han sido de Bud. ¡Adiós, Kid ! Aunque no es raro que le

haya ocurrido eso - añadió el primero.

-¿Cuántos tiros?

-He contado tres o cuatro.

-Tres de grueso calibre y uno de un arma más pequeña, la del 38 de Kid. ¡Escuchad! Grita Kid. Se ve que no ha muerto todavía.

En vista de ello, la mayor parte de los bandidos entraron de nuevo en la sala. Duane creyó haber visto y oído bastante aquella noche, y emprendió lentamente el regreso. Entonces, Euchre le alcanzó.

-No ha resultado ningún herido grave, lo cual es muy raro -dijo-. El Kid, es decir, el joven Fuller, de quien le he hablado, bebía y al mismo tiempo perdía. Y se exasperó tanto que, sin poder dominarse ya, llamó tramposo a Bud Marsh. Éste es tan hábil con los naipes como otro cualquiera. Pero alguien le cogió del brazo cuando se disponía a disparar y los tiros fueron a dar en el tejado. A Fuller también le dieron un golpe en la mano para desviar la puntería, de modo que solamente hirió a un mejicano.

VI

Ala mañana siguiente, Duane estaba de muy mal humor. Deseoso de soledad, salió siguiendo un sendero que concía al acantilado del río. Habíase sumido en sus reflexiones y, al fin, puso en claro que todo su mal humor debíase a que no acababa de resignarse con su destino. Le daba horror la posibilidad de la suerte que carecía aguardarle. No podía creer que no hubiese esperanza. Mas, por otra parte, no sabía, en realidad, qué podría hacer.

Tenía la suficiente inteligencia y agudeza para comprender el peligro en que se hallaba y que amenazaba, al mismo tiempo, su vida y sus sentimientos. Pudo descubrir que le importaba mucho más el honor y la honradez que la misma vida. Y se dijo que no le convenía estar solo, pero no dejaba de darse cuenta de que, de un modo inevitable, habría de pasar muchos meses y aun años en completa soledad. También le preocupó otra cosa : a la brillante luz del día no podía recordar su estado mental del crepúsculo o de la noche. Mientras lucía el sol, aquellas apariciones tenían para él su valor verdadero es decir, que no eran más que fantasmas de su conciencia v podía olvidarlos con facilidad. Y apenas podía recordar o creer que aquel hecho extraño de la fantasía o de la imaginación fuese capaz de turbarle, de hacerle sufrir, impidiéndole conciliar el sueño.

Aquella mañana pasó una hora muy desagradable mientras trataba de tomar una decisión, a pesar del mudable estado de su mente. Al fin decidió dedicar su interés a todo cuanto se le presentara, para olvidarse lo más posible de sí mismo. Ahora tenía una magnífica oportunidad para ver lo que, en realidad, era la vida del proscrito. Quiso obligarse a sentir curiosidad, simpatía y comprensión. Y continuaría viviendo en aquel valle hasta haber agotado todas las posibilidades, o hasta el momento en que las circunstancias le obligasen a emprender su incierto camino.

Al volver a la cabaña vio que Euchre estaba haciendo la comida.

-¡Oiga usted, Buck! Tengo que darle algunas noticias - dijo en tono que se advertía el

orgullo que le causaba el poder comunicar aquellas novedades, o el hecho de ser amigo de Duane -. Esta mañana llegó un individuo llamado Bradley que, al parecer, ha oído hablar de usted. Nos contó que con un as de espadas pudieron cubrir los balazos que recibió Bain disparados por usted. Luego habló tambien de que a veinte millas al sur de Wellston apareció un ranchero muerto de un tiro, junto a un pozo. ¿Ha hecho usted eso?

-No, señor; no tengo nada que ver con ese hecho - replicó Duane.

-Pues le han colgado el muerto a usted. Sin embargo, no se apure porque le atribuyan alguna fechoría que no haya cometido. Tenga en cuenta, Buck, que si llega usted a ser famoso, como parece, le atribuirán numerosos crímenes. La frontera le convertirá a usted en asesino. Pero no hablemos más de esto. Tengo otras noticias. Está usted a punto de alcanzar gran celebridad.

-¿Qué quiere usted decir?

-Esta mañana he encontrado a la esposa de Bland. Le vio a usted llegar el otro día y desea que se lo presenten; lo mismo les ocurre a otras mujeres del campamento. Siempre se interesan por los individuos que llegan. Bien es verdad que aquí las pobres están muy solas y desean recibir noticias del mundo exterior.

-El caso es, Euchre, que aunque no quisiera mostrarme descortes, preferiría no ser presentado a ninguna mujer -replico Duane.

-Me lo temía. Pero eso no debe preocuparle. Las mujeres son el mismo demonio. Sin embargo, confieso que tuve la esperanza de que querría usted conversar con esa pobre muchacha abandonada.

-¿Qué muchacha? - preguntó, sorprendido, Duane.

-¿No se acuerda que le hablé de Jennie, la joven que está en casa de Bland?... Es decir, la misma que Jackrabbit Benson contribuyó a raptar.

-No hizo usted más que mencionar a una muchacha. No añadió otra cosa acerca de este asunto. Ahora puede referirlo -replicó Duane.

-Pues bien; la cosa ocurrió así, o por lo menos me lo han contado de este modo. Desde luego, yo no le garantizo la exactitud. Hace algunos años, Benson realizó un

viaje más allá del río con objeto de comprar mezcal y otras bebidas. A veces tiene que ir a renovar sus provisiones. Según tengo entendido, se encontró con una cuadrilla de mejicanos que habían hecho prisioneros a algunos ingleses. Y aunque no lo sé cierto, tengo la impresión de que allí hubo algo muy sucio, hasta quizás un asesinato. Sea como fuere, Benson regresó con la muchacha, que parecía más muerta que viva. Pero resultó que la pobrecilla estaba hambrienta y tenía un susto de muerte, pues por lo demás no le habían hecho ningún daño. Tendría entonces unos catorce años. Benson dijo que quería emplearla en servir bebidas, es decir, como camarera. Pero yo nunca he prestado fe a lo que diga ese hombre. Bland vio a la muchacha y se quedó con ella... Dicen que se la compró a Benson. Ya comprenderá usted que el jefe no obró así por ningún motivo caballeresco. De todos modos, he de confesar que Jennie está mejor en compañía de Catalina Bland, que la trata con mucha dureza, pero, en cambio, ha impedido que Bland u otro cualquiera la hiciese víctima de sus brutales apetitos. Jennie se ha convertido en una linda muchacha y Catalina está muy celosa de ella, de modo que en casa de Bland hay constantemente grandes peloteras. Por eso deseo que me acompañe. El jefe está muy pocas veces en su casa. Su esposa le ha invitado a usted, y no hay duda de que si le trata con tanto cariño como a... Bueno, eso complicaría el asunto. Pero podrá usted ver a Jennie, y quizás ayudarla. Fíjese en que no le aconsejo nada, sino que me limito a

Librodot

presentársela. Es usted un hombre hecho y derecho, y se halla en situación de resolver lo que más le convenga. En otro tiempo tuve yo una hijita que, si hubiese vivido, tendría ya la edad de Jennie y, ¡por Dios!, que no quisiera verla en el campamento de Bland.

-¡Iré, Euchre! Lléveme cuando quiera - replicó Duane.

Mientras tanto sentía fija en él la mirada de su compañero, quien, al parecer, no tenía más que decir.

Por la tarde, Euchre salió con Duane y no tardaron en llegar a la cabaña de Bland. El joven recordó a la linda mujer a quien viera al llegar al campamento, pero no logró precisar cómo eran sus facciones.

La casa era tambien de ladrillo, como las demás del valle, aunque de proporciones mayores y mejor situada, pues se hallaba en una ligera prominencia y estaba rodeada por un bosquecillo de álamos. En las ventanas y en el soportal veíanse indicios de que la casa estaba cuidada por manos femeninas. Y a través de la abierta puerta, Duane pudo distinguir los colores brillantes de unas mantas y alfombras mejicanas.

Euchre llamó a la puerta.

-¿Es usted, Euchre? -preguntó una voz femenina, queda y vacilante.

El tono de aquella voz, que parecía saturada de temor, impresionó a Duane, y se preguntó cómo sería la joven.

-Sí, soy yo, Jennie. ¿Dónde está la señora Bland? - preguntó Euchre.

-Ha ido a casa de Deger. Parece que hay alguien enfermo -contestó la joven.

Euchre se volvió y murmuró algunas palabras respecto a que habían tenido suerte, y la expresión de sus ojos fue muy significativa para Duane.

-¡Mira, Jennie, sal o déjanos entrar! Me acompaña el joven de quien te he hablado- dijo Euchre.

-¡Oh, no puedo...! ¡Estoy hecha una facha...!

.-No importa- interrumpió el proscrito en voz baja-. No tenemos tiempo para fijarnos en esos detalles. Conmigo viene el joven Duane. Ya sabes, Jennie, que no es ladrón ni cuatrero, sino algo muy distinto. Sal, Jennie, v tal vez él...

Euchre no terminó la frase. Hablaba en voz baja mientras dirigía los ojos de un lado a otro.

Pero sus palabras bastaron para que la joven se apresurase a aparecer. Salió a la puerta con los ojos bajos y el rostro cubierto de rubor. Su semblante era muy lindo, de expresión triste, y estaba enmarcado por una abundante cabellera rubia.

-No te avergüences, Jennie - dijo Euchre -. Tú y Duane podréis hablar un poco. Mientras tanto, yo ire en busca de la señora Bland y no me daré ninguna prisa.

Dicho esto, Euchre se alejó por entre los álamos.

-Me alegro mucho de conocerla, señorita... Jennie -dijo Duane -. Euchre no me ha dicho siquiera el apellido de usted, pero me rogó que viniese a...

La tentativa de Duane de mostrarse agradable resultó infructuosa cuando Jennie levantó los párpados para mirarle, porque el joven experimentó algo parecido a un

choque intenso que le dejó sin habla. Los grises ojos de aquella muchacha eran hermosísimos, pero no fue su belleza lo que interrumpió sus palabras. Creyó ver en la escrutadora mirada de Jennie una lucha trágica entre la esperanza y la duda. Ella continuó mirándole y Duane no se atrevía a romper el silencio. Aquel momento resultó solemne.

-¿A qué ha venido usted aquí? - preguntó ella por fin.

-Para verla-le contestó Duane, satisfecho de ser capaz de hablar.

-¿Por qué?

-El caso es... que Euchre... creyó..., en fin, quería que yo hablase con usted para darle un poco de ánimo -replicó Duane con cierta turbación, porque los ojos de la joven le habían desconcertado un poco.

-Euchre es un hombre bueno. Es la única persona que se ha mostrado bondadosa conmigo entre todas las que viven en este lugar espantoso. Pero teme a Bland. Me aseguró que usted era distinto. ¿Quien es usted?

Duane se lo dijo.

-¿De modo que no es usted ladrón, cuatrero, asesino o un hombre malo que viene a ocultarse en este lugar?

-Nada de eso-replicó Duane esforzándose en sonreír.

-Entonces, ¿por qué está usted aquí?

-Ando fugitivo. Ya sabe usted lo que eso significa. En mi pueblo anduve a tiros con un tipo que me provocó y tuve que escapar. Espero poder volver allá en cuanto se olvide un poco el asunto.

-El caso es que aquí no podrá usted seguir siendo honrado.

-¡Oh, sí!

-Yo se muy bien lo que son esos forajidos. ¡Sí, usted es muy diferente

Y siguió fijando en él su atribulada mirada, pero ya empezaba a aparecer en ella la esperanza y se suavizaba la expresión de su juvenil rostro.

Duane sintió una impresión dulce y cálida al darse cuenta de que la desgraciada joven empezaba a alimentar la esperanza.

-¡Oh Dios mío ! Tal vez sea usted el hombre que pueda salvarme..., capaz de sacarme de aquí antes de .que sea demasiado tarde.

Estas palabras fueron un acicate para Duane.

- ¡Quizá sí! -contestó inmediatamente.

La joven parecía 'reprimir el poderoso impulso de arrojarse en sus brazos. Se encendieron sus mejillas, empezaron a temblar sus labios y su pecho se agitó bajo su astroso vestido. Luego desapareció el encendido color de su rostro, acaso porque la duda volvía a adueñarse de ella.

-No es posible. Usted..., usted quiere conquistarme y hacerme suya... como Bland y los demás.

Duane extendió los largos brazos y sus manos asieron a la joven por los hombros. Le dio una leve sacudida y replicó:

-¡Míreme..., míreme cara a cara! Sepa que aún hay hombres decentes. ¿No tiene usted padre o algún hermano?

-Murieron a manos de los bandidos. Nosotros vivíamos en el Condado de Dimmit. Pero me raptaron-se apresuró a contestar Jennie. Luego tendió hacia el una mano suplicante-. ¡Perdóneme ! Creo... creo que es usted bueno. Únicamente... tenga en cuenta que vivo temblando..., estoy loca de miedo..., ya casi he olvidado la existencia de hombres honrados. ¿Querrá usted ayudarme, señor Duane?

-¡Sí, Jennie, la ayudare! Dígame cómo. ¿Qué debo hacer? ¿Tiene usted algún plan?

-¡Oh, no! Pero sáqueme de aquí cuanto antes.

-Lo intentaré - contestó Duane -. Desde luego no será fácil. He de reflexionar un poco antes de hacer nada. Deberá usted ayudarme. Hay que tener muchas cosas en cuenta. Caballos, comida, camino que hay que seguir y, además, habrá que ver cuál será

el mejor momento para intentarlo. ¿La vigilan a usted? ¿Está usted presa?

-No. Podría haber huido muchas veces. Pero tenía miedo. No lo hice por temor de caer en manos peores aún, como me advirtió Euchre. La señora Bland me pega, me mata de hambre ; pero me ha librado de los insultos de su marido y de los perros que le rodean. En esto ha sido buena conmigo y yo se lo agradezco. Claro está que no lo ha hecho por afecto, porque siempre me ha odiado, y, últimamente, ha demostrado estar celosa. Aquí había un individuo llamado Spencer, o, por lo menos, éste era el nombre que se atribuía. Quiso ser bondadoso conmigo, pero ella no se lo permitió, porque estaba enamorada de él. Es una mujer mala. Por fin, Bland mató a Spencer de un tiro y así acabó el asunto. Desde entonces está celosa, y muchas veces la he oído disputar con su marido por mi causa. Jura que me matará antes de que el logre sus propósitos. Bland se ríe de tales amenazas. Además me he enterado de que Chess Alloway quería persuadir a su jefe para que me entregase a él. Pero Bland no se rió al oír esta petición. Precisamente antes de marcharse, la situación llegó a ser muy crítica para mí. No podía dormir y hasta deseaba que la señora Bland me matase. Y, si alguna vez me veo en peligro de ser víctima de esos hombres, me mataré. Por consiguiente, Duane, si quiere salvarme, es preciso que no pierda tiempo.

-Ya lo comprendo -contestó él muy pensativo- Creo que la mayor dificultad consistirá en engañar a la señora Bland. Porque si recelase de mí, no hay duda de que me haría perseguir por toda la banda de forajidos.

-Tiene usted razón. Y, por consiguiente, debe disimular y obrar con rapidez.

-¿Que clase de mujer es?-preguntó Duane.

-Muy... muy desvergonzada. Con frecuencia la he oído hablar con sus amantes. Y éstos y ella han llegado a olvidar toda prudencia durante las ausencias de Bland. Tiene muy mal genio y, además, es vanidosa y le gusta que la lisonjeen. ¡Oh, usted lograría engañarla si descendiese a...!

-¿A hacerle el amor? -interrumpió Duane.

Jennie le miró con expresión vergonzosa.

-Sepa usted, hija mía, que soy capaz de hacer cosas peores aún para poder sacarla de aquí - dijo el joven. -Tenga en cuenta, Duane -tartamudeó ella exten

diendo de nuevo la mano con ademán de súplica-, que Bland lo matará.

Duane guardó silencio, pues en aquel momento se esforzaba en calmar el extraño tumulto que reinaba en su pecho. Aquella antigua emoción... el instinto impetuoso de matar. Mas, por fin, consiguió dominarse.

-Y si Bland no lo mata, lo hará Chess Alloway - añadió Jennie fijando en Duane su trágica mirada.

-¡Quizá! -replicó él, esforzándose en sonreír, cosa que logró por fin.

-¡Oh, vale más que me haga salir cuanto antes de aquí! Así podrá salvarme sin correr tantos peligros... Sin necesidad de hacer el amor a la señora Bland.

-Si es posible, lo haré con mucho gusto. ¡Pero mire, allá va Euchre en compañía de una mujer!

-¡Es ella ! ¡Oh, conviene que no me vea con usted!

-Espere un momento - murmuró Duane mientras Jennie volvía a entrar en la casa- Estamos ya de acuerdo. No lo olvide. Ya encontrare manera de mandarle algunos avisos, quizá por medio de Euchre. Mientras tanto, no pierda el ánimo. Tenga la seguridad de que la salvaré de un modo o de otro. Primero apelaremos a la estrategia. Y sea lo que

fuere lo que haga o diga, no vaya a imaginarse que...

Jennie le contuvo con un gesto y con una centelleante mirada de sus maravillosos y grises ojos.

-¡Le bendeciré a usted con todo mi corazón! - murmuró, apasionada.

Solamente cuando la joven se volvió para penetrar en la casa pudo notar Duane que era coja y que calzaba sus desnudos pies con sandalias mejicanas.

Se sentó en un banco del soportal y fijó su atención en la pareja que se acercaba. Los árboles de la alameda eran lo bastante espesos para darle una razonable seguridad de que la señora Bland no le vio hablar con Jennie. Cuando la esposa del- forajido estuvo cerca, Duane pudo ver que era mujer de elevada estatura, corpulenta y vigorosa, bastante bonita y atractiva y nada timorata. Duane se sintió más impresionado por su expresión que por su belleza; y al ver que parecía tranquila y nada recelosa, sintió un alivio extraordinario. Entonces, la situación resultó en extremo interesante para él.

Euchre apareció en el soportal y con alguna torpeza hizo la presentación de Duane a la señora Bland. Ésta no contaría más allá de veinticinco años y, de cerca, no resultaba tan majestuosa y solemne. Tenía los ojos muy grandes, algo salientes, pardos. Su boca era grande también, con los labios muy carnosos y los dientes blancos en extremo.

Duane tomo la mano que le ofrecía y observó con franqueza que se alegraba mucho de haber sido presentado a ella. También la señora Bland parecía estar complacida, y su risa era sonora y musical.

-El señor Duane, Buck Duane. Así ha dicho Euchre, ¿no es verdad? -preguntó ella.

-Buckley - corrigió Duane -. El diminutivo no me gusta mucho.

-Pues me alegro de conocerle, señor Bluckley Duane -dijo, aceptando el asiento que el joven le ofrecía-. Siento haber estado ausente cuando llegó usted. Fui a visitar a Kid Fuller, que está herido en casa de Deger. Ya sabe usted que ayer noche le pegaron un tiro. Hoy, el pobre tiene fiebre. Durante la ausencia de Bland he de ocuparme en cuidar a los heridos, cosa que me lleva bastante tiempo. ¿No ha visto usted a esa mozuela que tengo en casa?

Al mismo tiempo que hacia la pregunta le dirigió una rápida mirada. Aquella mujer tenia gran movilidad en sus facciones, según observó Duane, y cuando no sonreía, ni siquiera era bonita.

-He estado solo -replicó-. No he visto mas que a una muchacha de aspecto enfermizo que llevaba un cubo, y al descubrirme se ha apresurado a huir.

-Era Jennie - contestó la señora Bland -. Es una muchacha a la que tengo en casa, que ni siquiera gana la comida que le doy. ¿No le ha hablado de ella Euchre?

-Ahora me hace usted recordar que, en efecto, me dijo algo acerca de esa chica.

-Y de mi, ¿qué le dijo? -preguntó la señora Bland con algún descaro.

-Le aseguro, Catalina -replicó Euchre defendiéndose-, que no debe usted preocuparse de eso, porque no le he dicho a Buck más que cosas lisonjeras de usted.

Era evidente que Catalina sentía simpatía por Euchre, porque su aguda mirada se fijó en él con agrado.

-En cuanto a Jennie, algún día le contare a usted su historia - añadió aquella mujer-. Es muy conocida a lo largo del río. Euchre es un viejo sensible, que ha cobrado el mayor cariño a esa tonta.

-Pues bien, confieso que es verdad y voy a probarlo una vez más yendo a charlar un poco con ella-replicó Euchre secamente.

Librodot

-No hay inconveniente. Vaya usted. Jennie le considera su mejor amigo-dijo la señora Bland con acento bondadoso -. Observo que es usted muy aficionado a las cosas de Méjico.

En cuanto Euchre hubo penetrado en la casa, la señora Bland se volvió a Duane y le miró con curiosidad e interés a un mismo tiempo.

-Bland me habló de usted-dijo.

-¿Y que le contó? - preguntó Duane con fingida alarma.

-¡Oh, no vaya a figurarse que le hiciera víctima de alguna apreciación injusta! Bland es incapaz de eso. Textualmente me dijo: «Oye, Catalina. Ha llegado un joven al campamento..., parece que anda fugitivo. No es, sin embargo, ningún criminal y se ha negado a ingresar en mi banda. Yo lo he sentido mucho. Es el individuo más rápido en empuñar un arma de cuantos he visto en muchos años. Me gustaría muchísimo verle frente a frente de Chess en un camino.» Luego me refirió su cuestión con Bosomer.

-¿Y qué replicó usted?-preguntó Duane en cuanto ella se interrumpió.

-¿Yo? Le pregunté qué aspecto tenia usted-contestó alegremente.

-¿Que más?

-Bland me dijo que era usted un muchacho estupendo, mucho más corpulento que ninguno de los que están en el valle. Dijo que era usted un joven de rostro curtido, de grandes ojos azules.

- ¡ Caramba 1 - exclamó Duane -. Lamento que dijese eso, porque tal vez pudo usted figurarse que yo era un individuo a quien valía la pena ver.

-Pues le aseguro que no he tenido ningún desencanto -replicó en tono de broma- Y ahora dígame, Duane, ¿va usted a permanecer mucho tiempo en el campamento?

-Hasta que se me acabe el dinero y tenga que marcharme.

-¿Por qué?

El rostro de la señora Bland sufrió uno de los extraños cambios que le eran peculiares. Las sonrisas, los sonrojos y las miradas fueron otras tantas demostraciones de coquetería que le dieron cierto atractivo y casi una belleza juvenil, de la que carecía. Pero, a causa de alguna emoción poderosa, se transformó y apareció una mujer descontenta de la vida, de naturaleza violenta y ardiente, en opinión de Duane.

-El caso es, Duane -dijo con acento de sinceridad-, que me alegraré mucho de que viva aquí algún tiempo. Soy muy desgraciada. He venido a parar en esposa de un forajido a quien odio con toda mi alma por la vida que me hace llevar. Pertenezco a una familia excelente de Brownsville. Yo ignoraba que Bland fuese un bandido y no lo supe hasta mucho después de haberme casado con el. Con frecuencia vivíamos separados, pero yo me imaginé que se ocuparía de sus negocios. Por fin me enteré de la verdad. Bland mató de un tiro a un primo mío que me reveló las ocupaciones de mi esposo. Mi familia me expulsó, al fin, de mi casa, y tuve que huir con Bland. Entonces solamente tenía dieciocho años, y a partir de aquel momento he vivido aquí, sin ver a una sola persona decente y careciendo por completo de noticias de mi casa, de mi familia y de mis amigos. Aquí estoy enterrada en vida... en compañía de ladrones y asesinos. No creo, pues, que pueda usted censurarme por mi deseo de ver a un joven, a un caballero, como los muchachos cuyo trato solía frecuentar de soltera. Le aseguro que mi situación es horrible y que muchas veces me dan ganas de llorar. Siento un deseo extraordinario de hablar con alguien de mis penas. Gracias a Dios, no tengo hijos, pues si los tuviese me sería aún más duro vivir aquí. Estoy harta de este lugar, en donde me encuentro inmensamente sola...

Librodot

En estas palabras no se advertía el menor fingimiento. Una emoción sincera quebrantaba su voz y, a veces, la obligaba a hablar con apresuramiento. Por fin perdió la serenidad y se. echó a llorar. A Duane le pareció muy raro que la mujer de un forajido... que tan bien se había adaptado a su marido y a la salvaje naturaleza del ambiente en que vivía, fuese lo bastante débil para dejarse vencer por las lágrimas. Mas lo cierto es que Duane la creyó y hasta la compadeció.

-¡No sabe usted cuánto me apena su situación ! - dijo.

-¡Oh, no se entristezca por mí ! -contestó ella-. Eso sólo sirve para hacerme ver la diferencia que existe entre usted y yo. Además, no debe hacer ningún caso de lo que esos hombres le digan de mí. Son zafios. No podrían comprenderme. Habrá oído decir que Bland mató a varios individuos que me cortejaban. Pero es mentira. Bland, como todos los demás forajidos que hay a lo largo del río, siempre está deseoso de matar a alguien. Él jura que esto no es cierto, pero yo no lo creo. Él me explica que los hombres de pelo en pecho no tienen más remedio que hacer frecuente uso del revólver... porque les provocan los matones y los individuos de instintos asesinos, No sé si es verdad; lo único que me consta es que con gran frecuencia hay reyertas y muertos. Por ejemplo, el odiaba a Spencer mucho antes de que este me hubiese visto siquiera.

-¿Sabe usted si Bland vería con gusto que yo la visitase alguna vez? -preguntó Duane.

-No se opondría, porque le complace que tenga amigos. Pregúnteselo usted mismo en cuanto esté de regreso. Lo malo fue que dos o tres de sus hombres se enamoraron de mí y en cuanto hubieron perdido la chaveta, a causa del alcohol, empezaron a buscar jaleo. Pero estoy segura de que usted no hará eso.

-Puede tener la certeza de que no llegaré a emborracharme - replicó Duane.

Al joven le sorprendió ver que se dilataban los ojos de aquella mujer y luego resplandecían, animados por extraño fuego. Mas, antes de que ella pudiese contestar, apareció Euchre en el soportal y cortó la conversación.

Duane no volvió a referirse a ello v, a partir de aquel momento, hablaron ya de cosas indiferentes. Euchre y la señora Bland charlaron y rieron, en tanto que Duane escuchaba. Esforzábase en formarse una idea de su carácter. Era evidente que, en poder de Bland, había sufrido algunos agravios, si no algo peor. Aquella mujer estaba amargada y se dejaba impulsar por sentimientos morbosos y por su extremada sensibilidad. Si mentía, lo, cual era probable, sin duda lo haría sin darse cuenta y convencida de su sinceridad. Carecía de astucia. Y lo que más llamó la atención de Duane era el deseo que ella tenía de que la respetase. Y, más que en su vanidad, creyó haber descubierto en aquello algo que le permitiría dominarla a su antojo.

Mientras revolvía estos pensamientos en su mente, miró al interior de la casa y, hundida en las sombras de 'un rincón, divisó el pálido rostro de Jennie, que fijaba en él sus grandes ojos. Le había estado observando y escuchó lo que decía. A juzgar por la expresión de la joven dióse cuenta de que ella acabó por convencerse de lo que antes no quería creer. Aprovechando un momento favorable, le dirigió una mirada, y, entonces, pudo observar un cambio maravilloso en su rostro.

Y mucho después, tras de haberse despedido de la señora Bland con un «adiós, hasta mañana», vióse andando al lado del forajido, con la mente fija en la joven y no en la señora Bland, recordando, al mismo tiempo, como pudo ver su rostro iluminado por la esperanza y por la gratitud.

VII

Aquella noche, Duane no se vio turbado por los fantasmas que le impedían conciliar el sueño. Despertó sintiéndose animado y contento, así como también agradecido a Euchre por haberle entretenido con algo que merecía la pena. Sin embargo, mientras se desayunaba, estuvo pensativo de un modo que en él no era habitual, preguntándose si podría confiar en Euchre. Por último, se dio cuenta de que este le estaba examinando con la mayor atención.

-Bueno - exclamó por fin-. ¿Qué le parece a usted la pequeña?

-¿La pequeña? -repitió Duane como si ignorase de quién querían hablarle.

-Me refiero a Jennie. ¿De qué hablaron ustedes al quedarse solos?

-Conversamos un poco. Usted mismo me recomendó que le diera un poco de ánimo.

-Pues no hay duda de que lo consiguió -dijo-. Y lo único que temo es que lo hiciera usted excesivamente.

-¿Por qué?

-Pues, sencillamente, porque cuando anoche me metí en la casa para charlar con ella pude ver que estaba medio loca de alegría; casi me alarmó su mirada. No quiso repetir una sola de las palabras que usted le dijo. En cambio me cogió las manos y, sin hablar, trató de mostrarme su intensa gratitud por haberle llevado allí. Eso me demuestra, Buck, que le prometió demasiadas cosas. Crea usted que sentiría mucho que hubiese dado excesivas esperanzas a esa pobre muchacha.

Euchre hizo una pausa y al notar que su compañero no le contestaba, dijo:

-Algunas veces, Buck, me he convencido de que se puede confiar en la palabra de ciertos proscritos. Por ejemplo, en la mía. Puede usted confiar en mí por completo. Por mi parte le he demostrado ya que me inspira usted confianza, al ponerle en contacto con la joven y al indicarle mi deseo de que la ayudase.

Así solicitado por Euchre, Duane repitió, palabra por palabra, la conversación que sostuviera con Jennie y con la señora Bland. Mucho antes de que terminase, Euchre dejó sobre la mesa la taza de café y se quedó mirandole con los ojos muy abiertos. Al terminar la historia, palideció y su frente se cubrió de sudor.

-Le aseguro que me deja usted asombrado a más no poder - exclamó sin dejar de mirar a Duane -. Al verle, ya me figuré que era usted un hombre listo y que se haría célebre en este lado del río, pero reconozco que a pesar de todo no le aprecié en lo que vale. ¡Eso es ser un hombre! Casi lo había olvidado ya. En fin, ya soy viejo y aunque en otro tiempo tuve el corazón en su sitio, he de reconocer que nunca serví para grandes cosas. ¿Se ha dado cuenta usted de lo que le costará cumplir las promesas que ha hecho a Jennie?

-No me he preocupado de eso-contestó Duane.

-Ante todo, le será preciso engañar a Catalina Bland, y aunque ella se enamore de usted, como es muy probable, no será empresa fácil. Y tenga en cuenta, Buck, que si llega a sospechar algo, no vacilará en matarle. Supongo que no habrá cometido el error de creer inofensiva a esa mujer.

-No, Euchre. Sé que es una mujer y la temo mucho más que a un hombre.

-Además, se verá usted obligado a matar a Bland, a Chess Alloway, a Rugg y quizás a algunos más antes de poder huir con la joven.

-¿Por qué? ¿No sería posible engañar a la señora Bland y aprovechar un momento favorable para fugarnos, sin necesidad de andar a tiros?

realidad de las cosas. Aquél era un valle oculto, la guarida de unos bandidos, el punto de cita de los asesinos y un lugar salvaje, manchado de sangre por aquellos criminales. Debido a lo cual, la atmósfera siempre estaba allí cargada. En el momento en que reinase la mayor alegría y cuando todo el mundo estuviese más distraído, podía surgir, de pronto, la tragedia, cosa muy natural entre aquellos hombres de instintos criminales. Y lo terrible para Duane era precisamente eso. El valle era hermoso, soleado, fragante, un lugar propio para soñar; las cumbres de las montañas tenían siempre tonos azulados o dorados ; el amarillento río se deslizaba lenta y majestuosamente; los pájaros cantaban en los álamos; los caballos pacían y piafaban; los niños jugaban y las mujeres suspiraban por el amor, la libertad y la dicha. Los forajidos iban de un lado a otro, provistos de dinero y sin necesidad de contener la lengua ; vivían cómodos en sus casas de ladrillo, fumaban, jugaban, hablaban, reían y mataban el tiempo con mil entretenimientos... Pero en aquella vida estaba latente siempre la tragedia, y el más sencillo movimiento podía originar un horrible contraste. Por eso Duane creía ver una nube siniestra que cubría de sombras todo el valle.

Cuando menos lo esperaba, y sin que por su parte hubiese pretendido o alentado la pasión, la señora Bland se enamoró perdidamente de él. A Duane no le remordía la conciencia por haber dado motivo para tal sentimiento. Ella misma se dejó deslizar por la pendiente, según él pudo advertir sin esforzarse mucho. Y lo único que la contenía era la novedad, la extrañeza y el hecho, altamente agradable para ella, de que aquel hombre le demostraba el mayor respeto. Duane se esforzaba en complacerla, divertirla, entretenerla y fascinarla, pero siempre con la mayor delicadeza. Ésta era la mayor de sus ventajas y, precisamente, aquello le facilitó su empresa. Él creíase capaz de llevar adelante el asunto sin comprometerse más de lo debido.

Jugaba, pues, con el amor y, al mismo tiempo, con la vida y con la muerte. Algunas veces temblaba, y no porque temiese a Bland, a Alloway o a otro hombre cualquiera, sino al comprobar los profundos sentimientos que había logrado despertar. Olvidó sus habituales preocupaciones, y ni siquiera una vez, desde que estaba empeñado en aquella aventura, vino a molestarle el fantasma de Cal Bain junto a la cabecera de su cama. Más bien creía ver el triste rostro de Jennie, su patética sonrisa y sus apenados ojos. Hasta entonces no se había presentado ninguna ocasión de volver a dirigirle la palabra, de modo que había de comunicarse con ella por medio de Euchre, que le transmitía cortos mensajes. En cambio podía verla brevísimos momentos cada vez que iba a casa de Bland. Ella procuraba pasar por delante de una puerta o de una ventana para verle. Y Duane observó, sorprendido, que aquellos fugaces momentos le interesaban mucho más que los largos ratos que pasaba con la señora Bland. Con frecuencia notaba que Jennie habíase sentado junto a la ventana, en la parte baja de la casa, y entonces sentíase inspirado y todas sus palabras se dirigían a ella en realidad, a través de la otra. Así pudo la joven conocerle, mientras ella seguía desconocida para él. Euchre habíale recomendado que prestase oído y que comprendiese que el medio de que se valía Duane era el único que le ayudaría a olvidar sus preocupaciones, fijándose en el alcance verdadero de todas las

Librodot

palabras que tuviesen doble sentido.

Euchre dijo que la joven había empezado a marchitarse por el esfuerzo, ardiendo con la intensa esperanza que en su interior se encendiera. Pero Duane sólo pudo notar que su rostro estaba más pálido y que sus ojos tenían una mirada más intensa. Éstos parecían recomendarle que se apresurase, que el tiempo pasaba rápido y que muy pronto se habría perdido la ocasión favorable. Pero también había otro significado en ellos, una luz y un fuego extraños que aparecían y morían casi en el mismo momento. Pero él los recordaba, porque nunca los había visto en los ojos de ninguna otra mujer. Durante aquellos días de espera comprendió que el rostro de Jennie, y especialmente la mirada cálida v furtiva que ella le dirigía, era la causa de una transformación sutil y gradual que él mismo experimentaba. Y le pareció que este cambio, gracias al cual se libró de los fantasmas que tanto le molestaban, solamente se realizó en virtud del recuerdo de la joven.

Un día, un descuidado mejicano arrojó un cigarrillo al tejado de Benson, que era de estera vegetal, y se originó un incendio, del que sólo quedaron en pie las paredes de adobe. Mientras se hacían las reparaciones necesarias, todos tuvieron que abstenerse, por fuerza, de jugar y de beber. El tiempo se hacía muy largo para aquellos cuarenta hombres ociosos. Transcurrieron los días sin que hubiese una sencilla disputa, y el valle de Bland vivió unas horas de paz mucho más continuadas que en otra ocasión anterior cualquiera. Sin embargo, Duane tenía el tiempo muy ocupado. Pasaba largas horas en compañía de la señora Bland; luego recorría millas y millas siguiendo todos los senderos del valle y, además, se dedicaba a cuidar sus caballos con el mayor esmero.

Al regresar de una de sus excursiones, Euchre le aconsejó bajar al río para dirigirse al embarcadero.

-Esta mañana la lancha no ha podido llegar a la orilla - dijo el proscrito -. El' nivel del río ha descendido mucho y los bajos de arena son muy molestos para los caballos. En el barro se ha hundido el carro de un mejicano. Creo que podríamos adquirir noticias de los carreteros. Se supone que Bland se halla ahora en Méjico.

Casi todos los bandidos habíanse reunido en la orilla del río, y estaban tendidos perezosamente a la sombra de los álamos. El calor era muy intenso, sofocante. Ninguno de aquellos hombres se ofreció a ayudar a los carreros, que se esforzaban en sacar de la arena un carro pesadamente cargado. Pocos de los forajidos gustaban de trabajar ni siquiera para ellos mismos, y, como es natural, menos aún lo querían hacer en favor de los despreciados mejicanos.

Duane y Euchre fueron a formar parte del perezoso grupo y se sentaron entre los demás. Euchre encendió una negra pipa y, después de echarse el ala del sombrero sobre los ojos, se tendió cómodamente, imitando el ejemplo de la mayoría de sus' compañeros. Duane, en cambio, estaba vigilante, pensativo, y observaba la escena con la mayor atención. Procuraba que nunca se le pasara por alto nada. Creía que, en cualquier momento, una palabra suelta podría llegar a ser de gran utilidad para el. Además, aquellos rudos hombres resultaban muy interesantes.

-¿Habrán perseguido a Bland al otro lado del río? -dijo uno.

-Nada de eso; está entregando ganado a ese barco cubano - resplicó otro.

-¿De modo que se trata de una operación importante?

-Bastante. Rugg dice que el jefe recibió un pedido de mil quinientos.

-Pues entonces tardará un año en servirlos.

-¡Qué va! Hardin está de acuerdo con Bland, y entre los dos son capaces de servir

Librodot

pedidos más importantes todavía.

-¡Ya me extrañó ver a Hardin por aquí!

Era imposible que Duane se fijara en todas las conversaciones que sostenían los forajidos, y por eso se esforzó en enterarse de la más próxima.

-Lo que es Kid Fuller, la entrega-dijo un hombrecillo de barba color de arena.

-Así me lo decía Jim. Envenenamiento de la sangre, ¿no? El balazo no tenía ninguna importancia, pero ha cogido fiebre-observó un camarada.

-Pues Deger asegura que Kid habría podido curarse si lo hubiesen cuidado.

-Bueno, pero ya sabéis que Catalina Bland no cura ahora a ningún herido. No tiene tiempo.

Una carcajada fue la respuesta a esta observación, y luego reinó un profundo silencio. No le tenían mala voluntad y era evidente que estaban enterados de la pasión de la señora Bland.

-Me parece, Pete, haberte oído decir antes eso mismo.

-Es probable. Ya sabes que no es la primera vez que ocurre.

Esta observación originó nuevas carcajadas y otras miradas significativas a Duane. Éste decidio no hacerse el distraído por más tiempo.

-Muchachos, burlaos de mí cuanto queráis, pero hacedme el favor de no volver a pronunciar el nombre de una señora. Estos días tengo la mano muy nerviosa y siento en ella un picor extraordinario.

Sonrió al pronunciar lentamente estas palabras, pero su buen humor no disminuyó el significado que tenían, que había de ser muy bien comprendido por unos hombres ,que, por inclinación y necesidad, practicaban la rapidez en empuñar el revólver hasta que se les formaban callos en los pulgares y se les ponía la mano dolorida, inculcando en su organización nerviosa un hábito que hacía peligroso el más sencillo e inocente movimiento de la mano, cuando estaba a la altura de la cadera. Y en la mano derecha de aquellos hombres había algo muy notable. Al parecer, nunca se ponían guantes, cuidaban de no lastimársela y jamás la ocultaban ni la mantenían en posición violenta.

En aquel grupo había algunos forajidos de edad madura, no faltando quien tuviese en las cachas de su revólvernumerosas muescas acreditativas del número de muertes ocasionadas, pero todos guardaron silencio, prueba indudable del respeto que Duane les infundía.

Duane no recordaba haber hablado familiarmente con aquellos hombres, y con toda certeza, nunca se jactó de lo que podría hacer. Pero comprendio que había obrada perfectamente.

-Hace un calor horrible, ¿no os parece?-dijo entonces Bill Black.

Éste no podía estar quieto mucho rato. Era un bandido típico de Texas : jamás fue otra cosa en su vida. Tenía los hombros deprimidos y las piernas estevadas a consecuencia de un prolongado hábito de montar a caballo; era un hombrecillo flaco y fuerte, todo músculo, de cabeza cuadrada y rostro duro, gracias, en parte, a su rala barba - y al color rojizo de su cutis, así como a sus brillantes: ojos, de cruel expresión. Llevaba la camisa entreabierta por el cuello y se veía su pecho poblado de vello gris.

-¿Hay entre vosotros alguno que tenga ganas de nadar? - preguntó.

-¡Hombre, Bill ! ¡Supongo que no vas a lavarte ! - replicó un camarada.

Eso originó una carcajada, a la que el mismo Black hizo coro. Nadie parecía dispuesto a tomar un baño.

-Sois los tíos más perezosos que he encontrado en toda mi vida - continuó diciendo Bill, con desencanto -. No hay manera de pasar el rato. Y puesto que no queréis nadar, tal vez alguno querrá jugar un poco.

Sacó una mugrienta baraja y la mostró al inmóvil grupo.

-Mira, Bill; con los naipes en la mano eres demasiado hábil -observó un flaco forajido.

-Escucha, Jasper; aunque has dicho eso en tono agradable, tus palabras no me gustan demasiado -replicó Black cambiando repentinamente de acento.

Una cólera repentina se había apoderado de aquel hombre. Y la respuesta que diese Jasper bastaría para calmarlo o para acrecentar su ira. Había iguales probabilidades de que ocurriese cualquiera de las dos cosas.

-No quise ofenderte, Bill -contestó Jasper en tono apacible, sin moverse.

Bill dio un gruñido y olvidó a Jasper. Mas estaba inquieto y disgustado. Duane sabía ya que era un inveterado jugador. Y como la sala de Benson no ofrecía ninguna comodidad, Black no sabía qué hacer allí y estaba del peor humor.

-Bueno, ya que os dan miedo los naipes, ¿queréis apostar alguna cosa? -preguntó enojado.

-Mira, Bill, si quieres, jugaremos una partida de taba -respondió uno de ellos.

Black aceptó de muy buena gana. Para él todos los juegos eran serios. Jugaba por el placer de jugar, más que por avaricia. Por esta razón se entregó en cuerpo y alma al propuesto pasatiempo. Arrojó las tabas al aire y por fin tuvo la satisfacción de ganar. Otros camaradas probaron suerte con él y perdieron también. Por fin, cuando ya todos se cansaron de aquel juego, les propuso que hicieran cualquier otra clase de apuesta.

-¿Veis esa tórtola?-dijo señalándola- Vamos a apostar a si se asusta o no cuando le arrojemos una piedra. Cinco pesos a que emprenderá el vuelo o se quedará quieta si le tiramos una pedrada, aunque sin darle. ¿Quién quiere apostar?

Al parecer, varios forajidos estaban deseosos de entregarse a las emociones del entrenamiento, porque tal proposición fue acogida con el mayor agrado.

-Muy bien. Es una buena apuesta - dijo uno.

-¿Quién arrojará la piedra? -dijo otro.

-Cualquiera - contestó Bill.

-Pues bien, yo te apuesto a que la asusto de una pedrada -dijo el primer bandido.

Otros varios apostaron en pro o en contra y después de depositan el dinero arrojaron la piedra. La tórtola emprendió el vuelo, con gran alegría de todos, menos de Bill.

- ¡Os apuesto a que volverá a ese árbol antes de cinco minutos! -exclamó imperturbable.

Sus compañeros se apresuraron a depositar el dinero contra Bill. Uno de ellos disponía de un reloj y, sacándolo, lo dejó en el suelo, de modo que la atención general se vio dividida entre el reloj y el árbol. Transcurrían los minutos sin que se oyese otra cosa que algunas observaciones burlonas de la apuesta ideada por Bill. Cuatro minutos y cuarenta y cinco segundos habían transcurrido cuando una tórtola fue a posarse en el árbol. Siguió un silencio solemne y Bill se embolsó tranquilamente los cincuenta dólares a que ascendían las apuestas.

-No es la misma tórtola-exclamó muy agitado uno de los forajidos-. Ésa es mucho más pequeña y tiene un color menos vivo.

Bill miró con desdén al que acababa de hablar.

-Para probar eso sería preciso que nos trajeses la otra, ¿sabes? Ahora apuesto a cualquiera de los caballeros aquí presentes los cincuenta dólares que acabo de ganar, a que asustare a esa tórtola con una nueva piedraPero nadie quiso aceptar la apuesta.

-Pues bien, apuesto contra cualquiera, a cantidades iguales, a que no podréis asustarla con una piedra.

Como esta apuesta parecía más fácil de ganar, los forajidos se apresuraron a reunir entre todos la cantidad necesaria, sin hacer caso de las burlas que les dirigía Bill por jugar todos contra él. Arrojaron la piedra y la tórtola no se movió. Por esta causa, Bill ya no pudo lograr que sus compañeros aceptasen ninguna otra apuesta relacionada con aquel volátil.

En vano reiteró sus proposiciones. Entonces, sin saber qué inventar ya, apeló a una apuesta extraordinaria, en extremo seductora. En aquel momento, por el sendero que llevaba al río, apareció un muchacho mejicano, flaco, medio muerto de hambre. Bill le llamó y le dio un puñado de monedas de plata. El pobrecillo, emocionado e incapaz de pronunciar una palabra, se alejó oprimiendo el dinero contra su pecho.

-Apuesto a que se le caerá una moneda antes de que llegue al camino -dijo Bill-. Y que echará a correr.

Pero no pudo despertar el interés de sus compañerosEn vista de lo cual, quedóse silencioso y enojado. A pesar del dinero ganado, su buen humor había desaparecido totalmente.

Duane, que observaba atentamente a aquel hombre, se extrañó de su conducta y se preguntó qué pensaríaAquellos bandidos eran inconstantes como los niños, variables como el agua y peligrosos como la dinamita.

-Bill, te apuesto diez dólares a que no eres capaz de derramar el agua que lleva en el cubo ese peón-dijo uno de los bandidos llamado Jim.

La cabeza de Black se irguió lo mismo que la de un gavilán que se dispone a arrojarse sobre la presa.

Duane miró a Black y luego al camino, en donde vio a un pobre peón lisiado que llevaba un cubo de agua hacia el río. Aquel muchacho era un indio medio imbécil que vivía en una cabaña y hacía algún recado para los mejicanos. Duane le había encontrado con frecuencia en sus paseos.

-¡Acepto, Jim! -dijo Black.

El tono extraño de su voz hizo que Duane volviese la cabeza. Los ojos del bandido brillaban de un modo especial.

-Ten presente, Bill, que está demasiado lejos para poder precisar el blanco-dijo Jasper, mientras Black apoyaba el codo en la rodilla y apuntaba el largo y pesado Colt.

El peón se hallaba a unos cincuenta pasos de distancia, es decir, demasiado lejos para que el mejor tirador pudiese acertar un objeto oscilante, tan pequeño, además, como el cubo.

Duane, que era expertísimo en la puntería, comprendió en el acto que Black apuntaba demasiado alto. Miró el duro rostro de aquel hombre y, al notar su expresión y al ver también que estaba congestionado, se confirmaron sus sospechas de que el bandido no apuntaba al cubo. Entonces Duane dió un salto y de un golpe hizo caer el arma al suelo. Otro forajido se apresuró a recogerla.

Black cayó hacia atrás, asombrado a más no poder. Privado de su arma, no parecía ya el mismo hombre, o quizá cobró miedo al ver la formidable figura y la expresión del

Librodot

rostro de Duane. El caso es que dió media vuelta rápida y se alejó sin reclamar siquiera el arma.

VIII

Que contraste el de la tarde de aquel día con el estado de alma de Duane.

El sol poniente, en la gloria de su maravilloso ocaso, pareció inmovilizarse por un momento en las distantes montañas mejicanas; lentamente apareció luego el crepúsculo y la débil brisa empezó a soplar, fresca y agradable, desde el río; el último arrullo de unos palomos y el tintineo de un cencerro eran los únicos sonidos que se percibían; una paz llena de augusta serenidad se extendía sobre el valle.

Pero Duane sentía una gran lucha en su interior. Aquel tercer desafío con un bandido le dejó mohino y desasosegado. Los resultados no fueron fatales, pero a punto estuvo de suscitarse una pendencia mortal. El lado mejor de su carácter parecía inducirle a morir, antes de continuar luchando o desafiando a unos hombres ignorantes, desgraciados y salvajes. Pero la sangre bélica que corría por sus venas era tan poderosa, que hacía enmudecer a la razón v a la conciencia. No podía remediarlo. Aquello le causaba intensa pena, pues parecía alejar de sí toda esperanza de salvación. Recordaba a Jennie y la desesperación invadía su espíritu.

¿La había olvidado? ¿No recordaba ya la promesa que le hizo de salvarla y su decisión de destruir todas las vidas que se interpusieran entre ella y la libertad? Estas ideas le distrajeron de su dolorosa introspección. Aquella muchacha era distinta de todo lo demás. ¡Que extraño y misterioso sino le acercaba a ella! Su pecho estaba lleno de gratitud. Él veíase forzado a vivir como un forajido y ella había sido arrancada a su familia y sumida en la esclavitud. Encontráronse los dos, en el curso de sus vidas, y él pudo infundir alguna esperanza en la existencia de la joven y esta contribuyó, quizás, a que él no se hundiese hasta el nivel de los que la habían raptado. Duane experimentó de pronto un fuerte e incontenido deseo de verla y de hablar con ella. Tales ideas cruzaron por su mente mientras se dirigía a casa de la señora Bland. Dejó que Euchre se adelantase a él porque necesitaba algún tiempo para recobrar la calma. Había oscurecido casi, cuando llego allí; en la casa no vio brillar luz alguna y pronto advirtió que la señora Bland le esperaba en el soportal.

Ella le abrazó. Aquel contacto repentino y violento le hizo estremecer de tal manera, que casi llegó a olvidar el papel que estaba desempeñando. Pero aquella mujer, a causa de su agitación, no advirtió siquiera el estremecimiento.

El abrazo y las tiernas e incoherentes palabras con que ella le recibió, hicieron comprender a Duane que Euchre le había referido ya lo ocurrido con Black.

-¡Podría haberte matado! -murmuró pronunciando tales palabras con la mayor claridad.

Si Duane oyó alguna vez en su vida el acento amoroso de una mujer, fue, sin duda, entonces. Aquello suavizó sus sentimientos. Díjose que, en definitiva, era una mujer cl bit y desgraciada, puesto que se veía hundida en el infortunio y en la tragedia. Aceptó, pues, sus caricias y sus palabras y le dio un beso. La emoción que ella demostraba habría

bastado a realzar el atractivo de cualquier mujer, y no hay que olvidar que ella poseía ciertos encantos. Resultaba fácil, y aun grato, besarla, pero Duane decidió que, hiciera lo que hiciese ella, él se limitaría por su parte a representar el papel que se veía obligado a desempeñar.

-¿Me quieres, Buck? -murmuró.

-¡Sí..., sí! - exclamó Duane, deseoso de acabar aquella escena.

Y mientras pronunciaba estos dos monosílabos, pudo sorprender el pálido rostro de Jennie en el lado opuesto de la ventana. Se avergonzó al pensar que se alegraba de que ella no pudiese verle. ¿Recordaría la joven su promesa de no interpretar mal ninguno de sus actos? ¿Qué pensaría de él, al verle en la oscuridad, abrazado a aquella liviana mujer? Pero la rápida aparición del pálido rostro de Jennie v el resplandor de sus ojos le causó tan intensa emoción, que ya tuvo la fuerza necesaria para no pensar en otra cosa que en lograr su propósito.

-Ove, querida mía-dijo a aquella mujer, aunque sus palabras iban dirigidas, en realidad, a la joven -. Estoy dispuesto a sacarte de esta guarida de bandidos, aunque para ello tenga que matar a Bland, a Alloway, a Rugg o a cualquiera que se interponga en mi camino. Te trajeron aquí a la fuerza. Yo sé que eres buena... En otro lugar cualquiera te aguarda la felicidad..., un hogar entre personas decentes que te querrán. Espera solamente a que...

Se interrumpió a impulsos de su violenta emocion. Catalina Bland cerró los ojos y apoyó la cabeza en el pecho del joven. Éste sintió latir su corazón sobre el suyo y esto le hizo experimentar cierto remordimiento. Al parecer, ella lo amaba con toda su alma. Pero el recuerdo y la comprensión de su carácter endureció sus sentimientos, de modo que no le concedió más consideración de la debida a su sexo.

-Eres muy bueno-murmuró Catalina-. Pero ya es tarde; estoy condenada. No puedo abandonar a Bland. Todo lo que te pido es que me quieras un poco y no vuelvas a hacer uso del revólver.

Había aparecido la luna por encima de la masa oriental de las negras montañas y el valle quedó inundado de su luz suave, en tanto que las sombras de los álamos oscilaban sobre el plateado suelo.

De pronto percibieron el ruido de cascos de caballos y Duane levantó la cabeza para escuchar. Sin duda se acercaban algunos por el camino que descendía al valle. A aquella hora resultaba rara la llegada de gente a caballo. Luego, unas sombras cruzaron por el extremo más lejano del sendero que iluminaba la luna.

-¡Es Bland ! -murmuró Catalina cogiendo a Duane con sus temblorosas manos-. ¡Debes huir! Pero, no..., te vería y eso sería peor aún. ¡Es Bland! Conozco el trote de su caballo.

-¿No me dijiste que no le importarían nada mis visitas? - preguntó Duane -. Euchre me ha acompañado y creo que la situación es correcta a más no poder.

-Quizá sí-replicó ella haciendo esfuerzos por dominarse. Era evidente que temía a Bland -. Si yo pudiese hallar un medio...

De pronto, empujó a Duane hacia la puerta y le obligó a entrar en la casa.

-Venga usted a mi lado, Euchre. Tú, Duane, quédate con esa muchacha. Le diré a Bland que estás enamorado de ella. En cuanto a ti, Jennie, si nos descubres te retorceré el cuello.

Su rápida decisión y las feroces palabras que acababa de pronunciar en voz baja

Librodot

demostraron a Duane que la señora Bland volvía a ser dueña de sí misma. Él se acercó a Jennie, que estaba en pie, junto a la ventana. Ni una ni otro pronunciaron una sola palabra, pero se unieron sus manos. Las de la joven eran pequeñas y estaban temblorosas y frías como el hielo. Él las estrechó, tratando de demostrar lo que sentía y dándole, al mismo tiempo, la seguridad de salvarla. La joven se reclinó contra su cuerpo y ambos miraron a través de la ventana. Duane estaba tranquilo y muy dueño de sí. Sentía gran curiosidad por ver lo que haría la señora Bland en aquella ocasión. Observó que los jinetes echaban pie a tierra ante la casa y se acercaban cansinamente. Un muchacho se encargó de llevarse los caballos. En cuanto a Euchre, el astuto zorro, hablaba en voz baja, con la mayor naturalidad, que resultaba mucho más notable, recordando su natural cobardía.

-...eso ocurrió hacia el año sesenta y tantos, en la época de la guerra -decía-. Entonces el robo de ganado no era nada comparado con la actualidad. Y aun parece que empeora de día en día. Esa manía de andar a tiros se ha convertido ya en una enfermedad. Hoy día, los hombres parecen estar dominados por la preocupación de sacar rápidamente el revólver, del mismo modo que antes estaban aficionados al poker. El único jugador verdadero que teníamos aquí, aparte los mejicanos, era Bill. Y supongo que el pobre debe de estar ardiendo en el infierno.

M oír voces, los recién llegados se detuvieron a poca distancia del soportal. De pronto, la señora Bland profirió una exclamación para expresar su sorpresa y salió, presurosa, al encuentro de los dos hombres. Saludó cariñosamente a su marido y dio la bienvenida a su acompañante. Duane, a causa de la oscuridad, no pudo reconocer al compañero de Bland, aunque se figuraba que sería Alloway.

-Estamos cansados y hambrientos a más no poderdijo Bland con acento de fatiga -. ¿Quién está contigo?

-En el soportal, Euchre. Dentro, y asomado a la ventana, está Duane con Jennie - contestó la señora Bland.

-¿Duane? - exclamó el jefe. Luego, en voz muy baja, añadió algo que el joven no pudo oír.

-Yo le rogué que viniera-dijo la esposa del jefe hablando con extremada naturalidad y sin alterar el tono tranquilo de su voz-. Jennie ha estado indispuesta. Cada día está más pálida y flaca. Un día Duane vino aquí con Euchre y al parecer le gustó su lindo rostro, como os ocurre a todos vosotros.

Bland farfulló una maldición. El otro hizo un rápido movimiento, mas, al parecer, fue contenido por una mano autoritaria.

-¿De modo, Catalina, que has permitido a Duane hacer el amor a Jennie? - preguntó Bland con incredulidad.

-Naturalmente - replico ella sin inmutarse -. ¿Por qué no? Parece que Jennie también le quiere. Y si se la lleva y se casa con ella, es posible que sea una buena esposa.

Bland guardó un momento de silencio, pero luego se oyó su risa brutal y burlona.

-¿Qué te parece, Chess? ¿Qué piensas de mi mujer? -Pues que miente, o está loca - replicó Alloway con desabrido acento.

La señora Bland, muy indignada, se apresuró a ordenar al lugarteniente de su marido que se callara y no se metiera en donde no le llamaban.

Mientras tanto, el jefe se echó a reír.

Luego se dirigió al soportal, haciendo resonar las espuelas y las armas que llevaba y,

Librodot

por fin, se dejo caer sobre un banco.

-¿Cómo está usted, jefe?-preguntó Euchre.

-¡Hola, viejo! Estoy muy bien, pero fatigadísimo.

Alloway entró también en el soportal y se apoyó en la barandilla. Con un movimiento de cabeza contestó al saludo de Euchre, y luego continuó en pie sin decir palabra.

La señora Bland empezó a dirigir numerosas preguntas, con objeto de disminuir lo forzado de la situación. Bland le contestó lacónicamente, dándole cuenta del éxito del viaje realizado. Duane creyó llegada la ocasión de presentarse. Estaba casi seguro de que Bland y Alloway le dejarían marchar sin molestarle lo más mínimo. Era evidente que estaban recelosos. Alloway parecía hallarse de muy mal humor.

-Oiga usted, Jennie - murmuró Duane -. La señora Bland ha hablado con mucha astucia. Conviene sostener su engaño. Además, he de advertirle que, a partir de esta noche, debe usted estar dispuesta a huir en cualquier momento.

La joven se acercó a él y, casi a su oído, murmuró:

-¡Apresúrese!

-Buenas noches, Jennie - dijo en voz alta -. Espero que mañana estarás mejor.

Salió luego al espacio iluminado por la luna. Bland le devolvió el saludo y aunque no lo hizo con afabilidad, por lo menos no demostró resentimiento

-Al llegar encontré a Jasper y, según me dijo, ha puesto usted como loco a Black. Si ahora hay tiros, la culpa será de usted. ¿Por qué le hizo usted soltar el revólver?

Duane explicó el incidente y, al terminar, añadió:

-Lamento mucho haberme encontrado allí, porque en realidad no tenía nada que hacer.

-El acto de Black fue muy imprudente y usted obró muy bien-murmuró Bland -. Le recomiendo que deje de pelearse con mis hombres. Si fuese uno de los nuestros, la cosa cambiaría. No puedo impedir que mis hombres riñan entre sí, pero no debo consentir que un extraño ande alrededor de nosotros dedicándose a matar o herir a mis amigos.

-Comprendo que tendré que marcharme - replicó Duane.

-¿Por qué no quiere formar parte de mi banda? Tenga usted en cuenta, Duane, que ha dado ya un tropiezo y como conozco perfectamente esta frontera, le aseguro que nunca más volverá usted a ser una persona respetable. Lleva usted en sus venas sangre de pistolero. Conozco a todos los habitantes de esta región, y muchos me han contado que, en un determinado momento de su vida, algo había oscurecido su cerebro y, al volver en sí, pudieron contemplar a un hombre muerto. A mí no me ocurre nada de eso. Desde luego, a veces he dado gusta al dedo, pero nunca he deseado matar a un hombre para librarme del fantasma del anterior. Mis muertos no me pprimen el pecho por la noche. Éste es el inconveniente más grande con que tropiezan los pistoleros. Están locos. Y a veces se yen impulsados a cargarse a otro, para olvidar al anterior.

-Puedo asegurarle que no soy pistolero nato-contestó Duane -. Las circunstancias me obligaron...

-Sin duda -le interrumpió Bland echándose a reír-. Las circunstancias hicieron de mí un ladrón de ganado. Lo que pasa es que usted mismo no se conoce. Es usted joven, tiene mal carácter y su padre era uno de los hombres más peligrosos que ha habido en Texas. Por todas estas razones no veo más que una carrera para usted. En vez de seguirla solo, como un lobo solitario, según dicen los tejanos, ¿por qué no hacerse amigo de mis

hombres? Viviría usted muchos más años.

Euchre se revolvió en su asiento.

-Mire usted, jefe, esas mismas palabras le he dicho yo a Duane. Por eso me lo llevé a vivir conmigo. Si se hace nuestro compañero, ya no habrá ninguna otra dificultad ni desavenencia. Y, de formar parte de los nuestros, no hay duda de que llegaría a ser un hombre notable. He visto sacar el revólver a Wild Bill Hickock, a Billy, a Kid, a Hardin y al mismo Chess, aquí presente, es decir, a los más rápidos de la frontera. Y, mejorando lo presente, puedo decir que Duane los aventaja. Su modo de sacar el revólver es distinto. Apenas puede verse cómo lo hace.

-Ésa es la única cualidad que justificaría mi entrada en la banda -dijo Duane.

Las alabanzas de Euchre originaron un corto silencio. Alloway, algo inquieto, cambió sus pies de lugar, haciendo sonar débilmente sus espuelas, pero no levantó la cabeza. En cuanto a Bland, parecía muy pensativo.

-¡Ya es suficiente ! -replicó Bland -. ¿Querrá usted pensar en ello?

-Lo haré. Buenas noches.

Abandonó el grupo y Euchre lo siguió. Al llegar al extremo de la calleja y antes de que hubiesen cambiado una sola palabra, Bland llamó a Euchre. Duane, mientras tanto, siguió lentamente en dirección a la cabaña por el camino alumbrado por la luna y luego se sentó al pie de un álamo a esperar a Euchre. La noche era silenciosa y apacible, y el leve zumbido de los insectos producía la impresión de que la vida era allí muy intensa. La belleza de la luna que surcaba el cielo, las negras gargantas que se hundían entre las montañas, la melancólica serenidad de una noche maravillosa, todo aquello lizo estremecer a Duane, que comprendió cuán lejos estaba de poder gozar de noches así. Nunca en su vida podría ser ya un hombre normal. Su mente parecía estar envuelta en nubes. En adelante, sus ojos y sus oídos deberían registrar las impresiones de la Naturaleza, pero en cambio habría perdido la alegría de vivir.

Con el triste presentimiento del funesto destino que le aguardaba, pensó que aún podía gozar de una extraña dulzura, y evocó a Jennie. Parecía sentir todavía la presión de sus pequeñas y frías manos. No pensaba en ella como mujer y no analizaba tampoco sus sentimientos. Percibía entonces una idea vaga y ensoñadora, confundida con sus constantes y decididos planes para salvarla.

De su ensimismamiento lo sacó el roce de unos pies sobre el suelo. La oscura figura de Euchre apareció cruzando el césped alumbrado por la luna, a excepción de los puntos en que los álamos proyectaban su sombra. Al llegar el proscrito, Duane pudo advertir que estaba excitadísimo. Pero no se impresionó, porque en aquellos momentos de su vida estaba aprendiendo a tener paciencia, serenidad y voluntad.

-Mucho le ha entretenido Bland - observó.

-Espere a que recobre el aliento-replicó Euchre.

Sentóse y guardó silencio por unos momentos, abanicándose con el sombrero, a pesar de que la noche era muy fresca. Luego penetró en la cabaña y salió de ella con una pipa encendida.

-¡Hermosa noche-exclamó en tono raro, que llamó la atención de Duane -. Hermosa noche para asuntos amorosos.

-Ya lo había notado-observó secamente Duane.

-Pues bien, se sorprenderá usted cuando le diga que Bland ha querido estrangular a su mujer, pues le apretó el gaznate hasta obligarla a sacar la lengua y no la soltó antes de

que su rostro se pusiera amoratado.

-¿Qué dice usted? -exclamó Duane.

-La pura verdad. óigame, Buck. Cuando regresé al soportal vi que Bland se ponía en pie. Estaba demasiado cansado para hacer averiguaciones. Alloway y Catalina habían entrado en la casa, en donde estaban ya encendidas las luces. Oí que Catalina gritaba, pero Alloway no decía esta boca es mía. Ese hombre es muy poco hablador, pero cuando calla tanto es realmente peligroso. Bland me hizo algunas preguntas. Como las esperaba va, le juré que la luna era un queso verde. Él se quedó satisfecho. Siempre ha tenido confianza en mí y me ha demostrado simpatía. Como usted comprenderá, sentí tener que mentir de aquel modo, pero recordé que es un hombre duro y que tiene malas intenciones con respecto a Jennie, de modo que no me quedó más recurso que engañarle.

»Luego entramos en la casa. Jennie se había encerrado ya en su cuartito; Bland le ordenó que saliera. Ella le contestó que se estaba desnudando, pero él la mando vestirse. Entonces, con gran sorpresa por mi parte, vi que, muy decidido, encañonaba a Catalina con su revólver. Sí, señor; la apuntó con su enorme Colt azul y, al mismo tiempo, dijo

»-Me están entrando ganas de destrozarte la cabeza de un balazo.

»-Hazlo -contestó ella con la mayor tranquilidad.

»-¡Me has engañado ! -rugió él.

»Catalina se rió en sus narices. Bland arrojó el revólver al suelo y cogió a su mujer. Ella luchó, resistiéndose ; pero como era un débil adversario para él, acabó por cogerla por el cuello, y apretó hasta que me figuré que la habría estrangulado. Pero Alloway lo evitó. Entonces ella se dejó caer sobre la cama, donde quedó unos minutos jadeando. Al recobrar el aliento, los dos individuos quisieron obligarla a decir la verdad. Bland, celoso, estaba convencido de que le engañaba con usted. Comprendo que es muy duro para un hombre que sospecha de su mujer no poder averiguar la verdad. Por fin, Bland desistió de su propósito, pero siguió reconviniéndola, y dijo una cosa que a usted le interesa mucho tener en cuenta, pues exclamó: «Poco me importa matar a un hombre y no me cuesta nada resolverme a hacerlo, pero quiero saberlo todo, mala mujer.»

»Luego fue en busca de Jennie y la sacó de su habitación. La pobrecilla había tenido tiempo de vestirse. Él estaba tan trastornado, que le lastimó la pierna enferma. Ya sabe usted que Jennie se quedó coja al luchar en la oscuridad con uno de esos demonios. Cuando vi que Bland la sacaba a rastras haciéndole daño, sentí una cosa muy extraña y por única vez en mi vida deseé ser pistolero.

»Pero Jennie me sorprendió de veras. Estaba más pálida que el papel, con los ojos muy abiertos y asombrados; pero demostró que no la había abandonado el ánimo. En realidad fue la primera vez que se portó valerosamente.

»-Jennie - dijo él-, mi mujer asegura haber dicho a Duane que viniese a verte. Estoy seguro de que miente. Sospecho que tiene relaciones con él, y quiero saber la verdad. Si es así y tú me lo dices, te dejaré en libertad. Haré que te lleven a Huntsville, en donde podrás ponerte en comunicación con tus amigos. Y, además, te daré dinero.

»Sin duda estas palabras asustaron mucho a Catalina Bland. Por otra parte, si alguna vez he visto la muerte en los ojos de algún hombre, fue mirando a los ojos del jefe. Él quiere a su mujer y esto es lo más raro del asunto.

»-Dime si Duane ha venido aquí a visitar a mi mujer - preguntó Bland en tono feroz.

»-No - contestó Jennie.

»-¿Ha venido por ti?

»-Sí.

»-¿Se ha enamorado de ti? Así me lo ha dicho Catalina.

»-No... no sé... lo ignoro... no me lo ha dicho.

»-¿Pero tú le quieres?

»-Sí -contestó ella.

»Me gustaría, Buck, que usted hubiera podido verla. Irguio la cabeza y sus ojos estaban llenos de entusiasmo. Bland pareció quedar anonadado. Alloway, el gran bandido, lanzó un grito de sorpresa como si le hubiesen pegado un tiro. Ya sabe usted que está enamorado de Jennie. Y aquella mirada de la chica era lo bastante elocuente para hacerle perder toda esperanza. Salió de la casa como alma que lleva el diablo. Ya le he dicho a usted que Alloway quiso que Bland se la diese por mujer. Ya ve que incluso una bestia como Alloway es capaz de amar a una muchacha.

»A todo esto, Bland iba de un lado a otro de la habitación como loco. Se veía que estaba sufriendo un tormento horrible.

»-Jennie - le dijo, volviéndose otra vez hacia la chi. ca-, estoy seguro de que mientes por miedo. Contesta la verdad y dime si Duane sostiene relaciones amorosas con mi mujer. ¿Ha venido realmente a verte a ti? ¿No hay nada entre ellos dos?

»-No. ¡Lo juro! -contestó Jennie.

»Bland se dejó caer en una silla, como hombre a quien acaban de dar un palizón.

»-¡Pues vete a la cama! -gritó.

»Bland murmuró luego algunas palabras, sin duda insultantes, y pude ver cómo se estremecía en su asiento.

»Jennie se alejó inmediatamente y Catalina sufrió un ataque de histerismo. Entonces yo me largué.

Duane no pronuncio una sola palabra para no interrumpir la larga relación de Euchre. Sentía un intenso alivio porque esperó algo peor. Se emocionó al pensar que Jennie juró en falso para salvar a aquella desgraciada. En realidad, las mujeres eran unos seres incomprensibles.

-Bueno, así se halla nuestro asunto - añadió Euchre, muy preocupado -. Supongo que estará tan convencido como yo, Buck, de que si usted no hubiese dado muestras de su extraordinaria habilidad con el revólver, tendría ya el cuerpo lleno de plomo. Y si, por casualidad, puede usted matar a Bland y a Alloway, estará tan seguro en esta frontera como si se hallase en Santone. En esta región poblada de pistoleros se respeta mucho la fama de un buen tirador.

IX

Los dos hombres se levantaron temprano y guardaron extraño silencio entre sí, dominados como estaban por el presentimiento de la inevitable y comprometida situación en que iban a verse muy en breve, pues había llegado el momento de poner en práctica sus planes, cuidadosamente elaborados. Resultaba notable que un hombre tan locuaz

como Euchre pudiese contener de tal modo su lengua; aquello, más que otra cosa, demostraba el firme propósito que le animaba. Durante el desayuno pronunció algunas palabras relacionadas con la comida y al terminarla dijo como si quisiera resumir una discusión

-Bueno, Buck, cuanto antes mejor. Si queremos sorprender a Bland conviene no entretenerse lo más mínimo.

-Estaré dispuesto cuando usted diga-replicó Duane con acento tranquilo poniéndose en pie.

-Pues bien, en tal caso, ensille los caballos-dijo Eucbre con mal humor- Cargue los dos fardos que be preparado uno en cada silla. No se sabe lo que puede ocurrir. Es posible que cada caballo tenga que llevar dos personas. Por suerte son animales vigorosos. Sin duda apreciará usted mi prudencia al preparar los caballos.

-Creo, Eucbre, que no tiene usted por qué intervenir. Tal vez se ha comprometido ya demasiado. Deje que yo me encargue del resto -dijo Duane.

El viejo proscrito le miró con sarcasmo.

-¡Se equivoca usted, amigo! - le contestó -. Y, puesto que quiere saberlo, le diré que me hallo en una situación insostenible. No le había dicho aún que Alloway me llamó ayer noche para decirme que sospecha de mi conducta.

-¿De modo que me acompaña usted? - preguntó uane adivinando la verdad.

-¡Claro que sí! Iré con usted al infierno, o a buscar la salvación más allá de la montaña. ¡Ojalá fuese yo un pistolero! No sabe usted lo que lamento tener que marcharme sin agujerear la piel de ese Jackrabbit Benson. Y ahora, Buck, baga usted lo que pueda, mientras yo voy a curiosear por ahí. Afortunadamente, es aún muy temprano.

Eucbre se caló el sombrero y, al marcharse, observó Duane que llevaba canana y revólver. Era la primera vez que le veía armado así.

Duane se dedicó a meter sus escasos efectos en las alforjas y luego sacó las sillas al corral. La abundancia de alfalfa que halló en éste demostraba que los caballos habían comido mucho ; en realidad habían engordado durante su permanencia en el valle. Los abrevó, los ensilló sin apretar la cincha y luego les puso las bridas. Hecho esto, se dedicó a llenar de agua los dos odres de tela impermeable y después volvióse a la cabaña a esperar.

En aquel momento no sentía la menor excitación ni inquietud. Ya no tenía necesidad de pensar ni de planear cosa alguna. Había llegado la hora y estaba dispuesto, comprendiendo muy bien lo arriesgado de su proyecto. Después sus ideas se concentraron en Eucbre y en la sorprendente lealtad y bondad de aquel rudo y viejo bandido. El tiempo transcurría lentamente. Duane consultaba con frecuencia su reloj. Esperaba poder realizar su plan, alejándose antes de que los forajidos abandonaran la ca-

ma. Por fin oyó el roce de las botas de Euchre en el duro pavimento y advirtió que sus pasos eran más rápidos que de costumbre.

En cuanto apareció por la esquina de la cabaña, Duane sintió menos asombro que preocupación al observar que el proscrito estaba pálido y tembloroso. Tenía el rostro cubierto de sudor y su mirada parecía algo trastornada.

-¡Por ahora estamos de suerte, Buck! - dijo jadeante.

-Nadie lo diría a! verle-replicó Duane.

-Es que estoy impresionadísimo. Acabo de matar a mi hombre. Es la primera vez que he hecho una cosa así,. -¿Y a quién ha matado? -preguntó, sobresaltado Duane.

-A Jackrabbit Benson. Pero a pesar de lo trastornado que estoy, me alegro de haberlo hecho. Verá : salí al camino para curiosear y vi que Alloway se dirigía a casa de Deger; los dos son muy amigos. Me alegré de verle lejos de Bland. No se fijó en mí y cuando llegué a casa de Benson sólo estaban allí algunos mejicanos. Benson se disponía a empezar su trabajo. Ya sabe usted que ese tío no me tuvo nunca ninguna simpatía. Al verme, levantó la cabeza y me dijo que no daría siquiera dos centavos por mi vida. Yo le pregunté por qué, y entonces me dijo que por mi traición al jefe.

»-Vamos a ver, Jack - le pregunté entonces- ¿Y cuánto darías por la tuya?

»Él se enderezó, sorprendido y algo alarmado. Entonces le disparé un tiro al corazón. Dio media vuelta y cayó al suelo. Los mejicanos echaron a correr. Comprendo que ya nunca podré dormir tranquilo, pero no tuve más remedio que matar a ese hombre.

Duane le preguntó si el tiro había causado alguna alarma.

-No había nadie más que los mejicanos; nadie más, estoy seguro. Al volver, atravesé los álamos inmediatos a la cabaña de Bland. Al principio sólo pensé en ocultarme a las miradas de todo el mundo, pero luego se me ocurrió la idea de averiguar si Bland se había levantado ya. Por eso fui en busca de Beppo, o sea del chico que cuida los caballos del jefe. Ese Beppo es amigo mío, y cuando le pregunté por su amo me explicó que se había pasado la noche entera disputando con la señora. Claro, desesperado, pretendería hacerla cantar. En fin, peor habría sido que hubiese hecho lo mismo con Jennie. ¡Estamos de suerte!

-Así parece. Bueno, yo me voy-dijo sencillamente Duane.

-¡Ya lo creo que estamos de suerte! Bland se ha pasado la noche en vela, después de llegar cansado del viaje, de modo que esta mañana estará derrengado, muerto de sueño, incapaz de nada antes de almorzar. Ahora vaya usted a su casa o sálgale al encuentro, como quiera. Eso es cosa suya. De todos modos, me permito aconsejarle que si él sale y quiere usted darle conversación, puede decirle que ha pensado en su proposición y que está dispuesto, o no lo está, a aceptarla. Tendrá usted que matarle de todas maneras y tal vez ahorrase tiempo entrando en la casa revólver en mano. Eso, además, sería lo prudente, porque es fácil que él haga lo mismo.

-¿Y los caballos?

-Yo los llevaré de la brida y llegaré allá dos minutos después que usted. Creo que, cuando yo llegue, la cosa habrá terminado y que Jennie estará dispuesta a marchar. Una vez a caballo, podremos salir del campamento antes de que Alloway, u otro cualquiera, piense en atacarnos. Jennie no pesa más que un conejo, de manera que su caballo podrá llevarles a los dos.

-Muy bien. Pero una vez más le recomiendo que se quede y no siga interviniendo en todo esto-dijo Duane con la mayor sinceridad.

-¡De ningún modo! ¡Yo me marcho con usted! Ya sabe lo que me dijo Benson. Alloway no se andaría por las ramas y, en la duda, me suprimiría. Bueno, ahora, Buck, la última recomendación : ¡tenga cuidado con la mujer de Bland.

Duane se limitó a afirmar con un movimiento de cabeza y después de decir que los caballos estaban ya preparados, se alejó por la alameda. Aun por el atajo, tenía cinco minutos hasta la casa de Bland. A Duane le parecieron muy largos, y con dificultad contuvo el paso. Mientras caminaba, sus sensaciones sufrieron un cambio sutil y gradual. Nuevamente iba a luchar contra otro hombre. Tal vez habría podido evitar- aquel encuentro, mas, a pesar de lo ocurrido, no sentía la ceguera ni la cólera inexplicable de

Librodot

otras veces. Esta vez, si mataba, no sería por motivos de índole personal, sino más bien por altruísmo, lo cual constituía una diferencia muy grande.

No pudo divisar a ningún forajido. Sólo vio a varios pastores mejicanos con su ganado. De algunas cabañas surgían columnas de humo, y su olor recordó a Duane su propia casa, la leña con que alimentaba la estufa. Sobre el río pudo observar una amarillenta nube que se iba disolviendo a la luz del sol.

Por fin penetró en el sendero que conducía a la casa de Bland.

Cuando aún se hallaba a cierta distancia de ella, oyó las voces, coléricas y violentas, de Bland y Catalina, que seguían disputando. Rápidamente examinó los alrededores y se convenció de que no había ningún mejicano por allí. Entonces se apresuró algo. Hacia la mitad del sendero volvió la cabeza para mirar a través de los álamos y entonces pudo ver a Euchre que se acercaba con los caballos. Por fortuna, no parecía, como había temido, que el viejo proscrito hubiese de perder el ánimo en el momento crítico.

Aceleró un poco el paso y, al llegar al soportal, pudo enterarse de lo que se decía dentro de la vivienda.

-¡Si haces eso, Bland, te juro por Dios que os mato a ti y a ella ! -exclamaba Catalina a gritos, anhelante.

-¡ Déjame, te digo que iré a su cuarto ! - replicó Bland con voz ronca.

-,Para qué?

-Para hacerle el amor. ¡Ja, ja, ja! Será muy agradable ganar por mano a su nuevo enamorado. -¡Mientes! -gritó Catalina.

-Ten en cuenta que no te he dicho todavía lo que haré luego con ella-añadió con mayor enojo-. ¡Suéltame!

-¡No, no quiero ! Serías capaz de obligarla... de hacerle decir la verdad y la matarías.

-¿,La verdad? - exclamó Bland.

-¡Sí! ¡Te he engañado! ¡ Jennie también mintió ! Pero lo hizo para salvarme. No necesitas matarla para saberlo.

Bland profirió una horrible blasfemia. Inmediatamente se oyó una violenta lucha, rápidos pasos, el sonido metálico de unas espuelas; por fin, la caída de una silla o

de una mesa al suelo, seguida del grito de dolor de una mujer.

Duane se acercó a la puerta abierta y penetró en la estancia. Catalina Bland estaba semitendida en una mesa, adonde la arrojó, sin duda, su marido, y se esforzaba en ponerse en pie. El bandido, de espaldas, había abierto la puerta de la habitación de Jennie y se disponía a cruzar el umbral. En aquel momento, Duane percibió un leve y tembloroso grito de la joven. Entonces él, a su vez, lanzó una exclamación.

Con felina rapidez, Bland dio media vuelta y se quedó inmóvil en el umbral. De un vistazo tan rápido como sus actos comprendió el designio amenazador e inconfundible de Duane.

El enorme cuerpo de Bland llenaba el marco de la puerta por completo, de modo que se hallaba en una situación muy desfavorable para llevar la mano al revólver. Tampoco tenía tiempo de dar un paso. Duane leyó en seis ojos el cálculo desesperado de las probabilidades con que contaba. Durante un rapidísimo instante, Bland dirigió una mirada a su esposa y luego su cuerpo entero parecio vibrar con el movimiento de su brazo.

Duane entonces disparó y el bandido cayó de bruces. El tiro salió de su revólver en el instante mismo en que el arma se desprendía de su mano. La bala se incrustó en el suelo. Duane se inclinó sobre Bland y, cogiéndole por el brazo, le dio media vuelta y lo dejó

tendido de espaldas. El que hasta aquel momento fue poderoso jefe de una banda de forajidos le miró con turbios ojos y exhaló el último suspiro.

-¡Lo has matado, Duane! - gritó Catalina con voz ronca -. ¡Ya sabía que te verías obligado a hacerlo

Tambaleándose, apoyóse en la pared, en tanto que se dilataban sus ojos, su cara palidecía y sus manos se cerraban. Era evidente que lo ocurrido habíala trastornado, pero sin causarle el menor sentimiento.

- ¡Jennie ! -gritó Duane con voz aguda.

-¡Duane! - contestó la muchacha.

-Salga en seguida! ¡Aprisa!

Ella obedeció andando con desiguales pasos, sin ver más que a Duane, de modo que tropezó con el cadáver de Bland. Duane la cogió entonces por el brazo y le hizo dar un rodeo para situarla a su espalda, pues temía a la mujer del bandido en cuanto se diese cuenta de que la hacían víctima de un engaño. Su acto, pues, fue protector, y muy significativo su movimiento hacia la puerta.

- ¡ Duane ! -exclamó la señora Bland.

No había tiempo de hablar. Duane retrocedió, protegiendo con su cuerpo a Jennie. En aquel momento se oyó en el sendero el ruido de los herrados cascos de un caballo. Catalina Bland dio un salto hacia la puerta y, al volver al sitio que antes ocupaba, demostró que empezaba a comprender la verdad.

-¿Adónde te llevas a Jennie? - preguntó con voz casi viril.

-¡Paso! -replicó Duane.

Su mirada debió de ser muy significativa, porque Catalina se transformó en un instante en una furia.

-¡Perro! -exclamó-. ¡Siempre me has engañado! Conseguiste conquistar mi amor, me cortejaste y por fin te creí, porque jurabas que me querías. ¡Ahora lo comprendo! ¡Todo lo haces por esa muchacha! ¡Pero no la tendrás ! ¡No saldrás vivo de aquí ! ¡Dame esa muchacha! ¡Déjame llegar a su lado! ¡Te aseguro que no conquistara mas hombres en este campamento!

Como era muy vigorosa, Duane tuvo que luchar bastante para no ser vencido por ella. Por segundos aumentaba su ferocidad y al fin, por encima del brazo del joven, clavó las uñas en Jennie.

-¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! --gritó la muchacha con voz que pudo oírse hasta la mas remota cabaña del valle.

-¡Suéltela! ¡Suéltela! - gritó el con voz reconcentrada y enérgica.

Empuñaba todavía el revólver en su mano derecha y aquello le impedía alejar de sí a aquella furia. En cuanto oyó a Jennie pedir socorro, Duane perdió el dominio de sus nervios.

-¡.Suéltela!-repitió empujando a Catalina con toda su fuerza.

De pronto, ella descolgó un rifle de la pared y retrocedió. Después de amartillarlo se dispuso a disparar. Duane saltó sobre ella, levantando el cañón del arma en el momento del disparo, de modo que el fogonazo le quemó la cara.

--¡Huya usted, Jennie ! ¡ Monte a caballo ! - dijo.

La joven se apresuró a salir. Con mano de hierro, Duane sostuvo el cañón del arma.

Lo había sujetado con la izquierda y dio un tirón tan tremendo que hizo tambalear a aquella enloquecida mujer, mas no logró hacerle soltar el rifle.

Librodot

- ¡Catalina, suéltelo!

Trató de intimidarla, pero ella no vio siquiera el revólver a un centímetro de su cara, o si lo vio, su misma cólera y el deseo de vengarse hicieron que no le importara el peligro. Empezó a blasfemar usando las mismas expresiones que su marido, pero en sus labios parecían extrañas, impropias, mas espantosas todavía. Luchaba con la rabia de una pantera y su rostro ya no parecía el de una mujer. Duane sintió impulsos de gran ferocidad; la rabia, la crueldad y el deseo de matar se habían apoderado de él.

Procedente del exterior y proferido por un hombre, oyó un grito ronco y alarmante. Aquello le hizo pensar que estaba perdiendo tiempo y se dijo que aquella diabólica mujer sería capaz de hacer fracasar su plan.

-¡Suelte! -murmuró con labios contraídos.

Impulsado por su deseo de huir, aflojó su presión, sobre el cañón del arma.

Con repentina, redoblada e irresistible fuerza, ella libertó el arma y la descargó. Duane sintió un choque, un golpe terrible y un dolor ardiente que le atravesaba el pecho. Entonces, frenético, dio un empujón tan tremendo sobre el rifle, que arrojó a la mujer contra la pared. Ella cayó como atontada por el golpe. Duane dio un salto atrás, se volvió y atravesó la puerta para salir al soportal. Detúvose al oír el seco disparo de un revólver. Vió a Jennie, que tenía asida la brida de su caballo bayo. Euchre montaba en el otro y apuntaba con su Colt; luego disparó hacia el camino. Oyóse entonces un solo disparo y enmudeció el revólver de Euchre, que cayó del caballo a! suelo.

Una rápida mirada demostró a Duane que por el sendero avanzaba un hombre. ¡ Chess Alloway ! Empuñaba un revólver humeante y, en aquel momento, corría hacia la casa. Inmediatamente vio a Duane y, deseoso de impedirle el paso, volvió a levantar el arma Pero aquella ligera pausa le fue fatal, porque Duane disparó y Alloway se desplomó en el preciso momento de hacer fuego. Su bala silbó a muy poca distancia de Duane y fue a perderse en el interior de la vivienda.

Duane se precipitó entonces hacia los caballos, que se habían asustado al oír los disparos. Jennie se esforzaba en evitar los saltos que daba el bayo. Euchre yacía tendido de espaldas, muerto, con el pecho atravesado por un balazo. Su rostro tenía una expresión solemne y las manos sostenían aún el revólver y la brida.

-¡Jennie, conviene que sea usted valerosa! - exclamó Duane mientras trataba de contener al caballo que montaba la joven-. ¡Salga usted corriendo! Los estribos son demasiado largos, pero no importa ; agárrese como pueda.

-De las manos de Euchre arrancó la brida del otro caballo y lo montó de un salto. Los asustados animales echaron a correr y, al galope, siguieron el sendero hasta llegar al camino. Duane vio que algunos hombres salían corriendo de las cabañas y oyó sus gritos. Pero nadie disparó. Jennie parecía capaz de sostenerse en la silla, mas como no podía apoyar los pies en los estribos, le era muy difícil sostener el equilibrio. Duane se acercó a ella y la sostuvo por un brazo.

Así atravesaron el valle en dirección al camino que conducía a la empinada y fragosa cuesta de Rim Rock. Cuando empezaba la ascensión, Duane miró hacia atrás y pudo comprobar que no eran perseguidos.

-¡Podremos huir, Jennie ! -gritó con alegre excitación.

Ella se fijó, horrorizada, en el pecho del joven en el momento en que él se volvía para mirarla.

-Oh, Duane, tiene usted la camisa ensangrentada -balbuceó señalándola con

Librodot

temblorosos dedos.

Gracias a estas palabras, Duane se enteró de dos cosas que la mano que, instintivamente, llevó al pecho sostenía aún el revólver y, además, de que le habían herido.

El tiro lo recibió en la parte inferior del pecho, de modo que no temió por su vida. El agujero causado por la bala permitió la franca salida de la sangre por uno y otro extremo, sin que hubiera señales de hemorragia interna. Observó también que no tenía sangre en la boca, pero no tardó en sufrir un acceso de tos que hizo aparecer en sus labios una espuma sanguinolenta.

Mientras seguían adelante, Jennie, muy pálida, lo miró en silencio.

-Me han herido gravemente, Jennie -dijo Duane-; pero creo que curaré.

-¿Le hirió aquella mujer?

-Sí, es un verdadero demonio. El pobre Euchre ya me puso en guardia contra ella. No anduve lo bastante listo.

-¿Acaso...?-preguntó temblando la joven.

-No, no-contestó él.

No detuvieron su marcha cuesta arriba mientras Duane rasgaba su corbata para hacer una compresa, que ató con fuerza sobre su herida. Los caballos, descansados, subían rápidamente por aquel difícil camino. Desde los puntos que se lo permitían, Duane miraba hacia abajo, y al llegar a lo alto de la cuesta, ya en la cima del Rim Rock, convencido de que nadie le perseguía y de que ante ellos tenían un espacio desierto e ilimitado, se volvió a la joven y le aseguró que tenían grandes probabilidades de escapar.

-Pero... su... herida - balbuceó ella mirándole muy turbada -. Ahora mismo... gotea la sangre... por su espalda.

-No se apure, Jennie. No me moriré-dijo.

Guardaron silencio y prestaron atención al accidentada camino. Entonces él observó que no había llegado al campamento de Bland por allí. Pero eso no importaba, puesto que cualquier camino que les permitiera alejarse de Rim Rock era conveniente para ellos. Lo que entonces deseaba era alcanzar algún escondrijo desierto y lejano en donde pudiera guarecerse hasta curar su herida. Parecíale tener fuego en el pecho y la garganta le ardía de tal modo, que a cada paso velase obligado a tomar un sorbo de agua. Empezó a sentir un dolor muy fuerte, que aumentaba con el transcurso del tiempo, para desaparecer luego, dejándole entumecido. A partir de aquel momento tuyo precisión de apelar a toda su fuerza y enorme resistencia. De un modo gradual fue perdiendo la establidad y la agudeza visual; y comprendió que, si se presentaba algún enemigo, o algún grupo de forajidos les persiguiera, sólo podría oponer una resistencia muy débil. Por esta razón se inclinó a seguir por aquel sendero, al parecer muy poco frecuentado.

Poco después observó que recobraba en parte la agudeza de sus sentidos. Se sintió capaz de continuar a caballo durante un rato, pero no tardó en perder las fuerzas de nuevo. Por esto creyó prudente aconsejar a Jennie para el caso de que se quedara sola, pues así sabría lo que debería hacer.

-Dentro de muy poco habré perdido por completo las fuerzas, Jennie. ¡No, no se asuste usted! No hay motivo. Pero no podré continuar. Estoy perdiendo el vigor. Si muero, busque cuanto antes el camino principal. Durante el día escóndase y descanse, y viaje solamente por la noche. Este camino conduce a una corriente de agua. Creo que podrá usted atravesar el río Nueces y que, una vez en la otra orilla, algún ranchero la

Librodot

protegerá.

Duane no pudo comprender el significado de la incoherente respuesta de la joven. Siguió avanzando y poco después ya no fue capaz de ver el camino ni de oír a su caballo. Ignoró por completo si habían recorrido una milla o muchas. Mas se dio cuenta de que, de pronto, el caballo interrumpía su marcha y tuvo una vaga sensación de que se caía y de que sentía el contacto de los brazos de Jennie antes de desmayarse.

Al recobrar el conocimiento se vio tendido en una pequeña choza hecha con ramas de mezquite. Estaba bien construída y sin duda contaba ya algunos años de existencia. Tenía dos puertas o aberturas, una en la parte delantera y otra en la posterior. Duane se imaginó que la habría construído algún fugitivo, alguien deseoso de poder vigilar en ambas direcciones para que no le sorprendiesen. Pero, ¿dónde estaba? Pesaba sobre él una extraña e intangible sensación de tiempo, de distancia o de algo muy lejano. Pero al ver los dos fardos que Euchre había preparado pensó en Jennie. ¿Que habría sido de ella? El fuego encendido y el pote ennegrecido del café fueron otras tantas pruebas de que la joven no estaba lejos. Quizá se hallaría en la parte exterior de la cabaña, cuidando los caballos, o habría ido en busca de agua Creyó oír pasos y escuchó; pero como sentía gran agotamiento, cerro los ojos y quedóse dormido.

Al despertar vio a Jennie sentada a su lado. La encontró algo cambiada. Cuando él habló, la joven se sobresaltó, volviéndose rápidamente hacia él.

-¡Duane! -exclamó.

-¡Jennie! ¡Ante todo, dígame cómo está usted y cómo estoy yo! -exclamó con alguna dificultad.

-¡Oh, yo estoy muy bien! Y usted, va lo ve, ha recobrado el sentido... y tiene curada la herida. Pero ha estado muy grave. Ha tenido mucha fiebre. Yo he hecho cuanto he podido.

Entonces, Duane comprendió que el cambio de la joven consistía en que estaba más pálida, en que tenía la piel más transparente y los ojos hundidos y fatigados.

-¿Fiebre? ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?preguntó.

Ella tomó unas chinitas que estaban en la copa del sombrero del joven v las contó.

-Nueve. Nueve días-contestó.

-¿Nueve días?-contestó él con cierta incredulidad. Pera otra mirada de la joven le convenció de la verdad de lo que acababa de oír-. ¿He estado enfermo durante todo este tiempo? ¿Y usted me ha cuidado?

-Sí.

-¿No se han presentado los hombres de Bland?

-No.

-¿Dónde están los caballos?

-Los llevé a pacer al fondo de una quebrada próxima, en donde hay abundancia de hierba y de agua.

-¿Ha podido usted dormir?

-Un poco. En los últimos días no podía estar despierta.

-¡Dios mío! Me lo explico perfectamente. Sin duda, ha pasado muchas horas, de día y de noche, sentada a mi lado, cuidándome y, al mismo tiempo, vigilando la posible llegada de los forajidos. ¡Cuéntemelo usted todo!

-Hay muy poca cosa que contar.

-De todos modos, quiero saber lo que usted ha hecho v sus impresiones.

-No lo recuerdo muy bien - replicó ella con la mayor sencillez-. El día de nuestra fuga recorrimos, quizá, cuarenta millas. Sus heridas sangraban continuamente. Al anochecer iba usted tendido sobre el cuello de su caballo. Al llegar aquí, se cayó de la silla al suelo. Yo le arrastré hasta el interior de la choza y, lo mejor que pude, contuve la hemorragia. Aquella noche creí que se moría. Por la mañana, sin embargo, comencé a tener esperanza. Olvidé por completo los caballos. Mas, por suerte, no se

habían alejado mucho. Entonces los cogí por las riendas y los llevé al fondo de la quebrada. En cuanto se cerró su herida y empezó a respirar con más fuerza comprendí que se curaría en seguida. La fiebre le tuvo enfermo muchos días. Estaba usted muy inquieto y eso me preocupaba bastante porque no sabía cómo calmarle. Gritaba sin cesar y, en caso de haber sido perseguidos, no hay duda de que le hubiesen oído desde lejos. Pero no sé si me asustaba más su silencio por las noches, cuando me rodeaba la oscuridad y no percibía el menor ruido. Y para no equivocarme en la cuenta del tiempo, todos los días puse una chinita en la copa de su sombrero.

-¡Me ha salvado usted la vida! -dijo Duane.

-No lo se. Puede ser. Hice todo lo que sabía - contestó-. Usted, a su vez, salvó la mía... y bastante más.

Los dos cruzaron una larga mirada y luego se estrecharon con fuerza las manos.

-Ahora, Jennie, continuaremos el viaje-dijo con alegre acento-. Dentro de muy pocos días estaré repuesto por completo. No puede usted imaginarse lo vigoroso que soy. Nos ocultaremos durante el día y viajaremos por la noche. Así la llevaré al otro lado del río.

-¿Y luego?-dijo ella.

-Espero que encontraremos algún ranchero honrado.

-¿Y después? -insistió la joven.

-Lo cierto es que no he pensado nada acerca de lo que ocurrirá más tarde. Créame si le digo que ya era bastante difícil llegar a imaginar esto siquiera. Por el momento, bastará para que pueda usted considerarse segura. Referirá usted su historia y así la enviarán a algún pueblo o ciudad y la cuidarán hasta que sea posible avisar a alguno de sus parientes o amigos.

-¿Y usted? -preguntó ella con voz extraña.

Duane guardó silencio.

-¿Qué hará usted?-añadió la joven.

-Pues me volveré a los bosques. No me atrevo a presentarme a las personas decentes. Soy un proscrito.

- ¡No, no es usted un criminal! - exclamó ella con la mayor vehemencia.

-Tenga usted en cuenta, Jennie, que en esta región tiene muy poca importancia la distinción entre un proscrito y un criminal.

-¿Volverá usted a vivir con esos hombres terribles?

¿Usted, que es tan bueno, tan caballero, que posee tan buenas cualidades? ¡Oh Duane ! ¡No lo haga!

-No puedo volver a vivir entre los forajidos o, por lo menos, con los de Bland. No; ¡viviré solo ! Como dicen en la frontera, seré un lobo solitario. No puedo hacer otra cosa, Jennie.

-¡Oh, no lo sé! ¿No podría usted ocultarse? ¿No le sería posible salir de Texas... y alejarse de este país?

-No me sería posible salir de Texas sin que me prendiesen. Desde luego, me cabe el

recurso de ocultarme. De todos modos, no se preocupe por mí, Jennie.

Tres días después, Duane, aun a costa de grandes dificultades, pudo ya volver a montar a caballo. Durante el día, y a cortas jornadas, él y Jennie volvieron al camino principal, y, una vez allí, se ocultaron hasta que él hubo descansado. Luego, en cuanto se hizo de noche, salieron de los cañones y gargantas del Rim Rock y por la mañana muy temprano se detuvieron para acampar junto a la primera corriente de agua que encontraron.

Después de anochecer reanudaron el viaje y de día siguieron ocultándose. Una vez hubieron dejado atrás el río Nueces, Duane comprendió que la joven estaba ya segura y que, en cambio, aumentaba el peligro para él mismo. Habían llegado a una región que desconocía por completo. Hacia el este del río había diseminados algunos ranchos. Pero no se atrevía a acercarse ante la duda de que el primer ranchero con quien topase lo mismo podía ser amigo de los forajidos que un hombre honrado. Sin embargo, Duane esperaba que mientras trataba de salvar a Jennie, no le abandonaría su buena estrella. Además de esta preocupación, estaba inquieto por su propia salud. Habíase levantado demasiado pronto, el viaje fue muy duro y se sentía más débil cada día. Por fin, a gran distancia, al otro lado de un enorme campo, en el que había algunos mezquites diseminados, divisó una faja verde y una pequeña llanura, en la que se elevaba el edificio de un rancho. Dirigió allá su caballo y, esforzándose en parecer animoso, volvió el rostro a Jennie, quien parecía, a la vez, triste y alegre.

Cuando estuvieron más cerca observó que en el rancho parecía reinar la prosperidad. Esto indicaba honradez. Vio unos campos de alfalfa, árboles frutales, corrales, un molino de viento para sacar agua, algunas zanjas para el riego de las tierras y en el centro de todo aquello una linda casa de ladrillo. En la era jugaban unos niños. A juzgar por su modo de echar a correr al verle, Duane comprendió que aquella gente vivía sin relacionarse con nadie, atemorizada a causa de su aislada existencia. Poco tardaron en aparecer una mujer y luego un hombre. Este último contempló atentamente a los desconocidos y salió de la casa. Era un tejano de cabello rubio ceniciento y pecosa cara.

-¡Buenos días, amigo! - dijo al ver que Duane detenía su caballo -. Usted y su esposa pueden descansar aquí. Pero dígame, ¿está usted enfermo, herido o qué? Permítame...

Duane, vacilando sobre la silla, se inclinó para mirar al ranchero. Creyó ver buena voluntad, bondad y honradez. Una mirada le bastó para darse cuenta de ello, y luego casi se cayó al echar pie a tierra.

El ranchero le cogió y lo sostuvo, mientras le ayudaba a acercarse a un banco.

-¡Ven, Marta! -exclamó-. Este hombre está enfermo. Pero no; le han herido, porque está manchado de sangre.

Jennie se dejó resbalar desde el caballo al suelo y acudió en auxilio de Duane, quien estaba a punto de perder el sentido.

-¿Es usted su esposa? -preguntó el ranchero.

-No. Soy una joven a quien él salvó de unos forajidos. ¡Oh, qué pálido está l ¡Duane ! ¡Duane

-¡Buck Duane! - exclamó el ranchero, muy excitado -. ¿El que mató a Bland y a Alloway? ¡Oh, le estoy muy agradecido y haré por él cuanto pueda!

Salió la esposa del ranchero, y con la mayor bondad se esforzó en que Duane bebiese algo de un frasco. Pero él reconoció su contenido, que rehusó, y con débil voz pidió agua. Una vez se la hubieron dado, fue ya capaz de hablar.

-Sí, soy Duane. He hecho un esfuerzo demasiado grande. Estoy sin fuerzas. La herida que recibí en casa de Bland se está curando ya. ¿Querrá usted hacerme el favor de encargarse de esta joven y ocultarla por algún tiempo, hasta que se haya calmado la agitación entre los forajidos?

-¡Se lo prometo ! -contestó el tejano.

-¡Gracias! Me acordaré de usted y algún día le recompensaré.

-Y usted, ¿qué se propone hacer?

-Descansar un poco... y luego meterme otra vez en la selva.

-Usted, joven, no está en situación de viajar. Vamos a ver, ¿le persigue algún forajido?

-Me parece que, en todo caso, habrán perdido mi pista.

-Bueno. Verá usted lo que vamos a hacer. Me encargaré de ustedes y les ocultaré hasta que se haya restablecido. Eso será lo más conveniente. Mi vecino más inmediato se halla a cinco millas de distancia, de modo que aquí no tenemos muchas visitas.

-Le advierto que se expone usted demasiado, porque tanto los bandidos como los guardias rurales tendrán interés en hallarme-le advirtió Duane.

-En esta región no hemos visto todavía a ningún guardia rural. En cuanto a los proscritos, me llevo muy bien con ellos, a excepción de los de Bland. Y, como antes he dicho, me ha hecho usted un gran favor y quiero corresponderle.

-¿Y mis caballos? Pueden descubrimos - añadió Duane.

-Los ocultaremos en un lugar que todo el mundo ignora y donde hay mucha agua y hierba. Ahora conviene que entremos en la casa.

Las últimas y vagas sensaciones de Duane en aquel día fueron que le acostaban en una cama, que le descalzaban v que las suaves y frías manos de Jennie acariciaban su ardiente rostro.

Estuvo enfermo tres semanas antes de empezar a convalecer, y transcurrió otra sin que pudiera pasear un poco a la puesta del sol. Luego recobró rápidamente las fuerzas. Solamente al terminar la larga enfermedad recuperó su buen ánimo. Mientras permaneció en la cama guardó un malhumorado silencio.

-Pronto podré alejarme, Jennie - dijo una tarde -. No debo abusar más tiempo de la bondad de Andrews. Nunca olvidaré lo que ha hecho conmigo. También su

esposa ha sido muy buena con nosotros. Sí, Jennie, usted y yo tendremos que despedirnos muy pronto.

-No tenga usted prisa en marcharse.

En los últimos días, Jennie se portó con él de un modo muy raro. Ya no era la misma joven que conoció en casa de Bland y creyó que su deseo de retenerle algo más se debía únicamente a la pena que le daba el que tuviera que internarse de nuevo en el bosque. Sin embargo, Duane la observó con mayor atención. La muchacha llevaba entonces un sencillo traje blanco que se había hecho con una tela que le proporcionó la señora Andrews. El descanso y la buena alimentación la habían mejorado mucho, de modo que, si era ya linda en aquella guarida de forajidos, ahora merecía otro calificativo superior. Pero conservaba la misma palidez y la triste mirada. Sus ojos parecían velados por un miedo indefinible.

Duane, después de observar aquellos cambios en la joven, tuvo la certidumbre, cada vez mayor, de que sentiría mucho tener que separarse de ella.

-Es muy probable que no volvamos a vernos - dijo-. Resulta rato pensarlo siquiera.

Hemos pasado unos días tan penosos, que parece que nos conocemos desde mucho tiempo atrás.

Pero como Jennie se mostraba tímida y parecía estar triste, Duane cambió de conversación, para referirse a otros asuntos menos personales.

Andrews volvió de Huntsville una tarde después de varios días de ausencia.

-Bueno, Duane - dijo -, sepa que en la ciudad no se 'habla de otra cosa que de la limpieza que ha hecho usted de los jefes de la banda de Bland.

Dijo, dándose importancia por tales noticias

-Lo que se cuenta por allí es algo exagerado si nos hemos de atener a lo que usted me contó, pero es evidente que la hazaña le ha granjeado muchos amigos en esta orilla del Nueces. Estoy seguro de que no existe un solo pueblo de los alrededores en donde no pudiese usted ser acogido con gusto. Como debe de saber, en Huntsville la opinión de la gente anda dividida. La mitad de la población está compuesta de bandidos. Es, pues, muy probable que los que se muestran tan entusiasmados con usted sean, precisamente, los peores. Por ejemplo, encontré

a King Fisher, que es el jefe de los forajidos de esta comarca, aunque él está convencido de que es un honrado ciudadano. Me dijo que ha hecho usted un gran bien a la frontera y a los ganaderos honrados. ¡Claro! Como Bland y Alloway han muerto, él encontrará ahora más facilidades para robar ganado. También se habla de que Hardin trasladará su campamento al que ocupaba Bland. Pero yo no estoy seguro de esto, es más, no me parece siquiera probable. Antiguamente, cuando moría un jefe importante de forajidos, su banda se desperdigaba en todas direcciones, y creo que ahora pasará otro tanto, porque no ha quedado nadie capaz de gobernar a esos hombres.

-¿Sabe si me persiguen los hombres de Bland? - preguntó Duane.

-De la banda de Bland no le persigue nadie. Estoy seguro-replicó Andrews -. Fisher dijo que ningún caballo ha seguido su pista. Lo cierto es que nadie quería a Bland. Además, esos hombres lo pensarán mucho antes de seguirle a usted. En una palabra, que, si quiere, puede ir a Huntsville, porque allí goza de cierta popularidad. Y sin duda estaría seguro si no fuese porque algún borracho o vaquero valentón podría sentir el deseo de pegarle un tiro nada más que por hacerse famoso por haberle matado a usted. Conviene que sepa usted, Duane, que a todas partes adonde vaya se encontrará con esa clase de individuos.

-Dentro de uno o dos días estaré ya en condiciones de montar a caballo y de defenderme-dijo Duane -. Entonces me marcharé..., pero antes quisiera hablarle de Jennie.

-Con mucho gusto; por nuestra parte puede quedarse con nosotros.

-Gracias, Andrews; es usted un hombre bueno. Pero yo deseo que Jennie se aleje todavía más de Río Grande. Aquí no estaría segura. Además, quizá pueda encontrar algún pariente suyo, porque los tiene, aunque no sepa dónde están.

-Bien, Duane; lo que usted quiera. Comprendo que, en efecto, será mejor que la lleve usted a alguna población. Debe dirigirse camino del Norte a Shelbyville o Crockett. Ambas son dos poblaciones muy buenas. Yo le daré a Jennie los nombres de las personas que podrán auxiliarla, de modo que usted no tendrá necesidad de entrar.

-¿Cuál está más cerca y a qué distancia se halla?

-Shelbyville. Supongo que está a dos jornadas de caballo. Por allí no abunda el ganado, de modo que lo más probable es que no encuentren a ningún ladrón de reses. Por

otra parte, vale más que viaje de noche, procurando evitar algún mal encuentro.

Dos días después, a la puesta del sol, Duane y Jennie montaron en sus caballos y se despidieron de los rancheros de su esposa. Andrews no quiso escuchar las palabras de agradecimiento de Duane.

-¡Todavía estoy en deuda con usted ! -repetía.

-Bueno, aunque así sea, quizá pueda hacer algo todavía en su beneficio - dijo Duane - . Tal vez algún día vuelva a visitarle.

-Si no lo hace, demostrará que no es amigo mío. Pero no se me ocurre nada... ¡Espere, sí, espere!

Se llevo aparte a Duane para que las mujeres no pudiesen oírle y, en voz baja, añadió

-Sepa usted, Buck, que antes yo estaba bastante acomodado; pero me robó un individuo llamado Brown... Rodney Brown. Vive en Huntsville y es enemigo mío. Si yo fuese hombre de armas tomar, ya le habría pegado un tiro. Brown me arruinó, robándome cuanto tenía. Es ladrón de toda clase de ganado, pero tiene buenos protectores. Creo que no hay necesidad de que le diga más.

-Ese Brown, ¿no es el mismo individuo que mató a un forajido llamado Stevens? - preguntó Duane con la mayor curiosidad.

-El mismo. Ya he oído contar esa historia. Brown confiesa que le atravesó de parte a parte de un balazo; pero como el forajido huyó a caballo, nadie estaba seguro de su muerte.

-Lucas Stevens murió de aquel tiro. Yo lo enterré - contestó Duane.

Andrews no hizo ningún otro comentario y los dos hombres fueron a reunirse con las mujeres.

-Hay que seguir el camino durante cosa de tres millas, y, al llegar a la bifurcación, tomar el que se dirige hacia la izquierda. ¿No es eso lo que usted dijo, Andrews?

-Eso es. Ahora, adiós, y que tengan buena suerte.

Duane y Jennie se alejaron al trote de sus caballos y pronto se perdieron de vista, a causa de la escasa luz del crepúsculo. Duane sentíase asediado por una idea. Tanto Lucas Stevens como el ranchero Andrews le habían insinuado su deseo de que matase a un individuo llamado Brown. Duane habría dado cualquier cosa porque no le hubiesen hablado de aquel hombre, dando por hecho que él se encargaría de vengarlos. ¡Qué región tan sangrienta era Texas! Tanto los ladrones como las víctimas de los robos se deseaban la muerte unos a otros. Aquello estaba en el espíritu de la comarca. Él, por su parte, deseaba evitar el encuentro con aquel Rodney Brown. Y esta determinación demostraba a Duane cuan peligroso era él en realidad, tanto para los demás como para sí mismo. A veces pensaba que sus mejores sentimientos se hallaban muy cerca de otros violentos y terribles. Comprendió que solamente podía salvarle la inteligencia y la verdadera comprensión del peligro, o la persecución de un ideal noble y digno.

Luego empezó a conversar con Jennie de las posibilidades que le ofrecía su porvenir y, mientras tanto, anocheció. El cielo estaba cubierto de negras nubes; el aire estaba en calma y el calor y la opresión del ambiente :amenazaban tempestad. Poco después Duane ya no pudo .:distinguir el camino más allá de cinco o seis metros de ,distancia, aunque su caballo lo seguía sin dificultad. Al jinete le molestaban mucho las tinieblas aquella noche; ,era imposible viajar de prisa; además, podía pasar de largo por la bifurcación del camino y perderse. Por eso se vio obligado a prestar la mayor atención a las negras sombras que tenía delante. Por suerte, se hallaban entonces en un lugar algo más elevado, en donde

Librodot

crecían más claros los mezquites, de modo que la oscuridad no ;era tan densa, y en aquel preciso lugar estaba la bifurcación.

Tan pronto tomó la dirección conveniente sintióse más tranquilo. Pero, con gran disgusto por su parte, no tardó en caer una finísima lluvia. Jennie no llevaba un traje apropiado para el agua y a él le ocurría lo mismo. En tiempo caluroso y seco raras veces se ponía la chaqueta, que entonces llevaba atada en el arzón trasero de la silla; la cogió y cubrió con ella los hombros de Jennie.

Siguieron adelante y la lluvia aumentó en intensidad.

Duane estaba calado y sentía frío. Jennie soportaba mejor el aguacero gracias a la gruesa chaqueta. A pesar de aquella molesta contingencia, la noche transcurrió rápidamente y en breve la aurora gris y triste derramó su palida luz sobre los viajeros.

Jennie insistió en la necesidad de buscar algún cobijo donde pudieran encender fuego para secarse los trajee. Duane no gozaba aún de la necesaria resistencia física para arriesgarse a coger un resfriado. A causa del frío y de la humedad, sus dientes castañeteaban. Por otra parte, el buscar algún cobijo en aquella extensión enorme v desierta de terreno parecía ser un empeño inútil por completo. Sin embargo, del modo más inesperado del mundo se vieron de pronto ante una cabaña de ladrillo, desocupada, que estaba algo alejada del camino. Después de examinarla, no sólo resultó que su interior estaba muy seco, sino que, además, había allí una pequeña provisión de leña. Podrían encontrar agua en todas partes, en los charcos formados por la lluvia, pero, en cambio, no había hierba alguna para los caballos.

Un buen fuego y la comida y la bebida calientes cambiaron el aspecto de las cosas, dándoles una gran sensación de comodidad. Jennie se tendió a descansar. Duane, en cambio, tuvo que montar guardia. Aquella cabaña no era, en realidad, ningún escondrijo. Mientras tanto, llovía con mayor intensidad; el viento venía del Norte. Duane observó esta última circunstancia y se alegró, porque, con toda probabilidad, persistiría el mal tiempo durante dos o tres días. Su extraordinaria suerte no le había favorecido en aquello; sin embargo, mientras durase aquella tormenta, no sería fácil encontrar a ningún viajero.

Jennie dormía en tanto vigilaba Duane. La salvación de, aquella muchacha era para él mucho más importante que ninguna de las empresas que emprendiera en su vida. Al principio sintióse impulsado por el sentimiento humano de socorrer a aquella desgraciada criatura y deseó demostrarse a sí mismo que no era un forajido como los demás. Pero luego, ya se sintió movido por otras extrañas causas, que tenían algo de personal, cálido y protector.

Mientras contemplaba a la joven, menuda y esbelta, con el sucio y mojado traje, despeinada, pálida, apacible, con sus largas y oscuras pestañas sombreándole las me

jillas, el joven advirtió su belleza y femineidad, cosas en las que no se había fijado antes. A no ser por él, quizá la muchacha se hallara entonces en la cabaña de Bland y hubiese sufrido el peor de los atropellos. Esto le demostró su propia importancia, puesto que pudo cambiar su destino. La joven conservaba su pureza y su juventud; olvidaría y llegaría a ser dichosa y sería, seguramente, una excelente esposa y una buena madre. Esta idea dilató su corazón. Sus recientes actos, a pesar de que habían costado la vida a algunos hombres, los había impulsado una causa noble, haciendo confiar mucho más en su incierto porvenir. Además, desde que Jennie empezó a ocupar sus pensamientos, apenas habíase visto molestado por los antiguos fantasmas.

Al día siguiente, ella estaría ya entre personas decentes y bondadosas y tendría

posibilidad de encontrar a sus parientes. Por este motivo dirigió al cielo una muda acción de gracias, no sin sentir una punzada dolorosa en el corazón.

Ella durmió hasta después del mediodía. Duane seguía de guardia, siempre alerta, tanto sentado como en pie o andando. La lluvia repiqueteaba continuamente en el techo de la cabaña y algunas veces penetraba también, impulsada por el viento, a través de la puerta. Los caballos, ensillados aún, estaban en el exterior, en un cobertizo que les proporcionaba escaso abrigo, y, muy inquietos, no cesaban de piafar.

Cuando se despertó Jennie prepararon la comida y sentáronse junto a la pequeña fogata. La joven tenía un aspecto trágico y parecía ser muy desgraciada. Su caracte

rística inquietud se acentuaba más aquel día. Sin embargo, él la atribuyó a la larga ansiedad y a que se hallaba ya cerca del fin de sus temores. Pero cuando los ojos de ella se fijaban en los de Duane, no parecía pensar siquiera en la libertad ni en su porvenir.

-Mañana a estas horas se hallará usted en Shelbyville -dijo Duane.

-Y usted, ¿dónde estará? - se apresuró a preguntar ella.

-¿Yo? Pues, seguramente, iré en busca de un lugar solitario.

La joven se estremeció.

-Me he criado en Texas -dijo-, y recuerdo que los hombres de mi familia tuvieron que resignarse a llevar una vida muy dura. Pero, pobres como eran, tenían un techo que les protegiera, un hogar con fuego, una cama ,caliente... y alguien que les quisiera. Y usted, Duane...

-¡Oh Dios mío ! ¿Cuál será su vida? Se verá obligado a ir de un lado a otro, a esconderse, a estar alerta siempre. No tendrá buena comida, ni almohada alguna en que apoyar la cabeza, no oirá ni una palabra cordial, carecerá de ropa limpia y no sentirá el contacto de la mano de una mujer. Las cosas más importantes de su vida serán sus caballos, las armas, los caminos, las rocas v las cuevas. Deberá ir a caballo continuamente, escondiendose y matando a diestro y siniestro, hasta que...

Terminó con un sollozo e inclinó la cabeza sobre sus propias rodillas.

Duane estaba asombradísimo y profundamente emocionado.

-Le doy las gracias por lo que se preocupa usted de mi-dijo con voz temblorosa-. No puede imaginarse el valor que tienen sus palabras en mis oídos.

Ella levantó el rostro, que, humedecido por las lágrimas, estaba en extremo elocuente y hermoso.

-He oído decir que, en este país, los hombres mejores acaban por ser malos. Usted no hará eso. ¡Prométame que no lo hará! Nunca... nunca he conocido a ningún hombre... como usted. En adelante... después del día de hoy... es probable que ya no volvamos a vemos. Yo nunca le olvidaré. Rogaré por usted y no abandonaré la esperanza de poder hacer algo en beneficio suyo. No se desespere, porque nunca es tarde. Cuando yo estaba en casa de Bland, antes de que llegase usted, sólo me sostenía la esperanza. Y yo no era más que una pobre y débil muchacha. Usted, pues, puede esperar también. Aléjese de los hombres, viva como un lobo solitario. Defienda su vida. Continúe desterrado... y quizás... algún día...

Entonces murió su voz. Duane le estrechó la mano y, con tanta emoción como la de ella, le prometió recordar sus palabras. La compasión que le inspiraba su salvador impulsó a la joven a darle consejos tan acertados. Porque, en efecto, le señaló el único camino que debía tomar.

La emoción distrajo momentáneamente a Duane, pero cuando volvió a observar los

alrededores notó que el bayo que montaba Jennie se había alejado después de romper la traba. La mojada tierra apagó el ruido de sus cascos, pero sus huellas aparecían muy claras en el barro. El joven creyó que estaría en alguno de los bosquecillos de mezquites que había a corta distancia, pero resultó que no era así.

Duane no quería dejar sola a Jennie en la cabaña, tan cerca del camino. Por esta razón la hizo montar en su propio caballo y le dio instrucciones para que le siguiera. Había cesado va de llover, pero el tiempo seguía tempestuoso. Las huellas del caballo conducían a una pendiente que en otro tiempo fue el cauce de un arroyo de la montaña que iba a parar a una llanura en la que abundaban los mezquites, los nopales y las plantas espinosas, las cuales, con su espesura, impidieron el paso a Jennie. Duane estaba empeñado en encontrar el caballo. Por otra parte, el tiempo pasaba rapidamente y la noche no andaba lejos. No era posible que la joven pudiese seguirle rápidamente a pie por aquella espesura, por lo cual decidió arriesgarse a avanzar solo, dejándola a ella atrás.

En aquel momento le sobresaltó un ruido. ¿Lo habría producido él mismo pisando o rompiendo, sin darse cuenta, alguna ramita? Oyó el impaciente patear de los cascos de su caballo. Luego reinó la mayor tranquilidad. No obstante, siguió prestando oído, algo inquieto. Nunca estaba tranquilo con respecto a la seguridad de la joven ni a la suya propia, pues de sobra le constaba que no podía estarlo en aquella región.

El caballo bayo habíase internado en la espesura. ¿Qué causa le habría inducido a meterse allí?, pensó Duane. La hierba no fue, porque no la había. De pronto oyó al bayo y echó a correr para perseguirlo. El barro era muy blando y las plantas espinosas le impedían avanzar con rapidez. Por fin alcanzó al animal y, en el mismo instante, cruzó por las huellas que recientemente habían dejado numerosos caballos.

Al examinarlas se alarmó, porque pudo observar que eran recientes. Habíanse producido después de haber cesado de llover. Además, se trataba de caballos perfectamente herrados. Duane se enderezó, dirigiendo una cautelosa mirada a su alrededor. Su decisión momentánea fue volver al lado de Jennie. Pero había avanzado tanto a través de la espesura, que sin duda tardaría algo en reunirse con la joven. Una o dos veces le pareció oír crujidos entre la maleza, pero no se detuvo para cerciorarse que era. Sin embargo, estaba ya persuadido de que le amenazaba algún peligro.

De pronto oyó con toda certidumbre ruido de cascos de caballos delante de él. Luego, un grito hendio el aire, pero terminó en seguida, de un modo violento. Duane dio un salto formidable y se abrió paso por entre la espinosa espesura. Volvió a oír un grito de Jennie, de alarmante expresión, que fue sofocado rápidamente. Al parecer, resonó más hacia la derecha, y tomó aquella dirección. Por fin salió a un claro, en donde encontró una hoguera a medio apagar y numerosas huellas de los individuos que poco antes acamparon allí. Atravesó aquel campamento y trató de salir de la selva, pero era demasiado tarde. Su caballo había desaparecido. Tampoco vió a Jennie ni a jinete alguno, por más que miró en todas direcciones. Reinaba un gran silencio y sólo pudo descubrir numerosas huellas de caballos que se dirigían hacia el norte. Jennie había sido raptada, probablemente por los forajidos. Duane comprendió en el acto que no podía pensar siquiera en la persecución y que Jennie estaba ya perdida para él.

Librodot

X

Donde el río Nueces hacía correr sus claras aguas entre unas amarillentas y altísimas orillas había una diminuta cabaña o choza formada por unos postes de mezquite que sostenían un tejado. Aquella choza fue construída mucho tiempo atrás, pero estaba bien conservada. Una puerta daba al sendero, casi cubierto de vegetación. y otra miraba a una garganta en que crecían muy espesos los arbustos. En aquella región fronteriza, los fugitivos de la ley y todos cuantos se ocultaban huyendo de algún enemigo jamás' vivían en casas de una sola puerta.

Era un lugar salvaje y solitario propio sólo de un forajido, y ninguno se habría marchado de allí a gusto para ir a esconderse a otro sitio de aquel país desierto. En el fondo de la quebrada abundaba siempre el agua potable, había hierba todo el año, escondrijos frescos y umbríos, gamos, conejos, pavos, frutas y millas y millas de profundos y tortuosos cañones, llenos de peñascales y de impenetrables espesuras. Allí se oía el rugido de las panteras, los aullidos de los gatos monteses y la tos del jaguar. Innumerables abejas zumbaban por entre las flores primaverales y parecía como si dispersaran la m_ el en todas direcciones. Durante el día oíase el continuo canto de las aves y sobresalían las notas profundas y dulces del pájaro burlón, que dominaba a todos los demás.

En los días claros, que eran los más del año, al calmarse el viento, a la puesta del sol, el silencio envolvía la pequeña cabaña. A gran distancia se divisaban las azuladas montañas con la cumbre dorada por el sol, que se desvanecían lentamente a medida que moría la luz diurna.

En aquella hora tranquila apareció un hombre subiendo la pendiente que arrancaba en la parte inferior de la garganta y se sentó junto a la puerta occidental de la cabaña. Aquel vigilante solitario del Oeste que prestaba oído al silencio reinante era Duane. Y aquella cabaña era la misma donde, tres años antes, lo cuidara Jennie devolviéndolo a la vida.

La muerte de un hombre llamado Sellers, y la combinación de circunstancias que convirtieron la tragedia en un recuerdo penoso, fueron causa, si no de un cambio, por lo menos de una interrupción en las actividades de Duane. Siguió la pista de Sellers, para matarle por supuesto rapto de Jennie. Le siguió mucho tiempo, después de averiguar que Sellers viajaba solo. Duane deseaba tener la seguridad absoluta de la muerte de Jennie. Rumores vagos, algunas palabras oídas en uno y otro lado, historias sin ninguna garantía de autenticidad, fue lo que Duane pudo recoger en varaos años, para corroborar su creencia de que Jennie había muerto poco después de empezar su segundo cautiverio. Sin embargo, Duane no lo sabía con seguridad. Sellers podía habérselo dicho. Él esperaba, si no obligarle a hablar, leer la verdad en sus ojos en el último instante. Pero la bala dio en el blanco con demasiada precisión, porque cerró los labios e inmovilizó los ojos de aquel hombre casi instantáneamente.

Después de aquel encuentro, Duane estuvo herido bastante tiempo en el rancho de un amigo, y en cuanto se repuso del balazo que le disparó Sellers, salió con dos caballos y un gran fardo en busca de la solitaria garganta del río Nueces. Allí permaneció oculto varios meses, presa del remordimiento, entregado a sus desagradables recuerdos v víctima de los

Librodot

fantasmas.

El trabajo y la actividad para encontrar medios de subsistencia en aquel escondrijo le ayudaron a pasar el tiempo. Sin embargo, no podía trabajar constantemente, aunque tuviera cosas que hacer. Y así, en sus momentos de ocio y durante la noche, vivía atormentado por sus recuerdos y remordimientos.

La puesta del sol y el crepúsculo hacían soportable todo lo demás. Aquella cabañita, situada en lo alto de la garganta, parecía conservar aún la presencia de Jennie. No era como si sintiera su espíritu, porque en este caso habría estado ya seguro de su muerte. Esperaba que Jennie no hubiese sobrevivido a su segundo infortunio, y lo deseaba con tanta intensidad, que llegó a creerlo; mas le faltaba la certeza. Al regresar a aquel paraje, y cuando visitó por segunda vez la cabaña, encontró las cosas tal como las dejara, e incluso pudo hallar una cinta descolorida y marchita que Jennie utilizara para sujetar su brillante cabellera. Era, pues, evidente que ningún forajido ni viajero llegó a aquel sitio solitario, y tal circunstancia lo hizo más querido para Duane.

Lo más extraño del recuerdo de Jennie era la precisión con que conservaba su imagen en la memoria, y ni los años, ni las penalidades, ni las luchas y las muertes pudieron disminuir la memoria de la joven ni apagar el pensamiento de lo que pudiera haber sido de su vida. Tenía un maravilloso poder para evocar las imágenes. Cerrando los ojos podía ver a Jennie ante él con tanta claridad como si fuese de carne y hueso. Dedicábase a esta ilusión durante muchas horas, soñando en una vida que nunca había conocido y que, seguramente, no llegaría a conocer. Volvía a ver la graciosa y esbelta figura de Jennie y el astroso traje pardo que llevaba cuando la conoció en casa de Bland, y sus piececitos, calzados con sandalias mejicanas, y sus manos finas, endurecidas por el trabajo, así como sus desnudos brazos y su redonda garganta sobre la cual se destacaba el hermoso rostro pálido y triste animado por los oscuros y grandes ojos. Recordaba todas las miradas que ella le dirigió, cuantas palabras pronunciara y todas las ocasiones en que sintió el contacto de sus manos. Recordaba su belleza y la dulzura de su carácter y ciertos detalles que le daban casi la seguridad de que ella acabó por amarle; esforzóse en pensar en todo esto y no en la vida que la pobrecilla llevó en casa de Bland, ni en la fuga con él, ni en su segundo cautiverio, porque tales recuerdos sólo le proporcionaban una pena amarga e inútil. Y tenía que luchar con sus sufrimientos, porque le roían el corazón.

Allí sentado, con los ojos muy abiertos, soñaba luego con su propio hogar, con su madre, de blancos cabellos. Imaginaba la continuación de la antigua vida, endulzada por otros rostros muy queridos y por nuevas alegrías, y se figuraba que aquella soñada existencia transcurría ante sus propios ojos.

Luego, en la reacción inevitable, en el reflujo de la amarga realidad, prorrumpía en una muda exclamación, no menos dolorosa por callada.

-¡Pobre loco! Jamás volveré a ver a mi madre, nunca regresaré a mi casa ni viviré más en mi propio hogar. Soy Duane, el lobo solitario. ¡Oh Dios mío, ojalá hubiese terminado ya mi vida! Estos sueños me torturan, me hacen la vida imposible. ¿Qué tengo yo que ver con una madre, con un hogar y con una esposa? Nunca habrá en mi vida un niño de rubios cabellos, ni una niña de negros ojos, que me demuestren su cariño filial. Soy un forajido, un proscrito, muerto va para las personas buenas y honradas. ¡Estoy solo..., solo! Mejor sería convertirme en una insensible bestia o morir de una vez. Acabaré por volverme loco a fuerza de pensar. ¿Qué me queda ya en este mundo? Tan sólo un escondrijo propio de un, lobo, una vida silenciosa y solitaria y las noches llenas

Librodot

de fantasmas. O bien el camino o el sendero, con sus ensangrentadas huellas, la fuga penosa y rápida, la falta de sueño, el cansancio y el hambre, mientras busco alguna guarida al amparo de las rocas o entre las selvas. ¿Qué fuerza diabólica me empuja? ¿Por qué no seré capaz de acabar con todo? ¿Qué puedo esperar todavía? ¿Qué me queda? Sólo la fiereza indomable y los sentimientos criminales del pistolero, para conservar una vida miserable, sin temer la muerte, aunque siga agarrándome a la vida como una lapa para morir al fin descalzo, al contrario

de como suelen morir los hombres como yo. Tú, Bain, fuiste el primero, y ya estás bastante vengado. Con gusto me cambiaría por ti. Y tú, Sellers, eres el último, pero también has logrado tu venganza como todos los demás que perecieron a mis manos. Descansad en paz en vuestras tumbas y dejadme tranquilo.

Pero sus víctimas no reposaban en paz en sus tumbas ni le dejaban gozar de un momento de tranquilidad.

De las sombras surgía un grupo de espectros y, rodeándole, lo seguían hasta su cama.

Cuando Duane había recorrido muchas millas, con el deseo intenso de huir de sus perseguidores, la fatiga y el ejercicio constante le permitían conciliar el sueño. Pero cuando vivía oculto, necesitaba descanso v su mente intensificaba su actividad. Poco a poco, los fantasmas volvían a apoderarse de él y por fin se habrían apoderado por completo de su alma de no existir la fuerza salvadora de los sueños y las esperanzas del proscrito.

Muchas veces se había dicho:

«Soy inteligente. No estoy loco. Me hallo en pleno goce de todas mis facultades. Todo esto no es más que fantasía, exceso de imaginación y remordimientos de conciencia. No tengo nada que hacer, carezco de trabajo, de ideales y de esperanzas, y mi cerebro se llena de vagas imágenes, que, naturalmente, pertenecen a los hombres a quienes he tratado. No puedo olvidarles y vuelven a mi memoria, hora tras hora, y cuando mi mente torturada se debilita, ya no soy dueño de mí mismo, ni gozo de tranquilidad hasta que consigo hundirme en el sueño.»

Así razonaba tendido en su cómoda cabaña. El cielo nocturno estaba sembrado de resplandecientes estrellas y .su luz permitía distinguir vagamente las paredes cortadas a pico de los cañones. Los insectos zumbaban y chirriaban de un modo incesante, tenue y monótono. El agua, que corría lentamente, murmuraba con suavidad sobre el pedregoso lecho del río. A gran distancia y en lo profundo del cañón resonaba el triste grito de un búho. En el momento en que Duane se acostaba, abandonando ya el trabajo del día, todas aquellas cosas parecían pesar sobre él y envolverlo en un inmenso manto de soledad.

Entonces era tan incapaz de alejar sus propios pensamientos como de alcanzar con la mano una estrella brillante y fría de las que tachonaban el cielo.

Un día se preguntó cuántos forajidos como él estarían tendidos en el suelo contemplando las estrellas y el aterciopelado cielo, en las mil quinientas millas de comarca desierta que se extendía entre El Paso y la desembocadura del río. Era un territorio enorme y salvaje que ofrecía seguro refugio a los proscritos. En algún lugar había oído decir que los guardias rurales de Texas llevaban un registro de los nombres y de los delitos de los forajidos, de los cuales se conocían más de tres mil. Sin embargo, este número apenas llegaría a la mitad de la desgraciada horda que se había refugiado por todos los Estados de la nación. Duane fue de uno a otro campamento, de una guarida a otra, conoció numerosos escondrijos y pudo ponerse en contacto con aquellos hombres,

Librodot

muchos de los cuales eran criminales sin salvación posible; otros merecían el nombre de vengadores; unos pocos iban errantes, cargados con una culpa que no merecían, y entre ellos encontraba, a veces, algún hombre de sentimientos humanos, todo lo humanos que era posible en aquella vida, honrado cuanto permitían las circunstancias, no perdido enteramente para el bien.

Pero todos eran proscritos, y aquella noche estrellada estarían tendidos con el rostro vuelto hacia el cielo, algunos formando manadas, como los lobos, y otros solos, como el lobo gris, que rehuía a todos sus compañeros. Por lo demás, poco le importaba a Duane que la mayoría de ellos se hundieran en el crimen y en la brutalidad con mayor frecuencia aún que en el alcohol y que fuesen incapaces de ningún sentimiento humano porque se habían convertido ya en bestias salvajes.

Duane dudó de que entre ellos hubiese un solo hombre que no comprendiese su ruina moral y material. Había encontrado a algunos desgraciados, casi idiotas, que se daban cuenta de ello. Díjose que, tal vez, él mismo habría podido bucear en sus mentes y comprender la verdad de sus vidas respectivas, explicándose también al endurecido criminal, duro, ignorante y bestial, que asesinaba, como lo hizo Black, que robaba por el gusto de hacerlo, que deseaba disponer de dinero para jugar y emborracharse, que siempre estaba dispuesto a morir y a matar, como aquel terrible proscrito Helm, que hasta en el patíbulo desafiaba a la misma muerte.

Los jóvenes de carácter violento que trataban de conquistar la celebridad a fuerza de temerarias aventuras ; los cowboys con una muesca en sus revólveres, que se envanecían de ser perseguidos por los guardias rurales; los hombres del Norte, de instintos criminales, desfalcadores, falsificadores, asesinos, todos ellos de semblante pálido y pecho hundido, que carecían de las condiciones necesarias para vivir en aquella soledad y que, al fin, perdían la vida en breve; los ganaderos poco escrupulosos que sostenían relaciones amistosas con los forajidos; los verdaderos ladrones de ganado, viejos, canosos y estevados... Con todos había tenido contacto Duane, a todos los conoció y observó, y como se figuraba pertenecer a la misma clase, veía también que sus criminales vidas acabarían más o menos pronto de un modo lamentable y trágico, pues tendrían su castigo en la tierra en los remordimientos y en el miedo, y si no sufrían este último, habrían de experimentar lo más terrible para los hombres activos, de vida inquieta, o sea el dolor físico de la carne y de los huesos.

Duane lo sabía muy bien porque les vio sufrir el castigo y, además, conocía mejor aún la vida interior del pistolero, de aquella clase selecta, pero no menos numerosa, de la que él mismo formaba parte. El mundo les juzgaba a él y a sus compañeros como máquinas criminales, dotadas de la inteligencia precisa para perseguir, alcanzar y matar a otro hombre. Duane tardo tres interminables años en comprender a su propio padre y se convenció, sin duda alguna, de que los pistoleros como Bland, Alloway y Sellers eran la personificación del mal y no tenían remordimientos y ninguna Némesis espiritual les acosaba; pero, en cambio, tenían algo más torturador aún, algo que destruía más todavía el descanso, el sueño y la tranquilidad, y este algo era un miedo loco a la muerte. Duane lo sabía porque mató a aquellos hombres y pudo observar la rápida v oscura sombra que cubría sus ojos, el presentimiento de que su voluntad no sería dominante y luego la horrible certidumbre de que se morían. Aquellos hombres debieron de sufrir una agonía intensa en todos sus encuentros con un enemigo posible o cierto, y su dolor y su agonía fueron bastante mayores que el daño que pudiera causarles una herida de bala. Sufrían,

pues, ese miedo, gracias a que todas sus víctimas les decían desde la tumba que nada había tan inevitable como la muerte, que les acechaba desde todos los rincones, escondida en las sombras y agazapada en todo oscuro cañón de arma de fuego. Aquellos hombres no podían tener ningún amigo; tampoco era posible que amasen y confiasen en una mujer. Sabían muy bien que la única posibilidad de salvar la vida consistía en estar siempre alerta, en valerse de su habilidad y destreza con las armas; pero tal esperanza, debida a la misma naturaleza de la vida que llevaban, no podía ser duradera. Ellos mismos se habían condenado. ¿Qué podía, pues, existir en lo profundo de su mente, cuando iban a tenderse en sus yacijas, en una noche estrellada como aquélla, rodeados de misterio, de silencio y de sombras, mientras el tiempo transcurría y el oscuro porvenir y sus secretos se acercaban a ellos a cada hora?... ¿Qué podían esperar sino el infierno? Lo que llenaba la mente de Duane no era el miedo al hombre ni a la muerte. Habríase alegrado de poder soltar la carga de su vida, siempre v cuando la muerte hubiese llegado de un modo natural. Muchas veces se la había pedido al cielo, pero el espíritu de conservación, extraordinariamente desarrollado en el hombre, le prohibía el suicidio llevado a cabo por sí mismo o buscando la ocasión de recibir una bala enemiga. A veces tenía la vaga idea, que apenas analizó, de que aquel instante llegó a hacer habitable el Sudoeste para los hombres blancos.

Cada una de sus víctimas, sola y colectivamente, presentábase a él de nuevo con fría y serena acusación, para dominarle en aquellas horas de tortura. No le echaban en cara la deshonra, la cobardía, la brutalidad o el asesinato; tan sólo le acusaban de ser un instrumento de muerte. Era como si, mejor enteradas que cuando vivían, hubiesen averiguado que la vida es un don divino y misterioso que no debe arrebatarse a nadie. Y le envolvían con su silenciosa presencia, girando a su alrededor, sin dejar de mirarle con sus ojos incorpóreos.

XI

Después de pasar cerca de seis meses en la garganta del río Nueces, la soledad y la inacción de su vida inclinaron a Duane a ir de un lado a otro, en busca de algo mejor que permanecer solo y oculto, siendo presa de los ataques de sus propios pensamientos. En el momento en que volvió a ver a sus semejantes se operó en él una extraña transformación. Sintió una ansiedad inexplicable, el deseo de ver rostros humanos, de oír sus voces, es decir, que tuvo una emoción rara, a la vez triste y placentera. Pero aquello no fue más que la vuelta de su antigua amargura, de su insomnio y de su vigilancia eterna. Cuando vivía oculto en las selvas estaba a salvo de todo el mundo, excepción hecha de las acusaciones de su conciencia; pero al dirigirse de nuevo a los lugares habitados por los hombres, su instinto de conservación tenía que estar más alerta que nunca.

Mercer fue la primera población que visitó. Allí tenía muchos amigos, porque la gente sostenía que estaba en deuda con él. En las afueras del pueblo había una tumba cubierta de maleza, por lo cual el poste que sostenía una tosca inscripción apenas resultó visible para Duane al pasar por su lado. Nunca había leído aquellas líneas, pero pensó en Hardin que, en otro tiempo, fue aliado de Bland. Durante muchos años, Hardin molestó sin cesar a los ganaderos y rancheros de las cercanías de Mercer. Un día, aciago para él, se puso al frente de sus hombres y entre todos apalearon y robaron a un ranchero que

Librodot

había socorrido a Duane en un momento de necesidad. Éste fue en busca de Hardin, al que halló en la plazuela del lugar, le dirigió todos los insultos conocidos por los habitantes de la frontera, le obligó a empuñar el revólver y le mató en el acto.

Duane, de regreso ahora, se dirigió a casa de un ta! Jones, un tejano antiguo amigo de su padre; fué recibido con el mayor afecto. El sentir una mano honrada, la voz de un amigo, las inocentes charlas de unos niños, que no demostraban miedo al verle ni temían su revólver, así como la buena comida y el poder cambiarse de ropa, todo ello ejerció una profunda influencia en Duane. Éste era muy poco hablador, porque el precio de su cabeza y el peso de sus remordimientos le habían convertido en un hombre silencioso. Pero, en cambio, escuchó con el mayor interés cuantas noticias le dieron. En los años que llevaba ausente de su casa, nunca recibió la más pequeña noticia de su madre o de su tío. Sus buenos amigos de la frontera, por otra parte, jamás se habrían arriesgado a hacer investigaciones ni a escribir o a recibir cartas que pudieran servir de punto de partida para encontrar la pista de Duane.

Éste permaneció todo el día en casa del hospitalario Iones y al oscurecer tuvo pereza de marcharse y accedió a la insistente invitación de pasar allí la noche. Muy pocas veces Duane dormía bajo techado. Aquella tarde, pues, bastante temprano, mientras estaba sentado en el soportal, en compañía de los dos maravillados hijos de la casa, que creían encontrarse ante un héroe, Jones regresó rápidamente de una visita que acababa de hacer a la oficina de correos. Se apresuró a alejar a sus hijos y, después de dominar su agitación, murmuró:

-Duane, han llegado al pueblo unos guardias rurales. Todo el mundo sabe que 'está aquí, porque entró en el pueblo en pleno día. Muchas personas le han visto y aunque no creo que exista ningún hombre o muchacho capaz de denunciarle, hay mujeres que no contendrán la lengua. Ya conoce usted la chismografía femenina; además, como esos guardias son unos guapos muchachos, no dejarán de hacer conquistas, enterándose por ese medio de muchas cosas.

-¿A qué compañía pertenecen? -preguntó Duane con tranquilo acento.

-A la compañía A, que está al mando del capitán Mac Nelly, recientemente nombrado para el puesto que ocupa. Se hizo famoso en la guerra, y desde que pertenece a los guardias rurales ha realizado maravillas. Ha limpiado algunas regiones del Sur, infestadas de bandidos, y ahora e propone trabajar en el Norte.

-He oído hablar de ese Mac Nelly. Haga el favor de ,describírmelo.

-Es un individuo flaco, pero musculoso, fuerte. Su rostro es franco. Sus ojos, de mirada aguda, son negros, como el pelo y el bigote. Tiene aspecto autoritario y un tipo distinguido. Pertenece a una excelente familia del Sur. ¡No sabe cuánto sentiría que le viese a usted !

Duane guardo silencio.

-Mac Nelly es hombre valiente y sus guardias son veteranos en su oficio. Si se enteran de su presencia vendrán a buscarle. Mac Nelly no es ningún pistolero, pero no vacilarán un momento en cumplir con su deber, aunque se expusiera a tina muerte segura, como ocurriría en

caso de enfrentarse con usted. Conviene, pues, Duane, queeso no suceda. En su historia quizás haya hechos terribles, pero no criminales. Jamás se v :ó usted ante un agente de la autoridad, a excepción de algún mal sherif f como Rod Brown.

Duane continuó silencioso. No pensaba en el peligro, pero sí en que se había

terminado su agradable permanencia en aquella casa.

-Ya le he preparado a usted algunas provisiones - añadió Jones -. Ahora saldré para ensillar su caballo.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se oyeron unos rápidos pasos sobre el duro suelo del camino. Un hombre dio media vuelta ante la puerta del cercado y entró. La luz era escasa, pero bastó para descubrir a un individuo de estatura algo mayor que la corriente. En cuanto estuvo más cerca, vieron que andaba con ambos brazos levantados.

-¿Vive aquí Buck Jones? -pregunto apresuradamente en voz baja deteniéndose.

- ¡Sí, soy yo ! ¿Qué puedo hacer en su obsequio?-preguntó Jones.

El desconocido miró a su alrededor, se aproximó con precaución y sin bajar las manos, dijo.

-Se sabe que Buck Duane se halla en esta casa. El capitán Mac Nelly está acampado junto al río a poca distancia del pueblo y envía recado a Duane para que vaya. allí después de oscurecer.

Dicho esto, el desconocido dio media vuelta y desapareció con tanta rapidez como llegara.

-¡Caramba! ¿Qué le parece a usted esto, Duane' -exclamó Jones.

-Pues que tengo un nuevo perseguidor-replicó Duane muy pensativo.

-Es la primera tontería que veo hacer a Mac Nelly.

Le aseguro a usted que no puedo explicármela. Hasta ahora habría sido capaz de jurar que Mac Nelly no era hombre capaz de engañar a nadie. Siempre lo consideré sincero y noble. Pero en este caso no puedo dudar de que en el fondo de todo esto hay una traición. En este recado no puedo ver nada más.

-Tal vez el capitán quiere darme oportunidad de rendirme sin derramar sangre. Y si es eso lo que se propone, debo confesar que da pruebas de ser un hombre muy decente.

-Le invita a usted a ir a su campamento después de oscurecer. Todo eso es muy raro, Duane. Mac Nelly es hombre nuevo en esta comarca. A veces hace cosas muy raras. No me extrañaría que tuviese la cabeza algo trastornada. Pero, en fin, sean las que sean sus intenciones, basta para nosotros saber que se halla a poca distancia de Mercer. Por consiguiente, Duane, conviene que antes de amanecer se aleje unas cuantas millas del amable capitán. Mañana iré a verle y le preguntaré qué demonios quería.

-¿Sabe usted si era guardia rural el mensajero que envió? -preguntó Duane.

-Sin duda alguna, y puedo asegurar que es hombre de pelo en pecho. No se habría atrevido cualquiera a presentarse como él lo ha hecho. Tenga usted en cuenta, Duane, que iba sin armas. Podría jurarlo. Ese recado me extraña cada vez más. Pero no le aconsejo que se fíe. Vale más que eche a correr, Duane.

Momentos más tarde, un caballo negro, con los cascos envueltos en trapos, montado por un jinete de elevada estatura, que miraba en todas direcciones tratando de escrutar las sombras, salió por un campo que había en la parte trasera de la casa de Jones y, dirigiéndose al camino, emprendió un paso más vivo, dejando Mercer a su espalda.

Después de quince o veinte minutos, Duane soltó las riendas, viendo que estaba en un bosque de mezquites; entonces empezó a buscar un claro en el que hubiese hierba. Ató allí su caballo con una larga cuerda y, utilizando la silla como almohada y cubriéndose con la manta que llevaba, se echó a dormir.

Por la mañana salió otra vez, en dirección al sur. Durante los siguientes días hizo rápidas visitas a los pueblos que hallaba al paso. Y en cada uno de ellos, algún amigo

Librodot

particular le daba noticias que le dejaban muy pensativo. Un guardia rural hizo una discreta visita a aquellos amigos y les dejó el siguiente aviso: «Diga usted a Buck Duane que se presente en el campamento del capitán Mac Nelly el día que prefiera, después de oscurecer».

Duane creyó, como sus amigos, que el objeto principal del nuevo jefe de la guardia rural, al presentarse en el territorio del río Nueces, sería el de capturarlo o matarlo y que su mensaje era sencillamente una añagaza origina! y notable, destinada a excitar su atrevimiento, cosa. que habría logrado, sin duda, de tratarse de ciertos forajidos.

Pero Duane en todo pensó menos en obedecer. Por mucha que fuera su curiosidad, no bastó a vencer su prudencia. Se dirigió hacia el Sudoeste y recorrió un centenar de millas, hasta llegar de nuevo a una región escasamente poblada. Allí no oyó hablar más de los guardias rurales. Era una comarca estéril, por la que solamente pasara una vez y aun entonces le costó caro. Vióse obligado a abrirse paso a tiros. Los forajidos no estaban de acuerdo con los pocos rancheros y los cowboys que vivían allí. Se enteró de que tanto los proscritos como los bandidos mejicanos tenían una profunda enemistad con aquellos rancheros. Como desconocía los caminos, Duane se metió en el corazón de aquella comarca, cuando, en realidad, se figuro viajar alrededor de ella. Desde un rancho le hicieron un disparo de fusil sin más propósito que el de matarlo por ser desconocido en aquellos lugares. Esto hizo comprender a Duane su equivocación. La rápida carrera que hizo emprender a su caballo para alejarse le persuadió de la conveniencia de volver a adoptar su antiguo método de viajar de noche y ocultarse durante el día. Llegó a un país agreste y salvaje, viajó durante tres noches sin avanzar mucho; pero creyó que se hallaba ya en un lugar más: seguro. Era una grande extensión de tierra baja, cubierta de sauces y de álamos tan espesos como si fuese un chaparral, y la cruzaba un río en el que se figuró reconocer al Nueces inferior.

Una tarde, mientras abandonaba el cobijo en que acampó; pudo ver las luces de un pueblo. Trató de pasar de largo por la izquierda, pero no lo consiguio, porque la maleza se extendía casi hasta las mismas casas de la población, por lo cual tuvo que volver sobre sus pasos y tomar el camino de la derecha. Pero tropezó entonces con algunas vallas de espino artificial y encontró algunos caballos pastando, de manera que era más de medianoche cuando logró alejarse de aquel poblado. A la luz del sol recorrió diez millas o más v, a partir de entonces, siguió con la mayor cautela a lo largo de un camino que parecía muy transitado. Pasó por delante de varaos pueblecillos en donde se habría detenido para ocultarse durante el día si no hubiese tenido necesidad de acampar cerca del agua.

Tardó mucho en encontrarla, pero en vista de que por las cercanías no había ningún lugar que le proporcionara el escondrijo que necesitaba, se resignó a continuar el camino.

El terreno que se extendía ante él era montañoso vio álamos en las hondonadas y yucas y mezquites en las tierras más altas. Al subir a una loma observó que el camino describía una curva rápida que le impedía ver lo que hubiese más allá. Acortó el paso y al tomar la curva que descendía entre unos altos terraplenes de amarillenta arcilla, su brioso caballo oyó algo que le asustó y empezó a dar saltos.

Antes de que la mano de hierro de Duane pudiese contenerle, había llegado al extremo de la curva. Una mirada rápida permitió a Duane ver de nuevo un grande espacio abierto, un diminuto valle a menor altura y, más allá, una ancha corriente de agua de poca profundidad entre orillas rocosas, un bosquecillo de álamos, un sombrío grupo de

Librodot

hombres que le contemplaban y dos grotescas, extrañas y oscuras figuras que estaban suspendidas de las ramas.

El espectáculo era bastante corriente en el sudoeste de Texas, pero Duane no pudo contemplarlo nunca tan de cerca y de un modo tan desagradable.

-¡Demonio! ¡Aquí viene otro ! - exclamó una voz ruda.

-¡Eh, amigo, pie a tierra y díganos quién es ! - gritó otro.

-¡Manos arriba!

-Bueno, Jack. Vale más no exponerse. Pégale un tiro.

Tales exclamaciones se sucedieron una tras otra, con tanta rapidez, que apenas hubo un corto instante de silencio entre ellas. Duane disponíase a hacer dar media vuelta a su caballo, cuando se oyó un disparo de rifle. La bala fue a atravesar su antebrazo izquierdo y él creyó que se lo habría fracturado, porque las riendas se le escaparon de la mano. El caballo, asustado, dio un salto. Otra líala pasó silbando junto al oído de Duane. Entonces la curva del camino le salvó, quizá, de una muerte cierta y, con la rapidez del viento, su rápido corcel emprendió el largo descenso de la colina. Duane no pensó siquiera en mirar hacia atrás, pues ya sabía lo que podía esperar. De momento, lo que más le importaba era su brazo. Observó que los huesos no habían recibido daño alguno, pero la herida, causada por una bala de plomo blando, era muy mala. A la sazón sangraba en abundancia. Después de cerciorarse de que el caballo seguiría el camino, Duane se vendó la herida con la corbata y ató los dos cabos con la mano derecha ayudándose con los dientes. Hecho esto, miró por encima del hombro.

Los jinetes levantaban el polvo del camino y aparecían va por el lugar en que éste describía la curva. El primero de ellos se hallaba quizás a un cuarto de milla de distancia de sus compañeros, que le seguían a toda prisa. Duane comprendió de una sola mirada que eran cowboys y que merecían ser llamados hábiles jinetes en un país en donde todo el mundo montaba a caballo a la perfección. Por otra parte, tuvo la certeza de que sus caballos serían muy rápidos. También recordó que, en aquella comarca, los rancheros habían sufrido horrores a causa de la codicia y la brutalidad de los forajidos. Y él tuvo la desgracia de tropezar con un grupo dedicado a aplicar la ley de Lynch, en unos momentos en que cualquier desconocido correría el peligro de verse tratado como un bandido.

Hasta que hubo cruzado la faja montañosa y se vio de nuevo en camino llano, Duane no volvió a mirar hacia atrás. Había ganado terreno sobre sus perseguidores y en cuanto se hubo convencido de ello quiso ver si podría salvar su caballo, evitando que reventara a causa del esfuerzo. El corcel era un animal magnífico, corpulento, fuerte y rápido, pero no había tenido ocasión de poner a prueba su resistencia. Ésta preocupaba mucho a Duane. La vida que llevaba le hizo imposible la conservación de un caballo durante mucho tiempo, de modo que el que montaba entonces le era desconocido en ciertos aspectos.

Duane tenía solamente un plan, el único posible en aquel caso, y era llegar a la parte baja del río, en donde podría burlar a sus perseguidores metiéndose en la espesura del saucedal. Quince millas, más o menos, lo llevarían al río, distancia que no tenía nada de extraordinaria para un buen caballo si no se le apuraba demasiado. Duane díjose entonces que los cowboys que le perseguían perdían terreno porque no querían agotar a sus cabalgaduras. Eso era bastante raro, porque los caballistas aquellos jamás pensaban en los animales que montaban. Duane reflexionó acerca del particular y varias veces miró hacia atrás, para cerciorarse de que sus enemigos continuaban persiguiéndole, pero no les vio y

Librodot

eso aumentó su extrañeza. Sólo se le ocurrió una explicación y era la de que, al ver que él se aventuraba por aquel camino, sus perseguidores no creían necesario alcanzarle inmediatamente. Empezó a esperar que hallaría algún camino o sendero que se dirigiera a la izquierda o a la derecha, pero no vio ninguno. A ambos lados del que seguía extendíase un dilatado espacio de tierra, en el que estaban diseminados algunos mezquites y yucas. Llegó un momento en que Duane creyó verse obligado a abandonar el camino y, por otra parte, no tenía más remedio que dar un rodeo para dejar atrás el pueblo. Sin embargo, el río estaba muy cerca del poblado v, una vez entre los sauces, se hallaría ya en seguridad.

Hacia delante descubrió unas nubes de polvo que aumentaron su alarma. Miró con la mayor atención, esperando ver un carro o algunas cabezas de ganado separadas del rebaño; pero muy pronto pudo convencerse de que eran algunos jinetes. Los tiros y los gritos que oyo a su espalda le probaron que sus perseguidores habían descubierto también la aparición de aquellos nuevos actores en la escena. Más de una milla separaba a los dos grupos, pero a pesar de la distancia se reconocieron perfectamente. Duane esperaba ver entrar en acción al nuevo grupo; luego, mascullando una maldición, abandonó el camino y se metió entre la maleza.

Se dirigió hacia la derecha, porque así podría aproximarse al río. Había algunas fajas de tierra arenosa entre los grupos de cactos y de mezquites, de modo que a pesar de que tardaba un poco más, observó que podía avanzar con bastante rapidez. Érale ya imposible divisar a sus perseguidores, pero no tuvo duda de que, al reunirse, empezarían a seguir sus huellas.

De pronto quedóse sorprendido y desalentado, porque, a! salir de una espesura, se encontró ante una cresta rocosa, imposible de franquear a caballo. Siguió su base hacia la izquierda y la tierra arenosa se transformó en un suelo más duro, que el caballo pisaba con mayor facilidad. Allí se aclaraba la espesura de mezquites y de cactos, y si bien aquello le permitía avanzar con mayor rapidez, ofrecíale, en cambio, menor protección. Miró hacia delante y, como esperaba, pronto descubrió unas nubes de polvo y las negras figuras de caballos y jinetes. Hallábanse a media milla de distancia y recorrían una línea oblicua, a través de la llanura, lo cual probaba que conocían perfectamente la localidad y las dificultades que encontraba el fugitivo.

Sin vacilar un momento, Duane excitó a su caballo para que avanzase en línea recta con la mayor rapidez posible. Era preciso adelantarse a aquellos hombres. Y cuand) esto le pareció imposible, por haber encontrado el lecho seco y bastante profundo de un arroyo, del cual tuvo que separarse, Duane empezó a sentir frío y cierta inquietud. ¿Sería aquél su final? En la vida de un proscrito era preciso contar de antemano con alguna circunstancia que la terminase. Entonces decidió acercarse en línea recta a sus perseguidores, pero la razón domino el instinto. Huía para defender su vida. En aquellos instantes, sin embargo, se sentía más inclinado que nunca a luchar.

Se dio cuenta del preciso momento en que los tres jinetes le vieron y un instante después los perdió de vista al emboscarse de nuevo entre los mezquites. Entonces se proponía alcanzar otra vez el camino y excitaba sin piedad a su caballo, aunque todavía lo reservaba para el último esfuerzo. Las rocas, los matorrales, los grupos de cactos, los lechos secos de los arroyos, todo parecía conspirar contra su deseo de seguir la línea recta. Llegó a perder casi el sentido de la dirección, y quizá, por fin, se habría encaminado hacia sus enemigos si la fortuna no le hubiese favorecido facilitándole una faja de terreno descubierto.

Librodot

Desde allí vio a los dos grupos enemigos, y ambos casi a tiro de revólver. Sus agudos gritos así como sus propias espuelas hicieron emprender al caballo una carrera de la que dependía su vida. Duane nunca monto un animal más inteligente, rápido y resistente que aquél. Parecía hallarse en situación de realizar lo imposible. A pesar de correr sobre arena, se mostró muy superior a cualquiera de los caballos de los perseguidores, y, en aquella faja de terreno despejado, se adelantó bastante a ellos para ganar el matorral que había más allá. Y, ya enardecido y asustado, siguió avanzando a la misma velocidad por entre las matas y los arbustos, de modo que Duane se sintió animado y esperanzado. ¿Podría alcanzar el camino? Aquel caballo era veloz, fogoso y estaba enloquecido.

Así llegó a otra faja de terreno despejado, en el que sólo se veían algunos árboles v allí, interponiéndose en su camino y a tiro de pistola, vio que le esperaban unos jinetes. Empezaron a gritar y espolearon sus caballos para. acercarse a él, pero no dispararon. Él, por su parte, lleva su montura hacia la derecha. Sólo una cosa contenía su deseo de luchar: el recuerdo de aquellas figuras colgantes de las ramas de los álamos. Aquellos rancheros ahorcarían a un forajido con el mayor gusto. Quizá fuesen capaces de evitar sus tiros para luego capturarlo. Y su horror ante el peligro de ser ahorcado era tan grande, que incluso dominaba su instinto de tirador y de luchar en defensa propia.

Entonces emprendió una carrera loca, y entre polvo, y atravesando por los estrechos espacios que quedaban libres de uno a otro mezquite, siguió adelante. Apenas era capaz de ver por dónde iba, porque le cegaban las ramas de los árboles. El viento parecía rugir en sus oídos y perdió casi la noción de la proximidad de sus perseguidores, que, sin duda, se hallaban muy cerca. ¿Disparaban, contra él? Se imaginó haber oído tiros, pero también era posible que fuese el chasquido de las ramas que rompía a su paso. Su brazo izquierdo pendía a lo largo de su cuerpo, casi inútil; gobernaba el caballo con la mano derecha y las más veces apoyaba el cuerpo sobre la perilla de la silla. La masa gris de los árboles que pasaban por su lado, los chasquidos de las ramitas, el silbido del viento y el rápido y pesado choque de los cascos del caballo, así como los violentos movimientos de éste, contribuían a aumentar la molestia, el sudor que le cegaba, el dolor de la herida y el calambre doloroso de su estómago. Además sentía un furor extraordinario por verse obligado a huir cuando, por su gusto, habría luchado. Y tuvo que violentarse extraordinariamente para olvidar el odio que sentía contra sí mismo, contra sus perseguidores y contra aquella carrera para salvar su inútil vida.

De pronto, después de atravesar una línea de mezquites, se vió en el camino. A un lado y a otro estaba desierto. ¡Con qué alegre ferocidad y extraña alegría llevó el caballo hacia él! Y echó a correr, seguro ya de que precedía a sus perseguidores. Su caballo corría aún vigorosa y velozmente, pero empezaba a dar muestras de cansancio. Entonces Duane miró hacia atrás. Sus perseguidores, cuyo número no pudo contar, corrían a su alcance. Ya no les dedicó mayor atención y con los dientes apretados miro hacia delante, más decidido que nunca a burlarlos.

Pasó junto a unos diseminados ranchos en cuyos corrales oyó relinchar caballos, en tanto que los hombres, con gran curiosidad, presenciaban su fuga. Vio que uno de los rancheros echaba a correr, y, de un modo instintivo, comprendió que aquel individuo iba a reunirse con sus perseguidores. El caballo de Duane seguía avanzando casi a la misma velocidad de antes, pero ya no con la misma ligereza de movimiento. Ahora lo hacía de un modo convulsivo y con los músculos temblorosos, lo cua! demostraba su extremada fatiga.

Librodot

Duane se sorprendió al verse a tan poca distancia del pueblo. Había llegado a él mucho antes de lo que se imaginara. Entonces hizo un descubrimiento: hallábase ya en la zona de las vallas de alambre. Como no se atrevió a retroceder, siguió adelante, con el propósito de atravesar la población. Al mirar hacia atrás vio que sus perseguidores se hallaban a media milla de distancia, y por consiguiente, demasiado lejos para dar la alarma con la oportunidad suficiente para que los aldeanos acudiesen a impedirle el paso. Cuando cruzaba ante las primeras casas, el caballo perdió, evidentemente, las últimas fuerzas, y no pudo continuar la marcha que llevaba, hasta el ,punto que Duane ya no le creyó capaz de cruzar el pueblo.

Al ver unos caballos ensillados delante de un almacén, Duane tuvo una idea que, desde luego, no era nueva, porque él mismo la había puesto en práctica con anterioridad. En cuanto estuvo a su lado, echó pie a tierra, pero dos rancheros salieron del establecimiento y uno de ellos se dispuso a montar en un fogoso bayo de excelentes remos. A punto estaba de saltar a la silla, cuando se detuvo con el pie en el estribo, al ver a Duane.

Éste avanzó, y cogiendo la brida del caballo de aquel hombre, exclamó jadeando

-Mi caballo está derrengado... pero no muerto. Cambie conmigo.

-Muy bien, señor. Siempre estoy dispuesto a realizar un cambio, pero creo que va usted demasiado de prisa.

Duane miró hacia atrás. Sus perseguidores entraban ya en el pueblo.

-¡Soy Duane, Buck Duane! - gritó amenazador -. ¿Quiere usted cambiar? ¡Aprisa!

El ranchero palideció de un modo extraordinario, retiró el pie del estribo y dió un paso atrás.

-Acepto el cambio-dijo.

Duane montó de un salto y clavó las espuelas en los ijares del bayo. El caballo, asustado, dio un ronquido y echó a correr. Estaba descansado, era rápido y apenas tenía la doma necesaria. Duane pasó al galope por delante de las demás casas de la calle y, por fin, salió a campo abierto. Pero el camino terminaba en el pueblo, o había tomado otra dirección, porque, de pronto, se vió en los campos y desde ellos pasó al desierto. En cuanto llegó al amparo que le ofrecieron los mezquites, volvió a mirar hacia atrás y pudo ver a seis jinetes que se hallaban entonces a tiro de fusil; también notó que más allá seguía otro grupo mucho más numeroso.

Su nuevo caballo no había tenido tiempo de acalorarse antes de que Duane llegase a lo alto de un arenoso terraplén, bajo el cual estaba ya el saucedal. Toda la extensión que se ofrecía a sus miradas era una llanura cubierta por una inmensa cantidad de sauces. ¡Qué agradable le pareció tal panorama! Sentíase como un lobo perseguido, fatigado y cojo, que hubiese llegado a su cubil entre las rocas. Haciendo describir varios zigzags a su caballo, bajó la pendiente y obligó al animal a hundirse en la densa manigua. Pero el caballo se rebeló.

No tenía tiempo que perder. Echó pie a tierra v a la fuerza metió en la espesura al testarudo animal; ello fue una tarea más dura y lenta de lo que se imaginara. De no haber tenido tanta prisa, es posible que alcanzara más éxito. Por fin se vio en el caso de abandonar el caballo, circunstancia a la que sólo podía obligarle la extremada necesidad en que se hallaba. Luego avanzó rápidamente por entre los estrechos pasos que se le ofrecían.

No pudo ocultarse con oportunidad, porque en aquel momento oyó que sus

perseguidores se agrupaban en la parte alta del peñasco, llenos de esperanza, gritando, deseosos de satisfacer sus brutales instintos. Por fin penetraron entre los sauces.

-¡Oye, Sid, aquí está tu caballo! - dijo uno, dirigiéndose sin duda al individuo a quien Duane obligó a consentir en el cambio.

-NO' seáis imprudentes y esperad un poco, hasta que os diga algo-replicó una voz desde lo alto.

-¡Baja, Sid ! Vamos a acorralarlo -dijo el que hablara primero.

-¡Me parece que no sospecháis siquiera las consecuencias de lo que queréis hacer! Ese individuo es Buck Duane.

Sucedió un silencio absoluto, tan sólo interrumpido por la caída de alguna piedra y por fin se oyeron unas voces que hablaban con la mayor cautela.

-Te aseguro que no podrá cruzar el río- oyó decir Duane -. Está acorralado en el saucedal. Conozco perfectamente este sitio.

Duane, deslizándose rápida y silenciosamente a través de los sauces, ya no oyó más a sus perseguidores. Se dirigio en línea recta hacia el río. Estaba ya muy acostumbrado a abrirse paso por saucedales y había adquirido tanta práctica en ello, que incluso habría podido envidiársela un indio.

El Río Grande y sus tributarios corrían durante muchas millas a través de Texas, por entre extensas llanuras cubiertas de espesos saucedales. A veces, también los álamos, los mezquites, las chumberas y otros arbustos se confundían con los sauces, y entre todos formaban una manigua tan espesa, que un hombre inexperto la hubiese juzgado impenetrable. Por la parte superior, aquella selva tenía un tono verde y rojizo, mas por dentro era gris y amarilla, y formaba un muro de colores dispuestos en fajas. Los senderos y los claros escaseaban mucho. Había algunos estrechos pasos, abiertos por los gamos, y otros por los pécaris, o sea los jabalíes de Méjico. El suelo era arcilloso, muy seco, y frecuentemente tan duro, que no quedaba en él ninguna huella. En los lugares en que los álamos impidieron el desarrollo de los sauces, la tierra estaba cubierta de hierba y de pequeñas matas. Los sauces alcanzaban poca altura, tenían los troncos esbeltos y las ramas tan apretadas, que casi se tocaban, y su follaje formaba una copa frondosísima.

El corazón de la selva en que penetró Duane era un lugar silencioso, extraño, como de pesadilla. En pleno día la luz allí era rara, fantástica. Y cuando la brisa agitaba el follaje, los delgados rayos del sol atravesaban la verde fronda y danzaban como manchas de oro sobre el suelo.

Duane notó la extrañeza de aquel lugar, y al mismo tiempo comprendió la protección que le ofrecía la selva, que parecía demostrar su simpatía por todo ser perseguido. Cualquier animal que no hubiese sido herido y estuviera vigoroso y lleno de ánimo se hallaba en seguridad completa una vez había podido guarecerse bajo aquel verde techado del bosque inexplorado. No era difícil ocultar las huellas; el suelo, elástico, no producía ningún ruido, de modo que dos hombres habrían podido buscarse mutuamente durante semanas enteras y estar a pocos metros de distancia uno de otro sin sospecharlo siquiera. El problema de sustentar la vida resultaba inseguro, pero tanto los hombres como los animales perseguidos podían contentarse con poca cosa. Duane deseaba cruzar el río, suponiendo que ello fuese posible, y, siguiendo corriente arriba, sin abandonar la selva, llegar a una región más hospitalaria. Recordando lo que aquel hombre dijera con respecto al río, sentía algunas dudas acerca de la conveniencia de cruzarlo, pero se proponía aprovechar todas las oportunidades posibles para dejarlo entre él y sus perseguidores.

Librodot

Siguió adelante. A veces tenía que sostener su brazo izquierdo, porque apenas podía moverlo. Utilizando el derecho para apartar las ramas de los sauces, se deslizaba de lado entre ellos y avanzaba con bastante rapidez. Encontraba estrechos pasos y descubría senderos utilizados por los animales, así como algunas aberturas entre los arbustos, y de todo se aprovechaba para correr, andar o arrastrase y continuar la marcha. Resultaba mu difícil seguir la línea recta, pero lo conseguía tomando como guía alguna mancha de luz solar o un árbol determinado, y, al llegar allí, buscaba otro punto de orientación. De un modo necesario, su avance fue cada vez más lento, porque la selva iba siendo más intrincada, densa y oscura. Pronto los mosquitos empezaron a trompetear en tomo de su cabeza, pero él siguió adelante, sin detenerse. Al observar que se acentuaban las sombras bajo los sauces, comprendió que la tarde estaba muy avanzada. Empezó a temer haber tomado una dirección equivocada. Por fin, una faja de luz que vio a poca distancia hizo desaparecer su ansiedad y, después de atravesar a duras penas una manigua más espesa todavía, llegó a la orilla del río.

Vióse ante una ancha y fangosa corriente, poco profunda, a cuya orilla opuesta aparecía otra vez la selva, que parecía una pared verde y amarilla. Le bastó una mirada para comprender la utilidad de poder cruzar por aquel punto. Por todas partes el agua pasaba rozando las arenas movedizas. En realidad, todo el lecho del río estaba formado por ellas e incluso era probable que en ninguna parte alcanzase el agua un pie de profundidad. No podría atravesarlo a nado, tampoco arrastrarse sobre la arena, e igualmente resultaría impracticable el paso cogido a un tronco flotante, porque cualquier cosa sólida que tocase aquella amarillenta arena sería sorbida, tragada por ella. Con objeto de probarlo, tomó una larga rama e inclinándose desde la alta orilla la hundió en la corriente. Cerca de tierra parecía no existir el fondo de las traidoras arenas movedizas. Por eso abandonó toda esperanza de cruzar el río. Sería probable también que en muchas millas de distancia y en cualquier dirección ocurriese lo mismo que allí. Pero antes de abandonar la orilla ató el sombrero a la rama y pudo apagar la sed. Luego se encaminó hacia una faja selvática en donde la relativa escasez de arbustos hacía más fácil el camino, y siguió a lo largo del río, aunque contra la corriente. Continuó andando hasta que la oscuridad no le permitió seguir adelante. Entonces buscó un espacio de tierra lo bastante grande para tenderse, y en cuanto lo halló se dejó caer en el suelo. Estaba allí de momento tan seguro como si se encontrara al otro lado del Rim Rock. Sentíase fatigado, aunque no exhausto, y a pesar del intenso dolor que experimentaba en el brazo, se quedó profundamente dormido.

XII

Se despertó en plena noche. El silencio era tan grande y solemne como si todo el saucedal estuviera cubierto por una espesa y gruesa manta. No pudo ver una sola estrella, tampoco la rama o el tronco de un árbol, ni su propia mano al ponerla ante los ojos. Pero permaneció despierto con el oído atento, seguro de que lo había despertado un ruido inusitado. Por lo general, los rumores propios de la noche en el desierto jamás le interrumpían el sueño. Sus facultades, como las de los viejos fugitivos y las de los

animales perseguidos, habían adquirido una agudeza maravillosa. Una ligera ráfaga de viento hizo gemir los árboles, alejándose en seguida. Un animal de andar suave pasó sin apenas producir ruido a poca distancia del lugar en que se hallaba. Duane oyó el roce de su cuerpo en las hojas secas. Desde gran distancia llegó hasta él el ladrido de una zorra.

De pronto percibio el ladrido de un perro. Se incorporó rápidamente sintiendo un frío que penetraba hasta la medula de sus huesos. El movimiento le recordó que tenía el brazo herido. Oyó luego otros ladridos más distantes. El silencio volvió a rodearle, pero de un modo amenazador y opresivo esta vez. Era evidente que habían puesto sabuesos sobre su pista y que el jefe de la jauría no andaba lejos. Duane conocía muy bien tales perros y sabía que si le rodeaban en aquella impenetrable oscuridad lo situarían o le obligarían a abandonar su refugio, del mismo modo que los lobos dan caza a un ciervo. Se puso en pie y se preparó para huir con toda la celeridad posible, aunque antes quiso averiguar la dirección que convenía tomar. El jefe de la jauría volvió a ladrar con fuerza de un modo extraño, amenazador y significativo. Duane se sintió cubierto de sudor frío. Se alejó de la dirección de donde procedía el ladrido y con el brazo sano extendido, para palpar las ramas de los sauces, siguió avanzando. Como ya le era imposible elegir los mejores pasos, tenía que deslizarse por entre las flexibles ramas, produciendo tal ruido, que ya no pudo oír los ladridos de los perros. No tenía esperanza de burlar su persecución. En aquel momento sólo se le ocurrió encaramarse por el primer álamo que encontrase en su ciega fuga, pero quiso la mala suerte que no halla ,e ninguno. Caíase unas veces cuan largo era; otras podía agarrarse a las ramas de los sauces. Lo más duro para él era tener sólo un brazo sano para abrirse paso. Mientras tanto, sus pies tropezaban a veces con las raíces, quedando frecuentemente aprisionados en ellas. Luchaba con desesperación. Parecíale que los sauces se habían convertido en manos enemigas, que, con la mayor malignidad, le impedían la fuga. Se le rasgó el traje por mil sitios y recibió más de un arañazo mientras seguía adelante. Pero continuó del mismo modo, con terrible decisión, hasta que tropezó contra un álamo.

Se apoyó en él y descansó unos instantes. Sintióse más fatigado que nunca, bañado en sudor, con las manos arañadas y ardientes, el pecho jadeante y las piernas cubiertas de innumerables contusiones y rasguños. Mientras descansaba para recobrar el aliento, prestó atención, tratando de percibir el ladrido de los perros. Durante largo rato no llegó a sus oídos, pero aquello no le esperanzó engañosamente. Había sabuesos que ladraban con frecuencia al seguir el rastro y otros que corrían en silencio. Los primeros eran más útiles para sus propietarios y los últimos más peligrosos para el fugitivo. De pronto, Duane oyó un coro de cortos ladridos. La jauría había encontrado el sitio donde él estuvo durmiendo y, por tanto, podría ya seguir su reciente pista. Convencido de que pronto le alcanzarían, Duane empezó a encaramarse al árbol, cosa que le resultaba difícil debido a su estado.

Era un árbol bastante grande, que a quince pies de altura le ofrecía una horquilla y luego una serie de ramas secundarias. Se encaramó hasta la altura necesaria para que le envolviese el follaje y la oscuridad. Sobre la selva flotaba una niebla gris pálido y, a través de ella, vio una línea de débiles luces. Duane comprendió que eran las hogueras que habían encendido a lo largo del acantilado, para dificultar su evasión por aquel punto. En torno de la dirección que creía el Norte se imaginó ver más hogueras ; pero no pudo adquirir la seguridad a causa de la espesura de la niebla. Mientras reflexionaba con el oído atento a los ladridos de los perros, observó que la niebla v la oscuridad parecían disminuir hacia un lado que se figuró sería el Este, y creyó también que la aurora no

Librodot

tardaría en aparecer. En cuanto estuvo seguro de esto, descendió a la primera rama del árbol.

Aunque su situación seguía siendo crítica, no parecía va tan desesperada como antes. Los perros rodearían muy pronto el árbol en que se hallaba y le sería muy difícil matarlos o alejarlos. No era de creer que uno o más hombres hubiesen seguido a los canes a través de la selva en plena noche. Lo que preocupaba a Duane eran las hogueras que divisó. Gracias a lo que dijo uno de sus perseguidores, comprendió que la selva en que se había metido era infranqueable y empezó a creer que sólo había un medio de salir de ella, o sea siguiendo la orilla por la que entró, y a lo largo de la cual sus perseguidores dispusieron hogueras durante la noche. Pero no pudo hacer más conjeturas acerca del particular, porque le interrumpió una sucesión de crujidos por entre los sauces y el rápido movimiento de unas patas.

Bajo el lugar en que Duane se hallaba reinaba una oscuridad gris y nebulosa. No podía ver el suelo ni cosa alguna, aparte del negro tronco del árbol, pero era evidente que no tendría necesidad de los ojos para darse cuenta de la llegada de la jauría. Atravesando por entre los sauces, los perros se detuvieron al pie del árbol y luego, dominando los roces por entre las hojas, prorrumpieron en unos alaridos horribles. Los perseguidores de Duane, que se hallaban a gran distancia hacia el Sur, los oirían sin duda y comprenderían su significado, y al apuntar el día o quizás antes atravesarían la selva, guiados por los ladridos de los perros que habían acorralado ya al hombre.

Pocos momentos después, Duane pudo distinguir las vagas formas de los perros en la sombra gris que tenía a sus pies. Sin embargo, esperó. No quería malgastar las municiones y además conocía el medio de tratar a aquellos animales. De un modo gradual fue iluminándose algo aquel lugar y por fin Duane pudo distinguir a los sabuesos con suficiente precisión para su objeto. Su primer tiro mató al jefe de la jauría y luego, sin errar una vez el blanco, lisió a varios canes, acabando con sus ladridos, pero, en cambio, empezaron a aullar. Asustados, emprendieron la fuga señalando su camino con los aullidos de los que fueron víctimas de los disparos. Duane volvió a cargar el revólver y, seguro ya de que los perros habían desaparecido, bajó al suelo y con paso rápido se dirigió hacia el Norte.

El sol naciente había disuelto la niebla cuando Duane se detuvo por vez primera para descansar así que se halló a varias millas de distancia del lugar en que ahuyentara a los perros. De pronto y por entre el saucedal surgió un obstáculo que amenazaba impedirle el paso, en forma de cresta rotosa, tortada a pito. Siguió por la base del peñasco, por donde era relativamente fácil avanzar, y lo rodeó en dirección al río. Por último llegó a su extremo y se convenció de que no había posibilidad de salir del saucedal por aquel lado. Fue difícil y penoso y hasta tuvo que exponerse y sufrir grandes dolores su brazo herido para llegar al punto en que pudo llenar su sombrero de agua. Después de apagar la sed, examinó su herida, que estaba cubierta de sangre y de tierra seta. Se lavó el brazo y vio que estaba hinchado en torno del punto atravesado por la bala. Sumergió el antebrazo en el agua y la frescura de esta le proporcionó extraordinario alivio. Luego lo vendó lo mejor que pudo e improvisó un cabestrillo. Esto calmó algo sus dolores y, gracias a la inmovilidad que entonces mantenía el miembro, pudo esperar que se iniciase la curación.

Al alejarse del río sintióse descansado y lleno de vigor. Su fuerza y su resistencia, enormes, le hicieron desconocer casi siempre la fatiga. Sin embargo, el correr a pie día y noche era una tosa extraordinaria para él, tomo para los demás jinetes del Sudoeste, y ya

Librodot

comenzaba a sentir sus efectos. Volviendo sobre sus pasos, regresó al punto en que hallara la rota y allí decidió seguir su base en dirección opuesta, hasta encontrar el modo de salir o convencerse de la inutilidad de su empeño.

Duane empezó a andar rápidamente. A vetes se detenía para -escuchar. Sin cesar prestaba oído y sus ojos miraban en todas direcciones. Esta vigilancia habíase convertido en una segunda naturaleza, de modo que, a excepción de los casos extremos en que tenía que apelar a toda clase de precauciones, no dejaba de estar atento, aun cuando se entregase a sus sombríos pensamientos. Y esta costumbre de vigilar y de reflexionar al mismo tiempo hacía transcurrir rápidamente las horas para él.

A mediodía había descrito una gran curva siguiendo el límite del saucedal y en aquel momento miraba hacia el Sur. Aquella masa de rotas que en un principio formaba una altísima e infranqueable pared disminuyó de un modo considerable, pero aún continuaba siendo vertical e inaccesible. Duane siguió adelante, sintiendo cierta fatiga a medida que se aproximaba a la zona peligrosa, y se convenció de que para llegar al río por aquel lado no tendría más remedio que hundirse de nuevo en la selva.

Por la tarde llegó a un lugar desde el cual pudo ver a unos hombres que, en lo alto de una cresta rotosa, paseaban de un lado a otro. Esto le demostró que estarían guardados todos los puntos por los cuales pudiese estapar. Acertóse a aquellos individuos y llegó a situarse a un centenar de pasos de distancia del risco en el cual se hallaban. Vió que había varios hombres y muchachos, todos armados, y, según la costumbre de los tejanos, realizaban cómodamente su faena. Más lejos, Duane destubrió unos puntos negros en la línea del horizonte limitada por la cresta y tuvo la certidumbre de que serían otros guardias apostados junto a alguna salida. Era probable que todos los hombres disponibles de la comarca estuviesen reunidos allí, porque a los tejanos les gustaban mucho aquellos acosos. Duane recordó entonces que en varias ocasiones él mismo se había dedicado a una persecución parecida.

Mirando a través de las ramas, examinó todos los detalles del terreno. Por espacio de varios centenares de metros era posible la ascensión de aquel risco. Se fijo también en aquellos guardias descuidados. Iban armados de rifles, lo que impedía en absoluto burlarlos durante el día. Pero creyó que podría alcanzar el éxito en una tentativa nocturna; entonces decidió rápidamente ocultarse hasta que anocheciese e intentar luego la aventura, pero en aquel momento el ladrido de un perro le traicionó, revelando su presencIa a los vigilantes que había en el risco.

Seguramente el perro estaba allí para avisarles y el animal se limitaba a cumplir ton su deber. Duane vió que todos los hombres echaban a correr a la vez hablando muy excitados, mirando hacia la espesura, lo cual fué para él la señal de hundirse bajo los sauces. No hizo ruido alguno y estaba seguro de que no podrían divisarle. Sin embargo, oyó gritos, disparos de rifles y algunas balas silbaron al atravesar la espesa fronda. El día era cálido v no soplaba la más pequeña brisa, de modo que Duane pensó que en cuanto tocara el tallo de un arbusto, por grande que fuese el cuidado con que lo hiciera, originaría una vibración en las correspondientes ramas, de modo que, gracias a ello, sus enemigos podrían descubrir su posición. De pronto sintió pasar una bala silbando junto a él y otra fué a parar al suelo a poca distancia del lugar en que se hallaba. Estos disparos le encolerizaron muchísimo. Veíase obligado a escapar de aquellos hombres, por cuyo motivo los odiaba y se odiaba a sí mismo. Siempre que se hallaba en circunstancias parecidas, en los primeros momentos experimentaba el deseo de devolver los disparos.

Librodot

Pero se contuvo y siguió deslizándose por entre los sauces con tal cuidado, que sus enemigos no lo advirtieron, y al poco rato cesó el fuego por completo.

De nuevo se inclinó hacia la izquierda, paralelamente a la barrera rocosa, pensando al mismo tiempo qué ocurriría en la primera milla que se disponía a atravesar.

Todavía empeoró la situación, porque fue descubierto por la aguda mirada de algunos exploradores, que hicieron una descarga cerrada contra él, teniendo que echara correr para salvar la vida, aunque una bala le rozó un hombro.

Aquel mismo día, más tarde, sin haberse desalentado lo más mínimo, se encaminó de nuevo hacia la barrera rocosa y observó que cuanto más se aproximaba al lugar por donde penetró en la selva más aumentaba el peligro. Sin duda podría tener resultados fatales el intentar siquiera escapar de aquel lugar durante el día. Esperó, pues, a que anocheciese, y en cuanto hubo disminuído el resplandor de las hogueras trató de nuevo de salir de la espesura. Logró llegar al pie del risco y empezó a encaramarse con la mayor cautela, aprovechando una sombra que le cubría, cuando un perro volvió a señalar su situación.

El huir de nuevo hacia la espesura era una de las cosas más peligrosas que Duane podía llevar a cabo, pero cuando lo hubo logrado, bajo un fuego tan graneado que, al parecer, se debía a cien rifles, comprendió que, en realidad, acababa de favorecerle la Providencia, porque aquella vez sus enemigos se internaron bastante en la selva, sonando a su alrededor numerosos disparos.

En cuanto cesó el ruido de la persecución, Duane sentóse al amparo de la oscuridad, con la mente solicitada por dos ideas distintas : la de intentar de nuevo la fuga o esperar alguna oportunidad favorable. No se sentía capaz de tomar una decisión. Su inteligencia le demostraba, sin embargo, que cada hora disminuía sus probabilidades de salvación. Pero al pensar que, de todos modos, estas eran muy escasas, se resolvió a hacer una nueva y desesperada tentativa, aunque no impulsado por el amor a la vida. Sin duda, llegaría una hora, más o menos pronto, en que podría tomar alguna decisión en aquel caos de emociones y de ideas. Pero no se había presentado aún la oportunidad.

En cuanto hubo reposado lo bastante para calmar su agitación, pudo notar que seguía muy fatigado. En vista de ello se tendió para descansar, pero los enjambres de molestos mosquitos le impidieron conciliar el sueño. Aquel extremo de la selva estaba cerca del río, de modo que era un estupendo vivero de aquellos insectos chupadores de sangre humana. Zumbaban y revoloteaban a su alrededor en cantidades que aumentaban por momentos. Se cubrió la cabeza y las manos con la chaqueta y aguardó pacientemente. Aquélla fue una noche larga y pesadísima. Y aunque por la mañana se había rehecho su vigor físico, se hallaba en un estado moral sumamente decaído.

Primero se apresuró a tomar la dirección del río. Podía soportar perfectamente el hambre, pero en cambio tenía precisión absoluta de calmar la sed. La herida le había dado fiebre, aumentando con ello su deseo de beber. De nuevo sació su necesidad con el agua del río y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominar su impulso de pasarlo, pero con la misma tenacidad de siempre volvió de nuevo el rostro hacia el risco.

Durante todo aquel día y la noche siguiente y todavía veinticuatro horas después vivió como un animal perseguido, sin hacer otra cosa que ir del río al risco. Y cada hora que pasaba le convencía más de que estaba acorralado con toda seguridad y podía darse por perdido.

Por fin perdió la cuenta de los días y de los acontecimientos y llegó un momento en que se vio en una situación más comprometida aún, porque, perseguido de cerca por sus

Librodot

enemigos en el extremo meridional de la selva, se refugió en una espesura de sauces, persuadido de que ya no podría moverse de allí.

Con toda su alma deseaba que uno de aquellos sabuesos humanos se acercase a él para permitirle luchar, desesperado, por su propia vida y alcanzar algún éxito. Pero por grande que fuese el deseo de cogerle, aquellos cazadores cuidaban mucho de su piel. No querían correr riesgos innecesarios, limitándose de momento a tenerlo acorralado.

Hacia la mitad del día, el calor era espantoso, opresivo y amenazaba tormenta. Como una serpiente, Duane se arrastró a un extenso espacio que había en la parte más oscura de la espesura y permaneció inmóvil. Aquellos hombres le habían impedido el acceso al risco y al río, teniéndolo en realidad cercado. Sin embargo, él oía sus voces sólo de frente y hacia la izquierda. Y aunque no le hubiesen impedido su acceso al río, no quería aventurarse a intentarlo.

-¡Venid, muchachos, por aquí! -exclamó uno de los que estaban en lo alto del risco.

-¡Por fin le hemos acorralado! -gritó otro.

-Creo que no debemos estar tan seguros. Más de una vez nos hemos figurado lo mismo -observó otro.

-¡Os aseguro que lo he visto! -¡Ca, hombre! ¡Sería un gamo!

-Acordaos de que Bill ha encontrado manchas recientes de sangre entre los sauces. Si ha perdido ya las fuerzas, no tenemos necesidad de apresurarnos.

-¡Cuidado, muchacho ! - gritó una voz autoritaria desde lo alto del risco-. No conviene perder ra prudencia cuando termina la caza.

-Tiene usted razón, coronel, conténgalos, o, de lo contrario, alguien recibirá un balazo.

-Rodeemos este rincón y lo sitiaremos por hambre.

-Vale más incendiar la maleza.

¡Con cuánta claridad llegaba hasta Duane esta conversación ! En cada una de las frases descubría el destino que le estaba reservado. Aquél, pues, sería el final que había esperado siempre y que tantas veces estuvo a punto de acabar con él, aunque nunca lo vio tan inmediato como en aquellos momentos.

- ¡ Maldición ! - murmuró Duane -. Lo que debo hacer ahora es salir a su encuentro.

Éste fue el impulso que le aconsejaba su instinto luchador, que en aquel momento le dominaba con extraordinaria fuerza. Puesto que había de resignarse a morir, aquél era el modo de hacerlo. ¿Que otra cosa podía esperarse de Buck Duane? Se puso de rodillas y empuñó el revólver. Con su mano hinchada y casi inútil sostuvo las pocas municiones que le quedaban. Debería salir sin ruido al limite de la espesura, presentarse inesperadamente a sus perseguidores y luego, mientras siguiera latiendo su corazón, matar sin interrupción. Aquellos hombres iban armados de rifles, de modo que la lucha sería corta. Pero no había tiradores en el mundo capaces de impedir los efectos de su puntería, de modo que, presentándose rápidamente ante sus enemigos, podría matar a tantos como le consintiera el número de balas de su revólver.

Así razonó Duane y de este modo aceptaba el Destino, vendo al encuentro de su fin; pero cuando quiso avanzar, algo se lo impidió. Hizo un gran esfuerzo, pero la obstrucción que se oponía a su voluntad era tan invencible como las causas físicas que le impidieron ascender por el risco.

Lentamente se dejó caer de nuevo, se acurrucó y, por fin, quedó tendido. La decidida y siniestra dignidad que le animara un momento antes había desaparecido por completo.

Librodot

Yacía allí, privado del último vestigio de su propia estimación. Se preguntó si tenía miedo, si él, el último de los Duane, había llegado a tener miedo. Pero no, nunca en su vida salvaje y violenta tuvo tanto deseo como entonces de salir a luchar. No fue el miedo lo que le retuvo. Odiaba verse obligado a esconderse, aquella vigilancia incesante y aquella vida sin esperanza. La horrible paradoja de la situación consistía en que, al salir al encuentro de aquellos hombres ya no sería posible dudar del fin que hallaría. En cambio, si continuaba oculto, había una posibilidad, una débil posibilidad de poder salvar la vida. Sus enemigos, aun cuando dieron pruebas de ser- tenaces y de estar animados de un propósito firme, le tenían un miedo mortal. Su fama los había acobardado. Y Duane pudo pensar que aun en el momento más peligroso para él podría esperar una oportunidad favorable. La sangre que circulaba por sus venas, el carácter de su padre, los años de su vida de proscrito, el orgullo de aquella carrera que no buscó y que tanto odiaba, y, además, algo inexplicable que sentía, le hicieron cifrar su última esperanza en aquella probabilidad.

La inacción se convirtió, para él, en una agonía física y mental. Estaba tendido bajo el ardiente sol, torturado por la sed, teniendo que hacer esfuerzos para respirar, cubierto de sudor, manchado de sangre. Su herida, descuidada por completo, le dolía tanto como si, de un modo constante, tuviese un hierro candente hundido en la carne. Además, tenía las manos y la cara hinchadas por las continuas picaduras de los mosquitos y le dolían mucho.

Por un lado, pues, había de soportar la tortura física y por otro le agobiaba el infierno de su desesperación. Le pareció que el pensamiento y la imaginación nunca fueron tan rápidos como entonces. Si le sorprendiera la muerte, ¿cómo llegaría? ¿Le enterrarían decentemente o le abandonarían a la voracidad de los pécaris y de los coyotes? ¿Se enteraría su familia del lugar en que había muerto? ¡En que situación tan horrible se hallaba! Era casi una cobardía y una monstruosidad seguir aferrado a aquella vida de condenación. Pero luego observó que el odio que sentía en su corazón, el odio profundo hacia aquellos hombres, era, en realidad, un incentivo. No tenía ya sentimientos humanos y parecía haberse convertido en una bestia capaz de pensar. Latía con violencia su corazón y rítmicamente se hinchaba su pecho; pero, al mismo tiempo, percibía en sus oídos el ruido de su lucha interna. Vivía entonces la tragedia de todos los lobos perseguidos, sitiados y lisiados, a quienes sorprenden y cercan los cazadores en sus cubiles, pero su suerte era infinitamente más horrible, porque la inteligencia le permitía ver con claridad el peligro que corría y le demostraba su parecido con un lobo solitario, de ensangrentadas heridas, que perdía por mil sitios el líquido vital y rugía, al mirar con ardientes ojos a sus enemigos para retarlos por última vez.

Pero dominando el terror de sus ideas, persistía una vigilancia tan atentísima, que registraba las impresiones creadas por su imaginación. Oía pasos cautelosos que realmente no existían y hasta podía ver figuras imprecisas, que iban de un lado a otro y que no eran otra cosa que las hojas en sus tenues y temblorosos movimientos. Cien veces, quizás, estuvo a punto de apretar el gatillo de su arma, pero luego descubrió su error. Sin embargo, parecían resonar a lo lejos voces, pasos y crujidos entre los árboles y otros ruidos absolutamente verdaderos. Pero Duane ya no podía distinguir la realidad de la fantasía. Algunas veces, cuando se levantaba el viento y se filtraba un soplo ardiente por entre los claros de los sauces, Duane se figuraba percibir la aproximación de un ejército.

El esfuerzo de sus facultades le produjo una reacción que, por sí misma, fue un

Librodot

alivio, ya que el sol vióse cubierto por unas negras nubes. La tempestad se aproximaba. ¡Cuánto tardaba en estallar! El aire parecía vapor recalentado. Y entonces se dijo que, si se desencadenase una de aquellas violentas tempestades que en el país no eran muy frecuentes, quizá podría salvarse a favor de la furia del vendaval y del aguacero. Así, la esperanza, que parecía imperecedera en su alma, volvió a surgir poderosa y prometedora. Él la saludó con extraordinaria amargura.

Al oír unos pasos quedos volvió a prestar la máxima atención y percibió el leve rumor causado por unos pies blandos. Un bulto pardo cruzó una pequeña abertura que había a poca distancia. Era un perro. Pareció tardar siglos en aparecer por completo. No era un sabueso, y si seguía una pista, sin duda la había perdido. Duane esperó ser descubierto, sin posibilidad de evitarlo. Cualquier perro de caza habría dado con su escondrijo. Llegaron, claras, algunas voces que alentaban al perro, al que daban el nombre de Rover. Duane se sentó en el momento en que el animal penetraba en su escondite. Esperaba que ladrase o que de un modo o de otro indicara a sus amos el descubrimiento que acababa de hacer. Duane sintió un extraño alivio al comprender que el fin estaba ya próximo. Ya no le quedaba alternativa posible. Cambiaría rápidamente algunos disparos y terminaría su tortura. Y resignado esperó a cine el perro diese señal de alarma.

Pero el animal, después de mirarle, se alejó por la espesura, sin ladrar siquiera. Duane llegó a creer que se había quedado sordo. El perro iba de un lado a otro por el saucedal, alejándose cada vez más, hasta que, por fin, dejó de percibir sus pasos.

-¡Ahí está Rover! - exclamó una voz procedente del risco- Ha registrado ese lado tan umbrío.

-¡Seguramente no ha encontrado ni un conejo! - replicó otro.

-¡Bah, ese perro no vale nada! -gruñó otro hombre -. Haced que se meta por ahí un sabueso.

-Lo mejor sería incendiar la selva. ¡Hagámoslo antes de que empiece a llover!

Se alejaron las voces, mientras aquellos hombres ascendían por la rocosa cresta.

Entonces Duane sintió de nuevo la pesada carga de la vigilante espera. Era evidente que aún no había llegado el fin, pues tenía una débil probabilidad de salvarse, y hasta le pareció que ésta era mayor y que le permitía abrigar alguna esperanza.

Tardó poco en disminuir la intensidad de la luz, de tal manera, que Duane pudo notar el cambio, atribuyéndolo a la tormenta que se avecinaba, pero las nubes y el aire se movían lentamente y los truenos se percibían a gran distancia. La realidad era que se había puesto el sol y que no tardaría en anochecer.

Al darse cuenta de ello, Duane sintió renacer de nuevo su vigor. Aún podía burlar a sus perseguidores. En aquel momento comprendió el significado de todas las circunstancias afortunadas que le ayudarían. De prisa y con el mayor sigilo, empezó a arrastrarse hacia la orilla del río. No estaba lejos y llegó mucho antes de que oscureciese del todo. En lo alto del risco vio a unos individuos que transportaban leña para encender una hoguera. Momentáneamente cedió a la tentación de deslizarse a lo largo de la orilla del río, al amparo de los sauces, pero cuando se incorporó para atisbar vio que con tal intento se ex= ponía a un fracaso. Casi en el mismo instante descubrió una larga y fuerte plancha de madera, toscamente desbastada, que se hallaba casi a sus pies, apoyada contra unos sauces. Rápido como una centella, comprendió que allí podía estar su salvación. Entonces envolvió su revólver en una bolsa impermeable y se lo guardó en un bolsillo.

Librodot

La orilla era muy espinada y abundaba en cantos rodados que resbalaban por la pendiente al menor roce. Era, pues, preciso obrar con gran cuidado para evitar que las partículas de tierra o aquellas piedras cayesen en el agua. Próximo a la orilla había un sauce; lo inclinó con gran cuidado sobre el agua para que, cuando lo soltase, no volviera a su primitiva posición. Hecho esto, se dejo resbalar por él hasta el agua, en la que se hundió hasta las rodillas, notando que las arenas movedizas se apoderaban de sus pies. Asiéndose a la plancha de madera que había hecho deslizar también por el inclinado álamo, trató Duane, con gran precaución, de libertar su pie derecho de la arena que lo aprisionaba fuertemente. No sin grandes y angustiosos esfuerzos logró por fin libertar ambos miembros y, tendido en la plancha de madera, pudo comprobar, con gran emoción, que flotaba a pesar de su peso y, por tanto, que servía para sus fines. Libre ya de tan terrible preocupación, volvió a tierra dejando la providencial madera a su alcance.

La noche estaba muy iluminada por algunas hogueras. Una de ellas ardía en el extremo más lejano del risco,. y otra a cien pasos de distancia. En aquella dirección, y hacia la manigua, se extendía un gran resplandor y Duane percibió un rugido que dominaba el rumor del viento, lo, cual le hizo suponer que sus perseguidores habían incendiado la selva. No creía que aquello les fuese muy útil ni que consiguiesen la rápida propagación del incendio. A pesar de la sequedad reinante, las plantas y los árboles estaban demasiado verdes para arder con facilidad. También notó que aquellos individuos debían de andar escasos de leña, pues alimentaban las hogueras con grasa y trastos viejos procedentes del pueblo. Habría una docena de hombres haciendo guardia en el risco, a unos cincuenta pasos de distancia del lugar en que Duane estaba oculto por los sauces. Hablaban, bromeaban y cantaban, convencidos, sin duda, de que la caza de un forajido era una cosa muy divertida. Mientras duró el resplandor del incendio, Duane no se atrevió a moverse. Tuvo la paciencia y la resistencia necesarias para esperar la tormenta, y se dijo que en el caso de que esta no llegase, aprovecharía los primeros momentos de la aurora, cuando el río quedaba envuelto por la niebla.

La salvación estaba ya al alcance de su mano, lo comprendía perfectamente. Y una vez convencido de ello, esperó, dispuesto a resistir todo lo que pudiera aguantar un ser humano.

Soplaba el viento a ráfagas, cada vez con mayor violencia, y empezó a rugir por entre los sauces, elevando a gran altura las encendidas chispas. Retumbó el trueno sobre el río y brillaron algunos relámpagos. A partir de aquel momento se abrieron las nubes y cayó una verdadera tromba de agua, pero no de un modo continuado. Los relámpagos y los truenos se sucedían sin interrupción, y Duane no quiso aventurarse a cruzar el río. Seguramente la tempestad había hecho reforzar la vigilancia a sus perseguidores. Comprendió que debía esperar y así lo hizo resistiendo con entereza el dolor, los calambres y el frío. Por fin se alejó la tormenta como había llegado. Mientras tanto, había cerrado por completo la noche. Duane, tan pronto creía que se había quedado paralítico como sentía grandes molestias, torpeza y debilidad a consecuencia de su violenta posición. Al ver aparecer las primeras estrellas experimentó una alegría inmensa. Las observo con la mayor atención v una a una; luego las vio desvanecerse. Entonces una densa sombra se extendió sobre el río, espesándose por momentos. La hoguera que 'ardía en el risco se divisaba cómo a través de un espeso velo. Los hombres se habían convertido en unas figuras imprecisas y vagas.

Comprendiendo Duane que sus miembros estaban entumecidos a causa de la

Librodot

prolongada inacción, empezó a mover las piernas, el brazo sano y el cuerpo, y por fin logro librarse de aquel envaramiento. Luego, tendido sobre la flotante plancha de madera, la empujo hacia el centro de la corriente y avanzó pulgada a pulgada hasta alejarse de los sauces. Al mirar hacia arriba vio las confusas sombras de los hombres que se hallaban en lo alto del risco. Temió que le descubriesen, pero siguió adelantando cautelosamente sin hacer ruido ni apresurarse. A veces, su codo producía un débil chapoteo en el agua, cosa que no podía evitar, pese a sus precauciones, y aquel ruido, leve al principio, fue aumentando en intensidad hasta llenar sus oídos, cual si quisiera burlar tantas precauciones. Ya en el centro del río, la violencia de la corriente parecía impedir su avance. Pero él siguió hacia delante, pulgada a pulgada, esperando a cada momento oír los disparos de los rifles y el choque de las balas en el agua. Quiso no mirar hacia atrás, pero no pudo contenerse. Entonces vio que la hoguera lucía débilmente y que las sombras de sus enemigos eran apenas perceptibles. De pronto la plancha tocó en el fondo de arena y pareció inmovilizarse allí. Ayudándose con los pies y con la mano, la empujó para hacerle atravesar aquel punto traidor. Una vez lo hubo logrado, su camino fue más rápido. Veíase envuelto por la oscuridad y, al mirar de nuevo hacia atrás, observó que las figuras de sus enemigos se confundían rápidamente con las tinieblas que les rodeaban y hasta las mismas hogueras parecían apagarse envueltas por la niebla. En cambió, el cielo era ya más luminoso; evidentemente, la aurora no estaba lejos.

Hacia Occidente reinaba aún completa oscuridad. Con infinitos cuidados y firme decisión, Duane siguió empujando la plancha de madera, aunque su fuerza se había debilitado en extremo y, por fin, divisó la negra línea de la orilla opuesta, que se presentó con la mayor oportunidad para salvarle. Arrastrándose, subió a tierra, descansó unos momentos y luego, atravesando los cauces, se dirigió hacia el Norte.

XIII

Duane no llegó a saber nunca cuánto tiempo anduvo por aquella región. Por último llegó a una comarca conocida y •encontró a un ranchero que en otra ocasión le recibió amistosamente. Allí pudo curar su brazo, comer y dormir, y al cabo de quince días volvió a recuperar todas sus fuerzas.

Cuando llego la ocasión de alejarse reanudando su interminable viaje, su amigo le comunicó, de mala gana, que a unas treinta millas al Sur, cerca del pueblo de Shirley, en el cruce de unos caminos, había un poste en el que se leía un cartel que ofrecía una gran recompensa a quien entregara vivo o muerto a Buck Duane. Éste había oído hablar varias veces de ello, pero nunca pudo ver ninguno de aquellos carteles. La resistencia que notó en su amigo a decirle la causa o el crimen de que se le acusaba para que se ofreciera tal recompensa, excitó la curiosidad de Duane. Nunca se acerco a Shirley más de lo necesario para llegar al rancho de aquel amigó suyo. Sin duda se trataba de algún robo en Correos ó de algún asesinato que seguramente se le atribuía. También había sido acusado de otras cosas peores, pero en aquella ocasión Duane decidió ir allá para averiguar la razón de que desearan cogerlo vivo o muerto.

Al emprender el caminó hacia el Sur pensó que aquélla era la primera vez que,

Librodot

deliberadamente, iba en busca de una situación desagradable. Un examen introspectivo le permitió darse cuenta de que durante la última y terrible huída desde el Nueces inferior, y mientras estuvo reponiéndose de sus fatigas, había sufrido un cambió extraordinario. Sentíase penetrado de una amargura intensa, imborrable y desprovista de toda esperanza de mejora. Había llegado al extremo de su resistencia moral. Todos sus esfuerzos mentales y corporales eran incapaces de alejarle de su destino, que le condenaba a ser un forajido en toda la extensión de la palabra, lo cual le inclinaría fatalmente al mal. jamás cometió ningún crimen y entonces se preguntó la razón de que este le persiguiera de un modo incesante, y acabó diciéndose que le había sido impuesto y que, una vez acorralado y convencido de que no tenía oportunidad de sincerarse, ya no había límite acerca de las cosas que pudiese realizar. Entonces comprendió los actos inexplicables de ciertos famosos forajidos y la razón de que volviesen al lugar donde cometieron el crimen que les puso fuera de la ley; vio claramente la razón de que se condujesen de un modo tan extraño y fatal, y por que la vida no significaba nada para ellos; vio ya con claridad por que se metían deliberadamente en situaciones peligrosas y se presentaban ante los hombres que fueron víctimas de sus fechorías o ante los guardias rurales o vigilantes para reírse de ellos en sus propias barbas. La amargura que sentían aquellos hombres era lo que les empujaba a realizar tales actos.

Al atardecer, y desde lo alto de una elevada pendiente, Duane vio los verdes campos, los árboles y los brillantes tejados de un pueblo, que le pareció Shirley. Al llegar a la parte inferior de la cuesta vióse ante una bifurcación del camino, y allí, clavado en un poste indicador, vio un cartelón que intentó leer. La tinta estaba ya borrosa, pero aún pudo distinguir las letras que ofrecían «Mil dólares de recompensa a quien entregue a Buck Duane muerto o vivo». Acercándose para leer las letras más pequeñas, cuya tinta estaba más descolorida todavía, se enteró de que le acusaban del asesinato de la señora Jeff Aiken, en su rancho, cerca de Shirley. Se citaba el mes de septiembre, pero el día era ilegible. Ofrecía la recompensa el marido de la difunta, cuyo nombre figuraba inmediato al del sherif, f, al pie del cartelón.

Duane lo leyó por dos veces. Después se quedó horrorizado ante el Destino que le perseguía y, al mismo tiempo, sintió una cólera extraordinaria por aquellos imbéciles que le creían capaz de hacer daño a una mujer. Luego recordó a Catalina Bland y, como siempre, su imagen le hizo temblar interiormente. Años antes corrió el rumor de que él la había matado, acabando todos por atribuirle cualquiera de los crímenes que se cometían. Era, pues, muy probable que llevase a cuestas el fardo terrible de innumerables fechorías.

Sentíase dominado por una cólera violenta que le hacía estremecer como roble agitado por el huracán. En cuanto se calmó, su rostro demostraba que había tomado una decisión temeraria, y, espoleando su caballo, se encamino al pueblo sin vacilar.

Shirley era una población rural, con pretensiones de gran ciudad. Allí terminaba un ramal del ferrocarril. La calle principal era regularmente ancha, estaba sombreada por dos filas de árboles, poseía casas cómodas y numerosos almacenes de mampostería. En el centro había una gran plaza sombreada por unos álamos gigantescos.

Duane tiró de las riendas de su caballo y le obligó a detenerse, a pesar de su resistencia, ante un grupo de individuos desocupados, que estaban sentados en unos bancos a la sombra de las frondosas ramas de los álamos. ¡Cuántas veces había visto un grupo semejante de tejanos con los brazos remangados! Pero sólo en contadas ocasiones observó tan rápido cambio en el aspecto apacible y tranquilo de aquellos hombres. Al

Librodot

parecer, la llegada de un forastero extraordinario causó tremenda sensación. Duane, sin embargo, pudo creer que nadie le había reconocido ni sospechaba siquiera su identidad.

Se apeó rápidamente y, abandonando la brida sobre el cuello de su caballo, dijo.

-Soy Buck Duane. He visto el cartelón clavado en el poste indicador del camino. Y lo que allí se dice es una maldita mentira. ¡ A ver!, que vaya alguien en busca de ese Jeff Aiken. ¡Quiero verle!

Sus palabras fueron acogidas con el mayor silencio. este fue el único efecto que pudo notar, porque evitaba mirar a aquella gente. La razón era muy sencilla. Sentíase dominado por intensa emoción y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Sentóse en un banco y apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Aquella vez no le importaba nada lo que pudiese sucederle, porque no podía tolerar semejante ignominia.

Luego observó cierto movimiento entre aquella gente.

Les oyó murmurar en voz baja y ronca y por fin les vio

alejarse. De pronto, una mano violenta le arrancó el revólver que llevaba al costado, y cuando Duane se puso en pie se encontró con un hombre flaco, de rostro lívido, que temblaba como la hoja de un árbol y le apuntaba con su propia arma.

-¡Manos arriba, Buck Duane ! -exclamó.

Tales palabras originaron una confusión terrible. Duane abrió los labios para hablar, pero no pudo hacerse oír, ni lo hubiese logrado tampoco gritando con toda la fuerza de sus pulmones, porque todos los que le rodeaban expresaban a gritos sus opiniones, sus consejos o sus órdenes. Asqueado, miró al hombre flaco y luego a los demás, que parecían estar fuera de sí. Sin embargo, no obedeció la orden de levantar las manos. Aquellos individuos, mientras tanto, le rodearon llenos de atrevimiento, al notar que estaba desarmado. Luego, algunos de ellos le cogieron los brazos y se los sujetaron a la espalda, de modo que la resistencia habría sido inútil, aun en el caso de que hubiese querido ejercerla. Mientras tanto, otros tomaron un ronzal que Duane llevaba en la silla de su caballo y le ataron con él, dejándolo indefenso.

A todo esto, corría la gente por la calle, entrando y saliendo de las tiendas y de las casas. Al trote aparecieron cowboys, empleados, viejos, muchachos y rancheros. El gentío aumentaba por momentos y el ruido empezó a atraer a las mujeres. No tardó en aparecer un grupo de muchachas, pero luego, compadecidas y asustadas a un tiempo, se quedaron a cierta distancia.

La presencia de los cowboys cambió el aspecto de la cosa. Atravesaron el compacto grupo y, con manos rudas y violentas, se apoderaron de Duane y lo mantuvieron inmóvil. Uno de ellos levantó los puños y amenazó, a gritos, a la multitud para que se retirase y guardara silencio. Con las manos cerradas, dio una vuelta a fin de que se retirasen los que estaban en primera fila; pero transcurrió algún tiempo antes de que se calmase aquella algarabía y fuese posible oír su voz.

-¡Callaos! ¿No queréis? Dejad que podamos oír algo. ¡Vamos, calmaos ! Procurad no lastimar a nadie. ¡Así Callaos todos. Así nos enteraremos de lo que pasa.

Aquel cowboy era, sin duda, un tipo autoritario, o, por lo menos, gozaba de alguna importancia, porque se volvió hacia el hombre flaco que aún seguía apuntando a Duane con el revólver.

-¡Baja el arma, Abe! -le dijo-. Podría dispararse. ;Dámela! Ahora dime qué pasa. ¿Quién es ese individuo :atado y qué ha hecho?

El hombre flaco estaba tan asustado, que parecía que iba a perder el sentido. Por fin

Librodot

levantó una mano tembloroso y, señalando al preso, exclamó jadeando.

-¡Ese individuo es... Buck Duane!

De la multitud surgió un murmullo de cólera.

-¡Uno cuerda! ¡Una cuerda! ¡Ahorcadlo de un árbol! ¡No perdáis tiempo! -gritó uno de los más furiosos, excitado en extremo.

-¡Buck Duane! ¡Buck Duane!

-¡ Ahorcadlo !

El cowboy hizo callar a todo el mundo.

-¡Vamos a ver, Abe ! ¿Cómo sabes que este individuo es Buck Duane? - preguntó secamente.

-Porque él mismo lo ha dicho-replicó el individuo llamado Abe.

-¿Cómo?-preguntó el otro con incredulidad.

-Así es -jadeó Abe dándose importancia. Era un hombre ya viejo y parecía darse cuenta del significado de lo que acababa de hacer-. Trató de atropellamos a todos con su caballo. Luego saltó a tierra, dijo que era Buck Duane y que quería ver a Jeff Aiken.

Tales palabras causaron gran sensación y originaron un intenso murmullo que, sin embargo, no duró tanto como el primero. Cuando el cowboy, ayudado por dos compañeros, logró restablecer el orden, alguien había deslizado ya el lazo de una cuerda sobre la cabeza de Duane.

-¡Ahorcadlo! - gritó con salvajismo un muchacho que formaba parte del grupo.

La multitud se apretó sobre el grupo central, pero los cowboys la obligaron a retroceder.

-Me parece, Abe, que estás loco o borracho. Pero, si no es así, vuelve a contarme eso.

Algo resentido, pero con acento muy digno, Abe repitió su declaración.

-Pues si es Buck Duane, ¿cómo pudiste apoderarte de su revólver? -preguntó el cowboy.

-Porque se sentó en este banco e inclinó la cabeza. Entonces yo me aproveché y, cogiéndole el revólver, le apunté con él.

Dichas estas palabras, soltó el cowboy la carcajada.

Sus compañeros le imitaron. Luego, el que parecía revestido de autoridad se volvió hacia Duane

-Vamos a ver, forastero. Hable usted y declare toda lo que pueda.

Estas palabras impusieron un silencio casi absoluto en la multitud.

-Confieso que soy Buck Duane -contestó él con la mayor serenidad-. Y vine...

El corpulento cowboy se estremeció al oír tales palabras. Su rojizo rostro perdió el color; apretó los dientes y las venas de su cuello se hincharon de un modo extraordinario. Adelantó su vigorosa mano y agarró a Duane por la pechera de la camisa.

-Todo esto es bastante raro. Pero si es usted Duane, lo pasará mal. Supongo que ya lo comprenderá. ¿Se da cuenta de ello?

-Sí.

-De modo que ha venido a disparar su revólver en el pueblo, ¿eh? Todos los pistoleros hacen lo mismo. Sin duda, se proponía matar al individuo que ofrece la recompensa. Y necesita ver a Jeff Aiken. ¿No es así?

-Nada de eso -replicó Duane -: Ese señor no ha explicado con toda exactitud lo sucedido. Cualquiera diría que no tiene la cabeza en su sitio.

-Tal vez. Vamos a ver. ¿Asegura usted ser el famoso Buck Duane y confiesa haber

hecho todo lo que se dice de él?

-En efecto, soy Duane, pero no quiero cargar con la responsabilidad de cosas que no he hecho. Por esta razón he venido. A poca distancia del pueblo vi un cartelón que ofrece una recompensa por mi captura. Hasta hoy, nunca me acerqué siquiera a esta población y no puedo consentir que me carguen con culpas ajenas. Por eso vine aquí, dije quién era, y rogué que llamasen a Jeff Aiken.

-¿Y se sentó luego, permitiendo que ese viejo le quitara el revólver? - preguntó el cowboy, asombradísimo. -Eso es-replicó Duane.

-Pues si es usted quien dice, eso resulta bastante extraño e increíble.

Entonces un hombre se abrió paso a codazos y se acercó al preso.

-Es Duane. Lo reconozco. Lo he visto varias veces. Puedes estar seguro de lo que te digo, Sibert. No sé si está loco o qué, pero estoy seguro de que es Duane. Quien le haya visto una vez siquiera, no podría olvidarle.

-Y ¿para qué quiere usted ver a Aiken? – preguntó el cowboy Sibert.

-Para convencerle de que nunca intenté siquiera hacer daño a una mujer.

-¿Por qué?

-Porque soy inocente de ese crimen.

-Pues bien, supongamos que se hace venir a Aiken, que él le oye y que no le cree. ¿Qué pasará entonces?

-Pues si no quiere creerme, mi situación será comprometida y podré contarme ya entre los muertos.

Hubo un corto silencio que fue interrumpido por Sibert para decir:

-¡Esto es extraño a más no poder y creo que valdría la pena de llamar a Jeff!

-Ya han ido a buscarle y no tardará - replicó un hombre.

Gracias a su elevada estatura, la cabeza de Duane sobresalía del grupo de curiosos. Miró por encima de ellos y, a corta distancia, pudo ver a cierto número de mujeres en el círculo exterior de la multitud. Algunas eran viejas v sus rostros tenían una expresión tan dura como la de los hombres. También vio a otras, jóvenes y agraciadas, pero éstas parecían agitadas por la emoción, e incluso por la compasión. Dirigían miradas temerosas y compasivas a Duane, que seguía aún con la cuerda alrededor del cuello. Él se dijo que las mujeres tenían mejores sentimientos que los hombres. Vio algunos rostros con los ojos dilatados y como fascinados ante su mirada, pero que no le condenaban con su expresión. Solamente las viejas se mostraban agresivas, expresando a gritos sus sentimientos.

Cerca del tronco de un árbol vio, en pie, a una esbelta mujer vestida de blanco. Clavó en ella su mirada, y vio que le contemplaba también con la mayor fijeza.

-¡Ahí viene Jeff Aiken! - dijo un hombre en voz alta.

La multitud, sintiendo más excitada aún su curiosidad, se retiró a un lado. Duane vio que dos hombres se acercaban apresuradamente y que uno de ellos, el que iba delante, era alto y corpulento. Llevaba un revólver en la mano y parecía estar dotado de feroz energía.

El cowboy Sibert le abrió calle por entre el grupo de curiosos.

-¡Espera, Jeff! - dijo interceptando el paso del individuo que empuñaba el revólver.

Luego se acercó a él y le habló en voz tan baja, que Duane no pudo oír lo que decía ; además, su cuerpo ocultaba el rostro de Aiken. Entonces, la multitud formó un círculo, encerrando también en él a Aiken y a Sibert. Hubo numerosos empujones, apretones, y se oyeron roncos gritos, síntoma, sin duda, de que iba a repetirse el tumulto anterior, y la

Librodot

muchedumbre volvería a reclamar la sangre del forajido y la justicia inmediata, más de mil veces ejecutada en el ensangrentado suelo de Texas.

Sibert grito a la enfurecida multitud, y los cowboys que le acompañaban repartieron en vano algunos puñetazos

-¿Quieres escuchar, Jeff? - exclamó Sibert apresuradamente con la mano apoyada en el brazo de aquel, hombre.

Aiken afirmó fríamente con un movimiento de cabeza.. Duane, que había visto a muchos hombres dueños de sí, en circunstancias parecidas, reconoció que Aiken era enérgico y valiente. Estaba pálido, frío y tranquilo. En torno; de su boca veíanse algunas arrugas, que expresaban amargo dolor, y si Duane vio alguna vez el significado de la muerte, fue, sin duda, en aquel momento.

-Desde luego, tú tienes la palabra, Aiken - dijo Sibert -. Pero antes escúchame. No es seguro que ese hombre sea Buck Duane. Ha visto el cartelón en el cruce del. camino y luego se ha presentado en el pueblo. Asegura que es Buck Duane y que anda en busca de Jeff Aiken. Todo eso está muy claro. Ya conoces las costumbres de los pistoleros, cuando andan buscando camorra. Pero lo que me asombra es que ese individuo se haya sentado en el banco permitiendo que Abe Strickland le quitase el revólver y le amenazase con él. Y más me extraña todavía su confesión de que si no logra convencerte de su inocencia, puede ya contarse entre los muertos. Tú misma verás si ese Duane está borracho o loco. No me da la impresión de que haya venido a buscar camorra. Por consiguiente, creo que vale más que te contengas, hasta que hayas oído lo que quiere decirte.

Entonces, por vez primera, el rostro desencajado y la mirada ardiente de aquel gigante se volvió hacia Buck.

Duane. Era evidente, que no se dejaba dominar por la pasión y parecía el mejor juez que pudiera desear Duane en un momento crítico como aquél.

-¡Oiga usted! -dijo Duane con acento grave, mirando con fijeza a Aiken-. Soy Buck Duane. En mi vida dije una mentira. Me vi obligado a llevar la vida del proscrito, porque nunca se me ha presentado ocasión de huir de este país. He matado a varios hombres en defensa propia, pero jamás hice daño a ninguna mujer. Hoy he recorrido treinta millas con el único objeto de averiguar la razón de esta recompensa que se ofrece por mi detención, y al leer el cartel me encolericé extraordinariamente. Por eso vine a verle a usted, para decirle que nunca, hasta hoy, estuve en Shirley, y que, por consiguiente, me habría sido imposible asesinar a su esposa. En el mes de septiembre último me hallaba a doscientas millas del Norte, en el Nueces superior. Puedo demostrar la verdad de mis palabras. Y los que me conocen le dirán a usted que soy incapaz de matar a una mujer. No comprendo cómo hall podido echarme la culpa de eso. Sin duda obedecerá a los chismes y mentiras que circulan por la frontera. De todos modos, no me explico cómo puede usted atribuirme ese crimen. Yo no sé más sino que está usted equivocado. Le han engañado. Ahora óigame, Aiken, y comprenderá usted que soy un desgraciado y que estoy harto de la vida, porque no me importa un comino. Si no es usted capaz de mirarme 'a los ojos, de hombre a hombre, y no quiere creer lo que le digo..., en tal caso puede matarme si quiere.

Aiken dio un gran suspiro.

-Poco importa, Buck Duane, la impresión que me haya causado lo que usted dice. Justa o injustamente, le han acusado y pronto averiguaremos la verdad. Lo esencial es poder probar su inocencia o su culpabilidad. Mi hija Lucía vio al asesino de mi mujer.

Librodot

Dicho esto, se volvió hacia los hombres y dijo:

-¡A ver, que vaya alguien!... ¡Ve a buscar a Lucía ! Así averiguaremos la verdad.

Duane creía sufrir una horrible pesadilla. Las voces y los rostros de los que le rodeaban parecían hallarse muy lejos. Su vida pendía de un hilo. Sin embargo, esto le importaba mucho menos que el verse llamado asesino de mujeres, y temió que una niña asustada, y tal vez sugestionada, pudiese confirmar la acusación que le dirigían.

Se abrió el apretado grupo de gente y volvió a cerrarse. Duane divisó la confusa imagen de una niña que se agarraba a la mano de Sibert. No pudo verla con claridad. Aiken levantó a la niña y con acento cariñoso le dijo que no debía asustarse.

-Vamos a ver, Lucía, dime si has visto alguna vez a ese hombre-preguntó Aiken en voz baja y ronca-. Dime si es uno de los que entraron aquel día en casa, te golpearon y luego arrastraron a mamá...

La voz de Aiken se debilitó y cesó al fin.

Con la rapidez de un relámpago se aclaró la confusa visión de Duane. Vio un rostro pálido y triste y unos horrorizados ojos azules fijos en él. Ninguno de los momentos más terribles de la vida de Duane igualó a aquel, que transcurría en medio de un silencio expectante.

- ¡No es él ! -exclamó la niña.

En vista de estas palabras, Sibert se apresuró a quitar el lazo que rodeaba el cuello de Duane y le desató también las ligaduras que sujetaban sus brazos.

Mientras tanto, la asombrada multitud empezó a proferir roncas exclamaciones.

-¡Así veréis, amigos, con cuánta facilidad se puede ahorcar a un inocente ! -exclamó el cowboy haciendo silbar el extremo de la cuerda-. ¡Vaya unos guardias rurales que sois todos vosotros ! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Después de poner en libertad a Duane, le devolvió el revólver que le habían quitado.

-Mira, Abe - añadió -, no hay duda de que creíste obrar bien, pero no vuelvas a cometer tales imprudencias. Además, muchachos, estoy seguro de que al pobre Duane le han atribuído una cantidad de crímenes de los que no es responsable. Ahora, marchaos todos. Usted, Duane, tiene el camino libre para salir de Shirley. ¿Dónde está su caballo?

Sibert obligó a los curiosos a que abriesen paso, y condujo a Duane al lado de su caballo, que sostenía otro cowboy. Duane montó tranquilamente; alguien le ayudó. Entonces, el rostro del cowboy, de dura expresión, se suavizo al sonreír.

-Tal vez le parecerá a usted una descortesía - dijo -; pero conviene que se aleje cuanto antes.

Condujo de la brida al caballo hasta alejarlo de la multitud. Aiken fue a reunirse con él y entre los dos escoltaron a Duane, mientras atravesaba la plaza. La muchedumbre parecía inclinada a seguirles.

Aiken se detuvo, posando su enorme mano en la rodilla de Duane. En ella, y tal vez sin darse cuenta, sostenía aún el revólver.

-Debo decirle una cosa, Duane. Creo que no es usted tan malo como lo pintan. Me gustaría tener tiempo para decirle algo más. Pero le ruego que me conteste a una pregunta. ¿Conoce usted a Mac Nelly, capitán de la guardia rural?

-No - contestó Duane, sorprendido.

-Hace cosa de una semana le vi en Fairfield - añadió Aiken con apresuramiento -. Él sostuvo que usted no había matado a mi mujer. Yo no lo creí y le contradije. Casi llegamos a pronunciar palabras desagradables por ese motivo. Y ahora..., ahora he de

Librodot

rogarle que me dispense usted. La última cosa que me dijo fue: «Si alguna vez ve usted a Duane, no lo mate. Mándelo a mi campamento, después de oscurecer.» Desde luego, esto es algo raro, pero no puedo decirle a usted de qué se trata. Ahora, lo importante es que él tenía razón y que yo estaba equivocado. Si Lucía hubiese vacilado lo más mínimo, yo me habría apresurado a matarlo a usted. A pesar de todo, no le aconsejo que vaya al campamento de Mac Nelly. Tal vez sea una estratagema para apoderarse de usted, creyendo, de buena fe, que no hay indignidad en apoderarse de un forajido por medio de una traidora celada. Se lo advierto, para que viva usted prevenido. ¡Adiós; que el cielo le proteja como lo ha hecho hasta hoy!

Duane se despidió, tocando en seguida con las espuelas los ijares de su caballo.

-¡Adiós, Buck! - exclamó Sibert, sonriendo con una expresión de franqueza y cordialidad que transformaba su moreno rostro.

XIV

Cuando Duane llegó a la bifurcación del camino, el nombre de Fairfield, en el poste indicador, pareció ser el leve peso que hizo inclinar el platillo de la balanza en favor de aquella dirección.

Al obrar así respondía a un impulso inexplicable. Así como se sintió inclinado a ir en busca de Jeff Aiken, veíase ahora casi obligado a encontrar a aquel desconocido capitán de los guardias rurales. En el estado mental de Duane, el razonamiento, el sentido común o la agudeza de las ideas no tenían nada que ver en el asunto y continuo, su viaje porque sentíase inclinado a ello.

Anochecía ya cuando penetró en el pueblo que, según pudo averiguar, era Fairfield. El campamento del capitán Mac Nelly se hallaba en las cercanías de la población, aunque en el lado opuesto del camino seguido por Duane.

Nadie, a excepción del muchacho a quien interrogó, pareció haber notado su llegada. Como Shirley, también Fairfield era una población grande y próspera, comparada con las innumerables aldehuelas que salpicaban la enorme extensión de la parte sudoeste de Texas. Mientras Duane penetraba en el pueblo, evitando pasar por la calle principal, oyó las campanadas de una iglesia, que despertaron el melancólico recuerdo de su hogar.

En las afueras de la población no encontró campamento alguno, pero mientras Duane, montado a caballo, miraba a su alrededor, indeciso acerca de lo que haría, le sorprendió el resplandor de algunas luces a través de la oscuridad. Después de dirigirse hacia ellas recorriendo quizás un cuarto de milla, llegó a una alameda formada por los mezquites. El resplandor de varias hogueras intensificaba la sombra de la noche. Duane vio la silueta de algunos hombres que iban de un lado a otro y oyó el relincho de unos caballos. Avanzó con la mayor naturalidad, pero no dudaba que pronto se vería obligado a detenerse.

-¿Quién vive?-preguntó una voz de acento seco y autoritario, que resonó en la noche.

Duane detuvo a su caballo. La oscuridad era impenetrable.

-Un hombre solo-replicó.

-¿Forastero?

-Sí.

-¿Qué quiere usted?

-Ando en busca del campamento de los guardias rurales.

-Ya está en él. ¿Qué desea?

-Ver al capitán Mac Nelly.

-¡Eche pie a tierra y adelántese! ¡Despacio! ¡No mueva las manos! A pesar de la oscuridad le veo perfectamente.

Duane desmontó y, llevando el caballo de la brida, dio lentamente algunos pasos. Vio un objeto que tenía un apagado brillo, y en seguida comprendió que era una arma de fuego, aun antes de descubrir al hombre que la empuñaba. Unos pasos más le permitieron ver a una figura que le interceptaba el paso. Duane se detuvo.

-¡Acérquese más! Debo examinarle - ordenó el guardia.

Duane avanzó hasta situarse ante aquel hombre. La luz de las hogueras iluminaba ya su rostro.

-No hay duda de que es usted forastero. ¿Cómo se llama y qué quiere del capitán?

Duane quedó indeciso, sin saber que contestar.

-Haga el favor de decir al capitán Mac Nelly que soy el hombre a quien mandó presentarse en su campamento, después de oscurecer -replicó por fin.

El guardia rural se inclino para fijarse detenidamente en aquel extraño visitante. Hasta entonces se había mostrado tranquilo, pero de pronto pareció dejarse ganar por la desconfianza.

-¡Venid, muchachos ! -dijo sin volverse hacia las hogueras.

-¿Que pasa, Pickens? -replicó inmediatamente un hombre.

Luego se oyó el rápido ruido de botas al pisar la blanda tierra. Una forma oscura cruzó el espacio iluminada por las fogatas y, de pronto, un guardia rural fue a situarse al lado del centinela. Duane oyó que hablaban en voz muy baja, aunque no pudo enterarse de sus palabras. El segundo guardia profirió una ahogada exclamación y, dando media vuelta, echó a andar.

-Oiga usted, guardia : antes de que se aleje quiero decirle una cosa. Mi visita es pacífica y hasta amistosa si ustedes lo permiten. Recuerde que me invitaron a venir aquí... después de oscurecer.

La voz clara y penetrante de Duane llegó a gran distancia, de modo que los guardias que había junto a la hoguera oyeron perfectamente lo que decía.

-¡Oye, Pickens! Di a ese individuo que aguardereplicó una voz autoritaria.

Entonces surgió una esbelta figura del oscuro y movible grupo de hombres que había ante el fuego, y avanzó presurosamente.

-¡Tenga usted cuidado, capitán! -gritó un guardia, deseoso de ponerle sobre aviso.

-¡Callaos todos! -replicó el jefe.

Éste, que sin duda era Mac Nelly, en seguida se reunió con los dos guardias que se hallaban ante Duane. No demostraba el menor recelo, acercándose sin vacilación al recién llegado.

-Soy Mac Nelly - dijo -. Si es usted el hombre que espero, no mencione su nombre... todavía.

Todo esto le pareció muy raro a Duane, aunque en armonía con lo que acababa de ocurrirle.

-Hoy mismo he visto a Jeff Aiken - dijo Duane -. Y me ha enviado...

-¡Cómo! ¿Ha visto usted a Aiken?-exclamó asombrado Mac Nelly-. ¡Magnífico! - Luego pareció reportarse, procurando disimular su agitación -. Ahora, muchachos, retiraos y dejadnos solos unos momentos.

Los guardias rurales obedecieron de mala gana.

-¿Es usted Buck Duane? - preguntó el capitán con vehemencia, en voz baja.

-Sí.

-Si le doy a usted mi palabra de que no será preso y de que se le tratará con la mayor cortesía, ¿querrá acompañarme para conferenciar conmigo?

-Ciertamente.

-¡No sabe usted cuánto me alegro de verle! -añadió Mac Nelly ofreciéndole la mano.

Asombrado y conmovido, sin darse cuenta de lo que le ocurría, Duane extendió a su vez la mano, y sintió un cálido y cordial apretón.

-Tal vez no me crea usted, capitán Mac Nelly, pero yo también me alegro mucho de verle - exclamo.

-Todavía se alegrará usted más de ello. Ahora iremos al campamento, y, de momento, no revele su personalidad.

Acompañó a Duane hacia el campamento.

-¡Tú, Pickens, vuelve a tu guardia! -ordenó-. ¡Y tú, Beeson, encárgate de este caballo!

En cuanto Duane hubo atravesado la línea de mezquites que le ocultaba el campamentp, vio a un grupo formado quizá por quince guardias rurales, sentados en torno de las hogueras, cerca de un largo y bajo cobertizo en que se hallaban los caballos y de una casita de ladrillo que había a un lado.

-Acabamos de cenar, pero procuraré que le sirvan a usted alguna cosa. Luego hablaremos - dijo Mac Nelly -. Temporalmente me he establecido aquí. Andamos tras un caso de robo de ganado. Por consiguiente, en cuanto haya tomado algo, haga el favor de entrar en esa casa-se la señaló.

Duane no tenía hambre, pero se apresuró a dar rápida cuenta de la abundante cena que le sirvieron, pues sentía una gran curiosidad y no menor asombro. La única explicación que se le ocurría acerca de su presencia en un campamento de guardias rurales era que, quizá, Mac Nelly quisiera pedirle algunas indicaciones útiles. Sin embargo, aquello no bastaba para justificar la excitación del capitán. Allí había un misterio y Duane estaría sobre ascuas para averiguarlo. Mientras comía, miró a su alrededor. Después de un ligero examen, los guardias rurales ya no le hicieron ningún caso. Todos eran veteranos en el servicio, como Duane advirtió en seguida; además, eran hombres curtidos, vigorosos, dotados de una constitución de hierro. A pesar de las bromas y de las ocurrencias de los más jóvenes y del tono general de una conversación de campamento, Duane no dejó de comprender que su llegada fue, para ellos, un hecho sorprendente, que suscitó numerosas conjeturas y hasta les dejó consternados. Aquellos guardias estaban demasiado disciplinados para mostrar claramente su curiosidad por un huésped de su capitán. Si no se hubieran esforzado tanto en mostrarse indiferentes con él, Duane hubiese podido imaginar que le consideraban un visitante corriente y tal vez útil para Mac Nelly. Pero en vista de sus observaciones, Duane comprendió que estaban intrigados y que acaso sospechaban su verdadera identidad.

No tardó en acudir a la casa del capitán.

-Entre y siéntese - dijo Mac Nelly haciendo al mismo tiempo seña de que se

levantara otro individuo que había en la habitación -. Haga el favor de dejarnos solos, Russell, y de cerrar la puerta. Ahora mismo leeré estos partes.

Mac Nelly sentóse ante una mesa en la que había una lámpara y varios papeles. Entonces, Duane pudo ver que era hombre de aspecto distinguido y militar, de unos cuarenta años, de ojos y cabellos negros, rostro bronceado, astuto, severo y enérgico, pero que no carecía de bondad. Examinó rápidamente algunos papeles, los clasificó y, por fin, los metió en unos sobres. Sin levantar los ojos, tendió una petaca a Duane y, en vista de que éste se negaba a fumar, tomó un cigarro, se puso en pie para encenderlo en la lámpara chimenea, y luego, volviendo a sentarse, miró cara a cara a Duane, esforzándose en vano en ocultar lo que, sin duda, era una curiosidad cuya satisfacción esperaba desde hacía mucho tiempo.

-Hace ya dos años que he estado aguardando esta ocasión, Duane - empezó diciendo.

El joven sonrió de un modo raro. Nunca fue muy hablador y ahora la conversación le parecía más difícil que de ordinario.

Sin duda, Mac Nelly se fijó en ello. Con gran interés, durante unos momentos, estuvo contemplando a Duane, y sus maneras, rápidas y nerviosas, cambiaron para manifestar grave reflexión.

-Tengo que decirle a usted muchas cosas, pero lo difícil es empezar - dijo, como hablando consigo mismo-. Desde que anda fugitivo ha llevado una vida muy dura, Duane. Como yo no le conocía a usted, ignoro, naturalmente, cómo era en su primera juventud. Pero puedo hacerme cargo de que... En fin, la misma vida de los guardias rurales no tiene nada de agradable.

Hizo girar el cigarro entre los labios y despidió algunas nubes de humo.

-¿Ha tenido usted noticias de Wellston desde que salió de allí? - preguntó de pronto.

-No.

-¿Ninguna en absoluto?

-Ninguna.

-Eso es muy duro para usted. Pero tengo el gusto de poder comunicarle que, no hace mucho, su madre, su hermana v su tío..., es decir, todos sus parientes, según creo, estaban perfectamente. He tenido cuidado de informarme. Sin embargo hace ya algún tiempo que no sé de ellos.

Duane levantó un momento el rostro, hasta que hubo desaparecido el nudo que se había formado en su garganta, y luego dijo:

-Tales noticias valen la pena de haber venido a este campamento.

-Comprendo sus sentimientos. Cuando yo estaba en la guerra... Pero dejemos eso y vamos al grano.

Acercó su silla a la que ocupaba Duane y añadió

-No dudo de que más de una vez, durante los dos últimos años, ha recibido usted aviso de que yo quería hablarle.

-Si no recuerdo mal, me lo comunicaron tres veces.

-Y, ¿por que no vino en seguida?

-Por figurarme que, creyéndome usted jactancioso y fanfarrón, procuraba atraerme a su campamento para prenderme.

-Es natural que pensara así - replicó Mac Nelly -. Usted no me conocía, porque, de lo contrario, hubiese venido en seguida. Me ha costado bastante ponerme en comunicación con usted. Pero la naturaleza de mi cargo me obliga a ser prudente. ¿Está usted enterado,

Librodot

Duane, de la mala fama de que goza en todo el Sudoeste?

-No he tenido más remedio que convencerme de ello - replicó Duane.

-Es usted el individuo más temido en la frontera mejicana, excepción hecha de Murrell y de Cheseldine. Pero hay una diferencia : Murrell merece perfectamente su infame celebridad, y lo mismo le ocurrió en su tiempo a Cheseldine. En cambio, hemos conocido centenares de individuos del sudoeste de Texas, amigos de usted, que juran que no ha cometido nunca un crimen. Y cuanto más se avanza hacia el sur, más se evidencia este detalle. Ahora, sin embargo, deseo que me diga usted la verdad. ¿Ha llevado a cabo alguna vez un hecho criminal? Confiese la verdad, Duane, seguro de que esto no ha de alterar mi plan. Por hecho criminal entiendo lo que sería calificado así por un tejano cualquiera.

-En ese sentido tengo las manos limpias - replicó Duane.

-¿De modo que nunca ha agredido usted a nadie, no ha robado provisiones o un caballo en -momentos de necesidad?

-No he hecho nada de eso. A pesar de los momentos

difíciles que ha habido en mi vida, siempre he procurado evitar esas cosas.

-¡ No sabe usted cuánto me alegro, Duane! - exclamó Mac Nelly estrechándole la mano -. Sin embargo y a pesar de eso, es usted un proscrito a quien busca la justicia del Estado. Sabe usted muy bien que, en las circunstancias actuales, si por desgracia cae en las manos de la ley le ahorcaran probablemente o, por lo menos, le encarcelerán durante muchos años.

-Ésa es la razón de haber andado fugitivo tanto tiempo -replicó Duane.

-Naturalmente.

Mac Nelly se quito el cigarro de la boca y cerró a medias los ojos, que centelleaban. Los músculos de sus morenas mejillas estaban tensos. Se inclinó hacia Duane y le oprimió una rodilla con sus vigorosos dedos.

-¡Ahora escúcheme! -dijo con voz ronca-. Si yo le concedo un perdón completo, convirtiéndole de nuevo en ciudadano libre y honrado; si limpio su nombre de la mala fama que ahora tiene y hago que su madre y hermana estén orgullosas de usted; si realizo todo esto, ¿querrá jurarme que se dedicará a un servicio, sea cual fuere, que yo le pida?

Duane se quedó inmóvil, anonadado por aquellas palabras.

Lentamente y en tono persuasivo, aunque a su vez muy emocionado, el capitán Mac Nelly repitió su asombrosa pregunta.

-¡Dios mío! - exclamo Duane-. No puedo creer que hable usted en serio, Mac Nelly.

-Nunca hablé con más seriedad. Me anima un propósito de la mayor importancia y estoy resuelto a todo, con tal de lograr mi objeto. ¿Qué me contesta usted?

Dicho esto, se puso en pie y Duane, cual si le empujase una fuerza misteriosa, le imitó. El oficial y el proscrito se miraron fijamente a los ojos, tratando de bucear en sus almas respectivas. En los de Mac Nelly, Duane leyó la verdad y vio que aquel hombre estaba animado por un decidido propósito, por la esperanza y la alegría y hasta por la seguridad de alcanzar la victoria.

Por dos veces; Duane intentó hablar, pero sólo consiguió emitir un sonido ronco e inarticulado, hasta que, por fin, haciendo un esfuerzo, consiguió decir.

-¿Cualquier servicio? ¡Todo lo que usted quiera! Le doy a usted mi palabra, Mac Nelly.

Se iluminó el solemne rostro de éste y extendió la mano, que Duane estrechó con la

fuerza que los hombres emplean en los momentos de emoción.

Luego, Duane dio un paso hacia atrás y se dejó caer en la silla, mientras Mac Nelly buscaba otro cigarro, porque, sin darse cuenta, destrozó el primero entre los dientes. Después de encenderlo, como la vez primera, va más tranquilo y frío, volvió el rostro hacia su interlocutor. Tenía la mirada propia del hombre que acaba de alcanzar un gran resultado después de grandes esfuerzos. Por último sacó del bolsillo tina alargada cartera y extrajo de ella algunos papeles doblados.

-Aquí tiene usted su perdón, firmado por el Gobernador. En cuanto lo examine verá usted que es condicional. Y una vez haya firmado este otro documento habrá cumplido la condición impuesta.

Aliso el papel, tendió una pluma a Duane y deslizó el dedo a lo largo de una línea de puntos. A Duane le temblaba la mano. Habían transcurrido ya muchos años desde que sostuviera una pluma entre sus dedos, de modo que, no sin cierta dificultad, estampó su firma en el documento. Buckley Duane. ¡Qué aspecto tan raro tenía aquel nombre!

-Aquí termina la carrera de Buck Duane, proscrito v pistolero - dijo Mac Nelly; luego, tomando asiento, quitó la pluma a Duane y escribió varias líneas en distintos lugares del documento. Hecho esto lo tendió a Duane.

-Eso le convierte a usted en miembro de la Compañía A. de los Guardias Rurales de Texas.

-¿De veras? - exclamó Duane, maravillado a más no poder- ¿Quiere usted emplearme a sus órdenes?

-¡Precisamente! - contestó el capitán con seco acento -. Ahora va usted a saber de qué servicio se trata.

Desde que me encargué del mando de esta fuerza he estado atareadísimo, como usted puede que sepa ya. He logrado algunos resultados. No me importa decirle a usted que logré el cargo gracias a mis influencias políticas, y que, más allá de Austin, hubo ciertos rozamientos en el Ministerio de Estado acerca de si el servicio de los guardias rurales es o no conveniente, y hasta se discutió si debería suprimirse. Desde luego estoy afiliado al grupo que defiende nuestro servicio y sostengo que gracias a el es posible habitar en Texas. Como es natural, debo demostrar mis opiniones con hechos, y hasta ahora he conseguido algunos éxitos. Pero mi mayor ambición sería destruir las pandillas de forajidos que hay a lo largo del río. Nunca me he aventurado por allí, porque esperaba tener un teniente a mi gusto. Usted, desde luego, es mi hombre. Quisiera empezar por la parte alta del Río Grande y procurar destruir la banda de Cheseldine. Es el forajido más poderoso y peor de cuantos ha habido por esos lugares. En realidad merece ser llamado algo más que ladrón de ganado. Cheseldine y su pandilla están ahora operando contra los Bancos; ya han desvalijado varios. Desde luego, ésta es mi opinión, aunque no tengo pruebas que la apoyen. Cheseldine no deja nunca rastro de su paso, porque es hombre inteligente y astuto. Al parecer, nadie le ha visto ni sabe cómo es. Me imagino que usted es desconocido por completo en ese país donde ese forajido ejerce tan enorme influencia, porque se halla a quinientas millas de la comarca que hasta ahora ha frecuentado usted. Hay por allí un pueblecito llamado Fairdale, que es el nido de una banda de ladrones de ganado. Pero no sólo roban reses, sino que asesinan a la gente con la mayor facilidad. Nadie sabe quién es su jefe, y quiero que usted lo averigüe. Además, sea cualquiera el camino que usted decida seguir, convendrá que empiece a trabajar cuanto antes. En adelante será su propio jefe. De sobra conoce a tales hombres y el medio de acercarse a

Librodot

ellos. Empleará en este cometido todo el tiempo que necesite, aunque se trate de meses. Es posible que tenga necesidad de comunicarse conmigo y ésta será la dificultad principal, porque Cheseldine es el amo en infinidad de lugares. Convendrá, pues, que busque la manera de avisarme en el momento en que nos necesite, a mí y a mis hombres. El plan es lograr la destrucción de la cuadrilla de Cheseldine. Es la empresa más difícil que hay en la frontera. De nada serviría prenderle a él solo, porque no podríamos sacarle de allá. Tampoco conviene matarlo, porque sus auxiliares, o sea sus lugartenientes, son tan peligrosos para la comunidad como el mismo. Necesitamos, pues, matar o encarcelar a esa magnifica colección de bandidos y destruir el resto de la cuadrilla. Por consiguiente, el servicio que le encargo, ¡ y Dios sabe cuán grande es!, consistirá en hallarles. en in

troducirse de un modo u otro en su campo, averiguar sus movimientos y preparar la trampa que nosotros, los guardias rurales, nos encargaremos de cerrar.

-Ya sabe usted que le he dado mi palabra, aceptando - contestó Duane.

-Sus gestiones han de ser secretas. En la actualidad es usted un guardia rural a mi servicio, pero nadie, excepto las pocas personas a quienes yo crea oportuno comunicárselo, sabrán quién es, mientras no haya terminado su cometido. Seguirá usted siendo Buck Duane hasta que nos convenga a todos comunicar a Texas el hecho de que pertenece usted a la guardia rural. Como verá, en el documento que ha firmado no hay fecha. De ese modo tal vez será posible demostrar que todo, o una gran parte de lo que ha hecho usted durante su vida de proscrito, lo llevó a cabo en servicio del Estado. Y confío en que, realmente, resultará siendo así.

Mac Nelly hizo una pausa momentánea, mordió su cigarro, frunció las cejas y siguió diciendo:

-Nadie en la frontera conoce tan bien como usted la peligrosa naturaleza de este servicio. Hay mil probabilidades contra una de perder en él la vida. Y hasta no tengo inconveniente en afirmar que, a excepción de usted, nadie saldría con vida de tal empeño. Su fama se ha extendido entre los forajidos. Tal vez esta circunstancia, además de su valor y habilidad en empuñar y disparar el revólver, le permitirán salir vivo de la empresa. Yo así lo espero. Pero hay muchas más probabilidades de que no vuelva usted a mi lado.

-Eso me importa poco-contestó Duane -. Pera lo que quiero saber es qué ocurrirá en caso de que me maten.

-Déjelo a mi cuidado - le interrumpió el capitán Mac Nelly -. Sus parientes conocerán inmediatamente su perdón y su empleo como guardia rural. Si pierde usted la vida en esta empresa, haré lo necesario para que su nombre sea exculpado y para que todo el mundo sepa el servicio que ha prestado.

-Tales palabras me bastan - replicó Duane -. Es mucho más de lo que me atreví a esperar.

-Pues, de acuerdo. Le daré dinero para sus gastos. Podrá empezar en cuanto quiera; cuanto antes, mejor. Espero que se me ocurrirá algo para ponernos en comúncación.

Mucho después de que se apagaran las luces y cesara el rumor de las voces en el campamento, Duane continuaba despierto, con los ojos fijos en la oscuridad, maravillado por los extraordinarios sucesos de aquel día. En lo más profundo de su alma sentíase en extremo agradecido. De su corazón acababan de quitar un peso queapenas le permitía vivir. Aceptó con júbilo aquel peligroso cometido y su gratitud era inmensa hacia el hombre que se lo había propuesto salvándole al mismo tiempo de la ignominia. Y al

pensar en su madre, en su hermana y en su tío Jim, al recordar su hogar, sus amigos y todo lo que formaba parte de su vida, sintió una profunda emoción. La deshonra que hizo caer sobre ellos desaparecería ahora, y, gracias a su nueva carrera, cambiaría de aspecto su antigua vida y hasta, incluso, su fin trágico y muy probable en la empresa que iba a emprender. Cuando el sueño empezó a disminuir la precisión de sus ideas, le pareció que flotaban unos rostros en las tinieblas que le envolvían, impidiéndole el sueño, como siempre habían hecho.

Al despertar era ya día claro. Mac Nelly le llamó para. compartir el desayuno. En el exterior oyó voces de hombres, el crujido de la leña al arder, los relinchos de los caballos, que piafaban impacientes, y los ladridos de los perros. Duane abandonó sus mantas, y luego se dispuso a hacer buen uso del jabón, de las toallas y de la navaja de afeitar que encontró en un banco inmediato. Aquellas cosas eran de un lujo extraordinario para un proscrito como él. Luego, al mirarse a un espejo, observó que su rostro era tan raro y remoto como él pasado, que tanto le costó recordar y en cuanto terminó su aseo, se asomó a la puerta y salió.

Los guardias rurales comían sentados en círculo, en torno de una tela impermeable extendida en el suelo.

-Muchachos -les dijo Mac Nelly -. Dad la mano a Buck Duane. Forma parte del servicio secreto de los guardias rurales. Y es muy fácil que la empresa que le he encargado os haga saltar de sorpresa en cuanto la conozcáis. Ahora debo encargaros que guardéis la mayor discreción respecto a lo que acabo de comunicaros.

Los guardias rurales, con gran sorpresa de Duane, le acogieron con gritos de alegría y muy pronto, a juzgar por sus expresiones, pudo darse cuenta de que estaban tan orgullosos de su nueva adquisición como llenos de deseo de tomar parte en el peligroso servicio que su capitán acababa de indicar. Eran individuos valerosos y alegres, aunque mostraron la suficiente gravedad en su acogida para demostrar su respeto y su aprecio a Duane, aunque sin olvidar sus hazañas como lobo solitario. Y cuando él se hubo sentado en aquel círculo, siendo ya uno de ellos, una sensación de alegría y de orgullo invadió todo su ser.

Después de la comida, el capitán Mac Nelly llamó a Duane y le dijo:

-Aquí tiene usted el dinero. Hágalo durar lo más posible. Creo que será mejor que se dirija usted a El Paso y allí debe dedicarse a escuchar cuanto ocurre a su alrededor. Luego vaya a Valentine. Esta localidad se halla va cerca del río y a cosa de cincuenta millas, más o menos, del límite del Rim Rock. En esa región debe de hallarse Cheseldine. Algo al norte está la población de que le hablé, Fairdale. Tenga en cuenta que el bandido no está siempre oculto entre las rocas, sino únicamente después de haber dado un atrevido golpe. Cheseldine dispone de algunas poblaciones habitadas por su gente y otras le temen mucho, de modo que es preciso informarse bien de ellas y especialmente de Fairdale. Escríbame usted por medio del ayudante, en Austin. Creo innecesario decirle que adopte las mayores precauciones para expedir sus cartas. Si es preciso recorra cien o doscientas millas o, por lo menos, aléjese de El Paso.

Mac Nelly dejó de hablar, dando a entender que habían terminado sus recomendaciones, y entonces Duane se puso lentamente en pie.

-Empezaré en seguida, y ahora... quisiera darle las gracias.

-¡Hombre! No debe agradecerme nada-replicó Mac Nelly estrechando la mano de Duane-. He mandado a muchos hombres valerosos y dignos en busca de la muerte, y tal

Librodot

vez usted aumentará su número. Pero, como ya he dicho, tiene todavía una probabilidad contra mil. Además no quisiera verme en el pellejo de Cheseldine ni de otro hombre cualquiera a quien persiga usted. Pero no quiero decirle adiós, Duane, sino ¡hasta la vista! ¡Ojalá volvamos a encontrarnos !

LIBRO SEGUNDO

EL GUARDIA RURAL

XV

A1 oeste del río Pecos se extendía una enorme región casi desierta, a excepción del Norte, en donde el Llano Estacado extendía sus traidoras arenas. Esta región era muy fértil, por el Sur, a lo largo del Río Grande. Una línea de ferrocarril atravesaba la región sin desviarse lo más mínimo por espacio de quinientas millas, y los únicos . pueblos y aldeas que había en la comarca se hallaban junto a la vía férrea o en sus proximidades. Y a pesar de que aquella parte occidental de Texas estaba desierta o poco menos, y aun conociendo que la región se hallaba bajo el dominio de las bandas de forajidos, poco a poco iban penetrando en ella los colonos. Primero vino el ranchero solitario; luego tuvo ya algunos vecinos en los valles próximos y lejanos; más tarde se organizaron algunas aldeas y, por fin, vino el ferrocarril y se crearon las poblaciones de más importancia. Y seguían llegando colonos, que iban a establecerse cada vez a mayor distancia, en los lejanos valles y en las dilatadas llanuras. Éstas se hallaban cubiertas de mezquites y de cactos, pero aquel rico terreno obraba maravillas en cuanto era objeto de una buena irrigación. Poca hierba había en cada acre, pero estos podían contarse por millones. El clima era maravilloso, crecía el ganado y prosperaban los rancheros.

El Río Grande corría casi en línea recta hacia el Sur a lo largo del límite occidental, por espacio de mil millas, y luego, cansado ya de su curso, torcía bruscamente al Norte, para formar lo que se llamaba la Gran Curva. El ferrocarril que se dirigía haca el Oeste atravesaba esa curva y toda la comarca limitada en el Norte, por la vía férrea, y en el Sur,

por el río, era tan salvaje como el Llano Estacado. No contenía una sola vivienda. Al otro lado de la parte delantera de la Gran Curva y como si quisiera aislarla se extendía la cordillera de Ord, en la que el Monte Ord, el Monte Catedral v el Monte Elefante ele

vaban sus cimas sobre las demás. En los valles limitados por aquellas montañas y en las llanuras más lejanas había algunos ranchos, y hacia el Norte algunas aldeas los pueblos de Alpine y Marfa.

Como otras regiones del gran Estado de la Estrella Solitaria aquella sección de Texas era por sí misma ni¡ mundo en donde las riquezas del ranchero enriquecían a los forajidos. El pueblo más cercano. a la entrada d_' aquella región infestada por los bandidos, era un lugar llamado Ord, que recibía tal nombre a causa del monta que se elevaba a pocas millas de distancia en dirección sur. La población fue fundada por los mejicanos y existían aún las ruinas de ladrillo de las misiones, pero a causa de los ladrones de ganado y de los forajidos, muchos de sus habitantes murieron a tiros o fueron expulsados, de modo que cuando Ord se hallaba en el apogeo de prosperidad vino una temporada cruel, en virtud de la cual sólo vivían allí unos pocos mejicanos que no tenían otra alternativa que la de vivir amistosamente con los forajidos o resignarse a ser blanco en las prácticas de tiro de aquellos individuos.

A última hora de un día de septiembre llegó un forastero a Ord, y, en una comunidad en donde todos lo; hombres eran notables por una u otra razón, aquel individuo logró excitar el interés público. Quizá su caballo fue el primero en llamar la atención. porque en aquella región los caballos tenían mucha más importancia que los hombres. Aquél, sin embargo, no merecía el nombre de hermoso, más bien a primera vista parecía feo. En cambio, era un gigante, negro corno el carbón y tosco a pesar de los cuidados que sin duda le tributaban. Era largo de cuerpo, recio, vigoroso, v todo él había alcanzado un desarrollo extraordinario. Un curioso observó que tenía la cabeza muy grande y quizá, fijándose solamente en esta, habría parecido un caballo muy hermoso. Como los hombres, los caballos muestran lo que son por su forma, su tamaño, sus líneas y el carácter de la cabeza. Aquél de mostraba que era un animal leal, lleno de fuego, veloz; de viva sangre; sus ojos eran tan negros y suaves como los de una mujer. Tenía la cara negra por completo, a excepción de una mancha redonda y blanca en la frente.

¿Quiere usted decirme cómo se llama este caballo? -preguntó un pilluelo en cuyos ojos se traslucía su amor por los caballos.

-Proyectil- contestó el jinete.

-Eso será por la señal blanca, ¿verdad? -preguntó el joven a uno de sus compañeros-. ¡Es extraordinario ! El caballo más grande que he visto en la vida.

Proyectil llevaba una enorme silla de forma mejicana, negra, con adornos de plata. En ella veíase también un lazo y una cantimplora, así como un pequeño fardo hecho con tela impermeable.

El jinete deseaba, al parecer, que su caballo se luciera. Su traje era el ordinario del cowboy poco vanidoso; estaba roto en algunos puntos y sucio por el viaje. Sus botas demostraban haber estado frecuentemente en contacto con los cactos. Como su caballo, aquel hombre era un gigante por su estatura, pero proporcionalmente más esbelto y no tan corpulento. Por lo demás, lo único que se destacaba de él era su rostro sombrío animado por unos ojos escrutadores, y los blancos aladares. Llevaba dos revólveres, ambos suspendidos a poca altura de la cadera, pero éste era un detalle demasiado vulgar para que llamase la atención en la Gran Curva. Sin embargo, un observador más perspicaz habría

Librodot

notado un hecho singular : que la mano derecha de aquel individuo tenía la piel más curtida que la izquierda. Era evidente que nunca llevó guante alguno en la primera.

Desmontó ante una mala cabaña que en su fachada exhibía el rótulo de (Hotel». Por la ancha calle de la población y pasando por delante de sus tiendas, garitos y casas particulares circulaban varios jinetes. Indudablemente, Ord no parecía ser una población emprendedora y con toda evidencia, los norteamericanos se asimilaron gran parte de la indolencia de los mejicanos. El hotel tenía una ancha plataforma ante la puerta, especie de galería y soportal. En ella, y apoyados en la baranda, había varios hombres de diferente edad; muchos de ellos vestían sucios y viejos trajes de coquillo[2] y llevaban unos grandes sombreros, muy bien encasquetados. Algunos usaban botas altas, espuelas y cinturones. Ninguno gastaba chaqueta, pero, en cambio, todos llevaban chaleco. En cuanto a los revólveres, seguramente, si se hubiesen contado, habríase podido observar que su número excedía al de los hombres.

Al parecer, aquellos individuos tenían demasiada pereza para demostrar siquiera curiosidad. No carecían de sentimientos bondadosos, pero no se advertía en ellos el genio franco, ruidoso y leal del cowboy o del ranchero que han ido a pasar el día al pueblo. Nadie entre ellos tenía ocupación alguna y mataban allí el tiempo; en cuanto a su verdadero carácter, no era difícil adivinarlo. Y a los ojos del forastero, que acababa de llegar, todos ellos tenían algo indefinido que no estaba asociado con la laboriosidad.

De pronto, un hombre alto, de lacio y rubio bigote, se separó del grupo.

-Buenos días, forastero -dijo.

Éste se había inclinado para aflojar la cincha de su caballo, pero, enderezándose, saludó con la cabeza. Luego dijo:

-Tengo mucha sed.

Estas palabras hicieron sonreír a todos. Aquel era un saludo característico. Uno tras otro siguieron al desconocido y penetraron en el hotel. El local tenía aspecto de antiguo henil, estaba oscuro y olía mal. En un extremo se veía el mostrador del bar, que era tan alto como una persona de estatura corriente. Y el encargado, hombre de rostro lleno de cicatrices, se ocupaba entonces en servir bebidas.

-¡Pónganse en fila, señores! -dijo el desconocido.

Se amontonaron casi uno sobre otro para llegar al bar, y, al mismo tiempo, se oyeron groseras bromas, blasfemias y carcajadas. Ninguno se fijó en que el forastero no parecía tener tanta sed como dijera. Y, en realidad, aunque realizó la mímica adecuada, el caso fue que no bebió nada en absoluto.

-Me llamo Jim Fletcher-dijo el individuo alto, de bigote rubio y caído. Hablaba lacónicamente, pero en tono que parecía indicar la seguridad de ser conocido. Probablemente aquel nombre tenía un significado especial, pero el forastero pareció no darle importancia.

-Pues yo podría llamarme Templado, pero no es así. ¿Cómo se llama este pueblo?

-Sepa usted, forastero, que esta metrópoli lleva el nombre de Ord. ¿No la conocía?

Al decir aquello se apoyó en el mostrador del bar y sus ojuelos amarillentos, claros como el cristal y tan límpidos como los de un gavilán, se fijaron en el desconocido. Otros individuos se congregaron a su alrededor, formando un círculo de curiosos, dispuestos a

[2] Tela de algodón blanco y fino que se usó para trajes antes de la aparición del dril.

Librodot

mostrarse amigos o enemigos, según el concepto que el recién llegado mereciese al hombre que le interrogaba entonces.

-No puedo negar que Ord me era desconocido. Está un poco lejos del ferrocarril, ¿verdad? Tienen ustedes unos caminos bastante malos.

-Y ¿adónde va usted?

-Lo más lejos que pueda-contestó, riendo, el desconocido.

Su respuesta ejerció un extraño efecto en el círculo de sus oyentes. Algunos de ellos cambiaron sus miradas. Fletcher, por su parte, se acarició el lacio bigote y se quedó pensativo, sin saber qué deducir de su examen.

-Pues bien, Ord es un buen punto de partida. Sin duda habrá oído usted hablar del territorio de la Gran Curva.

-¡Claro! Y precisamente andaba buscándolo -replicó el recién llegado.

Fletcher se dirigió a un hombre que se hallaba en el extremo del grupo y dijo

-¡Ven aquí, Knell!

El individuo abrióse paso a codazos. Era un joven flaco de rostro anguloso, impasible, de astuta expresión; su pálido semblante contrastaba extremadamente con los de aquellos hombres.

-Mira, Knell. Este señor... - Fletcher di' media vuelta hacia el desconocido y añadió -: ¿Cómo se llama usted?

-No quisiera decir cómo me he llamado últimamente.

Esta respuesta originó otra carcajada. El desconocido era hombre de rostro frío, indiferente y audaz. Tal vez sabía, como los demás, que la presentación de Fletcher sólo era un pretexto para seguir hablando, mientras continuaba su examen.

Knell se acercó y, a juzgar por el hecho de que Fletcher

se quedó en segundo término, resultaba evidente que acababa de aparecer en escena un personaje más importante que él.

-¿Tiene usted algo que hacer por aquí? -preguntó secamente.

Al hablar, su impasible rostro ofrecía notable contraste con el tono, la expresión y la crueldad de su voz. Ésta daba a entender una carencia absoluta de humorismo, de cordialidad y de buenos sentimientos.

-No -contestó el forastero.

-¿Conoce usted a alguien por aquí?

-No, no conozco a nadie.

-¿De modo que ha venido sin ningún objeto?

-Eso es.

-Y seguramente se dirige a la región que hay más allá.

Hubo una pausa. El forastero, algo resentido, se irguió con desdén.

-Bueno, teniendo en cuenta que todos ustedes parecen buenos muchachos y, además, poco curiosos, no tengo inconveniente en contestar que sí. En efecto, ando fugitivo - añadió con cierto descaro.

-¿Desde el oeste de Ord... o de El Paso?

-Precisamente.

-¿De veras? -exclamó Knell, y sus palabras vibraron en el silencio que se había hecho en la sala- ¿De modo que procede usted de la parte baja del río? Me parece, amigo, que es usted un embustero.

Al oír estas palabras, el grupo de curiosos se disolvió como por encanto ; sus

Librodot

componentes se apartaron a un lado y a otro, dejando a Knell y al desconocido en el centro.

Los hombres de carácter violento como los que estaban en aquel local nunca se equivocaban al juzgar el valor de un hombre. Knell, después de pronunciadas aquellas palabras, se apercibió para la pelea. En cuanto al desconocido, abandonó en un momento el tono chancero y la expresión risueña. Sus facciones adquirieron la inmovilidad de una estatua, resultando evidente que aquella situación era habitual para él. Sus ojos despedían un raro fulgor, que oscilaba con la misma regularidad con que se mueve la aguja de una brújula.

-No hay duda de que he mentido, y por consiguiente no me ofenden sus palabras. Ando buscando amigos y no enemigos. Creo no equivocarme al asegurar que no es usted un perdonavidas idiota, siempre deseoso de matar a alguien. Pero si me engaño... puede empezar el baile cuando quiera... Y puedo anunciarle que nunca empuño el revólver contra un hombre hasta después de haberle visto sacar el suyo.

Knell miró fríamente a su antagonista y su extraño rostro no cambió lo más mínimo. Sin embargo, a juzgar por su mirada, comprendíase que acababa de oír unas palabras muy distintas de las que esperaba. Y al verse invitado a iniciar una pelea o a desistir de ella, Knell se mostró magnánimo del modo característico de los verdaderos pistoleros.

-En vista de eso, queda terminada la cuestión-dijo.

Y volviéndose al bar pidió una copa de licor.

Disminuyó la tensión general y todo el mundo empezó a hablar. Parecía terminado ya el incidente. Jim Fletcher se situó al lado del desconocido y el respeto y la cordialidad templaban ya su natural aspereza.

-Bueno, puesto que no conocemos su nombre, le llamaremos Juan -dijo.

-Es un nombre como otro cualquiera. Señores, pónganse nuevamente en fila, y, si no quieren ser amigos míos, les recomiendo que tengan cuidado.

Éste fue el debut de Buck Duane en el pueblo de Ord, en donde abundaban los forajidos.

Hacía ya tres meses que Duane salió de la región del Nueces. En El Paso compró el mejor caballo que pudo hallar y, una vez armado y equipado según sus conveniencias, emprendió el viaje por desconocidos caminos. 'Sin darse prisa, fue de una población a otra, recorriendo los pueblos y los ranchos, acomodando sus palabras y la ocupación que fingía a la impresión que deseaba causar en las distintas personas a quienes encontraba. Así, sucesivamente, se presentó como cowboy, ranchero, criador o comprador de ganado, especulador o negociante de terrenos, y mucho antes de llegar a la salvaje e inhospitalaria población de Ord representó el papel de un forajido que se dirige a un nuevo territorio. Y viajó sin prisa, porque deseaba averiguar el modo de ser de aquella región, la situación de los pueblos y de los ranchos, el trabajo, las costumbres, las murmuraciones, los placeres y los temores de las personas con las que se ponía en contacto. Jamás mencionaba el asunto que más le importaba, es decir, la vida que llevaban allí los forajidos; pero hablando de cosas relacionadas con ella y tratando de ranchos y de ganado en general, adquirió los conocimientos que deseaba para poder llevar a. cabo su objeto. En su misión, el tiempo no tenía ninguna importancia; de ser necesario, emplearía años enteros en llevarla a cabo. La estupenda y peligrosa naturaleza de la empresa emprendida quedaba suficientemente demostrada en la lentitud y la prudencia de sus preparativos. Al oír el nombre de Fletcher y al ver a Knell comprendió que había llegado al lugar que buscaba. Ord era una aldea de

Librodot

dudosa honorabilidad que se hallaba en el límite de las tierras de pasto, y de allí indudablemente partían los tortuosos senderos que conducían a aquel paraíso de los forajidos, libre, que jamás había sido molestado, es decir, la Gran Curva.

Duane trató de hacerse agradable, aunque no demasiado, a Fletcher y a otros varios dispuestos a hablar, a comer y a beber; y después de asegurar el cuidado de su caballo se alejó cuatro millas de la población para esconderse en una espesura que había observado ya, donde se dispuso a pasar la noche. Este sistema tenía una doble ventaja : estaría mucho más seguro y, por otra parte, tal costumbre sería bien conceptuada por los forajidos, que sentirían cierta inclinación al ver en el al fugitivo que lleva vida de lobo solitario.

Hacía ya mucho tiempo que Duane sostuviera una lucha consigo mismo, logrando una victoria muy difícil. Su vida externa, la acción, era casi la misma de siempre; en cambio, la vida interior había sufrido una transformación tremenda. jamás podría ser feliz ni alejar de sí por completo aquellos fantasmas que en otro tiempo fueron su desesperación y su locura; pero se había encargado de una empresa imposible para cualquier hombre que no fue se como el; comprendió que el significado de aquella empresa crecía de un modo raro y maravilloso, y a través de ello florecía el apasionado deseo de dedicar la vida entera a su peligrosa misión, pues así podría borrar su horrible pasado. Las esposas no amenazaban ya sus muñecas ni la puerta de hierro de la cárcel le atormentaba en sus sueños. jamás llegaba a olvidar que estaba libre.

Y, por muy extraño que parezca, con aquel sentimiento de nueva vida y de libre virilidad experimentaba el impetuoso deseo de lograr la condenación de los facinerosos más notables. Jamás los llamaba proscritos, sino ladrones, bandidos, asesinos y criminales. Sentía contra ellos una cólera apasionada y muchas veces temía que su nuevo celo y el orgullo de dedicarse al servicio de la guardia rural no fuese más que el antiguo instinto de matar, que volvía a levantar de un modo distinto su cabeza de hidra. Mas no podía estar seguro de ello y por el momento se limitaba a tener aquella idea sin poder hacer otra cosa que esperar.

Otro efecto del cambio sufrido por Duane era el haber recobrado de un modo gradual su antiguo amor por la Naturaleza, que permaneció dormido durante su época de proscrito.

Durante muchos años había considerado al caballo como una especie de máquina que facilitaba su transporte, llevándole de un lado a otro, al que se podía castigar y espolear sin duelo para ponerse a salvo de sus perseguidores ; en cambio, ahora, aquel gigantesco caballo negro, de espléndida estampa, era para él un compañero, un amigo, un hermano, un ser amado al que guardaba celosamente y al que alimentaba y enseñaba, montándolo, seguro de su gran velocidad y resistencia.

Durante años enteros, los días, desde el amanecer hasta el crepúsculo, fueron para él un espacio de tiempo inexistente, bueno sólo para dormir o descansar en alguna cueva rocosa, entre la espesura de los saucedales o en alguna abandonada cabaña. Entonces odiaba el día porque aumentaba el peligro de ser descubierto y le obligaba, como fugitivo que era, a ocultarse; ahora, en cambio, la aurora era una gloriosa promesa de un nuevo día durante el cual podría viajar a caballo, hacer planes y recordar. Y el sol, el viento, las nubes, la lluvia y el mismo cielo eran cosas nuevas y alegres que le hablaban de su libertad.

En otros tiempos consideraba la noche como un espacio negro gracias al cual podría

ir de un lado a otro .siguiendo los interminables senderos sin ser visto y escudriñando con felina mirada las tinieblas que le envolvían, en busca de la sombra que parecía perseguirle siempre; ahora, la disminución de la luz y hasta la semioscuridad o las sombras de las gargantas y de los cañones, y la misma noche con su cortejo de estrellas, le proporcionaban un tranquilo recuerdo de los sucesos del día, o de las posibilidades del mañana, y a veces, tras una triste y breve procesión de los viejos fantasmas, lograba conciliar el sueño. Por espacio de muchos años consideró los cañones, los valles y las montañas como retiros quizá lo bastante oscuros y salvajes para ocultar a un proscrito, pero ahora veía estos accidentes del gran desierto como el muchacho que anda buscando entre ellos la aventura, gozando libremente de la vida.

Aquella noche, en la parte occidental del cielo, pareció durar más que de costumbre el resplandor dorado y rojizo del sol, oculto ya, y en el ambiente luminoso y claro pudo ver perfilada la alta cima del monte Ord, magnífica y hostil, siniestra y atractiva a la vez. No era de extrañar que Duane contemplase fascinado aquel pico. En algún lugar profundo de sus abruptas vertientes, o perdido en algún salvaje cañón, se ocultaba la secreta fortaleza del poderoso forajido Cheseldine. Durante el largo viaje que hizo desde El Paso, Duane oyó hablar de aquel bandido, de su banda, de sus terribles delitos, de su astucia, de los raids que emprendía, muy separados unos de otros, y de sus apariciones imprevistas en distintos lugares, cual si fuese un fantasma. Pero nunca, en cambio, oyó pronunciar una sola palabra que indicase el lugar donde se hallaba su retiro ni cuál era el aspecto de aquel hombre.

A la mañana siguiente, Duane no regresó a Ord. Emprendió el camino hacia el Norte, descendiendo por un abrupto camino que, al parecer, se utilizaba para el transporte de ganado. Había llegado a aquella región desde el Oeste. Y al seguir hacia el Norte vióse en una comarca desconocida por completo. Sin embargo, la observó con tanta atención, que en lo venidero estaría ya enterado de todo lo que pudiera favorecerle, suponiendo que volviese a pasar por allí.

Aquella escarpada y fragosa pendiente, que descendía de las colinas, llegaba gradualmente a la llanura, que era un magnífico lugar de pasto; pero, hasta el mediodía,

Duane no pudo ver un solo rebaño ni un rancho. Más o menos cuando el sol estaba en el punto más alto de su carrera descubrió el humo del ferrocarril, y después de dos horas de camino penetró en una población llamada Bradford, según le dijeron. Era la más importante que había visitado después de Marfa y calculo que tendría unos mil o mil quinientos habitantes, sin incluir a los mejicanos. Comprendió que aquel sería un buen sitio para detenerse algún tiempo, pues era el pueblo más cercano de Ord, que estaba a cuarenta millas de distancia. Por eso ato el caballo frente a un establecimiento y, con la mayor tranquilidad, empezó a inspeccionar la ciudad.

Pero solo al oscurecer pudo Duane confirmar sus sospechas con respecto a Bradford. La población empezaba a vivir después del anochecer y vio una larga fila de tabernas, garitos y salas de baile en extremo concurridos. Visito aquellos establecimientos y le sorprendió ver que reinaba un libertinaje y un vicio que solo podían compararse con el antiguo campamento de Bland en sus mejores días. Para él fue evidente que cuanto más se alejara hacia el Oeste, a lo largo del río, menos frecuentes serían ya las poblaciones habitadas por personas decentes y más abundarían las comunidades viciosas y la gente dada al desenfreno de las costumbres. Duane regreso a su alojamiento, convencido de que la empresa de Mac Nelly de limpiar la región de la Gran Curva era realmente estupenda.

Sin embargo, se dijo que un grupo de guardias rurales intrépidos y hábiles tiradores podrían sanear en muy poco rato aquella población, librándola de sus habitantes indeseables.

Aquella noche el posadero tenía otro huésped, un tejano que llevaba una levita negra y sombrero de anchas alas, que a Duane le recordó su propio abuelo. Aquel individuo tenía unos ojos muy penetrantes, maneras corteses y una evidente inclinación a gozar de la compañía de otras personas y a ingerir grandes cantidades de licor y de menta. Aquel caballero se presento con el nombre de coronel Webb, de Marfa, y, al parecer, creyó muy natural que Duane no le diese ninguna noticia de sí mismo.

-Eso, para mí, no tiene ninguna importancia, caballero-dijo con acento amable agitando al mismo tiempo la mano-. He viajado mucho. Texas es un país libre y esta frontera resulta mucho más saludable y cordial para el hombre que no tiene curiosidad alguna con respecto a su compañero. Por ejemplo, si usted fuese Cheseldine, de la Gran Curva, o el juez Little, de El Paso, a mi me

importaría poco. De igual modo me gustaría beber en su compañía, como lo hago ahora.

Duane le dio las gracias, observando su propia reserva de dignidad, que no habría sentido ni podido fingir tres meses antes. Además, como siempre, seguía siendo un buen oyente. Entre otras cosas, el coronel Webb le dijo que había llegado a la Gran Curva con objeto de poner orden en los asuntos de un hermano muerto que fue ranchero y sheriff de Fairdale.

-Pero el caso es que allí no había nada relacionado con mi hermano, ningún rancho, ni siquiera su tumba - añadió el coronel Webb -. Y le aseguro, caballero, que si el infierno se parece a Fairdale, no quisiera ir allí a expiar mis pecados.

-Fairdale... Creo que los sheriffs tienen allí mucho

que hacer - replicó Duane, esforzándose en no parecer curioso.

El coronel profirió una imprecación.

-Mi hermano fue el único sheriff honrado que ha habido en Fairdale. Es maravilloso lo que duró. Pero era valiente, sabía empuñar un revolver y, además, no tenía necesidad de ocultar sus actos. También fue lo bastante inteligente para no meterse con nadie, a excepción de los que cometían algún crimen en su propia población y en la vecindad. Por otra parte, dejo en paz a los proscritos, v esta es la razón que explica que viviese tanto allí... Esta frontera, caballero, necesita seis compañías de guardas rurales de Texas.

Duane se dio cuenta de que el coronel le examinaba detenidamente.

-,,Conoce usted algo acerca del Servicio?-preguntó.

-Antes sí. Hace diez años, cuando vivía en San Antonio, estaba bastante enterado de esas cosas. Se que cons- tituyen un magnífico Cuerpo y que son la salvación de Texas.

-Pues parece que el gobernador Stone no comparte esa opinión - dijo Duane.

Al oír aquellas palabras, el coronel Webb dio rienda suelta a su indignación. Sin duda, el gobernador no merecía, a juicio suyo, ser el jefe ejecutivo del gran Estado. Hablo de política y del enorme territorio situado al oeste del Pecos, que jamás recibiría beneficio alguno de Austin. Hablo lo bastante para que Duane comprendiese que era uno de aquellos ciudadanos honrados, inteligentes y bien informados que deseaba encontrar. Por lo cual se esforzó en hacerse simpático e interesante; además, comprendió que allí tenía oportunidad de lograr una relación agradable y hasta quizás un amigo.

-Soy forastero en esta región - dijo por fin Duane -. ¿Cuál es la situación que crean

Librodot

los forajidos de que usted habla?

-Es tan mala, caballero, que resulta increíble. No se trata ya del robo de algunas cabezas de ganado, como antes; ahora se atreven a arrebatar rebaños enteros y en esos asuntos algunos rancheros que gozan fama de honrados son tan culpables como los forajidos. Ya sabe usted que en esta frontera los ladrones de ganado eran gente capaz de robar una o más cabezas, pero el transporte de los rebaños numerosos es precisamente lo más difícil. Sin embargo, la banda que opera entre este lugar y Valentine no tropieza, al parecer, con ningún inconveniente. Nadie sabe adónde va a parar el ganado desaparecido. Pero no soy el único en suponer que lo compran varios importantes ganaderos y lo envían a San Antonio, Austin, Nueva Orleáns y a El Paso. Si viaja usted por el camino ganadero que corre entre esta población, Marfa y Valentine, verá numerosos animales muertos a lo largo de él y algunas reses extraviadas a poca distancia. Como conducen los rebaños a toda prisa y a gran distancia, poco les importan las cabezas que se puedan perder.

-De modo que se trata de un negocio al por mayor, ¿no? - observó Duane -. ¿Y quiénes son esos compradores?

El coronel Webb pareció sobresaltarse algo al oír aquella inesperada pregunta. Dirigió a Duane una penetrante mirada y, muy pensativo, se acarició su puntiaguda barba.

-Desde luego no voy a pronunciar ningún nombre, porque una cosa es tener una opinión y otra muy distinta acusar. Además, ya comprenderá usted que esta región resulta muy malsana para el que habla demasiado.

Pero cuando se trató de los forajidos, el coronel Webb pareció dispuesto a hablar con mayor libertad. Duane no pudo averiguar si el coronel tenía la manía de tratar de aquel asunto, o bien si los forajidos serían tan notables por sus personas y por sus actos, que todo el mundo estaba enterado de ello.

El nombre más importante, a lo largo del río, era ,Cheseldine, pero parecía estar desligado de un determinado individuo. Ninguna persona veraz conocida del -coronel Webb había visto a Cheseldine, y los que aseguraban haber tenido tan dudoso honor hacían de él una descripción tan distinta unos de otros, que confundían la ,realidad y rodeaban al jefe de los bandidos de mayor -misterio aún. Pero lo más extraño que pudiera decirse de un jefe de bandidos era que, como nadie podía identificarlo, tampoco era posible probar que hubiese matado a un solo hombre. En la Gran Curva corría la sangre ,como el agua y, desde luego, era Cheseldine quien la :derramaba. Pero se daba el caso raro de que no existiese 'ningún testigo presencial que pudiese relacionar a Cheseldine con aquellos actos de violencia. En cambio, y como contraste de aquel misterio, se conocía a las personas, los caracteres y los crueles hechos de Poggin y Knell, lugartenientes de Cheseldine. Eran tipos conocidísimos en todas las poblaciones situadas en un radio de doscientas millas, desde Bradford. Knell tenía una historia horrible; pero, como pistolero y autor de un número increíble de ,víctimas, Poggin le aventajaba con mecho. Y si Poggin tenía algún amigo, nadie había oído hablar de él. Se contaban infinidad de historias de su valor, de su maravillosa rapidez en empuñar el revólver, de su pasión por el juego, de su amor por un caballo y de su crueldad fría, implacable e inhumana para destruir a todo hombre que ;se cruzara en su camino.

-Cheseldine es un hombre terrible - dijo el coronel -Webb -. Algunas veces me pregunto si no será solamente un nombre. En tal caso, ¿quién será el cerebro director de esa banda? No; debe existir un hombre habilísimo que dirige a esa gente; un individuo capaz de manejar a unos hombres tan terribles como Poggin y Knell. Y entre todos los

millares de forajidos que ha habido en el oeste de Texas durante los últimos veinte años, esos tres son los más temibles. En la parte sur de Texas, entre el Pecos y el Nueces, ha habido, y hay todavía, muchos hombres malos; pero dudo que algún forajido de esos, a excepción, tal vez, de Buck Duane, haya podido igualar a ese Poggin. ¿Ha oído usted hablar de .ese Duane?

-Sí, algo-contestó tranquilamente Duane -. Yo he nacido en la parte sur de Texas. ¿De modo que también se conoce aquí a Buck Duane?

-Donde no le conocerán? - replico el coronel Webb -. He seguido con interés su historia, del mismo modo que la de los demás. Como Duane es un proscrito solitario, resulta también algo misterioso, pero no como Cheseldine. Aquí han llegado muchas historias sobre Duane y algunas de ellas son realmente horribles; pero, a pesar de ellas, ese bandido de la región del Nueces resulta un tipo romántico. Creo que mato a tres grandes jefes de forajidos a Bland, a Hardin y a otro que no recuerdo. A Hardin se le conocía mucho en la Gran Curva y tenía amigos por aquí. Bland, en cambio, gozaba de mucha fama en Del Río.

-De modo que resulta que ese Duane goza de una reputación extraordinaria al oeste del Pecos - observó Duane.

-Se le considera más bien un enemigo de la gente de su propia calaña que de las personas decentes. Tengo entendido que tiene muchos amigos, que le apoyan varios condados, desde luego en secreto, porque está perseguido y se han ofrecido recompensas por su cabeza. En este país ha alcanzado fama debido a su habilidad como tirador y por la enemistad que ha demostrado a los jefes de los forajidos. Muchas veces he oído decir a un ranchero : « ¡Ojalá viniese por aquí Buck Duane ! Daría cien pesos por presenciar un encuentro entre él y Poggin.» Son realmente notables los celos que se tienen entre sí estos . grandes forajidos.

-Sí, son gente singular - replico Duane -. ¿Sabe usted si la banda de Cheseldine ha estado muy atareada recientemente?

-No, esta comarca no ha sufrido robos de ganado durante varios meses, aunque se observan inexplicables movimientos de los rebaños. Es posible que todo el ganado que se embarca ahora haya sido robado con anterioridad. Cheseldine opera en una región muy extensa, por lo cual las noticias tardan varias semanas en ir de un lado a otro. A veces pasa algún tiempo sin que se oiga hablar de él, pero estas calmas presagian una gran tempestad. Por otra parte, a medida que disminuyen en número y aumentan en distancia, los negocios de Cheseldine se hacen mayores y más atrevidos. Hay personas que se figuran que Cheseldine no tiene nada que ver con los robos de Bancos y los atracos a los trenes cometidos durante los últimos ;años en este país, pero esto es razonar muy mal. Tales golpes se han dado con mucha habilidad, tomando toda clase de precauciones para no ser descubiertos, a fin de que se atribuyan a los mejicanos o a los forajidos de última categoría.

-¿Y cuál es su opinión sobre este asunto? ¿Como acabará todo esto? ¿Cree usted en la posibilidad de que se llegue a expulsar a los forajidos? -pregunto Duane.

-Nunca. Siempre los habrá a lo largo del Río Grande. Todos los ejércitos del mundo entero serían incapaces de registrar las selvas que se extienden a lo largo de esas mil quinientas millas del río. Sin embargo, el reinado de los forajidos, que ahora detentan esos grandes jefes, terminará antes o después. El elemento criminal se dirige hacia el Sudoeste, pero no en tanto número ni tan aprisa como los agricultores y ganaderos.

Además, los forajidos se matan entre sí, y lentamente aumenta la cólera de los rancheros, aunque todavía no se decidan a emprender ninguna acción; pero eso llegará pronto. ¡Si tuviesen solamente un jefe para iniciar la lucha! Ahora se habla de los vigilantes, como se organizaron en California y existen en Idaho. Pero de momento eso no es más que charla inútil. Ya vendrán otros tiempos. Seguramente están ya contados los días de Cheseldine y de Poggin.

Aquella noche Duane se acostó muy pensativo. La larga pista empezaba a ser fácil de seguir. Aquel coronel hablador le había sugerido nuevas ideas. Duane vio con gran sorpresa que gozaba de notable, fama a lo largo del Río Grande superior. Seguramente no podría seguir ocultando su identidad y no dudaba que pronto conocería a los jefes de aquella atrevida e inteligente banda de ladrones de ganado. De momento ignoraba si sería más conveniente y seguro darse a conocer o no. En este último caso, la única probabilidad adversa dependía de la fatalidad relacionada con su nombre y de sus a veces incontenibles impulsos que podían descubrirle. Duane nunca pudo soñar que en su naturaleza hubiese instintos de sabueso, pero ahora empezaba a descubrirlos. Preferentemente pensaba en Poggin, en aquel hombre brutal v cruel, ejecutor de la voluntad de Cheseldine, y lo hacía con rencor por su habilidad en el manejo del revolver. Aquello, por sí mismo, era un aviso para Duane. Se daba cuenta de que en su interior actuaban unas fuerzas terribles. Estaba resuelto en absoluto a justificar el reto hecho por Mac Nelly al gobernador del Estado, es decir, a destruir la banda de Cheseldine. Sin embargo, este no era el objeto principal de Duane, porque sentía el instinto mortífero, que deseaba contener por miedo de verse arrastrado a matar a Poggin, ni en beneficio del Estado ni en cumplimiento de la palabra dada a Mac Nelly, sino obedeciendo a sus propios deseos. ¿Acaso la sangre heredada de su padre y los duros momentos pasados hasta entonces habían convertido a Duane en el hombre que,. instintivamente, deseaba enfrentarse con Poggin? Pero había prestado juramento de fidelidad al servicio de Mac Nelly y lucho con energía a fin de no recordar ni tener en cuenta ninguna otra cosa. Duane averiguo que Fairdale estaba situado a dos jornadas de Bradford, en dirección norte. Y que había, además, una diligencia que realizaba aquel viaje dos veces por semana.

A la mañana siguiente, Duane monto a caballo y tomó el camino de Fairdale. Viajo sin prisa, porque deseaba enterarse de cuanto pudiera respecto a aquella comarca. Había muy pocos ranchos. Cuanto más avanzaba, mejores pastos encontraba y lo más raro era que disminuía el número de los rebaños.

A la puesta del sol descubrió un grupo de casas de ladrillo, que se hallaban a mitad de camino entre Bradford y Fairdale. Duane estaba informado de que allí había una cómoda posada.

Al echar pie a tierra ante ella, el dueño y su familia, así como cierto número de clientes, le acogieron con la mayor frialdad.

-Se ha adelantado usted a la diligencia-dijo uno. -Pronto llegará - dijo otro -. Joel estará aquí esta misma noche.

En el camino, a cierta distancia, Duane vio una nube de polvo, unos caballos y un gran vehículo. En cuanto hubo atendido a su caballo fue a reunirse con el grupo que estaba a la puerta de la posada. Aquellos individuos esperaban la llegada de la diligencia con el interés propio de las personas que viven aisladas. No tardo en aparecer un enorme coche sucio de barro y de polvo, cargado de equipajes en la parte superior y en la

posterior. Bajaron de el algunos pasajeros, tres de los cuales excitaron el interés de Duane : un hombre alto, moreno, de aspecto notable y unas señoras que llevaban largas capas grises y la cabeza cubierta con unos velos. Duane oyó que el propietario de la posada daba a aquel hombre el título de coronel Longstreth, y cuando el grupo entro en la casa, el finísimo oído de Duane sorprendió algunas palabras que le demostraron que Longstreth era el alcalde de Fairdale.

Duane entro a su vez, averiguando que la cena estaría preparada muy en breve. Al sentarse a la mesa se vio ante las personas que le habían llamado la atención.

-Te aseguro, Ruth, que envidio a los afortunados cowboys - decía Longstreth.

Ruth era una joven de cabello rizado y ojos color de avellana.

-Tengo un deseo extraordinario de montar potros - replico la joven.

Duane se entero de que esta había venido a conocer el oeste de Texas. Pero la voz profunda de su compañera obligo a Duane a examinarla con mayor atención. Era muy esbelta, pero por su desarrollo Duane creyó que tendría veinte años o quizá más. Sus manos eran bellísimas, de forma exquisita. Aunque el coronel era su padre, no tenía ningún parecido con el. Parecía fatigada y hasta melancólica. El ovalo de su rostro era perfecto; su cutis, muy fino y trigueño, y los ojos, grandes y separados, eran negrísimos y hermosos; la nariz, recta y fina, tenía unas aletas tan vibrátiles, que Duane pensó involuntariamente en un caballo de pura raza; la boca no era pequeña, pero, en cambio, tenía un dibujo perfecto; el cabello se parecía al ébano. Todo el conjunto de sus facciones embeleso a Duane. Éste la creyó descendiente de alguna de las antiguas familias francesas que se establecieron en las comarcas orientales de Texas, y estuvo seguro de ello en cuanto la joven levanto los ojos hacia el, atraída por su mirada algo insistente. En aquellos ojos había orgullo, pasión y fuego, y Duane se ruborizo, confuso en extremo. Tal vez no se porto con la debida delicadeza al mirarla con tanta insistencia, pero lo hizo de un modo inconsciente. Habían pasado muchos años desde la última vez que viera a una muchacha así. Y a partir de aquel momento no aparto los ojos del plato; no obstante, pudo darse cuenta de que había despertado el interés de las dos jóvenes.

Después de cenar, los huéspedes se reunieron en una sala de vastas proporciones, donde había una chimenea en la que ardían unas ramas de mezquites que calentaban la estancia y, al mismo tiempo, la iluminaban alegremente. Duane tomo asiento ante una mesa que había en un rincón y, habiendo encontrado un periódico, empezó a leer. Al cabo de un rato levanto los ojos y vio a dos individuos morenos que le eran desconocidos. Estaban observando la sala desde el marco de una puerta, pero al darse cuenta de que Duane los había visto, se apresuraron a desaparecer.

Duane pensó que aquellos tipos obraban de un modo muy sospechoso. En Texas, hacia el año setenta y tantos, fue siempre una mala política dejar que se alejasen unos desconocidos sin tratar de averiguar quienes eran. Duane reflexiono un momento y luego salió para vigilar a aquellos individuos. La puerta daba a un patio y en el lado opuesto había un pequeño bar, bastante sucio y mal alumbrado. Allí encontró al posadero sirviendo unas bebidas a los dos desconocidos. Éstos levantaron la mirada al verle entrar y uno de ellos murmuro algunas palabras. Duane imagino haber visto en otra ocasión a uno de ellos. En Texas, en donde los hombres que vivían al aire libre estaban tan bronceados, curtidos y endurecidos por la intemperie, no era fácil descubrir, por su aspecto, a los malhechores. Pero los muchos años que Duane paso en la frontera habían aumentado el instinto natural y el don de leer en los caracteres o, por lo menos, de

adivinar a los hombres de instintos criminales, y en el acto comprendió que aquellos hombres no eran gente honrada.

-¿Quiere tomar algo? - le invito uno de ellos mirándole de reojo.

Luego los dos, sin tanto disimulo, examinaron a Duane de pies a cabeza.

-No, muchas gracias, no bebo-replico Duane, examinándoles a su vez con la mayor atención-. ¿Se dan buenos golpes en la Gran Curva?-pregunto de pronto.

Al oírle se quedaron atónitos. Duane pudo reconocer en ellos al tipo de rufián que con gran frecuencia se encontraba a lo largo del río. Aquellos forasteros tenían el aspecto de tales y su sorpresa acabo de convencerle de que no se había equivocado. También el posadero dio muestras de intranquilidad y secundo la sorpresa de sus clientes. Pero ya no se hablo más del asunto y los sospechosos sujetos salieron apresuradamente.

- ¡Oiga, amigo! ¿Conoce usted a esos hombres? -preguntó Duane al posadero.

-No.

-¿De donde vinieron?

-Me parece recordar que cada uno de ellos llego por camino distinto -replico apoyando las manos en el mostrador y mirando a Duane -. Llegaron a mediodía de Bradford, según dijeron, para tomar la diligencia.

Cuando Duane regreso a la sala vio que tanto el coronel Longstreth como otros viajeros no estaban en ella. La señorita Ruth se había sentado en la silla que el dejara libre, y al otro lado de la mesita se hallaba la señorita Longstreth. Duane se encamino hacia ellas en linea recta.

-Dispénsenme -les dijo-, pero deseo comunicarles que en la posada hay un par de individuos de mala catadura. Acabo de verlos. Con seguridad abrigan malas intenciones. Recomienden ustedes a su padre que tenga mucho cuidado. Cierren bien las puertas de sus habitaciones y hasta atranquen las ventanas antes de acostarse.

-¡Oh! - exclamo Ruth en voz baja -. ¿Has oído eso, Ray?

-Muchas gracias, tendremos cuidado -contesto la señorita Longstreth con la mayor afabilidad. Sus mejillas habían perdido su tono sonrosado-. Ya vi a esos hombres mientras le vigilaban a usted desde la puerta y noté que tenían unos ojos negros y muy brillantes. ¿Cree usted que puede haber peligro?

-Me parece que sí-contesto Duane.

En aquel momento oyó unos pasos suaves y cautelosos a su espalda, y antes de que pudiera volverse, una voz ruda y autoritaria exclamo

-¡Manos arriba!

Nadie habría obedecido aquel mandato con mayor rapidez que Duane. Sus manos salieron disparadas hacia el techo. La señorita Ruth profirió un leve grito de miedo y se dejo caer en la silla. La señorita Longstreth palideció y quedóse con los ojos muy abiertos, contemplando ambas a un individuo que se hallaba a espaldas de Duane.

-¡Vuélvase de espaldas! -ordeno la ruda voz.

El desconocido más corpulento y moreno, que llevaba barba y hablo en voz baja con su camarada en el bar, invitando luego a Duane a beber con ellos, le apuntaba entonces con su revolver. Dio un paso hacia delante, con los ojos centelleantes, le dio un empujón con el cañón de su arma y con la otra mano le registro el bolsillo interior, arrebatándole un puñado de billetes. Luego bajó la mano hasta la pistolera de Duane y le quito el revolver. Hecho esto, golpeo la cadera del lado izquierdo, sin duda en busca de otra arma oculta, y retrocedió mostrando cruel satisfacción, de modo que Duane pudo creer que

solo se trataba de un ladrón vulgar, novicio en aquellas faenas.

Su camarada se hallaba en la puerta, apuntando con el revolver a otros hombres que estaban mudos e inmóviles.

-¡Bueno, vámonos, Bill! -dijo aquel individuo mientras dirigía una rápida mirada hacia atrás.

En el exterior se oyó piafar a unos caballos. Sin duda, los ladrones se disponían a alejarse a lomos de sus monturas. El llamado Bill atravesó la estancia, y con apresuramiento brutal empezó a golpear a los otros dos individuos con el cañón del arma para registrarlos. Mientras tanto, el ladrón que estaba en la puerta exclamo

- ¡Aprisa!

Y desapareció.

Duane se pregunto donde estarían el posadero, el coronel Longstreth y los otros dos huéspedes. El ladrón barbudo termino rápidamente . su registro y, a juzgar por sus gruñidos, Duane comprendió que no había hallado gran cosa. Luego volvió a dar media vuelta, en tanto que Duane no había movido un solo músculo y, con los brazos en alto, todavía estaba perfectamente tranquilo. El ladrón volvió sus enrojecidos ojos hacia las dos jóvenes. La señorita Longstreth no había perdido el ánimo, pero en cambio la más joven parecía estar a punto de desmayarse.

-¡Silencio! -exclamo el bandido en tono bajo y violento.

Con el revolver amenazo a Ruth, y esto demostró a Duane que aquel individuo no era más que un vulgar y despreciable ladrón. El peligro siempre dejo a Duane frío, sereno, dueño de sí; pero en aquellos momentos sentía algo extraño en su interior. En un bolsillo guardaba un revolver pequeño, que el ladrón no acertó a encontrar, y eso le permitió hacer cálculos con respecto a las probabilidades que se le ofrecían.

-¡A ver, todo el dinero, las joyas y los brillantes! -ordeno ferozmente el rufián.

La señorita Ruth se desmayó. Luego él se dirigió a la señorita Longstreth, quien se había llevado las manos al pecho. Sin duda, el ladrón se imagino que ocultaba allí algunos objetos de valor. Pero Duane se figuro que la joven se había limitado a llevar instintivamente las manos a su palpitante corazón.

-¡Bueno, saque usted todo eso! - dijo el bandido extendiendo la mano.

-¡No se atreva a tocarme! -grito la joven con los ojos llameantes, aunque sin moverse lo más mínimo, dando muestras de su valor.

Duane sintió una extraña emoción. Le costaba mucho dominar su impaciencia. La señorita Ruth se había desmayado y eso era una circunstancia afortunada. En cambio, la señorita Longstreth parecía dispuesta a luchar, lo cual le favorecía también, a pesar de que podía resultar peligroso para ella. La joven eludió dos acometidas del individuo, pero por fin la ruda mano del bandido la cogió por la cintura y de un tirón le desgarro la blusa, dejando al descubierto su bellísimo hombro, blanco como la nieve.

La joven lanzo un grito. El miedo de ser robada o de morir no la había horrorizado tanto como el destrozo brutal de la mitad de su traje.

El rufián solo estaba parcialmente vuelto de espaldas a Duane. Éste no habría podido esperar más tratándose de él mismo, pero se contuvo al pensar en la joven, porque el revolver del bandido la apuntaba todavía de un modo peligroso. De pronto un furioso grito le obligo a volver la cabeza. El coronel Longstreth estaba en la puerta. dominado por una cólera tremenda. No llevaba ninguna arma y resultaba rarísimo que no tuviese miedo. Y nuevamente volvió a gritar algunas palabras.

Librodot

Los rápidos ojos de Duane observaron el repentino movimiento del ladrón, que se sobresalto. Parecía estar aterrado. Duane temió que disparara contra Longstreth; pero, en vez de eso, aflojo la mano que sujetaba aún la tela del desgarrado traje de la pobre muchacha, y la otra que empujaba el arma, con el gatillo levantado, descendió lentamente hasta apuntar al suelo. Aquella era la oportunidad que había esperado Duane.

Rápido como el rayo, saco el revolver y disparó. Salió la bala y, en aquel instante, no pudo darse cuenta de si el proyectil fue a dar en la cara del ladrón o se perdió en el techo. Luego, el rufián disparo sin hacer daño a nadie, y el mismo cayo al suelo con la cabeza ensangrentada. Duane comprendió que le había herido, pero era evidente que la pequeña bala se desvió.

La señorita Longstreth se tambaleo y hubiera caído si Duane no hubiese acudido a sostenerla. Pocos pasos la separaban de un diván y allí la deposito. Luego salió de la sala y atravesó el patio y el bar, en dirección al corral, con la mayor cautela. En la oscuridad descubrió un caballo ensillado que, probablemente, pertenecía al individuo que acababa de herir. Su amigo había escapado. Volvió, pues, a la sala, donde reinaba una extraordinaria confusión.

Acudió presuroso el posadero, empuñando una horquilla. Los sucesos le sorprendieron en el henil. Gritaba, ansioso de averiguar lo ocurrido. El cochero de la diligencia se esforzaba en serenar a los individuos que habían sido robados. Una mujer, esposa de uno de ellos, al entrar en la sala sufrió un ataque de histerismo. Las jóvenes estaban pálidas e inmóviles. El ladrón yacía en el mismo lugar en que cayera, lo cual demostró a Duane que, en definitiva, el tiro fue bueno. Pero lo que más le llamo la atención fue la cólera y la rabia de Longstreth. Nunca había visto nada semejante. Como un león enjaulado, el coronel iba de un lado a otro sin dejar de rugir. Y, aprovechando una pausa, el posadero exclamo en tono de protesta.

-Por que está usted tan furioso? Afortunadamente, no han herido a nadie y, por otra parte, ¡le juro por Dios que no tengo nada que ver con esos individuos! -¡Casi me siento inclinado a matarle! – replicó Longstreth, con tan poderosa voz, que asombro a Duane. Al examinar al ladrón, Duane vio que la bala le había

rozado la sien, arrancándole una larga tira de piel al desviarse. No estaba herido de gravedad y, al parecer, empezaba a recobrar el sentido.

-¡Sacadlo de aquí! -ordeno Longstreth. Luego se volvió a su hija.

Antes de que el posadero llegase junto al ladrón, Duane recupero el dinero y el revolver que le había quitado y además los efectos que robo a los demás huéspedes. Joel ayudo al posadero a sacar al herido.

La señorita Longstreth estaba sentada en el diván, muy pálida pero serena, y a su lado se hallaba tendida la señorita Ruth. Sin duda, el coronel la había llevado allí. Duane pudo ver que estaba inmóvil, destacándose los ojos, de expresión sombría, del pálido rostro, húmedo de lágrimas. El coronel pareció recordar entonces a las dos jóvenes e hizo un esfuerzo para mostrarse afable y cariñoso con ellas. Acariciando a la señorita Ruth, quito importancia a la aventura y le dijo que debería acostumbrarse a mostrar mayor valor en aquella región, en donde tales cosas ocurrían con más frecuencia de lo que sería de desear.

-¿,Puedo serles de alguna utilidad? - preguntó Duane solícitamente.

-Muchas gracias. Puede hacer el favor de quedarse con estas muchachas mientras yo salgo a ver que puede hacerse por ese bandido que tan dura tiene la cabeza - contesto.

Y después de tranquilizar a las muchachas diciéndoles que no había nada que temer, salió de la estancia.

La señorita Longstreth sostenía con una mano la desgarrada blusa y tendió la otra a Duane, quien la tomo con cierta torpeza, experimentando al mismo tiempo una emoción extraña.

-¡Me ha salvado usted la vida! -dijo ella con grave y dulce acento.

-Nada de eso-replicó Duane -. Ese hombre quizá se hubiese atrevido a golpearla y hasta a causarle alguna ligera herida, pero nada más.

-Pues yo vi en sus ojos una amenaza de muerte. Se figuro que llevaba joyas ocultas. No me fue posible resistir su contacto. ¡Oh, que inmunda bestia! Le aseguro que habría luchado con el; de modo que, en realidad, corría peligro mi vida.

-¿Lo ha matado usted? -preguntó la señorita Ruth, que estaba atenta a la conversación.

-¡Oh, no! Ni siquiera está herido' de gravedad.

-Me alegro mucho de que no haya muerto - dijo estremeciéndome la señorita Longstreth.

-Pues tuve la intención de matarlo -continuó diciendo Duane -. La situación era muy desagradable. Tenga usted en cuenta que ese hombre estaba medio borracho y yo temía que se le disparase el arma sin querer. Era un imbécil que no sabía lo que se hacía.

-¿Y aún sostiene usted que no me ha salvado?-replicó rápidamente la señorita Longstreth.

-Bueno, no hablemos más de eso - repuso Duane -. Puede que le haya evitado algo desagradable.

-Cuénteme lo sucedido - dijo la señorita Ruth, que por momentos iba serenándose.

Muy apurado consigo mismo, Duane refirió el incidente desde su punto de vista.

-¿De modo que usted, con las manos en alto, no pensaba en otra cosa que en aprovechar una oportunidad para sacar el revólver

-Naturalmente.

-¡Oh prima! -dijo la señorita Longstreth, muy pensativa-. ¡Cuánta suerte hemos tenido con que nos acompañase este caballero en un momento tan crítico! Papá se burla del peligro. Al parecer no creyó que lo hubiese. Sin embargo, en cuanto pudo convencerse de lo contrario, se puso como loco.

-Acompáñenos a Fairdale. ¡Se lo pido por favor! -dijo amablemente la señorita Ruth, ofreciéndole la mano-. Me llamo Ruth Herbert y le presento a mi prima, Ray Longstreth.

-Precisamente debo seguir ese mismo camino -contestó Duane muy confuso, pues no sabía cómo conducirse en semejante situación.

Volvió entonces el corone! Longstreth, quien, después de dar las buenas noches a Duane con una sequedad que contrastaba con la amabilidad de las jóvenes, salió de la estancia con ellas.

Antes de acostarse, Duane salió para visitar al ladrón herido, dispuesto a dirigirle algunas preguntas. Pero, con gran sorpresa, observó que tanto él como su caballo habían desaparecido.

El atónito posadero aseguraba haberlo dejado tendido en el suelo del bar.

-¿Había recobrado el sentido?-preguntó Duane.

-Sí, señor, y me pidió whisky.

-¿Dijo algo más?

-A mí, no. Pero le oí hablar con el padre de esas señoritas.

-¿Se refiere al coronel Longstreth?

-Sí, señor. Estaba furioso. ¿No le parece? Como si quisiera echarme la culpa de ese atraco.

-Y ¿qué opina usted de la cólera del coronel? - preguntó Duane observando al posadero.

este, muy apurado, se rascó la cabeza. Era sincero y Duane creía en su honradez.

-Pues... no sé qué decirle a usted. Pero creo que está loco o que es mucho más valiente que la mayor parte de los tejanos.

-Eso último será-replicó Duane -. Y ahora, amigo, haga usted el favor de acompañarme a mi cuarto.

Una vez acostado y a oscuras, Duane empezó a reflexionar sobre los acontecimientos de la noche. Analizó todos los detalles del atraco uno a uno con el mayor cuidado. La cólera del coronel, en unas circunstancias en que todo tejano se habría mostrado frío y sereno, extrañó muchísimo a Duane, quien acabó atribuyéndolo a un carácter irritable. También le llamó en gran manera la atención el comportamiento del ladrón al oír el alarido de cólera proferido por Longstreth. Era evidente que aquel rufián, que era atrevido y cobarde a la vez, se había sobresaltado por una u otra causa. Y cualquiera que fuese el punto desde el cual examinase Duane la extraña indecisión de aquel hombre, sólo podía llegar a una conclusión : su sobresalto, la repentina lasitud de sus miembros v su miedo se debieron, sin duda, a que se creyó reconocido. Duane comparó este efecto con la poderosa personalidad que reconocía en el coronel Longstreth. ¿Por qué bajó aquel bandido el revólver v se quedó paralizado de temor al ver y al oír al alcalde de Fairdale? Era imposible contestar a esto. Podían existir muchas razones, todas ellas favorables para el coronel Longstreth, pero él no lograba explicárselas. Longstreth, aparentemente, no vio peligro alguno para su hija, a pesar de haber sido víctima de un trato violento y grosero, e incluso se adelantó, a pesar de que aquel hombre la apuntaba con su revolver. Duane trato de profundizar aquel hecho singular y dedico a ello todo su conocimiento y su experiencia de la vida violenta de Texas. Y llego a la conclusión de que en el instante en que apareció en escena el coronel Longstreth ya no corría su hija ningún peligro. ¿Por que? Tampoco pudo contestar a esta pregunta. Luego su cólera se debió, tal vez, a la idea de que su hija hubiese sido atacada por un ladrón. Esta deducción le asombraba en extremo, pero Duane la dejo a un lado, en espera de poder reflexionar nuevamente sobre ella.

A la mañana siguiente se entero de que el pueblecillo se llamaba Sanderson. Era mucho mayor de lo que imaginara en el primer momento. Recorrió de un extremo a otro la calle principal y al regresar de su paseo vio detenerse algunos jinetes ante la posada y echar pie a tierra. En aquel preciso instante salía la familia de Longstreth. Duane pudo oír perfectamente que el coronel profería una exclamación. Luego le vio estrechar la mano de un hombre de elevada estatura. Longstreth, que parecía sorprendido e indignado, hablaba con la mayor vehemencia, pero Duane no pudo oír sus palabras. El otro individuo se reía, pero Duane observo cierta expresión sombría y también noto que aquel individuo empezaba a espiar a la señorita Longstreth. De pronto cambio la expresión de su rostro y se quito el sombrero. Duane se acercó.

-¿Te has traído los tiros de caballos, Floyd? - pregunto Longstreth en tono seco.

-No, señor. Solamente he traído mi propio caballo de silla-contesto el interpelado.

-¡Hum! Ya hablaremos de eso más tarde.

Entonces Longstreth se volvió hacia su hija.

-Mira, Ray, te presento a tu primo, de quien ya te hable. Hace diez años solías jugar con el; supongo que recordarás a Floyd Lawson. Floyd, te presento a mi hija y a mi sobrina Ruth Herbert.

Duane, que siempre se fijaba en cuantas personas encontraba, sobre todo ahora que tenía a su cargo una empresa peligrosa, convencido de que Longstreth era un hombre extraordinario muy digno de atención, examinó con mirada escrutadora a aquel Floyd Lawson.

Representaba menos de treinta años, aunque griseaban ya sus aladares ; era moreno y llevaba rasurado el rostro, cuyas pronunciadas facciones mostraban ciertas arrugas originadas por los vicios y la vida pasada a la intemperie. Sus oscuros ojos estaban circundados por una violácea sombra y su boca era grande, de expresión amarga. El cuadrado mentón denotaba energía; en una palabra, se trataba de un individuo de expresión siniestra, aunque resultaba agradable al sonreír, porque entonces desaparecía su característica dureza. Conservaba todavía la gracia peculiar del caballero distinguido y era como un eco su voz suave y educada. Duane no dudo de que, como otros muchos jóvenes, se hubiese visto obligado a vivir en la frontera, en donde la vida dura y bárbara había dejado impresas en el sus huellas, sin poder borrar los rasgos que demostraban su descendencia de una buena familia.

Al parecer, el coronel Longstreth no compartía el júbilo de su hija y de su sobrina por la llegada de su primo. En aquel encuentro se advertía algo raro. Duane sintió gran curiosidad, pero como en aquel momento apareciese la diligencia dispuesta ya a emprender el viaje, no tuvo ocasión de satisfacerla.

XVI

Duane siguió a la diligencia y pudo ver como atravesaba el pueblo y lo dejaba atrás, para tomar un duro v ancho camino que sin duda fue muy transitado durante- años. Se dirigía hacia el noroeste. A la izquierda se elevaba una cordillera de montañas de poca altura, que ya observara el día anterior, y a la derecha se iniciaba la suave pendiente, que casi merecía el nombre de llanura, en la que había algunos bosquecillos de mezquites. El cochero hizo tomar un rápido trote a sus caballos y, a este paso, el vehículo avanzo con la mayor rapidez.

La diligencia se detuvo tres veces durante la tarde una para abrevar los caballos ; la segunda, ante un carro cocina de unos cmwboys que iban en busca de ganado, y la tercera, junto a un pequeño grupo de casas de piedra y de adobes, que constituían una aldea a la que el cochero dio el nombre de Longstreth, sin duda en honor del coronel. Desde allí hasta Fairdale sólo encontraron unos pocos ranchos, cada uno de los cuales poseía una gran cantidad de tierra.

A primeras horas de la tarde, desde una altiplanicie, Duane pudo divisar Fairdale, que formaba una faja verde en una masa gris. En la enorme extensión estéril de Texas resultaba un espectáculo agradable. Pero más le importaba su apartamiento de la

Librodot

civilización que su belleza. En aquella época, o sea poco después del año setenta, cuando la parte occidental de Texas y casi el treinta por ciento de su territorio era un desierto, el agricultor y el ganadero que habían ido a establecerse allí hicieron maravillas creando poblaciones como Fairdale.

Duane descubrió de un vistazo el rancho del coronel Longstreth. La casa estaba situada en la única prominencia que había en torno de Fairdale, pero la altura era muy escasa y se hallaba sólo a pocos minutos del extremo del pueblo. La casa era baja, tenía un tejado plano y estaba construida con ladrillos rojos. Al parecer, ocupaba una extensión equivalente casi a unos cuatro mil metros cuadrados. Estaba rodeada de verdor y, como excepción, los corrales, los cobertizos y los graneros y heniles tenían un color gris o rojo.

Duane no tardó en llegar a las sombreadas calles de Fairdale, y al entrar en el pueblo sintió a la vez curiosidad, interés y expectación. La calle que tomó era una de las principales y a ambos lados se alineaban hoteles, garitos y diversos espectáculos. A lo largo de la acera vio numerosos caballos ensillados y arrendados a una fila de estacas. Aquella manzana mostraba mucha animación, resultando en extremo ruidosa.

A juzgar por el aspecto exterior, Fairdale no difería mucho de otras poblaciones de la frontera y apenas se cumplieron las esperanzas de Duane. Casi al crepúsculo, se detuvo a la puerta de una pequeña posada. Un muchacho se encargó de su caballo y Duane procuró que le diera noticias de Fairdale, para ocuparse gradualmente del asunto que le importaba más de momento.

-Parece que el coronel Longstreth tiene un rancho muy grande.

-Sí, señor - contestó el muchacho -. Pero no sé cuántos cowboys tiene a sus órdenes. Siempre están yendo o viniendo. Apenas conozco a la mitad de ellos.

-¿Ha habido mucho movimiento de ganado durante estos últimos días?

-Eso es corriente - contestó mirando de un modo raro.

-¿Hay por aquí ladrones de ganado?

Pero no pudo observar la mirada que esperaba tras aquella pregunta.

-Tengo entendido que Fairdale es una población bastante agradable y rica.

-No tanto como Sanderson, pero es mayor.

-Sí, ya me he enterado. Encontré a un individuo que hablaba de la detención de dos vaqueros.

-Sí, también lo he oído yo. Se trata de Joe Bean y Brick Higgins. Pertenecen a la casa de Longstreth, pero pasan aquí poco tiempo.

Como Duane no quería parecer demasiado curioso, cambió la conversación.

Después de cenar fue a dar un paseo por la calle principal. En cuanto anocheció, se metió en un hotel, compró cigarros, se sentó y empezó a observarlo todo. Luego salió y fue a otro establecimiento. El aspecto exterior de éste era poco elegante, pero dentro tenía ciertas pretensiones de lujo y abundaba la luz. Estaba lleno de hombres que entraban y salían ; la mayor parte de ellos llevaban las botas cubiertas de polvo y olían a tabaco malo y a caballos. Duane permaneció allí un rato con los ojos y los oídos muy abiertos. Por fin se acercó al bar, al que iban o del que se alejaban la mayor parte de los concurrentes. Encontró un gran salón cuadrado, iluminado por seis enormes lámparas. En un extremo estaba el mostrador de bebidas; el resto del local estaba ocupado por sillas y mesas. Aquélla era la única sala de juego de la región sur de Texas en donde pudo notar la ausencia de los mejicanos. En aquel momento se jugaba a los naipes. Duane permaneció un rato contemplando el juego y llegó a convencerse de que los forasteros eran

Librodot

demasiado numerosos en Fairdale para que se fijase nadie en ellos. Luego regresó a la posada en la que había tomado una habitación.

Una vez allí, sentóse en uno de los escalones que conducían al sucio y pequeño restaurante. Dentro hablaban dos hombres que no habían observado su proximidad.

-¿Cómo se llama ese forastero, Laramie? - preguntó uno.

-No lo dijo -contestó otro.

-Es un hombretón de aspecto vigoroso. A mí me parece un tipo raro. Desde luego o es ganadero. ¿Qué te parece a ti?

-A mi juicio es uno de esos fríos y serenos tejanos que andan buscando a un individuo años enteros para matarlo en cuanto lo encuentran.

-Creo que tienes razón, Laramie. Y, aquí para entre los dos, no me extrañaría que anduviese buscando a Longs...

-¡Calla! -interrumpió Laramie-. Para hablar así, debes de estar borracho.

Luego siguieron conversando en voz tan baja, que Duane ya no pudo enterarse de cosa alguna. Y unos minutos después salió el compañero de Laramie. Duane entró a su vez y, luego de pronunciar unas palabras, con objeto de hacerse simpático, empezó a hacer preguntas sin importancia respecto a Fairdale, pero, con toda evidencia, Laramie no se sentía comunicativo.

Más tarde, Duane se encaminó a su habitación, bastante pensativo. ¿Acaso el compañero de Laramie quiso expresar su esperanza de que hubiese llegado alguien a Fairdale con el propósito de matar a Longstreth? Aquello era lo que deducía Duane de la truncada observación de aquel individuo. Sin duda ocurría algo raro con el alcalde de Fairdale. Duane estaba casi seguro de ello, y también tuvo la certeza de que aquel Floyd Lawson era un criminal peligroso. Por otra parte, valdría la pena de cultivar el trato del posadero Laramie. Y el último de los pensamientos de Duane, aquella noche, fue vara la señorita Longstreth. No podía evitar su recuerdo ni la emoción que le produjo su encuentro, trayéndole a la memoria la época en que las muchachas formaron parte de su vida. ¡Cuán triste, oscuro y vacío era el abismo que existía entre aquel pasado y el presente! Ahora no tenía siquiera el derecho de soñar con una mujer hermosa como Ray Longstreth. Sin embargo, esta convicción o logró persuadirle de que debiera olvidar la imagen de la joven, sino que, por el contrario, parecía como si tal idea se presentase a el con perversos sentimientos, para hacerla más fascinadora. Duane observó entonces que sufría un ansia extraña e inexplicable, algo que no podía definir y que producía un intenso dolor en el corazón.

Al día siguiente se entretuvo en curiosear por la posada cuanto le fue posible. Se abstuvo de buscar la conversación del taciturno propietario, porque no tenía ninguna necesidad de apresurarse. Se contentó con observar y- escuchar. Al terminar el día díjose que Fairdale era precisamente lo que Mac Nelly se había imaginado y que él estaba ya sobre la pista de una aventura extraordinaria. Pasó el día siguiente casi del mismo nodo, aunque en una oportuna ocasión dijo a Laramie que anclaba buscando a un individuo. _ l oír estas palabras, el posadero se portó ya con menor hosquedad y demostró cierta franqueza. Contestó a algunas preguntas indiferentes y Duane o tardó en averiguar que Laramie vio días mejores en su vida y que ahora era un hombre amargado, desalentado v endurecido por la desgracia. Al parecer, alguien le había sumido en la ruina.

Transcurrieron varios días. Duane no logró mayores confidencias de Laramie, pero en cambio pudo charlar por las esquinas y en la puerta de los establecimientos con

algunos individuos que mataban el tiempo y que no sospechaban de el y estaban dispuestos a hablar con franqueza. Poco tardó en averiguar que Fairdale podía compararse con Huntsville por lo que se refería al juego, a la bebida y a las luchas a tiro limpio. La calle estaba siempre llena de caballos ensillados y llenos de polvo y en la población abundaban los forasteros. Al parecer, circulaba allí dinero con mucha mayor profusión que en otra población cualquiera de las que Duane conocía, y era evidente que todos lo gastaban con la indiferencia propia de quien lo gana con la mayor facilidad y sin ningún escrúpulo. Duane comprendió que Sanderson, Bradford y Ord no eran más que las avanzadas de Fairdale, donde se hallaba el centro secreto de los ladrones de ganado. Pero lo que extrañaba más a Duane era que Longstreth fuese el alcalde y que, en su calidad de primera autoridad de la población, presidiese todos los días el tribunal de justicia. De un modo instintivo comprendió, aun sin tener prueba alguna, que aquel tribunal no era más que una farsa, y hasta se preguntó si sería un subterfugio. Pero tales preguntas equivalían a sospechar del coronel Longstreth, y se reconvino por ello. Entonces vio que esta reconvención que se hacía a sí mismo debíase a la hija del alcalde. Algunas investigaciones le hicieron

suponer que la joven Ray Longstreth había ido a vivir recientemente en compañía de su padre. Éste fue en otro tiempo plantador en Louisiana, en donde dejó a su familia hasta que él se hubo establecido en el Este. Era un rico ranchero; poseía la mitad de Fairdale y compraba ganado en gran escala. Floyd Lawson, su sobrino, estaba asociado en sus negocios y era, además, auxiliar suyo.

Por la tarde del quinto día de la estancia de Duane en Fairdale llegó a la posada después de su paseo habitual y, al entrar, se quedó asombrado viendo que un joven de rudo aspecto salía violentamente, casi atropellándole. Dentro encontró a Laramie tendido en el suelo, con una contusión en el ensangrentado rostro. Pero no parecía estar herido gravemente.

-Ha sido Bo Snecker. Después de golpearme la cabeza fue a robar el cajón - dijo Laramie, esforzándose en ponerse de pie.

-¿Le ha hecho mucho daño? -preguntó Duane.

-Creo que no. Pero no tenía ninguna necesidad de atropellarme. Varias veces me han robado ya, pero sin pegarme.

-Bueno, ya buscaré a ese Bo -replicó Duane.

Salió y miró calle abajo, hacia el centro de la población. No vio a nadie que se pareciese al atracador del posadero. Pero al mirar hacia el lado opuesto, lo descubrió por fin, a una manzana de distancia. Iba huyendo sin dejar de mirar hacia atrás.

Duane le gritó que se detuviera y echó a correr para alcanzarle, pero Snecker aumento la velocidad de la carrera. En vista de ello, Duane hizo otro tanto. En aquel momento le dominaba la cólera y al mismo tiempo el deseo de conquistar la amistad de Laramie, pues estaba seguro de que podría comunicarle muchas cosas.

Duane era muy ligero, debido a sus largas piernas. Rápidamente iba ganando terreno sobre Snecker, quien a pesar de ir de un lado a otro no podía lograr que su perseguidor le perdiese de vista. Por fin salió al campo y siguió corriendo en línea recta hacia la verde colina en que se elevaba la casa de Longstreth. Duane, al llegar a la arboleda que rodeaba la vivienda, estaba a punto de coger a Snecker; pero allí el fugitivo logró burlarle. Duane, sin embargo, no le perdió de vista mien

tras corría por los senderos y llegaba al camino que conducía al patio; una vez allí

Librodot

vio que Snecker se metía en la casa de Longstreth.

Por extraño que fuera aquello, Duane no se detuvo ni tampoco reflexionó lo que hacía. Le parecía suficiente observar que el destino le conducía al camino de aquel ranchero Longstreth. Penetró por la primera puerta abierta que encontró en aquel lado del patio. Vio que daba a un corredor y que éste conducía a una plazoleta rodeada de soportales de piedra en el centro de la cual había una especie de jardincillo. Duane, que corría apresuradamente, vióse de pronto ante la señorita Longstreth y cierto número de jóvenes. Sin duda, la joven tenía invitados.

Lawson estaba apoyado en una de las columnas que sostenían el tejadillo del soportal; al ver a Duane cambió la expresión de su rostro de un modo perceptible, manifestando asombro, consternación y miedo.

Durante el silencio que reinó luego, se puso en pie la señorita Longstreth, que había palidecido de un modo extraordinario. Las muchachas, amigas suyas, estaban asombradísimas y hasta alarmadas. Los cowboys presentes se quedaron inmóviles y expectantes, de modo que, a juzgar por aquellos detalles, Duane comprendió que su aparición les desconcertaba. Respiraba jadeante y no llevaba chaqueta ni sombrero. En el cinto se veía claramente la funda de su enorme revólver.

Al ver a la señorita Longstreth, Duane quedóse confuso, y por un instante no vio más que a ella.

-Señorita Longstreth..., he venido... para registrar... su casa... -dijo Duane respirando con dificultad.

Apenas se daba cuenta de lo que decía, aunque al acabar de hablar comprendió que no debía haber expresado tal propósito. Sin duda estuvo torpe. Pero no tenía costumbre de tratar con mujeres y aquella muchacha de negros ojos le hacía palpitar rápidamente el corazón y entorpecer sus ideas.

-¿Registrar mi casa? - exclamó la señorita Longstreth; y el rubor volvió a teñir sus mejillas. Al parecer, estaba asombrada y colérica-. ¿Por qué? ¿Cómo se atreve usted?... ¡Eso es inaudito!

-Un hombre..., Bo Snecker..., ha atacado y robado a Jim Laramie - replicó Duane con cierto apresuramiento -. Y persiguiéndole, he llegado aquí, de modo que le he visto entrar en esta casa.

-¿Aquí? Sin duda se engaña. No hemos visto a nadie. En ausencia de mi padre soy yo la dueña y no le permitiré llevar a cabo ningún registro.

Lawson pareció reponerse de su asombro y dio un paso adelante.

-No te preocupes, Ray - dijo a su prima-. Este individuo está contando una sarta de mentiras. Yo lo arreglaré. Por consiguiente, amigo, ¡fuera de aquí!

-Quiero apoderarme de ese Snecker. Está aquí y deseo prenderle -contestó tranquilamente Duane.

-¡Bah! Todo eso son cuentos-replico burlonamente Lawson -. Comprendo perfectamente su juego. Buscaba usted una excusa para entrar aquí y ver de nuevo a mi prima, y al encontrar a sus invitados, ha inventado esa historia. ¡Ahora, salga, porque de lo contrario, se arrepentirá.

Una oleada de sangre subió al rostro de Duane, porque casi se consideraba culpable de aquel ardid. ¿No era cierto que no pudo alejar de su mente el recuerdo de Ray Longstreth? Y creyó ver cierto desdén en los ojos de la joven. Aquello casi sirvió para borrar su indecisión.

Librodot

-Señorita Longstreth, ¿quiere permitirme que registre la casa?-pregunto.

-¡No!

-Pues, en tal caso, lamento tener que decirle que lo haré sin su permiso.

-¡No se atreverá a ello ! -replico ella, enojada y erguida, en tanto que se hinchaba su pecho. -Perdóneme usted, pero lo haré.

-¿Quién es usted?-pregunto ella de pronto.

-Un guardia rural de Texas-replico Duane.

-¿Un guardia rural de Texas?-repitió ella.

El moreno rostro de Floyd Lawson palideció.

-Ya sabe usted, señorita Longstreth, que no necesito permiso alguno para registrar un domicilio cualquiera -dijo Duane-. Siento mucho molestarla a usted y habría preferido que me hubiese autorizado. Se ha refugiado un rufián en la casa de su padre. Está oculto en alguna parte. ¿Me permite usted buscarle?

-Si en realidad es usted guardia rural...

Duane mostró sus documentos, pero la señorita Longstreth, con gesto altanero, se negó a examinarlos.

-Debo decirle, señorita Longstreth, que he venido para lograr que Fairdale sea una población más limpia, más segura y mejor para las mujeres y los niños. No me extraña su resentimiento. Pero dudar de mí... es ofenderme... Tal vez algún día llegará a lamentarlo.

Floyd Lawson movió sus manos con violencia.

-¡Tonterías! - dijo -. Tú, primita, continua con tus amigos. Yo me encargaré de acompañar con dos cowboys a este... guardia rural de Texas.

-Gracias - contesto fríamente Duane contemplando a Lawson -. Tal vez será usted capaz de encontrar a Snecker más pronto que yo.

-¿Qué quiere usted decir? -pregunto Lawson poniéndose lívido.

Evidentemente era hombre de pasiones violentas.

-No busques líos-dijo la señorita Longstreth -. Acompáñale, Floyd, y apresúrate. Estaré muy nerviosa hasta... que se encuentre a ese hombre o se tenga la seguridad de que no está.

Acompañados de varios cowboys registraron la casa. Visitaron todas las habitaciones, registrando, llamando y sin pasar por alto ningún lugar oscuro. A Duane le llamó la atención el hecho de que Lawson llamase a aquel individuo. También noto que parecía tener prisa y que procuraba preceder a los demás. Y se dijo que tal vez el fugitivo reconocería su voz. Pero el caso fue que Duane tuvo el acierto de registrar un oscuro rincón y luego, apuntando con su revolver, ordeno:

-¡Sal inmediatamente!

Así lo hizo aquel joven, que era alto, flaco, moreno y llevaba sombrero, blusa y calzones. Duane lo cogió por el cuello antes de que pudiesen moverse los demás y le acerco el revolver lo bastante para obligarle a encogerse. Pero él no dio muestras de tener miedo, aunque estaba pálido y desencajado como quien acaba de sufrir un gran sobresalto. Miro a Duane, luego al cowboy que estaba a su lado y, por fin, a Lawson, e instantáneamente su rostro manifestó extraordinario alivio. Esto era cuanto Duane quería saber, pero estaba resuelto a averiguar todavía más a ser posible.

-¿Quién eres?-pregunto Duane sin alzar la voz.

-Bo Snecker -contestó el detenido. -¿Por qué te ocultabas ahí?

Esta pregunta ensombreció el rostro de aquel individuo. -Me pareció que en casa de

Longstreth estaría más seguro que en ninguna parte.

-¿Qué va usted a hacer con él, guardia? - preguntó

Lawson, en vista de que ya había realizado la captura.

-Ya lo veré-contestó Duane, obligando a Snecker a que echara a andar, precediéndole, en dirección al patio.

Duane concibió la idea de llevar a Snecker ante el tribunal que presidía el mayor Longstreth.

Cuando se presentó ante el tribunal vio que había una docena de personas muy excitadas. Era evidente que le había precedido la noticia de lo ocurrido. Longstreth se hallaba sobre un estrado, sentado a una mesa. A su lado se veía a un hombre de cabello gris y severo aspecto, de ojos muy hundidos: era Hanford Owens, el juez del condado. A su derecha había un individuo de rostro anguloso y amarillento, muy alto, que lucía un lacio bigote de color de arena. En su chaleco llevaba una gran placa de plata. Era Gorsech, uno de los sheriffs de Longstreth. Había otros cuatro hombres más, a quienes Duane conocía de vista y cuyo rostros le eran familiares, y además una docena de desconocidos, todos los cuales estaban cubiertos de polvo y, al parecer, acababan de dejar sus caballos.

Longstreth dio un puñetazo en la mesa para imponer silencio. A pesar de su condición de alcalde, no pudo calmar inmediatamente la agitación. Sin embargo, se fue apaciguando de un modo gradual, y, a juzgar por las últimas palabras que oyó pronunciar antes de que se hiciese el silencio, Duane comprendió que había interrumpido una conferencia.

-¿A que viene usted?-preguntó Longstreth.

-¿No es éste el tribunal? ¿No es usted el alcalde de Fairdale? - preguntó Duane con voz clara y potente.

-Sí -replicó Longstreth.

Pronunció esta palabra con la mayor impasibilidad, pero Duane no dejó de advertir el interés que sentía.

-Acabo de prender a un criminal.

-¿A un criminal? -exclamó Longstreth -. ¿Usted? ¿Quien es usted?

-Soy guardia rural-replico Duane. Hubo entonces un significativo silencio.

-Acuso a Snecker de haber atacado a Laramie y de tentativa de robo, si no de asesinato. Es, además, hombre de malos antecedentes, como sabrá muy bien el tribunal si, como es de creer, tiene el registro de las fechorías de esta clase de gente.

-¿Qué tienes que decir a eso, Bo? -dijo Longstreth con enojo.

Snecker se puso en pie, aunque no sin dirigir una mirada furtiva a Duane, y luego dio unos pasos en dirección al alcalde. Era un individuo desvergonzado, pero

no tenía el atrevimiento propio de un criminal empedernido.

-No es así, señor Longstreth. Fui a casa de Laramie para comer, y entonces entró un individuo a quien no conozco, el cual golpeó a Laramie y lo derribó al suelo. Yo salí corriendo v este guardia rural me persiguió y, por fin, me ha traído aquí. Yo no he hecho nada. Este guardia rural deseaba, sin duda, prender a alguien. Esto es lo ocurrido, señor juez.

El presidente dijo algo en voz baja al juez Owens, y este digno funcionario asintió con su cabeza cubierta de enmarañado pelo.

-Estás absuelto, Bo -exclamó de pronto Longstreth-. Ahora, que se marche todo el

mundo.

Fingió ignorar la presencia de Duane y con ello demostró su desdén. Además, tal conducta era en realidad un bofetón vara aquel guardia rural que acababa de realizar un servicio. Si Longstreth era un criminal, no podía negarse que tenía el mayor atrevimiento. Duane llegó a creer que aquel hombre debía de hallarse a cubierto de toda sospecha. Pero su indiferencia, su aire de autoridad y de suficiencia presentaban ante los ojos agudos y analíticos de Duane un significativo contraste con la tensión de la boca y la débil palidez que advirtió en su aceitunado cutis. En el momentáneo silencio, el examen que Duane hizo de Longstreth le dio la impresión de que aquel hombre sentía una intensa curiosidad.

Entonces, el acusado Snecker, con una tos que interrumpió el silencio, dio dos pasos en dirección a la puerta.

-¡Alto! -exclamó Duane.

Y 'esta sola palabra detuvo a Snecker cual si hubiera sido un balazo.

-Tenga usted presente, señor Longstreth, que yo mismo he visto a Snecker atacar a Laramie. ¿Que dice a eso el tribunal?

-Pues el tribunal dice lo siguiente: al oeste del río Pecos no queremos ningún servicio de los guardias rurales. Aquí no le necesitamos a usted.

-Eso es mentira, Longstreth -replico Duane -. Tengo cartas de algunos ciudadanos de Fairdale rogando que los guardias vengan a prestar servicio a esta región.

Longstreth palideció y se hincharon las venas de sus sienes. Parecía a punto de dar un estallido de rabia, N - por un momento no supo qué contestar.

Floyd Lawson apareció de pronto y se acerco a la mesa del tribunal. Estaba congestionado, sus palabras eran incoherentes y la cólera que demostraba parecía desproporcionada con el asunto que se ventilaba. Longstreth le dio un empujón y, al mismo tiempo que le dirigía una mirada de advertencia, profirió una imprecación.

-¿Donde está su autorización para prender a Snecker? -grito Longstreth.

-No necesito autorización alguna para prender a quien quiera. Observo, Longstreth, que ignora usted las prerrogativas de los guardias rurales de Texas.

-No me venga usted con prerrogativas. Le haré encarcelar.

La apasionada respuesta de Longstreth era la señal que Duane estaba esperando. Precisamente contribuía a precipitar los acontecimientos, pues quería obligar a Longstreth a cometer una imprudencia para desenmascarar ante todo el mundo a aquel hombre.

Duane, entonces, se aparto un poco del grupo y en voz alta y penetrante exclamo

-¡Apelo a todos los aquí presentes! Todos ustedes son testigos de que Longstreth, alcalde de Fairdale, ha impedido la detención de un criminal. Hecho que figurará en la relación que mandaré al ayudante general, que reside en Austin. Y le aseguro, Longstreth, que no tardará usted en poder impedir otra detención.

Longstreth estaba muy pálido. Su mandíbula inferior le temblaba.

-Se ha traicionado, Longstreth - dijo Duane con voz potente que llegaba a gran distancia -. Cualquier honrado ciudadano de Fairdale podrá ver quién es usted. Voy a hablar muy claro. Durante dos años ha sido usted alcalde v jamás ha hecho prender a un solo ladrón de ganado. Esto es muy extraño, teniendo en cuenta que Fairdale es el nido de esa gente. Jamás ha enviado usted un preso a Del Río y mucho menos a Austin. Aquí no tiene usted cárcel. Durante el ejercicio de su cargo se han cometido nueve asesinatos y ha habido innumerables luchas callejeras y atracos. Pero no se ha cogido a nadIe. En cambio, ha ordenado usted detenciones por faltas triviales, que han sido castigadas de un

modo desproporcionado. Ante este tribunal ha habido pleitos acerca de los derechos de riego, de compra y venta de ganados, de propiedades y de otras cosas semejantes. Y es muy raro señalar que en todos estos pleitos, usted mismo, Lawson u otro hombre cualquiera relacionado con usted estaban siempre interesados. Y también es muy raro que la ley diese siempre satisfacción a los intereses que apoyaba usted.

Duane hizo una pausa y en el silencio que reino dentro y fuera de la sala pudo oírse la agitada respiración de aquellos hombres. Longstreth era digno del estudio de un artista, aunque no expresaba nada más que una rabia inmensa contra el intruso.

-Todo esto que acabo de decir, Longstreth, es lo que corre de boca en boca en Fairdale. No le acuso a usted ni al tribunal de ilegalidad alguna. Solo hago constar que

es muy raro lo ocurrido. Aquí la ley ha sido una farsa. Por otra parte, ignoro lo que puede haber detrás de todo esto..., pero ya lo averiguaré.

XVII

Duane abandonó la sala del tribunal abriéndose paso a codazos por entre la multitud y luego salió a la calle. Estaba seguro de haber visto en los rostros de algunos: hombres la sorpresa, mal disimulada, y la satisfacción. Era evidente que acababa de encontrar un rastro muy importante y quería saber adónde conducía. No era improbable que al final de él hallase al mismo Cheseldine. Duane estaba entusiasmado, pero, de pronto, se acordó de Ray Longstreth. Como sospechaba que el padre de la joven no era lo que pretendía ser, cabía en lo posible, hasta era probable, que él mismo hiciese caer el dolor y la vergüenza sobre aquella joven, y esta idea le causó profunda pena. En su mente parecía haberse fijado de un nodo indeleble la imagen de la señorita Longstreth, y Duane observó que pensaba más aún en su belleza y en su dulzura que en la deshonra que pudiese acarrearle. Una extraña emoción que por largo tiempo estuvo encerrada en su pecho llamaba para hacerse oír, para que la dejasen salir, y él sentíase en extremo turbado.

Al regresar a la posada encontró a Laramie bastante bien de su herida.

-¿Cómo está usted, Laramie? -preguntó.

-Mucho mejor de lo que podía esperarse.

Llevaba una venda en torno de la cabeza, aunque quedaba al descubierto el chichón que le hiciera el atracador. Estaba pálido pero bastante animado.

-Veo que Snecker le ha dado un buen porrazo -observó Duane.

-Tenga usted en cuenta que yo no acuso a Bo -replicó Laramie con una mirada que dejó pensativo a Duane.

-Pues bien, yo si le acuso. Lo sorprendí y lo llevé al tribunal de Longstreth. Pero ellos lo soltaron.

A Laramie pareció impresionarle aquella muestra de amistad y aprecio.

-Oiga usted, Laramie - continuó Duane -. En algunos distritos de Texas, lo mejor que se puede hacer es no ser demasiado hablador. Eso es muy bueno para la salud. Pero entre nosotros deseo decirle que estoy dispuesto a apoyarle a usted.

Laramie se sobresaltó. Duane entonces se volvió y lo miró con expresión franca. Había sobresaltado a Laramie haciéndole salir de la taciturnidad característica, pero en el acto se desvaneció de sus ojos el centelleo que habría podido demostrar su sorpresa y su

alegría y volvió a cubrirse con su máscara habitual. Sin embargo, Duane había visto ya lo suficiente. Como un sabueso, tenia ya una pista que seguir.

-Y ahora vamos a ver una cosa, Laramie. ¿A las órdenes de quién dijo usted que trabajaba ese Snecker? -No he dicho una palabra.

-Bueno, pues dígala ahora. ¿No puede? Observo que hoy está usted muy discreto, Laramie. ¿Tendrá la culpa ese chichón? ¿Para quién trabaja Snecker?

-Pues cuando lo hace, lo cual no es frecuente, monta caballos de Longstreth.

-¡Caramba! Al parecer, ese Longstreth es el dueño de todo en Fairdale. Hace unos días me molestó averiguar que, en una partida de «faraón», el dinero que perdí iba a parar al bolsillo de Longstreth. Desde luego no lo hubiese sentido en caso de ganar. Pero me sorprendió enterarme de que Longstreth era el dueño de la casa de juego «La Esperanza».

-Tiene muchas propiedades en el pueblo-replicó Laramie de mala gana.

-Bueno, Laramie, observo que, como muchas otras personas de este pueblo, tiene miedo de hablar de Longstreth. No sea tan discreto conmigo, Laramie. A mi no me importa un pepino el coronel alcalde de Longstreth y tenga la certeza de que si fuese preciso le pondría mi revólver ante las narices con igual rapidez que si fuese un ladrón de ganado.

-Eso es fácil de decir-replicó Laramie como si lo tomara a broma, aunque era evidente que estaba alarmado.

-Ya lo sé-replicó Duane -. Y por eso soy parco en mis palabras. ¿De modo que no todo el mundo está enterado de que Longstreth es el dueño de «La Esperanza»?

-Me parece que lo saben también en Pecos. Pero el nombre de Longstreth no se relaciona nunca con «La Esperanza». Blandy es el que regenta el negocio.

-Pues creo que ese Blandy es un tramposo, y su garito una ratonera. Ya comprenderá usted que a mi no me asustan los jugadores de ventaja, porque los conozco perfectamente. Pero ese Blandy me parece un sinvergüenza y, además, nunca mira cara a cara. Yo creo que «La Esperanza» debería ser regentada por un hombre honrado como usted.

-Muchas gracias-replicó con voz que a Duane le pareció algo emocionada-. ¿No ha oído usted decir que yo era el dueño de ese local?

-No. ¿De veras? - preguntó rápidamente Duane.

-¡Tan de veras ! Construí el local, lo amplié dos veces y fui su dueño durante once años.

-¿Qué me cuenta usted? -exclamó Duane, muy sorprendido y, al mismo tiempo, satisfecho al ver el curso que tomaba aquel asunto-. Siento mucho que ya no sea suyo. ¿Lo vendió?

-No, sencillamente lo perdí.

Laramie, que se había suavizado al notar la simpatía

que le demostraba su interlocutor, sentía deseos de hablar, de contarlo todo.

-Eso ocurrió hace dos años..., que se cumplieron en marzo último. Hice un gran negocio de ganado con Longstreth. Compramos las reses, y mi parte, que alcanzaba a mil ochocientos dólares, la robaron. Quede debiendo dinero a Longstreth. Él me persiguió judicialmente y... quede arruinado.

A Duane le apenaba mirar a Laramie. El pobre hombre estaba pálido y las lágrimas corrían por sus mejillas. Duane comprendió la amargura, la angustia y la derrota de aquel hombre. No pudo cumplir sus compromisos y por esta causa lo despojaron. Todas las

palabras que suprimió, los conceptos apasionados que habría emitido de no estar con el ánimo quebrantado, fueron, sin embargo, evidentes para Duane. Ya conocía el secreto de aquella amargura. Pero la razón de que no acusara abiertamente a Longstreth, el secreto de sus reticencias y de su miedo no podría averiguarlo aún, y por eso Duane lo aplazó para otra ocasión más favorable.

-Ha sido un caso de mala suerte - dijo al fin -. Pero usted ha resistido esa desgracia. Además, tenga en cuenta que el mundo da muchas vueltas. Ahora, Laramie, escúcheme, necesito su consejo. Tengo algún dinero y antes de perderlo quisiera emplear una parte. Me gustaría comprar un poco de ganado o adquirir una participación en el rebaño de un ranchero. Le agradecería, pues, que me indicase un hombre honrado o, mejor todavía, dos, suponiendo que existan. ¡Ja, ja, ja! No quiero tratos de ninguna clase con los rancheros que, al anochecer, van en compañía de los ladrones de ganado. Tengo la sospecha de que éstos abundan en Fairdale. Usted, Laramie, vive aquí desde hace muchos años y seguramente conocerá a dos individuos absolutamente honrados.

-Gracias a Dios los conozco. Frank Morton y Si Zimmer. Fueron amigos y vecinos míos en mis días de prosperidad y todavía sostenemos cordiales relaciones. Puede usted estar seguro de la honradez de los dos. Pero si escucha mi consejo... no emplee usted ahora ningún dinero en ganado.

-¿Por qué?

-Porque a cualquier individuo recién llegado que comprase ganado se lo robarían antes de que pudiera decir »Jesús». Los forasteros, agricultores y ganaderos son las víctimas más fáciles para los ladrones de ganado. ¡Y Dios sabe con cuánta facilidad roban a los rancheros! Pero los recién llegados ignoran en absoluto lo que ocurre aquí. Los rancheros antiguos son prudentes y saben lo que se hacen. Y lucharían en caso de que...

-¿Qué iba usted a decir? - interrumpió Duane al ver que se interrumpía -. ¿En caso de que supieran quién les roba el ganado?

-No.

-¿Si tuvieran valor?

-Tampoco.

-Pues, entonces, ¿qué? ¿Qué les haría luchar?

-La obediencia a un jefe.

-¡Hola, Jim ! -exclamó una voz potente.

Un hombre corpulento, de rostro rojizo y alegre, entro en el establecimiento.

-¡Hola, Morton! -exclamó Laramie-. Te presento a mi huésped, aunque todavía no conozco su nombre.

-Ja, ja, ja!

-Pocas son las personas de esta localidad a quienes se conoce por su nombre.

-Oiga usted, Morton - dijo Duane -. Laramie me ha dicho que es usted la persona más apropiada para el objeto que me propongo. Tengo un poco de dinero y antes de perderlo quisiera emplearlo en ganado.

. Morton sonrió cordialmente.

-Hablo en serio-añadió Duane -. Y si ustedes no son capaces de conocer a una persona mejor que a mí, es seguro que no llegarán a enriquecerse nunca.

A Duane le resultaba muy divertido dirigir a aquellos hombres observaciones tan significativas. Morton dio muestras de agrado y de interés, pero no de confianza.

-Tengo algún dinero. ¿Quiere usted admitirme en algún negocio? ¿Quiere darme la

Librodot

oportunidad de ser ganadero y de poseer un rebaño propio?

-Mire, señor, hablando en plata, creo que haría muy mal comprando ahora ganado. No quiero aceptar su dinero para ser luego testigo de cómo lo pierde. Vale más que se vaya usted al otro lado del Pecos, en donde los ladrones de ganado no son tan poderosos. Durante diez años enteros nunca he podido poseer más de dos mil quinientas cabezas. Los ladrones no me permiten pasar de ese límite. De todos modos se portan bien, ¿no le parece?

-Tal vez sí. Pero aquí no oigo hablar más que de ladrones de ganado - replicó Duane, impacientado ya -. Hasta ahora no he vivido nunca en un país en donde se robe ganado. ¿Quién es el jefe de la banda que opera aquí?

Morton miró a Duane con curiosidad, sonriendo irónicamente, pero luego cerró con fuerza las mandíbulas cual si quisiera impedir el paso de toda respuesta impulsiva.

-Mire, Morton, lo más razonable es creer que no pueden durar esos ladrones de ganado, por fuertes que sean, por ocultos que esten y cualesquiera que sean sus relaciones con las personas a quienes se considera honradas.

-Pues lo cierto es que llegaron con los ganaderos y seguirán aquí mientras quede un solo ladrillo - replicó Morton.

-Bueno, si habla usted así, no tendré más remedio que considerarle uno de ellos.

Morton miró a Duane cual si quisiera romperle el látigo en la cabeza. Por un momento centellearon de cólera sus ojos, pero luego le pareció gracioso aquello y se echó a reír.

-Esto no es nada divertido -continuó diciendo Duane -. Puesto que usted mismo se muestra algo flojo, no puedo pensar otra cosa.

-¿Que me muestro algo flojo? -repitió el ganadero.

-Sé conocer a un hombre valiente y aquí es de esperar que no sean diferentes de otros sitios. Por eso digo que, si usted ha perdido el ánimo, nada podremos hacer. Usted mismo es valiente. En Fairdale hay numerosos individuos que temen hasta su misma sombra, que no se atreven a salir después de oscurecido, ni a abrir la boca. Usted, sin embargo, no es uno de ésos. Por eso estoy persuadido de que al afirmar que los forajidos durarán indefinidamente en Fairdale, no hace más que mostrarse flojo, contribuyendo así a la creencia general. Tenga en cuenta que no pueden durar. Lo que se necesita aquí es un poco de sangre nueva. ¿Comprende lo que quiero decir?

-Me parece que sí-contestó Morton como si acabase de estallar una tempestad sobre su cabeza- Ahora, amigo, la próxima vez que venga al pueblo le prometo visitarle.

Dicho esto, se marchó. Los ojos de Laramie despedían chispas, como el pedernal al chocar con el acero. Exhaló un profundo suspiro y miró a su alrededor antes de fijar de nuevo los ojos en Duane.

-Bueno -dijo en voz baja- Ha escogido usted a los hombres más apropiados. Ahora dígame quien es usted.

Después de meter la mano en el bolsillo interior de su chaleco de cuero, Duane sacó el forro. Al hacerlo resplandeció un brillante objeto de plata en forma de estrella, y lo acercó a los ojos de Jim para que lo viese.

-¡Guardia rural...! - murmuró el posadero dando un puñetazo sobre la mesa- Ahora comprendo que no tuviera nada que temer.

-Vamos a ver, Laramie : ¿sabe usted quién es el jefe de esta banda secreta de ladrones de ganado que opera en la localidad? -preguntó Duane de pronto.

Era una característica suya el ir cuanto antes al asunto. Su voz, de tono profundo y, al mismo tiempo, firme y fría, pareció vigorizar a Laramie.

-No -contestó éste.

-¿Lo sabe alguien? -añadió Duane.

-Tengo la certeza de que no existe un solo hombre honrado que esté enterado de eso.

-Pero tienen ustedes sospechas.

-Sí.

-¿Que piensa usted de esa multitud que frecuenta los garitos, de los clientes de tales establecimientos?

-Pues que son mala gente-replicó Laramie con la rápida seguridad del que conoce una cosa a fondo -. Muchos de ellos llevan aquí años enteros y otros llegaron de distintas partes. También los hay que, en determinadas ocasiones, trabajan. Y luego roban algunos novillos o cualquier cosa, lo que pueden, para conseguir un poco de dinero que les permita beber y jugar. Son indeseables.

-¿Tiene usted alguna idea de si Cheseldine y su banda están relacionados con esa gente?

-¡Dios lo sabe! Yo siempre he sospechado que eran todos unos. Ninguno de nosotros ha visto jamás a Cheseldine, lo cual resulta bastante raro teniendo en cuenta que Knell, Poggin, Panhandle Smith, Blossom Kane y Fletcher vienen aquí con frecuencia. Pero no, Poggin lo hace raras veces. En cambio, a los demás se les ve a menudo. Por regla general todos ellos viven hacia el oeste del Pecos.

-Lo que más me extraña-dijo Duane - es el hecho de que los hombres, incluso los que gozan fama de honrados, guarden inexplicable y sospechoso silencio. ¿Esto es cierto o es una impresión mía equivocada?

-Es verdad-replicó Laramie, disgustado-. Ocurre que en Fairdale hay muchos, como es natural, que han perdido ganado u objetos de valor, ya se trate de pérdida verdadera o de robo, detalle que en muchos casos no se ha podido probar. Pero cuando el perjudicado se ha atrevido a hablar, o a hacer la más mínima alusión, a los pocos días se le encontraba muerto. En tales casos podía creerse que había sido víctima de un atraco. Pero siempre el indiscreto resultaba muerto. Los cadáveres no hablan. Por esta razón todo el mundo tiene la boca cerrada.

Duane sintió una terrible cólera. El robo de ganado no era una cosa intolerable, porque a pesar de las hordas de forajidos que vivían a costa de los ganaderos, el occidente de Texas había seguido prosperando; pero el asesinato frío, secreto y convertido en institución, en una población de poca importancia, era algo insoportable, demasiado terrible para que se pudiera permitir.

El guardia rural disponíase a replicar cuando le interrumpió el ruido de cascos de caballos. Algunos de éstos se detuvieron ante la puerta de la casa y uno de los jinetes: echó pie a tierra. Casi en seguida entró Floyd Lawson con el aparente deseo de comprar tabaco.

Si esta visita sorprendió a Laramie, lo cierto fue que no lo demostró. Pero Lawson se encolerizó al ver al guardia rural, y en sus ojos apareció un sombrío fuego que dirigió sucesivamente a los dos hombres. Duane se apoyó cómodamente sobre el mostrador.

-Conviene que sepa usted que ha cometido una gran torpeza casi al llegar a esta población - dijo Lawson -Y le aseguro que, si volvemos a verle rondando por el rancho, es muy posible que tenga un disgusto.

Era raro que un hombre que durante diez años vivió al oeste de Pecos no viese en Duane algo que desaconsejaba este modo de hablar. Pero Lawson no obraba así impulsado por la valentía, porque pocas veces se muestran intolerantes los hombres que realmente son valerosos. El valor que caracterizaba a los grandes pistoleros de la época se mostraba de un modo frío, discreto, poco locuaz, casi afable y ciertamente cortés. Lawson había nacido en Louisiana y era de origen francés. Su carácter era impulsivo y colérico y seguramente nunca se vio contrariado en nada. Además, era fuerte, brutal y apasionado, cualidades que en una situación como aquella le convertían en un loco.

-Repito que se valió usted de la excusa de ser guardia rural para poder acercarse a Ray Longstreth - añadió Lawson con irónico acento -. Pero recuerde que, si vuelvo a verle por allí, se armará la de Dios es Cristo.

-Tiene usted razón. Pero no ocurrirá precisamente lo que se imagina - replicó Duane con voz aguda y fría.

-Ray Longstreth no volverá siquiera la cabeza para mirar a un cochino polizonte como usted - exclamó Lawson, enardecido. No parecía tener intención de excitar a Duane, sino que se limitaba a expresar su rencor y sus celos- Y, por decirlo de una vez, es usted un embustero despreciable. Un matón. Un guardia rural presumido, que se mete donde no le llaman.

-Paso por alto sus insultos, Lawson, porque, al parecer, defiende usted a su hermosa prima. Pero permítame que le devuelva sus cumplidos. Pudo haber sido un distinguido hombre del Sur. ¿Por qué, pues, se ha convertido en un pistolero, en un imbécil ladrón de ganado?

Duane pronunció las últimas palabras con acento insultante.

Ya no dudaba de haber acertado con su calificativo al ver la cólera reflejada en el rostro de Lawson.

Éste se estremeció, hizo un movimiento e intentó sacar el revólver. Pero ¡con cuánta lentitud obraba! Duane dio un salto hacia delante y tendió su largo brazo. Lawson retrocedió entonces tambaleándose, derribando la mesa y las sillas para caer casi sentado contra la pared.

-¡No empuñe el revólver! -le avisó Duane.

-¡No dispare, Lawson! -gritó Laramie.

Pero aquel individuo estaba fuera de sí. Llevóse la mano a la cadera, mientras se hinchaban las venas de sus sienes en su ansia de matar. Pero Duane, de un puntapié, le quitó el revólver de la mano. Entonces Lawson se levantó y, rabiosísimo, salió del establecimiento.

Laramie movió sus temblorosas manos.

-¿Por qué le ha golpeado? -exclamó en tono de reconvención -. Él se disponía a pegarle un tiro. Tenga en cuenta que aquí no le servirá de nada el pegar a hombres como ése.

-He obrado así para enfurecer a ese imbécil, que a partir de este momento o pensará va en nada y al frente de toda su banda vendrá a caer en nuestras manos. Además, si le hubiese pegado un tiro habría cometido un crimen.

-¿Un crimen? -preguntó Laramie.

-Sí, un crimen. ¡Indudablemente!

-Tal vez sea cierto, quienquiera que sea usted. Perosi Lawson es el individuo que usted sospecha, empezará a trabajar bajo mano. Ese hombre no podrá dormir en muchas

noches. Además, temo por mí, porque tanto él como Longstreth han sido siempre enemigos míos.

-Y ¿para qué tiene usted los ojos, Laramie? -preguntó Duane -. Vigile bien desde este mismo momento. Vaya a ver a su amigo Morton y dígale que el asunta empieza a animarse. Entre los dos podrán encontrar a cuatro o cinco hombres a quienes conozcan perfectamente y en los que puedan confiar en absoluto. No olvide que quizá necesitaré su auxilio.

Entonces, Duane se dedicó a visitar todos los establecimientos públicos de la población, observando, escuchando y fijándose en detalles. Habíale precedido ya la noticia de lo ocurrido y en todas partes se hacían cábalas acerca de los resultados que podría tener. Por eso creyó mejor apartarse de aquella gente y, después de oscurecer, se acercó con gran cautela al rancho de Longstreth. La noche era cálida, por cuya razón estaban abiertas las puertas y ventanas de la casa; solamente vio encendidas las lámparas que correspondían al salón de Longstreth, situado en el extremo de la vivienda. Y cuando llegó un cochecillo del que bajaron Longstreth y Lawson, Duane estaba bien oculto entre los arbustos; sin embargo, pudo ver a Longstreth mientras entraba en la casa. Aquel hombre parecía tranquilo y sereno y tenía un aire tan digno, que producía la impresión de que ningún insulto que se le dirigiera podría alcanzarle. Duane no tuvo ya ninguna otra oportunidad de observar a Lawson, y los dos hombres entraron en la casa sin pronunciar una palabra y luego cerraron la puerta.

En el extremo opuesto del soportal, debajo de una ventana, había un saliente que, a la vez, parecía muro y escalón, y allí se ocultó Duane. Y esperó en la oscuridad, con la paciencia adquirida en su época de proscrito.

De pronto se encendió una luz y Duane oyó el roce de una falda.

-Sin duda ocurre algo desagradable, Ruth - dijo la señorita Longstreth con ansiedad-. Acabo de encontrar a papá en el hall y no me ha dicho ni una palabra.

-Pues el primo Floyd parece tener un humor tempestuoso. Hoy ni siquiera ha intentado darme un beso. Debe de haber ocurrido algo. Lo cierto es, Ray, que hoy ha sido un mal día.

-¿Qué podemos hacer nosotras, Ruth? Estos hombres son muy rudos. Floyd me hace desgraciada y además me trata de un modo...

-La verdad es que Floyd es un muchacho que no piensa más que en requebrar a las mujeres - declaró Ruth con el mayor énfasis -. Y estoy segura de que sería capaz de echar a correr detrás de cualquiera.

-Eso no resulta nada agradable para mí, prima Ruth - exclamó Ray, riéndose.

-A mí no me importa - replicó Ruth con la mayor indiferencia- Ese muchacho es muy efusivo y hasta sentimental con las mujeres. Y cuando ha bebido e intenta darme un beso, me inspira la mayor repugnancia.

En aquel momento se oyeron pasos en el hall.

-¡Niñas! - exclamó Lawson con menos alegría que otras veces.

-¿Qué ocurre, Floyd? - preguntó Ray -. Nunca os vi a papá ni a ti como estáis hoy..., tan preocupados. ¿Qué ha ocurrido?

-Pues mira, Ray, hemos tenido una pendencia -replicó Lawson, prorrumpiendo al mismo tiempo en una carcajada poco espontánea.

-¿Una pendencia? - preguntaron las dos jóvenes, llenas de curiosidad.

-Hemos tenido que sufrir un insulto intolerable -añadió Lawson con acento

Librodot

rencoroso, como si sus propias palabras aumentasen la cólera que sentía-. Pero voy a contároslo con detalles.

Dicho esto, tosió y carraspeó de un modo que indicaba sobradamente que había bebido.

Duane se acurrucó aún más en la sombra que le ocultaba y después de relajar sus músculos para poder soportar la inmovilidad que le esperaba, se dispuso a escuchar con la mayor atención. Una sola palabra que Lawson pronunciase en un momento de ira podría indicarle la pista que tanto necesitaba.

-Fue en la sala del tribunal -empezó diciendo Lawso -. Tu padre y el juez Owens estaban conferenciando con tres rancheros que habían venido al pueblo. De pronto penetró ese maldito guardia rural, arrastrando a Snecker, es decir, al individuo que se ocultó aquí. Lo había detenido, acusándolo de haber agredido al propietario de un restaurante, llamado Laramie. Pero como ese Snecker resultó inocente, fue absuelto y puesto en libertad. Entonces, el guardia rural en cuestión empezó a insultarnos a gritos. Dijo que la ley era un farsa en Fairdale y que lo que se hacía en el tribunal merecía el nombre de burla indigna. Añadió que aquí no se respetaba la ley y que tu padre debía ser denunciado por las ilegalidades que ha cometido en el desempeño de su cargo de alcalde. Le acusó de castigar solamente las pequeñas faltas y de que temía a los ladrones de ganado, a los salteadores de caminos y a los, asesinos y no procuraba siquiera darles el merecido castigo. Dijo que se valía de su cargo para engañar a los rancheros y a los ganaderos en cuantos pleitos y denuncias querían tramitar. Y ese tipo lo dijo todo a gritos, para que todo el mundo pudiese oírle. En fin, un verdadero ataque a la autoridad de tu padre y a la del tribunal, y unas infamias intolerables lanzadas por un guardia rural que, en realidad, más parece un perdonavidas.

-¡Oh! -exclamó Ray Longstreth, dolorida y atraída a la vez.

-Los guardias rurales quieren mandar en el occidente de Texas cueste lo que cueste - añadió Lawson -. Son individuos de muy mala fama y muchos de ellos bastante peores que los forajidos a quienes persiguen. Abundan los que antes de ser guardias fueron bandidos y pistoleros.

Y este que ha llegado a Fairdale es uno de los peores. Es listo, inteligente, de maneras corteses, pero eso, precisamente, le hace más temible. Querría matar, le gustaría mucho tener una excusa para hacerlo. Si tu padre hubiese iniciado el más pequeño movimiento, seguramente le habría pegado un tiro. Es un demonio sereno y frío a más no poder, que ha nacido para pistolero. ¡Dios mío! ¡Os aseguro que a cada momento estaba yo temiendo ver caer a tu padre muerto a mis pies!

-¡Oh Floyd! ¡Que bandido! - exclamó horrorizada la señorita Longstreth.

-Debes tener en cuenta, Ray, que ese individuo, como todos los guardias rurales, anda buscando notoriedad. Representó esa comedia con Snecker buscando la oportunidad de acusar a tu padre. Trató de levantar a Fairdale contra el. Su acusación más grave y mal intencionada fue la que se refería a los pleitos. ¡Así reventara! Ese maldito va a procurarnos muchos enemigos.

-No comprendo qué importancia pueden tener las insinuaciones de un hombre como ése -exclamó Ray Longstreth con emocionada voz-. Después de unos momentos de reflexión, nadie se dejará influir por ellas. ¡No te apures, Floyd! Dile a papá que no haga caso. Un aventurero no podrá herir su reputación, después de tanto tiempo de desempeñar el cargo de alcalde.

Librodot

-Te engañas, porque puede perjudicarle-se apresuró a replicar Floyd -. La frontera es una comarca muy rara. Aquí estamos llenos de individuos amargados que han fracasado como colonos. En cambio, tu padre ha logrado el mayor éxito. Y ese guardia rural ha derramado unas gotas de veneno que se extenderán por todas partes.

XVIII

Algunos forasteros que llegaron a Fairdale y otros tipos de temible aspecto, nuevos para Duane aunque no para la población, contribuyeron a crear una atmósfera pesada y expectante. Los garitos hacían negocios excelentes y no cerraban sus puertas ni de noche ni de día. Los ciudadanos honrados se veían despertados al amanecer por grupos que escandalizaban por las calles y, a veces, surgía también alguna feroz reyerta.

Durante el día, Duane solía permanecer en casa. No temía que la primera vez que saliera a la calle fuese blanco de algunos tiros. Pocas veces ocurrían tales cosas y cuando sucedían, más era por accidente que a causa de un propósito decidido. Pero por las noches no estaba mano sobre mano. Se reunía con Laramie, Morton, Zimmer y otros individuos como ellos; habían constituído un club secreto y todos sus socios estaban dispuestos a actuar. Duane pasaba por la noche muchas horas vigilando la casa en que se hallaba Floyd Lawson, cuando no dormía en la de Longstreth. Después de oscurecer tenía algunas visitas, mejor dicho, su casa estaba vigilada por algunos desconocidos que andaban furtivamente, con el mayor misterio, detalle que probaba, precisamente, que sus intenciones no tenían nada de pacíficas. Duane no pudo reconocer a aquellos visitantes nocturnos, y, por otra parte, no creyó que hubiese llegado la ocasión de dar el alto a ninguno de ellos. De todos modos, estaba seguro de que, cuando fuese oportuno hacerlo, descubriría que Lawson u otro de los habitantes de la casa de Longstreth estaba en relaciones con los criminales.

Laramie tuvo razón en sus manifestaciones, porque apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde la última vez que hablara con Duane, aconsejándole obrar con rapidez, cuando le encontraron detrás del mostrador de su restaurante, muerto, con el pecho atravesado por un balazo. Nadie pudo oír el tiro. Era evidente que se trataba de un asesinato, porque, además, sobre el bar se encontró un papel, torpemente escrito con lápiz, que decía «La misma suerte está reservada a todos los amigos de los guardias rurales.»

Este suceso excitó a Duane. Sin embargo, lo primero que hizo fue enterrar a Laramie. Ninguno de los vecinos de éste demostró el menor interés por el o por la desgraciada familia que dejaba. Duane comprendió que aquella gente estaba dominada por el miedo. La señora Laramie enfermó a causa del natural dolor al conocer la muerte de su marido; además, la pobre mujer se quedó casi en la miseria, con cinco hijos. Duane alquiló una casita de adobe en las afueras de la población y trasladó allá a la familia. Luego se encargó de proporcionarles lo necesario y, además de cuidar a la enferma, les apoyó con su amistad.

Pasados varios días, Duane se encaminó atrevidamente a la población, dispuesto a acabar de una vez. Creía que muchos ciudadanos de Fairdale se alegraban, en secreto, de

la presencia de un guardia rural. Mucha gente estaba pendiente de lo que haría, hasta el punto de que una compañía de soldados o hubiese causado tanta impresión como la producida por Duane entre el elemento criminal de la ciudad. Llegó a saberse que era un tirador estupendo y sacaba el revólver con una rapidez inigualable, de manera que el ponerse frente a él equivalía casi a la muerte. Corría el rumor de que había matado a treinta hombres, y hasta se aseguraba que era tan hábil como Buck Duane o el mismo Poggin.

Al principio, no sólo se hicieron muchas conjeturas entre los malos elementos, sino que también se abstuvieron todos de realizar acto alguno que pudiese llamar la atención de un guardia rural listo. En todos los bares, garitos y demás lugares de diversión, Duane oía preguntar : «¿A quien anda buscando el guardia rural? ¿Cuál será la primera detención que haga? ¿Espera a alguien? ¿Quien será el valiente que se le ponga delante para pegarle un tiro? ¿Cuánto tardaremos en encontrarle con el cuerpo lleno de plomo? »

Cuando se pudo tener la certeza de que Duane cultivaba, sin disimular sus actos, la amistad de los ciudadanos honrados, con objeto de ponerlos frente a frente del elemento criminal, Fairdale enseñó sus dientes de lobo. Varias veces dispararon contra Duane en la oscuridad y en una ocasión le hirieron levemente. Circuló el rumor de que el pistolero Poggin se disponía a salirle al encuentro. Pero la gente del hampa no se levantó en masa para matar a Duane en cuanto lo viese. Aquello no se debía a que los enemigos de la ley quisieran observar la conducta de aquel hombre, sino a la lentitud especial de la gente de la frontera. El guardia rural se hallaba entre ellos; era hombre interesante y, al mismo tiempo, temible. Con mucho gusto le habrían aceptado en las mesas de juego y en los bares, para que bebiese y jugara con los individuos que, según a ellos mismos les constaba, se habían hecho sospechosos. Y hasta en su franca hostilidad se advertía una especie de rudo buen humor.

Por otra parte, un guardia rural y hasta una compañía entera de ellos no habría distraído a aquellos hombres del juego, de la bebida y de las peleas, de no haber realizado una maniobra decidida. Tales individuos eran presa de la excitación, de la codicia y de toda clase de apetitos criminales. Duane, sin embargo, observó una excepción notable en el grupo de forasteros que tenía la costumbre de ver. Snecker había desaparecido o andaba oculto. También Duane se enteró del vago rumor que circulaba de la llegada de Poggin, pero lo cierto era que hasta entonces o lo había visto. Además, la conducta de los clientes de aquellos establecimientos parecía ser mucho más correcta que antes, y hasta los cowboys que iban a jugar y a beber se portaban mucho mejor que en otras ocasiones. Pero esta calma momentánea no engañó a Duane, pues comprendió que no podía durar. Lo raro era que durase tanto tiempo.

Con frecuencia iba a visitar a la señora Laramie y a sus hijos. Una tarde, mientras estaba en su casa, vio que la señorita Longstreth y Ruth se detenían ante la puerta. Entraron con un cesto. Evidentemente, se habían enterado de la desgraciada situación de la pobre mujer. Duane sintió una extraña alegría. Para que no le viesen, entró en una habitación inmediata.

-He venido a verla a usted, señora Laramie - dijo la señorita Longstreth con tono afable y cariñoso.

Aunque la pequeña estancia estaba escasamente alumbrada por una ventana y la puerta, Duane podía ver perfectamente a las personas que la ocupaban. La señora Laramie estaba en la cama, desencajada y pálida. En otro tiempo fue, sin duda, una linda

Librodot

mujer; pero ahora, las penas y las contrariedades habían dejado profundas huellas en su rostro, aunque no se veían en él las arrugas que en el de su difunto marido.

Duane se preguntó cómo recibiría la señora Laramie a la hija de su enemigo, pues debía de saber que Longstreth había arruinado a su marido.

-¿De modo que es usted la hija del señor Longstreth? -preguntó la buena mujer fijando en la joven sus negros y brillantes ojos.

-Sí- contestó lacónicamente la señorita Longstreth-. Le presento a mi prima, Ruth Herbert. Hemos venido a cuidarla. a encargarnos de los niños y ayudarla en cuanto nos sea posible, si usted nos lo permite.

Hubo entonces un largo silencio.

-Se parece usted un poquito a Longstreth - dijo por fin la señora Laramie -. Aunque no es usted del todo como él. Sin duda, debe de parecerse más a su madre. El caso es, señorita Longstreth, que no sé si puedo o si debo... aceptar algo de usted. Su padre arruinó a mi marido.

-Ya lo sé-contestó tristemente la joven- Precisamente por eso debe permitirme que la ayude. Le ruego que no me rechace usted... Me daría un gran disgusto.

Si aquella desgraciada y enferma mujer tenía algún resentimiento, sin duda lo olvidó ante el afecto y la dulzura de la señorita Longstreth. Duane se figuró que la belleza de la joven produjo desde el primer momento buena impresión, acentuándose esta luego por su generosidad y su nobleza. El caso fue que, en cuanto hubo dirigido la palabra a los niños, conquistó el afecto de éstos y de su madre. El abrir la cesta que llevaba resultó un verdadero acontecimiento. ¡Pobres y hambrientos niños! Duane llegó a emocionarse. ¡Mal lo hubiera pasado el asesino de Jim Laramie si entonces hubiese podido echarle la vista encima! Sin embargo, la señorita Longstreth y Ruth, como jóvenes generosas y prácticas al mismo tiempo, parecían no dar importancia a aquella triste situación. La ruina había caído sobre aquella casa, pero lo que más se necesitaba en ella era alegría, bondad, ayuda cordial y acción, y todo ello lo proporcionaron las muchachas con una ternura que hizo mucho bien a Duane.

-Señora Laramie, ¿,quién ha vestido a este niño?preguntó entonces la señorita Longstreth.

Duane miró por la rendija de la puerta y vio a un sucio niño en las rodillas de la joven. Aquel espectáculo, suponiendo que antes no hubiese visto otras cosas que le emocionaran, acabó de conquistar su corazón en favor de Ray Longstreth.

-El guardia rural-contestó la señora Laramie.

-¿El guardia rural? - exclamó la señorita Longstreth.

-Sí, ha cuidado de nosotros desde... desde...

La señora Laramie se interrumpió, porque la emoción le ,impidió continuar.

-¡Oh! ¿De modo que no han tenido ustedes más auxilio que el suyo?-se apresuró a preguntar la señorita Longstreth -. ¿Ninguna mujer les ha cuidado? ¡Qué pena! Le prometo, señora Laramie, que le mandaré a alguien para que la cuide, y, además, vendré yo misma.

-Es usted muy buena-replicó la enferma-. Ya sabe usted que Jim tenía pocos amigos..., es decir, amigos verdaderos en la población. Y han temido acudir en nuestro auxilio... quizá por miedo de que les pasara lo mismo que a él ...

- ¡Esto es terrible! -exclamó, horrorizada, la señorita Longstreth-. ¡Valientes amigos! Pero ahora, señora Laramie, no tendrá usted necesidad de seguir angustiada. Nosotras la

cuidaremos. ¡Ven, Ruth, ven a ayudarme! Pero, ¡Señor!, ¿cómo han vestido a este niño?

Era evidente que a la señorita Longstreth le costaba calmar su emoción.

-Parece que lo han vestido al revés-observó Ruth-. No es difícil convencerse de que ese señor guardia rural no tiene ninguna práctica en vestir niños.

-Hizo lo que pudo-replicó la señora Laramie -. ;Sabe Dios qué habría sido de nosotros de no haber contado con él!

-¿Entonces debo suponer que... es algo más que un guardia rural? -preguntó la señorita Longstreth.

-Es mucho más de lo que yo podría decirles -replicó la señora Laramie-. Él se cuidó del entierro de Jim; pagó nuestras deudas y luego nos trajo aquí. Además, ha comprado provisiones para nosotros y, no contento con eso, nos hizo y sirvió la comida. También ha lavado y ha vestido al pequeño. Después de la muerte de Jim, me veló dos noches, porque yo estaba tan mal que me creí a punto de morir. Es un hombre muy bueno, cariñoso y paciente. Gracias a su compañía y a su auxilio he logrado recobrar el ánimo y casi la salud. Algunas veces, cuando me despierto y le veo haciendo algo por ahí, comprendo cuán falso es todo lo que dijeron de él y que Jim casi llegó a creer al principio. No hay más que verle jugar con los niños, del mismo modo..., es decir, como lo hacen los hombres que verdaderamente tienen sentimientos bondadosos y delicados. Y cuando le veo con el niño en brazos, no puedo creer que sea un pistolero ávido de sangre, según dicen por ahí. Es un hombre muy bueno, pero que seguramente no es feliz. ¡Si viese usted cuán dolorosa es la expresión de sus ojos! Muchas veces fija la mirada a lo lejos, mientras le rodean los niños, que le adoran. La vida de ese hombre es muy triste. No hay necesidad de que me lo diga nadie y, por otra parte, es evidente que se complace en hacer el bien. Una vez dijo que era preciso que alguien fuese guardia rural, y yo, por mi parte, puedo asegurarle a usted que doy gracias a Dios de que exista un guardia rural como él.

Duane no quería oír más y penetró en la estancia.

-Ha hecho usted muy bien-exclamó dirigiéndose a la señorita Longstreth -. Aquí hace falta el cuidado de una mujer. Yo podía hacer muy poco. Y usted, señora Laramie, tiene ya mucho mejor aspecto. ¡No sabe cuánto me alegro! Veo también que el pequeñín está ya limpio v bien vestido de blanco. No pueden ustedes figurarse las dificultades con que tropecé para vestirle. Y ahora dígame, señora Laramie, ¿no recuerda usted que le había profetizado la llegada de algún amigo? Ya verá usted como poco a poco mejora su situación.

-Sí, tengo ahora más fe de la que sentía antes -contestó la enferma- Ha venido a cuidarme la hija del señor Longstreth. Poco después de la muerte de mi pobre marido, me figuré que había llegado también nuestro fin. No teníamos nada. ¿Cómo podría cuidar de mis hijitos? Pero ahora ya he recobrado algo el valor para...

-Procure usted olvidar las penas, señora Laramie -dijo a la razón la señorita Longstreth -. Yo haré lo necesario para que esté usted bien cuidada.

-¡Magnífico, señorita Longstreth! - exclamó Duane -. Una cosa así esperaba yo de usted.

Estas palabras debieron resonar agradablemente en los oídos de la joven, porque a la palidez de su rostro sucedió un hermoso rubor.

-Y a usted también le agradezco mucho que haya venido, señorita Herbert - añadió Duane -. Permítame que les dé las gracias a las dos. No pueden imaginarse cuánto me alegro que ustedes sean mis aliadas en la faena que hasta ahora he tenido que realizar

Librodot

solo. Principalmente me alegro por la pobre señora Laramie y por sus hijitos. Sin embargo, debo recomendarles a ustedes que tengan cuidado y no vengan solas a esta casa. Ahora yo podré marcharme. Adiós, señora Laramie. Volveré por la noche.

¡Adiós, señoritas!

-Espere usted un poco, señor guardia rural - exclamó la señorita Longstreth cuando él se disponía a salir.

Estaba pálida, hermosísima. Y al mismo tiempo que pronunciaba tales palabras se dirigió a la puerta y se situó al lado de Duane.

-He cometido una injusticia con usted-exclamó con la mayor vehemencia.

-¿Por que dice usted eso, señorita Longstreth? -dijo él.

-Porque creí lo que mi padre y Floyd Lawson me dijeron de usted.

-Mucho le agradezco sus palabras. Sin embargo, señorita Longstreth, haga usted el favor de no sentirlo tanto. Yo he sido... un pistolero, y ahora soy un guardia rural... Mucho de lo que de mí se dice es cierto en absoluto. El cumplimiento de mi deber me obliga a ser duro con algunas personas..., incluso a veces con los inocentes... ¡Pero Dios sabe cuánto sufro si me veo obligado a ello!

-Yo le juzgué mal, de modo que si alguna vez vuelve a entrar en mi casa, lo consideraré como un honor que me hace. Y...

-¡Por favor! ... Le ruego que no hable así, señorita Longstreth - interrumpió Duane.

-Es que me remuerde la conciencia - dijo la joven, interrumpiendo el silencio absoluto que reinaba en la estancia -. ¿Quiere usted aceptar mi mano? ¿Querrá usted perdonarme?

Con ademán generoso y noble le ofreció la mano derecha, en tanto que con la izquierda se oprimía el pecho. Duane tomó la mano, sin saber en realidad que hacer.

Entonces se le ocurrió la idea de que en el fondo de aquel deseo noble y dulce de la joven había algo más que la intención de disculparse por una injusticia real o imaginada. Y comprendió que no existía ningún hombre en la tierra capaz de resistir a la joven en aquellos momentos.

-Debo rendir a usted los honores debidos a su bondad con esa desgraciada mujer-dijo ella hablando rápidamente-. Cuando estaba abandonada, usted demostró ser su amigo. Fue una acción digna de un hombre de nobles sentimientos. Pero no olvide que en el mundo hay otras mujeres desgraciadas, además de la señora Laramie. Yo también lo soy y no puede usted imaginarse cuánto necesito un amigo sincero. ¿Quiere usted serlo? ¿Quiere usted ser mi amigo? Estoy muy sola y me agobian terribles preocupaciones. Temo..., recelo... ¡Oh, seguramente necesito un amigo y en seguida ! Estoy asustada por lo que descubrirá usted, más tarde o más temprano. Deseo ayudarle. Procuremos salvar la vida, ya que, quizá, no será posible salvar el honor. No puedo continuar sola ni carecer de apoyo ante la amenaza que, tal vez, está pendiente sobre mí. ¿Querrá usted..., querrá usted...?

Y su voz murió, ahogada por su enorme emoción.

A Duane le pareció que la joven acaso habría descubierto ya lo mismo que el empezaba a sospechar, o sea que su padre y Lawson no eran los honrados granjeros que fingían ser. Quizá sabía más aún. La súplica que ella le dirigió le conmovió en extremo. Por su parte, deseó con toda el alma ayudarla, y, al mismo tiempo, la dulce emoción que sintió al oír las palabras de la joven le demostró lo peligroso de la situación en que se hallaba.

-Debo ser fiel a mi deber - dijo con voz ronca.

-Si usted me conociese mejor, sabría que nunca le pediré que falte a él.

-Pues, siendo así, no tengo inconveniente en hacer cuanto pueda en su obsequio.

-¡Oh, gracias! ¡Me avergüenza haber creído a mí primo Floyd! Él mintió, mintió descaradamente. Y ahora tengo la impresión de estar envuelta en tinieblas, en una situación verdaderamente apurada. Mi padre desea que yo regrese a nuestra casa y, en cambio, Floyd se esfuerza en retenerme aquí. Sé que han tenido una gran disputa entre ellos. ¡Oh, presiento que ya a ocurrir algo espantoso! Y comprendo que necesitaré el auxilio de usted si... si... ¿Querrá ayudarme?

-Sí -contestó Duane.

Y la mirada que, al mismo tiempo, le dirigió, hizo ruborizar a la joven.

XIX

Después de cenar, Duane salió a ejercer su acostumbrada vigilancia. La noche era muy oscura, no había estrellas en el cielo y un viento bastante fuerte agitaba las hojas de los árboles.

Dirigió sus pasos hacia el rancho de Longstreth. Estaba tan preocupado por sus ideas, que no se daba cuenta del transcurso del tiempo. Aquella noche, cuando llegó junto a los arbustos que rodeaban la vivienda, oyó los conocidos pasos de Lawson y vio abierta la puerta de la casa de Longstreth, gracias a lo cual se proyectaba una gran mancha de luz en la oscuridad que la envolvía. Lawson cruzó el umbral, cerró luego la puerta y la oscuridad reinó en el exterior. Ni un solo rayo de luz atravesaba las ventanas.

Sin duda habría sido muy interesante para Duane la conversación de los dos hombres. Se acerco sin ruido a la puerta y presto extraordinaria atención, pero sólo pudo oír el murmullo de unas voces. Además, su situación era demasiado arriesgada y, teniéndolo en cuenta, dio la vuelta a la esquina de la casa.

Aquel lado del edificio de adobe era mucho más antiguo que la parte posterior, bastante más espacioso. Entre las dos casas había un estrechísimo paso o corredor que, desde la parte exterior, conducía al patio.

Aquel pasillo proporcionó a Duane la oportunidad de espiar de cerca al coronel y decidió aprovecharla a pesar del peligro que suponía. Avanzando con la mayor cautela, logró situarse bajo el seto que había a la entrada de aquel corredor. En la oscuridad reinante, una débil línea de luz descubrió una grieta de la pared, por donde se filtraba. Tuvo que entrar de lado por el pasadizo, contrayendo el cuerpo, pero logro pasar sin hacer el más ligero ruido. Al avanzar advirtió que aquel pasaje se ensanchaba algo, demostrándole que, en caso de tener que salir rápidamente, sería mucho mejor dirigirse al patio. Al llegar a la raya luminosa de la grieta descubierta vió que estaba muy alta. Por consiguiente, buscó algunos puntos de apoyo en la pared del pasadizo, que se caía a trozos, y apoyando las rodillas en un lado y la espalda en el opuesto pudo sostenerse para mirar por ella. Ya en aquel lugar, el peligro que pudiese correr no le importaba, porque desde allí pudo ver a Longstreth, que estaba sentado acariciándose el bigote muy pensativo. Con las cejas fruncidas miraba fijamente a Lawson, que parecía haber tomado una violenta resolución.

-Esta noche arreglaremos las dos cosas a la vez -decía Lawson -. Por eso he venido.

-Pero suponte que yo no quiera conferenciar aquícontestó Longstreth, impaciente-. Nunca consentí que en mi casa...

-Ya hemos esperado demasiado. Esta casa es un lugar tan conveniente como otro cualquiera. Usted ha perdido el ánimo desde que ese guardia rural llegó al pueblo. Pero, ante todo, dígame si quiere darme a Ray por esposa.

-Hablas como un niño mimado, Floyd. ¿Darte a Ray? Ten en cuenta que es ya una mujer y no dudo que acabará haciendo lo que le parezca mejor. Ya te he dicho que, por mi parte, no tengo inconveniente en que se case contigo. He tratado de convencerla, pero Ray no te quiere, al parecer. Al principio le gustabas, y ahora ha cambiado. ¿Que quieres que haga yo?

-¡Obligarla a que se case conmigo! -replicó Lawson.

-¿Obligarla? Aunque me lo propusiera no lo conseguiría. Por otra parte, no pienso intentarlo. Como pretendiente de la mano de mi hija, no tengo de ti una opinión demasiado favorable, Floyd. Sin embargo, daría mi consentimiento. Nos marcharemos antes de que se ponga en claro este desagradable asunto. Entonces, ella no sabría cosa alguna y acaso tú volverías a ser el mismo que antes de echarte a perder en el Oeste. Por eso, y en vista de la situación actual, esfuérzate en que ella te acepte, pero de antemano te digo que saldrás derrotado.

-Y, ¿por qué tuvo usted el capricho de hacerla venir? -preguntó airado Lawson -. Cometió usted una grave equivocación. Yo he perdido la cabeza por ella. Y será mía o me costará la vida. Tenga la seguridad de que, si ella llegase a ser mi mujer, yo recobraría el ánimo y encontraría el modo de salir de esta situación. Desde que llegó no nos ha salido nada a derechas. Además, nuestros hombres parecen estar descontentos. No, Longstreth. Es preciso que esta misma noche quede resuelto todo de una vez.

-Por lo que se refiere a Ray, podemos arreglarlo ahora mismo, si quieres -replico Longstreth poniéndose en pie-. Ven, vamos a preguntárselo. Así sabrás a que atenerte acerca del particular.

Salieron, dejando la puerta abierta. Duane se dejó caer al suelo, para descansar mientras aguardaba. Habríale gustado oír la respuesta de la señorita Longstreth, pero tuvo que contentarse con adivinarla. Lawson resultaba ser lo que Duane se imaginara, y estaba seguro de que muy en breve podría descubrir que era todavía peor.

Longstreth y Lawson estuvieron ausentes largo rato, aunque tal vez esta sensación se debió a la ansiedad de Duane. Por fin oyó fuertes pasos. Lawson llegó solo. Parecía abatido. Mas, muy en breye, se abandonó al furor. Iba de un lado a otro de la estancia, con precipitados pasos, maldiciendo y blasfemando sin parar. Luego yolvió Longstreth, quizás algo más tranquilo. Duane comprendió sin dificultad que aquel hombre sentía un alivia extraordinario al ver rechazada la proposición de Lawson.

-Mira, Floyd, vale más que olyidemos eso -dijo-.Ya has visto que yo no puedo remediarlo. Mala es, sin duda, la situación en que nos hallamos; pero ya comprenderás que no puedo echar un lazo a mi hija y entregártela como haría con un novillo rebelde.

-Sepa usted que yo soy capaz de obligarla a que se case conmigo-declaró Lawson articulando las palabras con alguna confusión.

-¿Cómo?

-De sobra le consta a usted la yentajosa situación en que me hallo, por estar enterado de todas las fechorías cometidas por usted y gracias a las cuales ha alcanzado la jefatura

Librodot

de esa cuadrilla de bandidos.

-Sí, ya lo se. No tienes que recordármelo- contestó Longstreth de mala gana.

-Pues bien, yo puedo presentarme a Ray, contarle todo eso y luego le anunciaré que lo publicaré a los cuatro vientos y se lo dire incluso a su guardia rural... en el caso de que persista en no querer casarse conmigo.

Lawson hablaba con voz muy agitada, desencajado sombrío. No se avergonzaba del proyecto que acababa de enunciar dejándose arrastrar por la fuerza de su pasión.

Longstreth miraba a su pariente con furia contenida. En aquella mirada, Duane pudo reconocer a un hombre fuerte desprovisto de escrúpulos, que se había hundido en el mal, pero que aún seguía siendo un hombre. Lawson, en cambio, daba muestras de dejarse dominar por las pasiones demostrando ser mucho más débil que su tío. También a Duane le pareció adivinar que, durante aquellos años de criminal asociación, el yiejo se esforzó en sostener al joven. Pero era evidente que tal colaboración y comunidad de intereses había terminado para siempre, gracias a la imposibilidad de Longstreth de continuarla. Lawson, como la mayoría de los malvados de la frontera, había llegado a un punto en que nadie tenía ya influencia obre él. Su razón había degenerado y no se veía más que a sí mismo.

-Ten en cuenta, Floyd, que Ray es la única persona de la tierra que no ha de llegar a saber Nunca que yo soy un ladrón de lanado. el jefe de la cuadrilla más criminal que hay en toda la frontera-observó Longstreth con tono decidido.

Floyd inclinó la cabeza al oír aquellas palabras, como si hubiese comprendido la razón de tal observación, pero no permaneció mucho rato indeciso, y replicó:

-Antes o después acabará por enterarse. Ahora mismo tengo la seguridad de que se ha dado cuenta de que aquí ocurre algo raro y desagradable. Ray no es tonta ha podido observar cosas extrañas. Fíjese bien en mis palabras!

-Reconozco que Ray ha cambiado. Pero todavía no tiene la menor sospecha de que su padre es el jefe de ladrones de ganado. La pobrecilla está preocupada por lo que considera mis deberes de alcalde. Tambien creo que no ha quedado muy satisfecha de mis explicaciones respecto a determinados objetos de valor.

Lawson hizo una pausa en su inquieto paseo y se apoyó en la repisa de piedra de la chimenea. Habíase metido las manos en el bolsillo, y por fin se encogió de hombros como si aquel fuese su último acto de atrevimiento. Estaba, sin duda, desesperado, pero demostró que había desaparecido va su excitación nerviosa.

-Tal yez eso sea verdad, Longstreth -dijo- No dudo de que es usted sincero, pero eso no le sirve de nada. Yo deseo a mi prima por mujer, y si no la obtengo... todos nos iremos al diablo.

Estas significativas palabras dejaban entrever probablemente lo peor, aunque comprendíase, desde luego, que no había acabado de expresar sus pensamientos. Longstreth tuvo un ligero sobresalto apenas perceptible, como el leve movimiento de sorpresa que hace el tigre que acaba de despertarse. Estaba sentado, con la cabeza inclinada, atusándose el bigote. Duane leía perfectamente sus pensamientos, porque tenía gran práctica en comprender las reacciones íntimas de los hombres cuando se sentían acorralados. No tenía ningún medio de comprobar lo acertado de su juicio, pero estaba seguro de que, en aquel momento, Longstreth decidió la muerte de Lawson. Y se dijo también que el alcalde no había pensado nunca en apelar a semejante medio para librarse de él, pero la intervención de Ray en la situación, ya desagradable por sí misma, puso a

Longstreth en una contradicción consigo mismo.

De pronto dirigió una furtiva mirada a su interlocutor y empezó a hablar. Lo hacía de un modo rápido y persuasivo; a Duane le dio la impresión de que hablaba así con el único objeto de apaciguar momentáneamente a Lawson. Éste no comprendió el siniestro significado de aquellas palabras, ni que en aquellos momentos acababa de pronunciarse su sentencia de muerte. Él no pensaba en nadie más que en sí mismo. Duane no pude dejar de preguntarse como era posible que un hombre dotado de tal mentalidad hubiese podido vivir y prosperar tanto en una región tan severa y exigente como el Sudoeste para los hombres de su calaña. La respuesta estaba, quizás, en que Longstreth le había guiado, sostenido y protegido. Mas, al intervenir la joven en las relaciones de los dos hombres, originó entre ellos una grave disensión.

-Eres demasiado impaciente - termino diciendo Longstreth -. Si quieres obligar a que Ray te dé su consentimiento, corres el peligro de perder toda posibilidad de ser feliz. Podrías conquistar a mi hija. Si le dijeses quién soy, ten la certeza de que ella te odiaría durante toda su vida. Tal vez se casara contigo por salvarme. Mas, a pesar de todo, te odiaría. Ése no es el camino más acertado. Espera. Deja que el tiempo trabaje en tu favor. Pórtate con ella de un modo diferente. Abstente de beber, porque a ella le repugna esa costumbre. Ahora, en cambio, debemos ocuparnos tú y yo en dar con la manera de vender todo esto, es decir, el ganado, el rancho y el resto de las propiedades. Una vez lo hayamos logrado, abandonaremos el país. Y cuando estemos libres, tendrás más probabilidades de conquistar a mi hija.

-Ya le he dicho a usted que no podemos movernos de aquí - gruñó Lawson -. Nuestros hombres no lo permitirían. Por consiguiente, no podrá dejar esto si no está decidido de antemano a sacrificarlo todo.

-¿Crees, pues, que deberíamos engañar a nuestros hombres y marcharnos sin que lo supieran? ¿Deberemos abandonarlos por lo que pueda ocurrir luego?

-Eso es precisamente lo que propongo.

-No puedo negar que soy bastante malo, pero no tanto - replico Longstreth -. Si yo no puedo lograr que mis hombres me permitan marchar, me quedaré y haré frente a lo que venga. Por otra parte, Lawson, ¿no has pensado en que la mayor parte de los negocios que hemos realizado durante estos últimos años han sido siempre tuyos?

-Sí, pero me consta que si no me hubiese ocupado yo en esos asuntos, no se habría hecho nada en absoluto. Usted está acobardado desde hace bastante tiempo y más desde la llegada de ese guardia rural.

-Bueno, no tengo inconveniente en que califiques mi conducta de cobarde. Yo, en cambio, considero que es una prueba de buen sentido. Hace ya bastante tiempo que llegamos al límite. Empezamos robando unas cabezas de ganado, en una época en que eso no tenía importancia. Pero a medida que creció nuestra codicia, aumentó también nuestra audacia. Más tarde se formo la cuadrilla, vinieron las expediciones regulares y luego una cosa y despues otra, hasta que antes de que lo sospechásemos siquiera, mejor dicho, antes de que lo sospechara yo, realizábamos negocios punibles, atracos y hasta asesinatos, de los que tú solo tienes la culpa. En esa situación, ya no tuvimos más remedio que seguir adelante. Ya es, pues, demasiado tarde para retroceder.

-Reconozco que todo eso es cierto. Además, ninguno de nuestros hombres está dispuesto a abandonar la cuadrilla. Todos creen, y yo comparto su opinión, que no es posible variar nada. Tal vez la gente nos mira mal porque nos creen autores de una serie

Librodot

de hazañas atrevidas, pero nada puede probarse contra nosotros. Somos demasiado fuertes.

-En eso precisamente estás equivocado a más no poder -replicó Longstreth -. Yo también opinaba así y no hace mucho porque estaba ensoberbecido. ¿Quién sería capaz de poder relacionar al ranchero y al alcalde Longstreth. con el jefe de una cuadrilla de forajidos, ladrones de ganado? Pero he cambiado de opinión. He podido reflexionar profundamente y he llegado a determinadas con clusiones. Formamos un cuerpo de gente audaz y criminal y es imposible que continuemos subsistiendo.

Una de lasleyes fundamentales de la vida, que también aquí se cumple, consiste en que todas las cosas han de transformarse para mejorar. Por consiguiente, más vale repartirnos equitativamente cuanto poseemos y abandonar todos esta comarca.

-Usted y yo somos los únicos dueños de todo el ganado..., de todos los beneficios-protesto Lawson.

-Estoy dispuesto a repartir lo mío.

-¡Pues yo no! -se apresuro a contestar Lawson.

Longstreth extendió las manos abiertas, como indicando la imposibilidad de convencer a aquel hombre. La conyersación no logro calmar su agitación, pues, por el contrario, demostraba aún mayor impaciencia. Sus ojos brillaban con expresión sombría.

-Tu ganado y tus propiedades te durarán muy poco y no te servirán de nada en cuanto ese guardia rural...

-¡Bah! - interrumpió Lawson con voz ronca, porque la mención del guardia rural equivalía, para él, a aplicar un fósforo a la pólvora-. ¿No le he dicho a usted que morirá muy pronto, como le ocurrió a Laramie?

-Sí, has mencionado la... la suposición - replico Longstreth con sarcasmo-. Y tambien estoy enterado de como os proponeis alcanzar tan deseado fin.

-La cuadrilla entera lo tumbará a balazos.

-¡Bah! -replico a su vez Longstreth, riéndose desdeñosamente- No seas tonto, Floyd. Hace ya diez años que vives en la frontera. Estás acostumbrado al manejo del revólver, que has utilizado cuando emprendías alguna expedición con el ganado robado. Has tomado parte en numerosas luchas a tiro limpio. Pero nunca te enfrentaste con un hombre como ese guardia rural. Y ni siquiera tienes bastante sentido común para buscar una oportunidad favorable, a fin de librarte de él. Lo mismo les ocurre a los demás. Para acabar con él sería necesario que toda la banda disparase a la vez sus armas sobre su cuerpo y, a pesar de todo, estoy seguro de que mataría a alguien antes de morir.

-Dice usted eso como si no le importasen nada los hombres que cayesen ante sus balas-observo Lawson en tono sarcástico.

-Si he de serte franco, no me importaría gran cosa -replicó el otro con el mayor descaro-. Ya estoy cansado de todo eso.

Lawson, en extremo asombrado, profirió una maldición. Sus emociones superaban a su inteligencia, que no brillaba por su agudeza. Duane no había visto nunca a un hombre más vanidoso ni arrogante que aquel.

-No me gusta su modo de hablar, Longstreth-dijo.

-Pues haz lo que te dé la gana - le replicó rápidamente su tío.

Estaba en pie, frío, sereno, aunque el brillo de sus ojos y la decisión que se advertía en su apretada boca indico a Duane que en aquellos momentos era peligroso.

-En fin, en resumidas cuentas, poco me importa eso -contestó Lawson

inconscientemente, cohibido por su interlocutor-. Lo interesante en estos momentos es decidir si llegaré a casarme con mi prima.

-Si no es con su consentimiento, no.

-¿De modo que no la obligará usted?

-De ninguna manera - replico Longstreth con voz fría, grave.

-Muy bien. En tal caso la obligare yo.

Era evidente que Longstreth conocía tan bien a Lawson, que no malgastó más palabras con él. Duane comprendió lo que ni siquiera había sospechado este último, o sea que aquél tenía un arma de fuego al alcance de su mano y que estaba dispuesto a utilizarla. En aquel momento se oyeron en el exterior unos pasos que se dirigían al soportal. Tal vez Duane se equivoco; pero, según su opinión, aquellos pasos salvaron la vida de Lawson.

-¡Aquí están ! -dijo este abriendo la puerta.

Entraron cinco enmascarados; todos llevaban chaquetas, bajo las cuales ocultaban sus armas. Un individuo corpulento, de anchos hombros, dio la mano a Longstreth, en tanto que los demás se quedaban en segundo término.

Había cambiado ya la atmósfera de la estancia. Lawson quedó casi por completo anulado. Longstreth era otro hombre desconocido para Duane. Y si había abrigado la esperanza de librarse de aquella banda o de huir a una región en la que gozara de mayor seguridad, era evidente que abandono tales propósitos al ver a aquellos hombres. Hallábase, sin duda, ante un poder ejecutivo y estaba atado de pies y manos.

El hombre corpulento habló en voz baja y ronca, mientras los demás formaban un círculo en torno suyo, rodeando casi la mesa. Probablemente cambiaron algunas señales secretas de reconocimiento, que Duane no pudo yer con claridad. Luego, todas las cabezas se inclinaron sobre la mesa. Hablaban en voz muy baja, preguntaban, respondían y discutían. Aguzando el oído, Duane pudo sorprender algunas palabras sueltas. Era evidente que formaban planes, pero llegaron a un acuerdo rápidamente. Duane sólo pudo comprender que volverían a encontrarse en Ord, o cerca de aquella población.

Entonces, el corpulento individuo, que debía de ser el jefe de los recien llegados, se puso en pie para marcharse lo hizo tan de prisa como al llegar, seguido por sus compañeros. Longstreth se dispuso a fumar tranquilamente un cigarro. Lawson, muy poco comunicativo, parecía estar a disgusto con la compañía de su socio. Fumaba de un modo desesperado y bebía continuamente. De pronto, se irguió como si prestase oído.

-¿Qué es eso?-exclamo.

El fino oído de Duane percibió un leve roce.

-Será una rata-replico Longstreth.

Aquel roce se fue acentuando de un modo gradual.

-Más bien parece una serpiente - observó Lawson.

Duane sintió un movimiento casi inapreciable en la pared que lo sostenía. Apenas prestaba fe a sus sentidos. Pero aquel roce podía confundirse, en el interior de la habitación de Longstreth, con el ruido de algunas partículas de barro al caer al suelo. La pared de adobe, que, en realidad, era de barro seco, se estaba desmoronando. Duane sintió con la mayor claridad un temblor de la pared y aquello le produjo cierta alarma.

-¿Que demonio ocurre? - exclamo Longstreth.

-Huele como a polvo - observo Lawson.

Aquella fue la señal para que Duane saltara al suelo. A pesar del cuidado con que lo

hizo, no pudo evitar el ruido de su caída.

-¿No has oído caer algo? -pregunto Longstreth.

Nadie contesto, pero en aquel momento cayo un gran trozo de la pared de adobe. Duane oyó el choque contra el suelo y notó que la pared seguía desmoronándose.

-¡Sin duda hay alguien entre las dos paredes del pasadizo! - gritó Longstreth.

Inmediatamente, un trozo de la pared cayó hacia dentro, con gran ruido. Duane empezó a deslizar su cuerpo a lo largo del estrecho paso que conducía al patio.

-¡Oiga! -gritó Lawson-. ¡Por ahí!

-No, no, ese individuo ha ido por el lado opuesto -replico Longstreth.

El ruido de pesados pasos dio a Duane la fuerza y la rapidez de la desesperación. No trataba de eludir un encuentro, pero tampoco quería verse acorralado como una rata. Poco faltó para que sus ropas quedaran completamente destrozadas en aquel estrecho pasadizo. El polyo le cegaba, impidiéndole respirar con facilidad. En cuanto salió al patio pudo observar que había llegado con la mayor oportunidad. Aspiró profundamente el aire, con lo cual recobró las fuerzas y, va reyólver en mano, se acerco a la salida que daba al patio. El ruido de unos pasos le obligo a volverse hacia atrás. Mientras tuviese probabilidad de escapar se proponía evitar la lucha. Se figuro entonces que alguien llegaba al patio desde el extremo opuesto. Siguió adelante y al llegar ante un y, puerta, aunque ignoraba en absoluto adonde conducirla, la empujo, la abrió un poco y paso al otro lado.

XX

Fue acogido con un grito ahogado. La habitación estaba bien alumbrada y pudo ver a Ray Longstreth, sentada en la cama y vestida con la bata de noche. Hizo un gesto recomendando silencio y luego se yolvió para cerrar la puerta.

Ésta era muy gruesa y carecía de tranca o de cerrojo, pero en cuanto la hubo entornado se considero seguro momentáneamente. Luego miro a su alrededor. Había una ventana con la persiana cerrada. Presto oído y le pareció oír unos pasos que se alejaban y morían en la distancia.

Entonces, Duane se volvió a la señorita Longstreth. Ésta habíase alejado de la cama y, arrodillada, extendía sus manos temblorosas. Estaba tan blanca como la almohada de su lecho. Era evidente que se había asustado muchísimo. Duane hizo otro ademán con la mano, para recomendarle silencio, y luego avanzo con lentitud hacia ella, deseoso de tranquilizarla.

La joven, sin embargo, profirió una ahogada exclamación debida al miedo y Duane creyó que se desmayaría. Al llegar junto a ella, la miro a los ojos y se explico la extraña y sombría expresión que había en ellos. Estaba aterrada por creer que él deseaba matarla o, quizá, hacerla víctima de un atropello peor todavía. Duane no dudo de que su aspecto debía de ser poco tranquilizador al penetrar en aquella estancia con rostro severo y airado y empuñando el revólver.

Fué muy penosa para él la mirada de temor con que la joven examino su rostro.

-Escúcheme. Ignoraba que ésta fuese su habitación. He penetrado en ella huyendo... para salvar la vida... Me perseguían. Estaba espiando a su padre y a los hombres que

están a sus ordenes. Ellos me oyeron, pero no lograron verme. Por consiguiente ignoran quien les estuvo escuchando. Ahora andan buscándome.

Los ojos de la joven cambiaron de expresión, demostrando su deseo de comprender las explicaciones de Duane.

Se puso en pie y miro a Duane con todo el fuego y la inteligencia de que era capaz.

-¡Cuéntemelo todo! -dijo-. ¿Estaba usted espiando a mi padre?

Duane le refirió brevemente lo ocurrido, sin omitir el concepto que le merecían los hombres a quienes había estado observando.

-¡Dios mío! ¿Es verdad lo que me cuenta? Yo sabía que aquí estaban sucediendo cosas horribles, en las que mi padre se hallaba comprometido.., y no solo con ellas, sino con la gente y con este lugar. Además Floyd Lawson me inspiro una repulsión extraordinaria. ¡Oh! Le aseguro que me moriré de pena si... si... ¡Esto es mucho peor de cuanto me había imaginado ! ¿Qué haré?

El ruido de unos pasos, suaves y cercanos, distrajeron la atención de Duane, recordándole el peligro de la señorita Ray y el de que lee descubriesen a él en su habitación, cosa que quería evitar a toda costa.

-Es preciso que salga de aquí - murmuró.

-¡Espere ! -contesto ella -. ¿No me ha dicho que andan buscándole?

-Con toda seguridad -contestó él.

-Pues, en tal caso, no debe usted marcharse, podrían pegarle un tiro antes de que se hubiese alejado. Quedese.

¡Si se acercan a la puerta del cuarto podrá esconderse ! Yo apagaré la luz y, si es preciso, saldré a recibirles hasta la puerta. Puede confiar en mí. Espere hasta que se apacigüe todo, y, en último caso, podrá quedarse aquí hasta por la mañana. Entonces le será posible salir sin que le vean.

-No debería continuar aquí. No quisiera... No quiero... -replico Duane, perplejo a más no poder.

-Es preciso. Éste es el único sitio seguro. Aquí no vendrán.

-¿Y si lo hacen? Es muy probable que Longstreth registre todas las habitaciones y todos los rincones de esta vieja casa, y si me encuentra aquí no podre luchar para evitar que le hagan daño. Además... el hecho de encontrarme en este lugar...

Duane no acabó la frase, pero dio un paso hacia la puerta. Ella, muy pálida y sombría, le asió del brazo para contenerle. La joven era tan fuerte y ágil como una pantera, pero en aquellos momentos no tenía necesidad de una cosa ni de otra, porque la presión de su mano fue suficiente para vencer la resistencia de Duane.

-¿Aún estás despierta, Ray? - preguntó en aquel momento la clara voz de Longstreth, aunque demasiado tranquila para ser natural.

-Sí, estaba leyendo. Buenas noches-replico en seguida la señorita Longstreth con voz tan natural, que Duane se maravillo ante la diferencia que existía entre un hombre y una mujer. Luego ella hizo seña a Duane para que se ocultase en el cuartito ropero. Él obedeció, pero la puerta no acababa de cerrarse por entero.

-¿Estás sola? - continuo diciendo la penetrante voz de Longstreth.

-Sí - contesto -. Ruth se ha acostado ya.

Entonces se abrió un poco la puerta y apareció Longstreth, desencajado, con los ojos inyectados en sangre. A, su espalda, Duane vio a Lawson y, con menos claridad,. a otro hombre.

Longstreth impidió la entrada a Lawson, con un movimiento que demostraba gran dominio de sí y la mayor desconfianza. Deseaba registrar la habitación y en cuanto hubo dado un vistazo a su alrededor salió y cerro la puerta.

Paso un rato larguísimo al parecer. La casa volvió a quedarse silenciosa, y aunque Duane no podía ver a la señorita Longstreth oía perfectamente su agitada respiración. ¿Cuánto tiempo le haría permanecer allí? Aunque su vida fue dura y peligrosa, aquella aventura resultaba enteramente nueva para él. Advirtió en la extraña dulzura de sus propios sentimientos la rara influencia magnética de aquella hermosa mujer. Casi le parecía imposible que él, que tanto tiempo paso lejos de la sociedad, hubiese acabado por enamorarse. Sin embargo, tal debía de ser el secreto de su agitación.

De pronto abrió la puerta del ropero y salió al dormitorio. La señorita Longstreth tenía la cabeza apoyada en los brazos y, al parecer, estaba muy acongojada. Al sentir el suave contacto de la mano de el, levanto su tembloroso rostro.

-Creo que ya puedo marcharme... sin peligro.

-Váyase, si cree que debe hacerlo, pero puede quedarse hasta que ya no haya peligro alguno.

-No se..., no se como darle las gracias. No puede imaginarse lo horroroso que ha sido para mí el haber descubierto... teniendo en cuenta que usted es su hija. Mis sensaciones son muy raras y ni yo mismo las comprendo. Pero deseo demostrarle mi agradecimiento y, si yo no fuese un proscrito y un guardia rural, con gusto pondría mi vida a sus pies.

- -¡Oh! ¿Tan orgullosa me considera? - balbuceo la joven.

- -Le digo lo que siento. Y eso precisamente es lo que me hace lamentar más la pena que le he causado por haber venido.

-¿No luchará usted con mi padre?

-Si puedo evitarlo, no. Por ahora me limito a alejarme de su camino.

-Sin embargo, le ha espiado.

-Soy guardia rural, señorita Longstreth.

-Pues yo, ¡oh Dios mío!, soy hija de un ladrón de ganado -exclamo- Pero aún es más terrible de lo que había sospechado. Yo me figuraba que estaba comprometido en algunos robos de ganado y en asuntos poco limpios. Pero esta noche tuve ya sospechas más graves.

-¿Como? Cuéntemelo.

-Oí decir a Floyd que los hombres de la banda llega

rían esta noche para convenir con mi padre un encuentro cerca de Ord. Papá contestó que no quería ir; entonces

Floyd le dio un nombre.

-¿Cuál?

-Cheseldine.

-¿Cheseldine? ¡Dios mío! ¿Por que me ha dicho usted eso, señorita Longstreth?

-¿Qué importancia tiene ese nombre para usted?

-Pues que de eso resulta que su padre y Cheseldine son la misma persona-murmuró Duane con voz ronca.

-Lo mismo me dije yo-replicó ella, anonadadaPero Longstreth es el verdadero nombre de papá.

Duane quedo tan asombrado, que por unos momentos no pudo hablar. Lo que le restaba fuerzas era la participación de la joven en la tragedia. Y en el instante en que ella

le reveló aquel secreto, Duane comprendió que la amaba y su emoción se parecía, por fuerza y por intensidad, a un torrente crecido por las lluvias.

-Señorita Longstreth, todo eso parece increíble-murmuró-. Cheseldine es precisamente el individuo a quien he venido a buscar, por ser el jefe de una banda de ladrones de ganado. Pero ese nombre no tiene importancia. Su padre es, pues, el hombre que ando buscando y que he jurado encontrar. Me obliga a ello algo bastante superior a la ley o a los juramentos, de manera que no puedo dejar de cumplir con mi deber. No tengo más remedio que hacer caer la deshonra sobre su padre, de modo que, indirectamente, también será usted víctima de ella. Y esto es tanto más duro para mí, señorita Longstreth, cuanto que estoy seguro de que la amo. Mi amor ha nacido de un modo repentino e inesperado, pero es tan sincero que moriría por usted si pudiese. ¡Cuán fatal y terrible es esto! ¡Que inesperado es, a veces, el curso de los acontecimientos!

Ella se dejo caer de rodillas y apoyó las manos en las de el.

-¿No le matará usted? - imploro -. Si realmente me quiere, ¿procurará no matar a mi padre?

-Sí. Se lo prometo.

Ella profirió un leve gemido y apoyó la cabeza en la almohada.

Duane abrió la puerta con la mayor cautela, salió al corredor y se dirigió al patio. Una vez estuvo en la oscuridad, donde su ardoroso rostro recibió el fresco soplo del aire, sintió un alivio físico y al mismo tiempo se calmó en parte su agitación espiritual.

La noche era oscura y tormentosa, pero no llovía aún. Duane esperó que tan pronto como estuviera lejos del rancho sentiría bastante aliviado el dolor que sufría. Pero aun después de encontrarse en pleno campo tenía un nudo en la garganta y un dolor indefinible en el pecho. Todas sus ideas estaban concentradas en Ray Longstreth. ¡ Que mujer tan espléndida era ! Y tuvo la idea, la vaga esperanza de que quizás, y hasta de un modo seguro en absoluto, existiría el medio de salvarla.

XXI

Antes de acostarse aquella noche, Duane decidió ir a Ord con objeto de dar con el punto de cita de Longstreth con sus hombres. Éstos interesaban a Duane bastante más que su jefe. En efecto, si Longstreth o Cheseldine era el celebre director de aquella pandilla, Poggin era el ejecutor de sus órdenes. Era, pues, preciso encontrar ante todo a este e impedirle todo movimiento, y no sólo a el sino también a sus auxiliares. Duane sentía entonces una emoción extraña y feroz. Pensaba más en Poggin que en el éxito del plan ideado por Mac Nelly. Y al advertirlo sintió cierto recelo con respecto a aquella emoción.

Al día siguiente salió en dirección a Bradford, muy satisfecho de alejarse unas horas de Fairdale. Pero el tiempo y la distancia no fueron suficientes para calmar el dolor de su corazón. El único medio de olvidar a la señorita Longstreth consistía en fijar su mente en Poggin, y a veces, ni siquiera esto bastaba.

Evitó pasar por Sanderson y al terminar su viaje, de un día y medio, llegó a Bradford.

La noche antes, el tren expreso número seis, que al mismo tiempo transportaba el correo hacia el Este, fue detenido por unos salteadores, y el encargado de los valores

quedó muerto sobre el arca de caudales, herido el cartero y substraídas las sacas de correo. La máquina número seis, desprovista incluso del tender, llegó sola a la ciudad inmediata, y el maquinista y el fogonero refirieron, respectivamente, una historia que se contradecía en muchos puntos. Se organizó a toda prisa un cuerpo de ferroviarios y paisanos al mando de un sheriff de cuya honradez sospechaba Duane, y. en la misma locomotora, salieron a recoger el resto del tren. Duane tuvo una inspiración repentina que puso en claro una vaga idea o un presentimiento que había estado atormentándole, v obrando de acuerdo con ella, montó de nuevo a caballo y salió de Bradford sin ser visto. Mientras viajaba de noche, siguiendo una oscura senda, en dirección a Ord, lanzó una corta y sardónica carcajada ante la posibilidad de que le tomasen por un salteador de trenes.

Al trote corto de su caballo viajó casi toda la noche v, cuando se le apareció la negra cúspide del monte Ord ocultando numerosas estrellas, detuvo su cabalgadura, la ató y durmió hasta el amanecer. Habíase llevado un pequeño paquete de provisiones, de manera que, al despertar, se entretuvo en preparar el desayuno. En cuanto el sol estuvo bastante alto volvió a ensillar a Proyectil y, abandonando el sendero en dónde quedaban marcadas sus huellas, hizo que el animal anduviese sobre las rocas y los matorrales. Escogió un camino difícil, fragoso y zigzagueante para llegar a Ord; ocultó sus huellas con la habilidad propia del fugitivo que durante mucho tiempo se ha visto perseguido, y llegó por fin a la población, con el caballo fatigado y cubierto de espuma. Y tuvo la suerte de que presenciara su llegada el individuo a quien recordaba con el nombre de Fletcher y por varios compañeros suyos que le vieron venir a campo traviesa y saltar una valla para entrar en el camino.

Duane guió a Proyectil hasta el soportal en donde Fletcher se acariciaba la barba. No llevaba sombrero ni chaleco y era evidente que acababa de tomar unos tragos.

-¡Hola, Juan! - exclamó Fletcher en cuanto estuvo cerca.

Duane contestó al saludo y los demás le acogieron con gran interés.

-¡Oiga, Jim! Mi caballo está muy cansado. Me gustaría ocultarle de los turistas y de los curiosos que puedan llegar.

-¡Ja, ja, ja! - exclamaron varios hombres al oír tales palabras.

Duane se alegró al oír aquella expresión de buen humor.

-Bueno, si los turistas no son gente lista, es seguro que no podrán encontrar el caballo en la barraca que tiene Bill ahí detrás. Allí encontrará usted un buen pienso para el animal, pero tendrá que molestarse en proporcionarle agua.

Duane llevó a Proyectil al lugar indicado, y después de atender a sus necesidades, le dejó. En cuanto se halló otra vez en el porche de la taberna vio que el grupo de parroquianos había aumentado, reconociendo a algunos de los recién llegados. Sin hacer comentario alguno, Duane empezó a seguir, a la inversa, el camino que había traído, v con el mayor cuidado se dedicó a borrar las huellas de su caballo, en tanto que Fletcher y sus compañeros observaban atentamente esta operación.

-No puede negarse, Juan-exclamó Fletcher al ver regresar a Duane-, que eso que acaba de hacer es mucho más seguro que las rogativas para que llueva.

La respuesta de Duane fue una observación tan profunda como la de Fletcher, para indicar que un viaje largo, lento y monótono era cosa que daba mucha sed. Los demás se reunieron con el, demostrando sus amistosos sentimientos. Pero ni Kenll ni Poggin estaban allí. Fletcher no era un forajido del montón, mas, a pesar de eso, su papel debía

Librodot

de limitarse a ejecutar las órdenes recibidas. Al parecer, en aquellos momentos, los individuos que se hallaban en la taberna no tenían otra cosa que hacer sino beber y matar el tiempo. También era evidente que no estaban sobrados de dinero, porque Duane observó que a veces pedían un peso prestado al encargado del bar. Teniendo en cuenta todo esto, se esforzó en hacerse agradable y lo consiguió. Se dedicó, pues, a jugar a los naipes, aventurando pequeñas sumas, dijo algunos chistes groseros, gallardeó entre los jóvenes y hasta tuvo algunas pequeñas disputas sin importancia. Durante toda la mañana los hombres entraban y salían de la taberna, por lo cual Duane pudo convencerse de que, por lo menos, po-, día contar a cincuenta individuos. A media tarde penetró en el garito un joven que se limitó a exclamar

-¡Cuidado, que vienen!

A juzgar por la agitación que originaron estas pocas palabras, y por la prisa con que salieron todos, Duane comprendió que aquello ocurría raras veces en Ord.

-¡Demonio! -murmuró Fletcher mientras miraba a un compacto grupo de caballos y jinetes que se acercaban por el camino -. Es la primera vez que veo tal cosa en Ord. Ya nos hacemos tan populares como los campamentos de Valentine. Me gustaría que estuviesen aquí Phil o Poggin. Ahora, amigos, quédense quietos.

La fuerza civil entró en la población al trote de sus caballos cubiertos de polvo y, sin descomponer la formación, se detuvo ante la taberna. Aquella fuerza estaba constituída por unos veinte hombres, armados hasta los dientes y al mando de un resuelto, ágil y experimentado cowboy. Duane se alegró mucho al notar la ausencia del sheri f f que, según tenía entendido, se había encargado del mando de un grupo que tal vez seguía otra dirección.

-¡Hola, Jim Fletcher! - exclamó el cowboy.

-¡Hola! -dijo Fletcher.

Al oír esta seca y lacónica respuesta y al ver como se acercaba al grupo de hombres armados, Duane modificó bastante la desdeñosa opinión que hasta entonces le mereciera Fletcher. Aquel forajido se comportaba como un hombre muy distinto de lo que solía ser.

-Escucha, Fletcher. Hemos seguido las huellas de un hombre hasta unas tres millas de este lugar. Dejó un rastro claro a más no poder, y hasta encontramos el punto donde había acampado. Luego se metió entre las matas y eso nos hizo perder su pista. Con nosotros no viene ningún rastreador. Nos figuramos que se habrá dirigido a las montañas, pero, por si acaso, hemos venido a Ord, teniendo en cuenta su proximidad. ¿Ha llegado alguien anoche o esta mañana temprano?

-Nadie.

A juzgar por sus maneras, Duane esperaba ya tal respuesta y el cowboy la tomó como cosa verosímil y prevista. Se volvió a sus compañeros y conferenció con ellos en voz baja. Era evidente que en el grupo había diferencias de opinión y hasta, quizás, una verdadera disensión.

-¿No os dije que nos alejábamos de la pista al venir aquí?-exclamó en son de protesta un ranchero cuyas facciones recordaban a un gavilán-. Las huellas que seguimos no se parecen en nada a las que había junto al tanque de agua donde fue detenido el tren.

-Pues yo no estoy tan seguro de eso-replicó el jefe de la fuerza.

-Mira, Guthrie, he seguido huellas durante toda mi vida y...

-Pero no fuiste capaz de seguir las que ese individuo dejo entre las matas.

-Dame tiempo y verás como las encuentro. Eso no puede hacerse en un abrir y cerrar

Librodot

de ojos. Pero tú te has empeñado en venir aquí, apartándonos mucho de nuestro camino. En caso de que tengas razón, ese individuo, después de matar a los empleados del tren, habría retrocedido para atravesar el pueblo, llevándose las sacas del correo. ¿Y si fuesen mejicanos? Algunos tienen sentido común y en los robos dan muestras de la mayor astucia.

-No tenemos ninguna razón para creer que ese ladrón que asesino a los mejicanos lo fuese también. Os repito que ha sido un atraco muy atrevido y que quien lo ha hecho no es un cualquiera. ¿Acaso no os habéis enterado de los detalles? Uno de los mejicanos saltó a la locomotora y amenazó con un arma de fuego al maquinista y al fogonero. Otro de sus compinches estaba al lado del tren, amenazando con su revolver a los pasajeros. Luego, otro más corpulento penetro en el convoy y mató a los que trataron de oponerse. Ése fue el verdadero criminal.

No lo olvidéis

Algunos de los individuos de la fuerza eran de la misma opinión que el jefe cowboy, y otros daban la razón al viejo ranchero. Por fin, el jefe más joven, enojado, empuñó la brida.

-Lo cierto es que el sheriff nos obligó a alejarnos de la pista. Tal vez tenía razón. Pero si me acompañase un grupo de cowboys me aventuraría a registrar esta guarida.

Mientras tanto, Jim Fletcher estaba en pie, muy tranquilo, con las manos metidas en los bolsillos.

-Te aseguro, Guthrie, que tus intenciones me gustan extraordinariamente - observo con tono amenazador, aunque sus palabras fuesen amables.

-Es muy posible. Pero maldito si me importa, Fletcher -contesto Guthrie en el momento en que los caballos emprendían la marcha.

Fletcher se quedo en pie a alguna distancia de sus compañeros, contemplando la marcha de la fuerza civil.

-¡Suerte han tenido de que no estuviese aquí Poggin! - dijo en cuanto hubieron desaparecido.

Luego, muy pensativo, salió al porche, cogió a Duane por el brazo y se lo llevo al interior del bar. Y en cuanto le miro al rostro lo hizo de un modo escrutador, cual si quisiera leer sus pensamientos.

-Vamos a ver, Juan. ¿Donde ha escondido todo eso? Supongo que por haber alejado a Guthrie y a sus hombres comprenderá que tengo parte en la cosa.

Duane represento muy bien su papel. Aquélla era una buena oportunidad y se aprovecho de ella como tigre que se arroja sobre su presa. Ante todo miro fríamente al forajido y luego negó saber nada del robo del tren, a excepción de lo que Fletcher había podido averiguar. Mas, ante la insistencia, la admiración y la cordialidad de que éste dio muestras, se echo a reír y fingió estar orgulloso de lo hecho, aunque sin confesar. Después fingió no tener ya bastante fuerza de voluntad para continuar negando en vista de las palabras persuasivas de Fletcher y quedo silencioso y malhumorado. Seguro ya el bandido de que alcanzaría la victoria, desistió por el momento de preguntar; pero sus solícitas miradas y la camaradería con que le trató el resto del día demostraron claramente lo que pensaba.

Más tarde, en vista de que Duane anunciaba su intención de ir a buscar el caballo para pasar la noche oculto entre los matorrales, Fletcher pareció ofenderse gravemente.

-¿Por que no se queda usted conmigo? Tengo por ahí una casa de adobe muy

cómoda. ¿Acaso no le demostré ser muy buen compañero cuando se presentaron Guthrie y sus hombres? ¿Que habría pasado si yo hubiese obrado de otro modo? A estas horas estaría ya colgando de una cuerda. Le aseguro, Juan, que no se porta usted noblemente conmigo.

-Haré lo que debo, porque siempre me gusta pagar mis deudas - replico Duane -. Pero no puedo quedarme aquí durante la noche. Si perteneciese a la cuadrilla, la cosa sería diferente.

-¿Qué cuadrilla? - pregunto atrevidamente Fletcher.

-¿Cuál ha de ser? La de Cheseldine.

Fletcher movió la cabeza de arriba abajo y se quedó pensativo.

Duane se echó a reír.

-Lo encontre hace pocos días. Ya lo conocía de vista.

No hay duda de que es el rey de los ladrones de ganado. Al verme, me preguntó como se explicaba que aún estuviese vivo, y entonces yo le contesté debidamente.

Fletcher parecía estar muy apurado.

-Pero ¿de quién demonio me habla usted?

-¿No se lo he dicho ya? De Cheseldine. Es verdad que por ahí le conocen con el nombre de Longstreth.

El rostro de Fletcher o, por lo menos, la parte que no estaba oculta por la barba y el bigote, adquirió una intensa palidez.

-Cheseldine... Longstreth... - murmuró con voz ronca -. ¡Dios mío! ¿De modo que se atrevió usted a...?

Entonces se realizo un cambio extraordinario en el bandido. Tragó saliva, levantó la cara y domino su agitación; pero no fue capaz de lograr que su rostro adquiriese nuevamente el color natural. Duane, que observaba a aquel rudo hombre, se extrañó al notar el cambio que se operó en él, el repentino esfuerzo con que se contuvo y la prueba que dio de su lealtad y de su temor. No cabía duda de que Cheseldine era el verdadero dueño de aquellos terribles hombres.

-¿Y usted quién es? -preguntó Fletcher con voz de tono raro y, al mismo tiempo, violento.

-¿No me ha dado usted mismo un nombre? ¿No se acuerda de que me llamo Juan? Es tan bueno como otro cualquiera. Por otra parte, sepa usted, Jim, que hace ya muchos años que ando solo y tengo gran necesidad de un compañero. ¿Quiere usted pensar en eso? Nos veremos mañana.

El forajido se quedó contemplando a Duane mientras este se acercaba a su caballo, lo observo también cuando volvió a la taberna y, por fin, lo vio perderse entre la oscuridad, pero sin decirle una sola palabra.

Duane abandonó el pueblo, atravesó un terreno cubierto de cactos y mezquites, hasta llegar al lugar que ya había elegido, y una vez en él se dispuso a pasar la noche. Estaba tan preocupado por sus proyectos, que le costo mucho trabajo conciliar el sueño. Por suerte se hallaba ya en el momento crítico de su objetivo, pero de todos modos tuvo que esforzarse en no pensar en, cuál podría ser el fin, sino dedicarse solamente a decidir su conducta inmediata.

Paso allí la noche, y a hora muy avanzada de la mañana, después de haber oteado el sendero y el camino desde la altiplanicie en que se hallaba, emprendió el regreso a Ord. Si Jim Fletcher quiso disimular su sorpresa, sin duda fracasó, porque lo cierto era que no

Librodot

esperaba el regreso de Duane. Éste trato a Fletcher con la mayor confianza, cosa que hasta entonces no había hecho.

Aquella tarde llegó de Bradford un jinete, al parecer muy conocido y querido por sus compañeros; Duane le oyó decir, antes de que hubiesen podido informarle de que estaba en Ord el atracador del tren, que el dinero robado en aquella ocasión alcanzaba a una cantidad muy pequeña. Duane, por su parte, hizo lo posible para que nadie sospechase que había oído tales palabras, que yenían a facilitar considerablemente su plan.

Aprovechando un momento favorable, al iniciarse el crepúsculo, llamo a Fletcher y, cogiéndolo por el brazo, lo llevó hasta un puentecillo de troncos que atravesaba una zanja. Después de mirar a su alrededor, sacó del bolsillo un fajo de billetes de Banco, los contó, hizo dos partes iguales y, sin decir una palabra, tendió una de ellas a Fletcher. Éste, con torpes dedos, examino el contenido del fajo.

-¡Quinientos! - exclamo -. Le aseguro, Juan, que esto es muy de agradecer, teniendo en cuenta que el trabajo no fue...

-No hay que tener nada en cuenta - le interrumpió Duane -. Yo nunca me refiero al trabajo que puedo haber realizado. Usted me hizo un favor y yo le doy parte de lo que tengo. Y si eso no nos hace buenos amigos, será evidente de que los favores y el dinero no sirven para nada en este país.

Estas palabras conquistaron por completo a Fletcher.

A partir de aquel momento, los dos hombres pasaron muchos ratos juntos. Duane le refirió una fingida historia de sí mismo que alegró al forajido, aunque sirvió para que éste se riese de la modestia de aquél. Fletcher no ocultaba su creencia de que su nuevo amigo era hombre de pelo en pecho. Y además, aseguraba que Knell, Poggin y hasta el mismo Cheseldine se convencerían de ello. Él tenía bastante influencia y la utilizaría. Principalmente se creía capaz de manejar a su antojo a Knell. En cambio, nadie, ni siquiera el mismo jefe, ejercía la menor influencia sobre Poggin. Éste era un hombre de hielo... en los momentos en que se convertía en un diablo. Su única pasión eran los caballos, debido a lo cual tal vez se dejaría seducir por el negro Proyectil. A Cheseldine lo había conquistado Poggin con su valor, porque, de no ser así, lo habría matado ya.

Poco a poco, durante los días siguientes, Duane se enteró de los detalles que tanto deseaba conocer y que se grabaron en su memoria de un modo indeleble. El escondrijo de Cheseldine estaba en la vertiente más lejana del monte Ord, en un valle profundo, rodeado de alturas. Cuando se trataba de discutir algún golpe atrevido, iba siempre allí para entrevistarse y trazar los planes en compañía de sus lugartenientes. Luego, mientras estos ponían en práctica la intentona, él se dedicaba a tomar el sol en cualquiera de sus posesiones para que lo viese la gente. Ahora se hallaba en Ord, dispuesto a decidir los detalles del golpe más atrevido que habían dado. Se trataba del robo de un Banco, pero Fletcher ignoraba todavía cuál sería éste.

Así fue como Duane pudo obtener del amable forajido todos los detalles de las fechas, hechos y lugares referentes a la banda durante los diez años que Fletcher perteneció a ella. Así se enteró de una historia oscura y sangrienta, tan increíble por el atrevimiento de que dieron muestras aquellos hombres como por la falta de pruebas de su actuación en toda la comarca que se extendía entre el Pecos y Río Grande. Duane se quedó asombrado, porque, comparado con aquel Cheseldine de la Gran Curva, con aquel ranchero y especulador de ganado, propietario y, al mismo tiempo, alcalde, todos los forajidos que había conocido el se quedaban en mantillas. El poderío de aquel hombre era

Librodot

asombroso, e incomprensible la fidelidad de sus hombres. En cuanto a la complicada organización interior de la banda resultaba sencillamente admirable. Pero cuando Duane se hubo repuesto de su asombro, volvió a sentirse animado por la terrible pasión de matar, y fue tanta la intensidad con que se apoderó de el, que ya no pudo resistirla. ¡Ojalá se hubiese hallado en Ord aquel Poggin de ensangrentadas manos, o Knell, el de ojos fríos y rostro cadavérico ! Pero no estaban allí y Duane, transcurridas algunas horas, acabó por dominarse.

XXII

Nuevamente la inacción y la espera agobiaron la mente de Duane. Como perro atado, seguro de la pista y de su olfato, deseaba romper las ligaduras. Temblaba casi de impaciencia. Algo parecía atraerle de un modo inevitable a la cumbre del monte Ord. Pero mientras Fletcher permaneciera en Ord, en espera de la llegada de Knell o de Poggin, o de las órdenes oportunas, Duane no tenía más remedio que esperar a su vez.

Pero un día advirtió síntomas de que iba a alterarse la tranquilidad y a terminar la espera de aquellos individuos que se hallaban en Ord. Llegó un mensajero, desconocido de Duane, con una misión secreta de la que había de tratar con Fletcher. Una vez realizada, se marchó, dejando a Fletcher pensativo, preocupado y deseoso de emprender solitarios paseos. Bebía muy poco y aquello sólo era ya algo asombroso. El mensajero volvió a presentarse y cualesquiera que fuesen las órdenes que había de transmitir, no se podía dudar de que ejercieron un efecto extraordinario en el bandido. Duane, que se hallaba en la taberna en el momento de llegar el mensajero, pudo observar que pronunciaba en voz baja algunas palabras, pero no logró enterarse de ellas. Fletcher palideció de cólera o de miedo, quizá de ambas cosas, y empezó a blasfemar como un endemoniado. El mensajero era un hombre esbelto, moreno, excelente jinete, que recordó a Duane el cowboy Guthrie; salió de la taberna sin haber tomado siquiera una copa y se fue hacia el oeste. Aquella dirección atraía a Duane igual que la del sur y más allá del monte Ord. ¿Dónde estarían Knell y Poggin? Al parecer, no se hallaban en la montaña en compañía de su jefe. Después de la segunda visita del emisario, Fletcher quedó silencioso y malhumorado. Había variado tanto, que Duane se alarmó. Fletcher era hombre peligroso. Evidentemente, los demás forajidos del campamento le temían y procuraban apartarse de su camino. Duane lo dejó solo, aunque, por otra parte, lo vigiló cuidadosamente.

Tal vez una hora después de la marcha del mensajero, Fletcher pareció haber adoptado alguna decisión y pidió su caballo. Luego se dirigió a su cabaña, pero no tardó en volver. Duane se dijo que aquel bandido estaba dispuesto de igual modo a marcharse y a pelear. Dio ordenes a los hombres que quedaban allí para que no se separaran y le esperasen. Hecho esto, monto a caballo.

-¡Ven, Juan! -exclamo.

Duane se acerco a el y apoyo la mano en la perilla de la silla de montar. Fletcher llevaba a su caballo de la brida; Duane iba a su lado; pero cuando llegaron al puente de troncos se detuvo.

Librodot

-Juan, estoy en mala situación con Knell - dijo -. Además, soy, al parecer, la causa de la tirantez de relaciones entre Knell y Poggin. Knell no me ha querido nunca gran cosa, pero Poggin siempre se ha portado bien conmigo. Ahora el jefe tiene un proyecto muy importante que se ha aplazado precisamente debido a esa tirantez. El jefe espera en la montaña a Knell o a Poggin para darles ordenes, pero ninguno de ellos ha comparecido todavía. Resulta, pues, que yo soy la causa de todo y no estoy muy tranquilo acerca de lo que pueda ocurrir.

-Pero ¿qué pasa, Jim? - pregunto Duane.

-Me parece que tú tienes algo que ver con eso - contesto secamente Fletcher -. No le eres simpático a Knell, porque él no quiere nunca al que se resiste a su autoridad. También, según tengo entendido, alguno de estos muchachos ha hablado más de la cuenta antes de que yo pudiese explicar lo que ocurre. Estoy seguro de que el resultado será muy desagradable para mí. Knell asegura saber algo de ti que irritará mucho al jefe y al mismo Poggin en cuanto se enteren. Pero por ahora guarda silencio. Knell es muy circunspecto y prudente. Lo mejor sería que te volvieses a Bradford a pasar uno o dos días y luego acamparas cerca de aquí esperando mi regreso.

-¿Por qué?

-Porque deseo evitarte algo desagradable. Un día de estos vendrá toda la banda y si veo que no hay peligro para ti encenderé una hoguera en lo alto de esa colina, dentro de tres noches. Si no la ves apresúrate a irte. Yo haré cuanto pueda. Jim Fletcher es buen amigo de sus amigos. ¡Hasta la vista, Juan!

Dicho esto se alejó.

Dejó a Duane sumido en la mayor incertidumbre. Tales noticias eran muy desagradables, mucho más teniendo en cuenta la buena marcha que hasta entonces tuvieron los acontecimientos. Duane no sabía que hacer, pero, desde luego, no pensó siquiera en regresar a Bradford. Las desavenencias entre dos grandes jefes de Cheseldine y la hostilidad declarada entre ambos era cosa de la mayor importancia entre los bandidos. Generalmente, tales asuntos se arreglaban a tiros. Por otra parte, Duane parecía encontrar motivos de aliento incluso en el fracaso. Quizá, pensó, había empezado ya la descomposición de la temible banda de Cheseldine. Pero ¿qué sabría Knell de el? Duane no se entretuvo mucho haciendo conjeturas. En caso de que Knell supiera algo, en realidad, estaría convencido de que el nuevo amigo de Fletcher era nada menos que Buck Duane. Quizás habría llegado la ocasión de dar a conocer su nombre si con ello podía favorecer sus planes. Tampoco olvidó que su nombre y hasta su fama formaban una parte muy principal de los planes de Mac Nelly, que se resolvió a confiarle la atrevida empresa debido precisamente a su celebridad. E incluso Duane sintió la tentación de ir en busca de Fletcher y continuar a su lado ; si no lo hizo fue por no comprometer al forajido, que con tanta nobleza se porto con el. Por fin resolvió esperar el curso de los acontecimientos. Cuando la cuadrilla llegase a Ord, procedente de sus numerosos escondrijos, estaría ya en disposición de dejarse denunciar por Knell. Como es natural, el resultado de todo ello habría de ser un encuentro entre Knell y él. Si terminaba de un modo fatal para el primero, no por eso Duane se encontraría en situación más desagradable. Y hasta pensó en la posibilidad de que Poggin quisiera intervenir en la contienda. Pero entonces volvió a acusarse Duane y en vano se esforzó en indignarse consigo mismo pensando, que, en realidad, sólo buscaba pretextos para enfrentarse, con aquellos bandidos.

Mientras tanto, ¿por que, en vez de esperar, no iba a buscar el escondrijo de

Cheseldine en la montaña? Apenas se le ocurrió esta idea cuando salió en busca de su caballo.

Se alejo de Ord, ostensiblemente en dirección de Bradford; pero, una vez estuvo seguro de que no podrían verle, abandono el camino, dio un gran rodeo por entre la maleza a varias millas al sur del pueblo y siguió un herboso sendero que Fletcher le había indicado, añadiendo que llevaba al campamento de Cheseldine. Descubrió huellas de caballos de una semana atrás o tal vez más antiguas. El camino serpenteaba por entre las colinas cubiertas de maleza y atravesaba arroyos y zanjas llenos de mezquites, álamos y chaparros.

En una hora llego a la falda del monte Ord y mientras ascendía por él pudo contemplar la comarca desierta y estéril en unos puntos y en otros fértil, cruzada por las brillantes líneas de los arroyos que, serpenteando, desaparecían a lo lejos. Paso por entre enormes rocas, hasta que, de pronto, fueron tantas que ya no pudo divisar la llanura v hasta le fue difícil encontrar el camino. Se extravió varias veces y avanzaba lentamente. Por fin llego a un llano y rocoso lugar en donde apenas se marcaba la dirección de la senda por el roce de las herraduras de otros caballos. Varias veces se vio obligado a retroceder y a dirigirse a derecha o izquierda para encontrar el camino. Era un trabajo muy pesado, en el que empleo el día entero; la noche lo encontró a mitad de la ascensión. Se detuvo ante una pequeña garganta en la que abundaba la hierba y el agua y allí acampo. La noche era clara y fresca en aquella altura; el cielo tenía un tono azul oscuro y estaba sembrado de resplandecientes estrellas. Gracias al trabajoso día sentíase más satisfecho que durante los anteriores, pasados en la inacción. Al emprender aquel viaje habíase dejado arrastrar por un irrazonado instinto que, con frecuencia, gobernaba sus movimientos y su misma vida. Y en aquella solitaria noche, gracias a la semejanza del lugar en que acampaba por el otro escondrijo de la garganta del Nueces, pudo recordar otras noches de su vida, volvió a sentir las mismas impresiones de entonces y vio, de nuevo, los rostros de muchos individuos muertos, aunque luego todos desaparecían ante otro semblante vivo, emocionado, pálido y animado por unos ojos negros en extremo elocuentes : el de Ray Longstreth.

Y la imagen de esta siguió dominando en su mente hasta que se hundió en el sueño.

Por la mañana, persuadido de que había dejado unas huellas más débiles todavía que las que le precedieron, llevo su caballo a la entrada del cañón y lo dejo en una abertura que había entre dos rocas, cubierta, además, por las ramas de un cedro. Hecho esto, retrocedió y continuó a pie el camino.

Libre ya del caballo, avanzaba con mayor rapidez y, encaminándose por las rocas, trasponía anchos cañones y crestas, se dejaba resbalar por algunas pendientes o bordeaba precipicios; en todo ello, hasta llegar a la cima, empleo mucho tiempo. El descenso era ya más fácil, aunque, cuanto más avanzaba por aquel tortuoso sendero, mayores eran las masas de rocas que encontraba. A gran altura vio una faja de pinos piñoneros y de abetos y, más arriba aún, divisó la pelada cumbre amarillenta y desierta. En una ocasión, entre los enormes peñascos, vio la comarca que se extendía tras la cordillera y, en el extremo más lejano, divisó el caudaloso río que formaba la Gran Curva. Siguió descendiendo, admirado de que un caballo pudiese pasar por allí y diciéndose que, sin duda, existiría otro camino mejor que llevara al escondrijo de Cheseldine.

Dio vuelta a una roca y pronto se vio en lo alto de una imponente cresta. Debajo, y en una verde hondonada, que distinguió a través de una neblina azul, se ofrecía a sus

Librodot

miradas un anfiteatro rodeado de altas paredes por los dos lados que podía ver. Estaría, quizás, a unos trescientos cincuenta metros de profundidad. En el centro había una casa de piedra roja o de adobe, un resplandeciente arroyo y unos caballos y algunas cabezas de ganado que pacían en las fajas de terreno llano. La escena era apacible y hermosa. Duane rechinó los dientes al pensar en que los ladrones vivían allí rodeados de toda clase de comodidades y sin temor de que nadie fuese a molestarlos.

Siguió el descenso y, por fin, se oculto en un hueco, dispuesto a vigilar el sendero y el valle. Se fijo en la situación del sol y comprendió que, si ocurría algo o si decidía continuar el descenso, era muy poco probable que pudiese regresar a su campamento antes de oscurecer. También comprendió que, una vez anochecido, ya no podría lograrlo.

Entonces volvió a fijar los ojos en la escena que se le ofrecía. La cabaña tenía un aspecto tosco y, aunque de grandes dimensiones, era evidente que fue construída por los forajidos.

No pudo ver ningún jardín, campo cultivado o corral. A excepción de los rudimentarios muros de piedra y troncos de árbol cubiertos con barro, el valle seguía tan salvaje como el día en que fue descubierto. Duane tuvo que esperar largo rato antes de divisar a un hombre que salió de la cabaña para coger agua del riachuelo, con la que volvió a entrar en la vivienda.

El sol se oculto detrás del rocoso muro y se proyectaron algunas sombras en los lugares más oscuros del valle. Duane deseaba aproximarse a aquella cabaña, pero antes de hacerlo quiso reflexionar en sus futuros planes.

Mientras lo hacía aumento la oscuridad. Para regresar con tiempo al lugar en que acampaba tenía precisión de salir cuanto antes. Pero todavía dudo. De pronto sus ojos distinguieron a dos jinetes que descendían hacia el valle. Sin duda entraron por un punto situado a menor altura, rodeando la gran masa de rocas que se encontraba más allá del límite que Duane podía divisar. Los caballos parecían estar muy fatigados y, deteniéndose ante el arroyo, saciaron su intensa sed.

Abandonando Duane su observatorio, echó a andar por el empinado sendero y descendió, lo más aprisa que pudo, sin hacer ruido. Tardo poco en llegar al valle. Éste era casi llano, estaba cubierto de alta hierba y de grupos de arbustos. Allí reinaba casi el crepúsculo. Duane, después de fijarse bien en el lugar en que se hallaba el sendero que había seguido, empezó a deslizarse como una sombra a través de la hierba, de uno a otro arbusto. Antes de descubrir el oscuro perfil de la cabaña distinguió una brillante luz, luego oyó voces, un alegre silbido, una ruda canción y el choque de algunos utensilios de cocina. A su olfato llego el olor de la leña encendida. Vio unas oscuras figuras que cruzaban por delante de la luz. Era evidente que allí había una ancha puerta o que la hoguera se hallaba en el exterior.

Duane se dirigió a la izquierda para alejarse de la línea desde la que se podía divisar el fuego y entonces pudo observar mucho mejor lo que ocurría. Avanzo rápida y silenciosamente hacia la parte exterior de la casa. Junto a la pared había algunos árboles. Adquirió la seguridad de que no sería visto ni oído, siempre suponiendo que por allí no hubiese ningún perro. Durante su vida de proscrito se había arriesgado muchas veces, sin tener otra cosa que perder que su vida inútil. Pero ahora, después de la transformación que sufrió su existencia, avanzaba con la cautela y valentía propias de un indio. Alcanzo la protección de los árboles y al amparo de sus sombras logro seguir avanzando hacia la casa, cuyas toscas paredes palpo con la mano.

Llego a situarse ante una iluminada ventanita. Miro por ella y vio una puerta abierta, más allá de la cual velase un gran resplandor, pero no pudo divisar la llama. Hasta él llegaban unas confusas voces. Sin vacilar siguió andando a lo largo de las paredes de la casa. Por fin, al mirar a su alrededor, vio que el resplandor de la hoguera se proyectaba sobre un terreno desnudo de toda vegetación. Volviendo sobre sus pasos, se detuvo de nuevo ante la ventanita y se convenció de que en la estancia no había nadie; luego siguió rodeando aquel extremo de la cabaña. Le favoreció la fortuna, porque en aquella esquina encontró unos arbustos, un viejo cobertizo y una pila de leña, es decir, todo lo necesario para ocultarse, de modo que ni siquiera tenía necesidad de andar a gatas.

Antes de mirar por entre la esquina de la pared y los arbustos que crecían junto a ella, Duane hizo una ligera pausa. La agitación que sentía era distinta de la que experimentaba al ser perseguido. Ahora no tenía ya miedo y sus ideas no eran amargas ni penosas. Era evidente que allí corría mucho peligro, tal vez más que en otra ocasión cualquiera; sin embargo, aquello era distinto para él. Luego miro.

Vio una brillante hoguera, un hombre de rojizo rostro inclinado sobre ella que silbaba mientras sostenía un humeante pote. Más allá había un cobertizo apoyado en la pared, sostenido por unos postes y abierto por ambos lados. Duane, acostumbrado ya al resplandor del fuego, pudo divisar a otros tres hombres que estaban en la sombra, vueltos de espaldas a él.

-El camino es mucho más fácil, pero no tan corto como el que pasa por encima de la montaña - decía uno de los bandidos.

-¿De qué te quejas, Panhandle? - exclamo otro -. Blossom y yo hemos venido desde Faraway Springs, en donde está Poggin con otros individuos de la cuadrilla.

-Dispensa, Phil. No te vi llegar, pero, de todos modos, estoy contento - dijo una voz suave y educada, aunque muy sonora.

Duane comprendió que era la voz de Longstreth..., de Cheseldine.

Allí estaban, pues, Cheseldine, Phil Knell, Blossom Kane, Panhandle Smith y Boldt... ¡Qué, bien recordaba Duane aquellos nombres! Todos ellos eran grandes personajes de la cuadrilla de Cheseldine, pero faltaba el más importante : Poggin. Duane los vio reunidos a todos y sus sensaciones le hicieron olvidar por un momento cuanto veía u oía. Sentóse, hizo esfuerzos por dominarse, ahogó su alegría y luego, adoptando una postura más cómoda, volvió a mirar.

Los forajidos esperaban la cena. Su conversación era semejante a la que habrían podido sostener unos cowboys acampados o unos rancheros que hubiesen acudido a un rodeo para marcar el ganado. Duane escuchaba con el oído aguzadísimo, esperando oírles tratar de sus asuntos. Mientras, les vigilaba con la atención de un lobo que acecha su presa. Blossom Kane era el mensajero de ágiles piernas que tanto hizo encolerizar a Fletcher. Boldt tenía una estatura gigantesca y era moreno, barbado. Panhandle Smith era el que hacía de cocinero; tenía el rostro rojizo y alegre, corta la estatura, las piernas estevadas y el lenguaje obsceno; se parecía mucho al tipo general de los ladrones de ganado a quienes conociera Duane, particularmente a Lucas Stevens. En cuanto a Knell, que también estaba allí, era alto, esbelto, tenía una figura juvenil y parecía un muchacho, gracias a su pálido rostro, frío e impasible y a sus grises ojos. Longstreth, que apoyaba la espalda en la pared, era hombre agradable, de rostro moreno y llevaba una cuidada y aristocrática barba; recordaba a los ricos plantadores de Louisiana que Duane había conocido. El sexto individuo estaba tan hundido en la sombra, que casi no era posible

Librodot

verle, y aunque los demás le dirigían la palabra, no llegaron a pronunciar su nombre.

Panhandle Smith entró en la cabaña con unas sartenes y cazuelas.

-La cena está ya servida - exclamó alegremente -, de modo que pueden entrar los que tengan hambre.

Los forajidos se apresuraron a entrar en la casa ruidosamente y se sentaron a la mesa. Dominados por la gula, apenas cruzaron algunas palabras mientras satisfacían el apetito.

Duane esperó un poco, luego se puso en pie y rodeó la casa para situarse al lado opuesto. En cuanto se hubo acostumbrado a la oscuridad se atrevió a ir de nuevo ha

cia la ventanita para mirar a través de ella. Pero los forajidos estaban en la primera habitación y desde allí no podía verles.

Aguardó, a pesar de que el tiempo transcurría con la mayor lentitud. Su corazón latía con fuerza. Longstreth entró, encendió la luz y, tomando una caja de cigarros que había sobre la mesa, se la llevó a la habitación inmediata.

-Bueno, muchachos, salid a fumar un cigarro -dijo- Tú, Knell, ven conmigo; tenemos que hablar.

Dicho esto, volvió a entrar en la estancia, se sentó y encendió el cigarro. Luego se echó hacia atrás y apoyó los pies sobre la mesa.

Duane observó que la estancia era cómoda y estaba amueblada casi con lujo. Sin duda debía de existir un buen camino, porque por la senda que el trajo no era posible llevar allí todo aquello, pensó. Ovó que los hombres salían de la cabaña y que se apagaban sus voces a medida que se alejaban. Entró de pronto Knell y se sentó, aunque no con tanta comodidad como su jefe. Parecía preocupado, aunque estaba tan sereno como de costumbre.

-¿Que ocurre, Knell? ¿Por qué no viniste antes? - preguntó Longstreth.

-Poggin tiene la culpa. Hemos reñido.

-,Por qué?

-É1 no debiera haberse molestado ; pero ahora está domando un nuevo caballo en Faraway y ya sabe usted cómo es ese hombre cuando hay un caballo de por medio. Estoy seguro de que eso es lo que más lo ha entretenido esta vez.

-¿Hay alguna otra causa? Dímela cuanto antes para que podamos ocuparnos de nuestro asunto.

-Verá, la cosa empezó tiempo atrás. Hace algunas semanas llegó a Ord un desconocido y empezó a ir de un lado a otro, como Pedro por su casa. Su cara me pareció conocida, pero no estaba seguro de ello. Lo observarnos y luego yo me marche, aunque preocupado y deseoso de recordar dónde había visto a aquel tipo.

-,Que aspecto tenía?

-¡Oh! Es un hombre vigoroso, atrevido, que tiene los aladares blancos, rostro de expresión dura y ojos como puñales. El modo de llevar sus revólveres y hasta los movi-

mientos de su mano derecha me revelaron quien era, porque sé reconocer a un buen pistolero. Llevaba un caballo negro, corpulento...

-Conozco perfectamente a ese hombre - dijo Longstreth.

-¿De veras?-exclamó Knell.

Resultaba muy raro observar la sorpresa en aquel hombre cuyo rostro impasible tan pocas veces demostraba emoción. Luego se echó a reír de un modo siniestro y añadió

-Bueno, el caso es que ese individuo volvió a Ord y se dedicó a conquistar a Jim Fletcher, que, como sabe usted ya, se deja engañar fácilmente. Además, le gusta la gente

nueva. Y cuando llegó un grupo de hombres armados en busca del bandido que atracó el tren número seis, Jim se figuró que el forastero sería el autor del hecho y le brindó su protección. Tengo la seguridad de que recibió dinero, pero precisamente este detalle es el que más me intriga. ¿Que se propondrá ese individuo? Porque yo, jefe, estoy plenamente convencido de que el no asaltó al tren número seis.

-¿Y cómo sabes que no fue el?

-Porque yo mismo di el golpe.

El rostro del jefe se nubló un instante por la ira.

-¡Maldito seas, Knell! ¡Eres incorregible! No es posible confiar en ti. Este asunto no me gusta nada en absoluto. ¿Lo sabe Poggin?

-Sí, precisamente ese fue el origen de nuestra disputa. Se puso furioso y hasta llegue a temer que me matara.

-Pero ¿por que te aventuraste a una cosa tan peligrosa sin que te ayudara nadie, sin formar previamente un plan?

-Se me ocurrió de pronto. Además era muy fácil. Pero me equivoque. Me expuse a ser perseguido por los empleados del ferrocarril y por la gente de la comarca para obtener un botín insignificante. Pero no pude contenerme. Ya sabe usted cuánto nos pesa a todos nosotros la inacción. También le consta que nuestra misma vida nos pone en contacto con la fatalidad. No hay remedio. Yo nací de padres honrados y conozco perfectamente lo que está bien y lo que debe evitarse. Pero estamos ya en el mal camino y no podemos separarnos de él. Por otra parte, me importa un comino lo que pueda suceder más adelante.

-Hablas de un modo muy sabio, Knell -dijo Longstreth con acento desdeñoso-. Continúa la historia.

-Pues, copio dije, Jim se aficionó a ese comediante y se hicieron amigos. Se pasaban el día juntos. Podemos tener la seguridad de que Jim contó todo lo que sabía y aun lo que no sabía, porque en cuanto bebe se le va la lengua. Algunos de nuestros muchachos salieron de Ord uno de ellos fue a comunicar a Poggin que Jim Fletcher tenía a un individuo que deseaba ingresar en la cuadrilla. Cono usted sabe, Poggin está siempre dispuesto a contratar hombres nuevos, porque dice que si el novato no da buen resultado, se le puede hacer callar con la mayor facilidad. Se entusiasmó al conocer algunos detalles del nuevo amigo de Jim, porque este y Poggin sostienen relaciones muy cordiales. Por consiguiente, cuando yo intervine en el asunto, el nuevo compañero de Jim estaba a punto de formar parte de la cuadrilla, sin que usted o Poggin lo hubiesen visto. Todo eso me dio que pensar v entonces más que nunca quise recordar dónde había visto a aquel hombre. Pero resultó que jamás tuve ocasión de verlo personalmente, de ahí mis dudas. Yo nunca olvido la cara del hombre a quien he visto una sola vez. Entonces saqué algunos periódicos viejos de mi maleta v empece a repasarlos. También examine varios recortes y algunos retratos, aunque en realidad no iba a ciegas, porque ya sabía lo que buscaba. Por fin di con ello y pude conocer a mi hombre. Sin embargo, no se lo he dicho todavía a Poggin. ;Oh, no! Quiero divertirme un poco con el en cuanto tenga ocasión. Se va a quedar más corrido que una mona. Envié a Blossom a Ord para que se pusiera en contacto con Jim y el i cuanto hube comprobado sus noticias volví a enviarle allá con un mensaje destinado a hacer saltar a Fletcher. Poggin se incomodó, diciendo que él se encargaría de Jim v que yo podría venir aquí para tratar con usted el proyecto que deseamos examinar. También me indicó que nos encontraríamos en Ord.

Knell habló con apresuramiento v en voz baja, aunque, a veces, se dejó llevar por la violencia de su carácter. Sus claros ojos resplandecían como ascuas y su voz se convirtió en un murmullo.

-¿Quién se figura usted que es ese individuo protegido de Fletcher?

-¿Quién?

-¡Buck Duane!

Los p: es que Longstreth tenía apoyados en la mesa cayeron ruidosamente al suelo; luego, con voz temblorosa, preguntó:

-¿El forajido del Nueces? ¿Ese terrible pistolero que mató a Bland, a Alloway...?

-Y a Hardin - dijo Knell, interrumpiendo a su jefe y pronunciando este nombre con más emoción de la que había podido esperarse.

-Sí, a Hardin, o sea el mejor de todos los que había en el Rim Rock. ¡Buck Duane

Longstreth estaba tan pálido, que su negro bigote parecía estar pegado en un rostro de mármol. Se quedó contemplando a su airado lugarteniente y, sin necesidad de pronunciar palabra alguna, se comprendieron perfectamente. Era muy grave el hecho de que Buck Duane estuviese en la Gran Curva. Longstreth se puso en pie, alcanzó una botella, de la que bebió, y luego se la ofreció a Knell; pero éste no aceptó la invitación.

-Knell -dijo el jefe después de limpiarse los labios-. Según me parece recordar, tienes un resentimiento contra ese Buck Duane.

-Sí.

-Pues bien, no seas... tonto ahora, y haz lo que Poggin u otro cualquiera haría : procura olvidar a Buck Duane. Tengo razones para creer que en la actualidad pertenece a la Guardia Rural de Texas.

-¿De veras?

-Sí, ve a Ord y avisa a Jim Fletcher, se lo comunicará a Poggin y ellos se encargarán de matarlo.

-Bien, procuraré dominarme. Pero si me tropiezo con él...

-Evítalo -exclamó Longstreth con voz autoritaria.

Luego se secó el sudor del rostro, volvió a beber en la botella, se sentó, chupó de nuevo el cigarro y, sacando un papel del bolsillo, empezó a estudiarlo.

-Bueno, me alegro de que este asunto esté arreglado - dijo refiriéndose sin duda a Duane -. Ahora vamos a tratar del otro. Hoy es dieciocho de octubre. El veinticinco, o antes, se recibirá una gran partida de oro en el Rancher's Bank, de Val Verde. En cuanto vuelvas a Ord, da a Poggin estas órdenes. Procura que la gente esté tranquila. Tú, Poggin, Kane, Fletcher, Panhandle Smith v Boldt sois los únicos que debéis conocer este asunto.

Nadie más ! Saldréis de Ord el veintitrés y atravesaréis la montaña hasta llegar a la vista de Mercer. Hay cien millas desde Bradford a Val Verde, y casi la misma distancia desde Ord. Cuidad del horario en vuestro viaje a fin de llegar a Val Verde en la mañana del día veintiséis. Bastará con que pongáis al trote a vuestros caballos. A las dos de la tarde en punto entrad en la población y os dirigís al Rancher's Bank. Val Verde es una población bastante grande. Allí no ha habido nunca ningún atraco, de modo que todo el mundo se considera seguro. Dad, pues, el golpe con audacia y rapidez, y en pleno día. Nada más. ¿Te has enterado bien de los detalles?

Knell no pidió siquiera la confirmación de las fechas.

-Supongamos que a Poggin o a mí nos detengan - observó.

Longstreth dirigió una sombría mirada a su lugarteniente.

-Nunca se sabe lo que puede ocurrir -añadió Knell-. Por mi parte haré cuanto pueda por evitarlo.

-En cuanto veas a Poggin, díselo. Cuando hay algo que hacer, recobra la actividad. Y de nuevo te recomiendo que no ocurra nada. Vosotros, Poggin o tú, os encargaréis por entero del asunto, aunque prefiero que los dos toméis parte en el. Dirígete a la montaña, y cuando estés en la parte rocosa y puedas ocultar tus huellas ve derecho hacia el monte Ord. Cuando todo vuelva a estar tranquilo iré a reunirme con vosotros. Nada más. Llama a los muchachos.

Como rápida y silenciosa sombra, Duane atravesó la pequeña llanura en busca de la oscura y rocosa pared. Sus nervios estaban tensos. Por espacio de unos momentos reinó la mayor confusión en su cerebro a causa de la multitud de ideas que lo cruzaban, si bien la que se imponía a las demás era la orden de emprender una acción inmediata. El asunto estaba ya en sus manos. Podría cruzar por la noche el monte Ord, y aunque aquello no fuese fácil, estaba resuelto a realizarlo. Se dirigiría a Bradford a caballo, o sea a cuarenta millas de las montañas, a fin de llegar a las ocho de la mañana siguiente. Desde allí telegraría a Mac Nelly para que se hallase el veinticinco en Val Verde. Entonces volvería a Ord para interceptar el paso a Knell, procurando que lo denunciase para matarlo; luego se esforzaría en ganarse la voluntad de Poggin, que tan bien dispuesto estaba ya en su favor, como había hecho con Fletcher. En el caso de fracasar en este intento, debería dejar a los bandidos en Ord para que pudiesen ir a Val Verde a realizar el robo planeado. Mientras tanto, él haría lo necesario para detener a Longstreth. Este proyecto era magnífico, increíble y tentador, y además seguro. Duane sintióse por unos momentos agente del Destino y hasta le pareció ser el encargado de castigar a aquellos bandidos condenados ya.

Ante la pared rocosa, la sombra era muy densa y sólo se veían algunos pequeños huecos y las retorcidas raíces de los árboles ; pero él se encaminó directamente al lugar en que terminaba el sendero. Éste parecía una línea de un gris oscuro envuelta en negrura. Empezó a subir y no se detuvo ni le resultó fatigosa la ascensión. Era como si sus pies tuviesen ojos. Por fin llegó a lo alto de aquella cresta y, al mirar hacia el negro abismo que tenía a sus pies, atravesado por un solo punto luminoso, levantó y agitó amenazadoramente un brazo. Luego siguió adelante, sin interrumpirse, hasta llegar a unas enormes rocas. Allí se desorientó, pero en seguida recordó las formas y los picos de las rocas que había más arriba. Antes de llegar a ellas, la luna asomó por la vertiente oriental de la montaña y en el acto iluminó las sombras que Duane había temido tanto. Por contraste, le pareció que había allí tanta luz como si fuese de día, aunque más suave que mientras el sol brillaba en el firmamento. El mismo aire parecía una cortina luminosa y transparente. Subió por las peladas rocas y descendió por las suaves pendientes, saltando a veces como una cabra de uno a otro peñasco. A la luz reinante reconoció el camino, y ya no se molestó en buscar el sendero. Cruzó la sima y a partir de entonces el viaje fue más fácil, porque sólo tenía que descender por la ladera de la montaña. Lo hizo rápidamente, gracias a su notable memoria de los accidentes topográficos.

No los había estudiado al subir, pero le parecieron familiares, a pesar de haber cambiado la luz. El paisaje que viese una sola vez quedaba grabado para siempre en su

memoria. Y con la misma seguridad con que el gamo se dirige a su cobijo, él llegó al cañón en donde dejara a su caballo.

Librodot

Le costó poco encontrar a Proyectil. Cargó al animal con la silla y las alforjas, las sujetó con fuerza y continuó el descenso. Faltaba lo peor, pues encontró numerosos escalones tallados en la roca, pendientes enormemente resbaladizas, estrechas y profundas zanjas, y un millar de aberturas en una confusión de rocas destrozadas que Duane tenía que atravesar conduciendo su gigantesco caballo. Proyectil hacía rodar numerosas piedrecitas, resbalaba en las pendientes pizarrosas, se deslizaba en los lugares más inclinados y con la fidelidad del perro seguía los pasos de su amo.

Pasaron rápidamente las horas y Duane se mostró a la altura de las circunstancias. Pero no pudo contener sus ansias, que tuvieron que permanecer calladas durante tanto tiempo de soledad y que volvían a convertirle en muchacho. Él, que durante muchos años se halló en una situación peor que si hubiese muerto, parecía agarrarse a la vida, que ya le ofrecía la victoria, el honor y la felicidad. Comprendió que cierta parte de su cerebro no funcionaba normalmente. Pero lo extraño era que no se hubiese vuelto loco. Siguió descendiendo, haciendo uso de su maravillosa facultad de orientación con mucha mayor precisión que en otra ocasión cualquiera de su vida. Sin embargo, mientras caminaba, una idea le dominaba por completo. Pensó en Ray Longstreth y al recordar cómo la dejó, sintió que se debilitaban sus propias fuerzas. Pero ahora que la empresa parecía llegar a su fin, cuando la trampa estaba a punto de dispararse y el éxito le parecía seguro, Duane no pudo dejar de pensar en la joven. Mentalmente veía el pálido rostro, sus dulces y tristes labios y los oscuros ojos, de expresión tierna y trágica. Entonces el tiempo, la distancia, el riesgo y las penalidades no eran ya nada para él.

La luna se inclinó hacia el oeste. Las sombras de los árboles y de las rocas cruzaban ya hacia el lado opuesto de su camino. Las estrellas se apagaban en el cielo. De pronto se vio lejos ya de las rocas, y a sus pies pudo distinguir la pálida cinta del camino. Montó en Proyectil y tardó poco en descender la larga pendiente, dejando atrás las colinas y el zigzagueante camino que conducía a Ord.

El pequeño campamento de los forajidos, formado por un grupo de cabañas y barracas y una fila de casas, estaba silencioso, iluminado por la pálida luz de la luna. Duane abandonó el sendero inferior, se dirigió al camino general y obligó a Proyectil a emprender el galope. Observaba la luna, a punto de ponerse; las estrellas, cuyo brillo disminuía, y el lado oriental del cielo, por el que no tardaría en aparecer la aurora. Pero, como tenía tiempo bastante, aminoró la marcha de su caballo a fin de no cansarlo sin necesidad. Knell abandonaría el punto de cita más o menos en el mismo instante en que Duane emprendiese el camino hacia Ord. Y era muy probable que se encontrasen por la tarde.

La noche tocaba a su fin. La luna se hundió tras las montañas del oeste. Las estrellas resplandecieron un momento y luego disminuyó poco a poco su luz. El mundo quedó rodeado de una tonalidad gris ; luego, poquito a poco, empezó a aclarar y por fin se vio brillar una luz débil en el Este. Duane llegó a Bradford antes de amanecer. Echo pie a tierra a alguna distancia de la vía del ferrocarril, ató el caballo y luego se encaminó a la estación. El repiqueteo del transmisor telegráfico le procuró una profunda alegría. En la oficina, el telegrafista estaba leyendo. Cuando Duane llamo a la ventanilla, el empleado levantó los ojos algo sobresaltado y luego se apresuró a abrir.

-Buenos días. Haga el favor de darme papel y un lápiz. ¡Aprisa! -dijo Duane.

El telegrafista obedeció con mano trémula y Duane escribió el mensaje que ya había redactado mentalmente.

-Haga el favor de transmitir eso. Luego repítalo para tener la seguridad de que ha sido interpretado. Y tenga el mayor cuidado en no decir una palabra a nadie, ¿comprende? Ya le veré en otra ocasión.

El telegrafista se quedó mirándole, pero no pronunció una palabra.

Duane se marchó con el mismo silencio y rapidez con que había llegado. Llevó su caballo a un par de millas más allá del camino y procuró descansar hasta que amaneció. Y en cuanto empezó a enrojecer el cielo por el Este, volvió a tomar el camino de Ord.

Cuando penetró en la ancha y herbosa plaza de las afueras de Ord vio un grupo de caballos ensillados y

atados delante de la taberna. Sabía ya lo que aquello significaba y comprendió que la suerte seguía acompañándole. ¡Ojalá durase! No podía pedir más. Lo que faltaba dependía tan solo de la extensión en que pudiera hacer sentir su fuerza. Existía la posibilidad de que tuviese que luchar contra lo inesperado. Aquello sería fatal para él, y para evitarlo, veíase obligado a apelar a su triste fama v a su aspecto terrible. Conocía muy bien a los forajidos v las cosas que les impresionaban, de modo que no tenía más remedio que exagerar ante ellos.

No pudo ver a un solo bandido. Los caballos, cubiertos de polvo, habían hecho el viaje aquella mañana. En cuanto Duane echó pie a tierra oyó fuertes voces en el interior de la taberna. Se quitó la chaqueta y el chaleco y los colgó en el pomo de la silla de montar. Llevaba dos revólveres, uno sujeto a la izquierda en la cadera y el otro oscilaba más bajo en el lado derecho. No se entretuvo en escuchar ni en mirar, sino que empujó la puerta y penetró en la sala.

Estaba llena de hambres cuyos rostros se volvieron a mirarle. El pálido rostro de Knell centelleó al clavar los ojos en los de Duane; le imitaron Boldt, Blossom Kane. Panhandle Smith, Fletcher y los demás a quienes conocía y, por fin, Poggin. Aunque Duane nunca le había visto, ni sabía cómo era, le conoció en el acto, porque vio una cara que era espejo de numerosos crímenes.

Reinó absoluto silencio. Los forajidos estaban alineados a lo largo de una gran mesa en la que había papeles, pilas de monedas de plata, un fajo de billetes y un enorme revolver con adornos de oro.

-¿Me buscan ustedes? -preguntó Duane.

Y dio a su voz toda la autoridad y cuanta fuerza le fue posible. Saltó hacia atrás, para alejarse lo suficiente de los bandidos, que estaban alineados ante él.

Knell temblaba de pies a cabeza, pero su rostro seguía tan impasible como una máscara. Sus compañeros miraban

alternativamente a Duane y a él. De pronto, Jim Fletcher levantó las manos.

-¿Qué has venido a hacer aquí, Juan?-exclamó en tono de queja, dando un paso hacia delante.

Parecía obedecer a un sentimiento leal; sin duda, como

había respondido de Duane, quería ponerse a su lado.

-¡Atrás, Fletcher! -gritó Duane con tal acento que el forajido obedeció de un salto.

-¡Quieto, y vosotros, también, no os mováis! Dejadme hablar para poner en claro el asunto y justificarme.

Sus palabras no lograron disminuir la tirantez de la situación.

-Habla si quieres-dijo Poggin.

-Compañero - dijo Fletcher a Duane -, no sabes cuánto siento que hayas encontrado

Librodot

enemigos, cuando te juré que sólo hallarías amigos. Yo tengo la culpa, pero si lo permites, me pondré a tu lado.

-No, Jim - replicó Duane.

-¿Por qué has venido sin haberte dado yo la señal convenida? -exclamó Fletcher, pues no dejaba de comprender la catástrofe que resultaría de aquel encuentro.

-Ten en cuenta, Jim, que no quiero imponer mi presencia a nadie; pero cuando sé que me buscan...

Fletcher levantó la mano para rogarle que se callase, y luego se volvió a Poggin con ruda dignidad.

-Mira, Poggin, mi compañero está ahora enojado. Yo sólo le dije que Knell sentía tan poca simpatía por el como por mí. Ahora tú tienes la palabra. Ya sabes que siempre te he sido fiel. Ese hombre es mi compañero y respondo de él. ¿Quieres apoyarme? Si no lo haces, aquí se va a armar la de Dios es Cristo. No olvides que nos espera un importante trabajo.

Mientras Fletcher peroraba lentamente pero con calor, para persuadir a su jefe, Duane tenía los ojos clavados en Poggin. Este hombre tenía algo de león. Como él, era pardo. Y poseía la hermosura del fuego destructor. Pero observándole de cerca y fijándose en su aspecto físico y no en el fuego y en el poder que parecían emanar de él veíase, además, que su constitución era perfecta, que estaba dotado de músculos poderosos que se hinchaban bajo la ropa, que su cabeza era magnífica y el rostro tenía la crueldad, la ferocidad y la misma mirada del jaguar.

Al contemplar a aquel extraño Poggin y adivinando instintivamente el poder horrible y extraordinario de que gozaba, Duane sintió interiormente, por vez primera en su vida, miedo. Era algo parecido a una campana helada que resonara en su interior y entorpeciera el funcionamiento de su corazón. Experimentó luego el instintivo ardor de la sangre, pero no consiguió destruir aquella sensación de miedo. Él lo sabía. Sintió algo más profundo. que no podían dominar sus pensamientos. Y odió a Poggin.

Aquel individuo reflexionó después de oír las suplicantes palabras de Fletcher.

-No tengo inconveniente en apoyarte, Jim -dijo-. Y si Phil no se opone abiertamente, no habrá ninguna clase de obstáculo en que tu amigo forme parte de la banda.

Todos los ojos se volvieron hacia Knell, que estaba mortalmente pálido. Se echó a reír, pero cualquiera que hubiese oído su carcajada habría adivinado su intensa cólera y la seguridad que tenía de hacerse dueño de la situación.

-Poggin, eres un jugador atrevido, tal vez el más notable de la Gran Curva - dijo con el mayor desdén-. Pero te apuesto mi sueldo contra un peso mejicano a que te daré unas cartas que no te atreverás a jugar.

-Creo, Phil, que hablas con demasiado atrevimiento -gruñó Poggin en tono de advertencia y amenaza a la vez.

-Tengo entendido que odias sobremanera a todo aquel que se hace pasar por lo que no es. ¿No es así?

Poggin afirmó moviendo la cabeza mientras sentía crecer su cólera.

-Pues bien, el nuevo compañero de Jim, ese Juan, no es lo que parece. ¡Oh, no; es algo muy distinto! Pero yo lo conozco. Y cuando te diga su nombre, Poggin, te echarás a temblar. ¿No entiendes? Temblarás de miedo y se te quedará la mano inmóvil cuando debiera ser tan rápida como el rayo. Y sucederá eso porque entonces te darás cuenta de que sólo por milagro has estado cinco minutos... vino, ante el.

Las palabras desdeñosas y coléricas de Knell demostraban no solamente odio, sino también una animosidad extraordinaria contra Poggin, según se advertía en la mano temblorosa que dirigía a éste. En el silencio que siguió pudo oírse la respiración jadeante de Knell. Los demás estaban pálidos, vigilantes, y, poco a poco, se dirigían hacia uno de los dos lados de las paredes, a fin de dejar a Duane y a sus dos jefes en el centro del local.

-¡Pues si es así, acaba de una vez y dime su nombre! - exclamó, añadiendo una satánica maldición.

Por extraño que parezca, Knell no miraba siquiera al hombre que iba a denunciar. Se inclino hacia Poggin y sus manos, su cuerpo y su cabeza expresaban lo que ocultaba su rostro.

-¡Buck Duane ! -grito de pronto.

Aquel nombre no pareció impresionar gran cosa a Poggin. Pero la cólera y la rapidez con que Knell lo pronuncio parecieron indicar que el nombre en cuestión haría obrar a Poggin con la mayor rapidez. También era posible que la conducta de Knell, la importancia de su denuncia y lo que se advertía en el fondo de su ira causaran a Poggin una sorpresa extraordinaria. Era evidente que el bandido estaba sorprendido y hasta quizás asombrado de que el, Poggin, se hubiese sentido inclinado a responder, con Fletcher, de un famoso proscrito odiado y temido por los forajidos.

Knell espero un momento y luego su rostro abandono la fría inmovilidad, para adquirir una expresión extraordinaria de diabólica alegría. El haber logrado comprometer a Poggin era algo que le proporcionaba el mayor júbilo.

-¡Buck Duane! ¡Sí! -exclamo enardecido- ¡El pistolero de Nueces! ¡El lobo solitario! ¡El estupendo tirador! Tú y yo hemos oído hablar mil veces de él y con frecuencia hemos referido sus hazañas. Ahora está ante ti. Tú, Poggin, apoyabas al nuevo compañero de Fletcher, a Buck Duane! Y sin duda, de no intervenir yo, os habría engañado a los dos. Pero yo le conozco y se perfectamente la razón que le ha hecho venir. Proponíase disparar su revolver contra Cheseldine, contra ti, contra mí. ¡Bah! ¡No me digáis que quiere entrar a formar parte de la banda! ¡Bien sabes lo que es un pistolero, porque tú mismo lo eres también! ¿Acaso no sientes el deseo constante de matar a alguien? ¿No te gusta enfrentarte con un hombre de pelo en pecho v no de un jaque presuntuoso? Te anima la locura del pistolero, lo sé muy bien. Y ahora, ten en cuenta que Duane se ha situado ante ti y te ha desafiado. Y cuando yo descubrí su nombre, ¿qué hiciste? ¿Qué esperaría el jefe, u otra persona cualquiera, de un hombre como Poggin? ¿Sacaste rápidamente el revólver, como tantas veces? Nada de eso. ¡Te has quedado inmóvil! Y ¿por qué? Porque te ves frente a frente de un hombre más valiente que tú. Porque ha dado pruebas de temeridad, al venir solo a retarnos a todos. Y o te has movido porque sabes que ese hombre es maravilloso revólver en mano y tú quieres vivir. No te has movido porque tú, yo y todos los que estamos aquí correríamos el peligro de ser víctimas de sus balas en cuanto iniciásemos un gesto ofensivo. Si todos empuñásemos a un tiempo el revolver, no hay duda de que lo mataríamos. ¡Seguro!! Pero, ¿quien será el primero? ¿Quien se atreverá a obligarle a empuñar el arma? ¡Desde luego, no serás tú, Poggin! Dejas ese cuidado a un hombre de menor importancia, a mí, que he vivido lo bastante para ser testigo de tu cobardía. Esto le ocurre alguna que otra vez al mejor pistolero del , mundo. En Buck Duane has encontrado a tu maestro. ¡Y por Dios te juro que me alegro! Esta vez he podido desenmascararte

Cesó su retadora y ronca voz y Knell dio un paso atrás, apartándose del camarada a

quien odiaba. Estaba bañado en sudor, tembloroso, desencajado; pero tenía un aspecto magnífico.

-¿Te acuerdas de Hardin, Buck Duane? - preguntó con voz apenas audible.

-Sí -contestó Buck Duane, comprendiendo en aquel momento la razón de la conducta de Knell.

-Fuiste a su encuentro... le obligaste a empuñar el revólver... y le mataste.

-Sí.

-Pues sabe que Hardin fue el mejor compañero que he tenido.

Después de pronunciar estas palabras, rechinaron sus dientes y apretó fuertemente los labios.

En la sala reino un silencio expectante. Incluso había cesado la respiración de los que en ella estaban. En aquel largo momento de silencio, el cuerpo de Knell ceso de temblar. Se inclino un poco, mientras sus ojos llameaban.

Duane los observaba. Esperó. Sorprendió el pensamiento de aquel hombre y se fijo en la rigidez de sus músculos_ Entonces sacó rápidamente el revólver.

A través del humo despedido por el arma vio dos rojas llamaradas. Las balas de Knell fueron a incrustarse en el: techo. Knell cayo profiriendo un grito de agonía.

Duane no le vio morir. Observaba a Poggin. Éste, asustado y sorprendido, tenía los ojos fijos en el caído camarada.

Fletcher se acercó corriendo a Duane con los brazos en alto.

-¡Vete en seguida, embustero, o de lo contrario tendrás que matarme ! - gritó.

Y, sin bajar las manos, empezó a dar empujones a Duane para sacarlo de la sala.

Duane montó de un salto a caballo, lo espoleó y se alejó.

XXIII

Regresó a Fairdale y acampó entre los mezquites hasta el día veintItrés. Aquellos pocos días que pasó allí le parecieron interminables. No podía pensar en otra cosa sino en que lenta e inexorablemente se acercaba la hora en que se vería obligado a deshonrar el nombre de la mujer que amaba. Durante el tiempo que pasó esperando llegó a convencerse de que el amor era también un deber. Cuando, por fin, amaneció el último día descendió por la fragosa pendiente, haciendo rodar las piedras y aplastando las matas, mientras sentía en sus oídos un ruido que no -era el viento, como si corriese algo a su espalda.

Al parecer, una parte de su mente estaba fija de un modo inalterable en el cumplimiento de su deber, en tanto que en la otra reinaba la mayor confusión de ideas y de sensaciones. No podía recobrar la tranquilidad, y tal vez de un modo involuntario, a cada momento aceleraba su marcha, porque el movimiento le proporcionaba cierto alivio; pero cuanto más avanzaba, más duro le parecía continuar. ¿Acaso su deber le obligaría a volver la espalda al amor, a la felicidad, tal vez a la misma vida?

Era inútil seguir adelante hasta que no estuviese absolutamente seguro de sí mismo. Llegó a sospechar que el empeño que perseguía no podría llevarse a cabo de acuerdo con sus propósitos y sus esfuerzos. Se aferró a tal idea y algunas veces disminuyó el paso v

hasta se detuvo, aunque para continuar la marcha inmediatamente. Por fin, mientras ascendía hacIa una pequeña altiplanicie, apareció Fairdale, luminosa y verde, a muy poca distancia y aquel espectáculo pareció contenerle. En la altura había unos mezquites y el buscó su sombra. Era mediodía, el sol brillaba con fuerza y no soplaba el viento. Comprendió la necesidad de decidir allí mismo su conflicto. No se reconocía y no podía tampoco recobrar su antigua personalidad; no era el mismo de antes. Pero ahora pudo ya comprender la razón. Se debía a Ray Longstreth. Por todos lados le asaltaba la tentación. Le parecía imposible que aquella mujer llegase a ser su esposa, pero tal idea le asediaba sin cesar. Llegó incluso a imaginarse su hogar. Se vio a sí mismo a caballo, a través de los algodoneros, de los arrozales y cañaverales, de regreso a una antigua y señorial mansión en donde unos perros de largas orejas ladraban alegres para darle la bienvenida y una mujer que esperaba su llegada salía a su encuentro con una sonrisa de felicidad en el rostro. Incluso había niños. Esta idea agitó los más profundos sentimientos del corazón de Duane. ¡Habría niños, y Ray sería su madre ! Aquella era la vida que deseó siempre el solitario proscrito, sin esperanza de alcanzarla. Y comprendió v sintió perfectamente la imposible realización de su deseo.

Pero dominando todas aquellas emociones estaba el capitán Mac Nelly. Entonces Duane sintió algo frío y mortal en el fondo de su alma, pues comprendió que cualquiera que fuese el curso que tomasen los acontecimientos no tendría más remedio que matar a Longstreth o a Lawson. Tal vez le sería posible prender al primero, pero el segundo era hombre que no sabía dominarse y que. además, no tendría miedo en el momento crítico. Rugiría como una pantera, empuñaría el revólver y no habría más remedio que matarlo. En cuanto al destino de este personaje, no era posible tener la menor duda.

De todas aquellas reflexiones salió Duane amargado, triste, y de tal modo endurecido, que no podía hallarse en mejor situación de ánimo para emprender una mortal empresa. Estaba a punto de alcanzar sus antiguos, extraños y bellos sueños, que el amor hacía más codiciables.

Pero olvidó aquellas ilusiones para ocupar su mente con la imagen del aceitunado rostro de Longstreth, animado por unos ojos agudísimos, y del moreno y maligno Lawson, el recuerdo de aquellos dos individuos le hizo desear más que nunca poder enfrentarse con Poggin.

Hacia las tres de la tarde, Duane entró en Fairdale.

La mayor parte de las calles estaban desiertas. El fue directamente al encuentro de Morton y de Zimmer. Los encontró, por fin, inquietos, sombríos y ansiosos; pero ignoraban lo que el había hecho en Ord. Le dijeron que Longstreth estaba en su casa, de modo que cabía la posibilidad de que hubiese llegado a ella sin enterarse de lo ocurrido.

Duane les recomendó estar preparados, con sus hombres, para el caso de que los necesitase, y luego, animado de mortal propósito, se dirigió al rancho de Longstreth.

Se acercó a la casa al amparo de los arbustos y de los árboles, y en cuanto estuvo a poca distancia del soportal oyó voces conocidas, fuertes y coléricas. Longstreth v Lawson disputaban otra vez. ¡La fortuna no le abandonaba ! No tenía ningún plan de acción, pero su cerebro podía decidir con la rapidez del rayo. Estaba dispuesto a arriesgarse a cualquier cosa para no verse obligado a matar a Longstreth. Los dos hombres estaban en el soportal. Duane se acercó al límite del matorral y se acurrucó, en espera de una oportunidad favorable.

Longstreth estaba desencajado, flaco. Iba en mangas de camisa. Salió al soportal

Librodot

empuñando un revólver que dejó en una mesa contigua a la pared. Duane notó que no llevaba cinturón.

Lawson estaba congestionado, torpe de lengua, enfurecido y sudoroso a causa de la bebida, si bien, por el momento, parecía estar sereno; veíase en su rostro la expresión de un hombre desesperado que se halla en el momento más crítico de su vida. Y, en efecto, tal era su situación, aunque el lo ignorase.

-¿Cuáles son sus noticias? No debe tener cuidado alguno de mis sentimientos -dijo Lawson.

-Ray ha confesado que le interesa ese guardia rural - replicó Longstreth.

Duane llegó a temer que Lawson se muriese de un ataque de rabia. En efecto, tal fue la congestión y la cantidad de sangre que acudió a su cabeza, que se vio obligado a romper violentamente el cuello de la camisa. Duane esperó su oportunidad con fría paciencia, conteniendo sus impulsos.

-Pero ¿por que ha de ver siquiera su hija a ese hombre? -preguntó Lawson con voz ronca.

-Porque le ama y el le corresponde.

Duane sintió una enorme alegría al notar el estado de Lawson. La afirmación de Longstreth debió de ser un golpe tremendo para el bandido. Pero ¿sería sincero e' viejo? ¿Que se proponía?

Lawson fue por fin capaz de hablar y, al hacerlo, maldijo a Ray, al guardia rural y a Longstreth.

- ¡Cállate, estúpido egoísta! - exclamó Longstreth con amargo desdén- No piensas más que en ti y en que pierdes a mi hija. ¡Piensa siquiera una vez en mí, ¡en mí!, en mi casa, en mi vida!

Entonces comprendió Lawson la relación que, de un modo sutil, acababa de señalar Longstreth. Era evidente que por medio de la joven, su padre y su primo serían víctimas de una traición. Duane tuvo tal impresión, aunque no estaba seguro de su certeza. Los celos dominaban a Lawson.

-¡Váyase usted al demonio! - exclamó éste frenético, con voz incoherente-. ¡Esa mujer será mía o de nadie!

-Pues te aseguro que no la tendrás-exclamó Longstreth con voz estridente- Antes se la daré a ese guardia rural que a ti.

Mientras Lawson soportaba aquel golpe, Longstreth se inclinó hacia el en actitud amenazadora.

-Tú has hecho de mí lo que soy -siguió diciendo Longstreth -. Te apoye y te ampare. En realidad, eres tú Cheseldine. Pero ahora ha terminado todo y te abandono, porque estoy derrotado.

Los rostros de aquellos hombres se inmovilizaron como si fuesen de piedra, a pesar de la ira que les dominaba.

-¡Señores! -exclamó Duane con voz potente, al mismo tiempo que aparecía ante ellos- Puedo asegurarles que están derrotados los dos.

Ambos dieron media vuelta para mirar a Duane.

-¡No se muevan ! ¡Quietos! ¡No se muevan un dedo siquiera! -les avisó éste.

Longstreth pudo ver lo que Lawson no fue capaz de comprender, y su rostro se puso lívido.

-¿Que quiere usted decir? - gritó ferozmente Lawson, porque no era hombre para

obedecer órdenes aun que le amenazase la muerte.

Con los nervios tensos, pero dueño de sí, Duane levantó la mano izquierda para mostrar el reverso de su chaleco abierto. La estrella de plata resplandeció al mismo tiempo.

Lawson empezó a aullar como un perro. Con la furia propia de un loco, y animado por la impotente desesperación, llevo la mano a su revolver; pero el tiro de Duane interrumpió su movimiento.

Antes de que Lawson perdiese el equilibrio y soltase el arma, Longstreth salto a su espalda, lo agarro con el brazo izquierdo y, rápido como el rayo, le arranco el revolver de las manos. Hecho esto, se protegió con el cuerpo del muerto. Duane vio algunos fogonazos seguidos de columnas de humo y pudo oír rápidos y secos disparos. Sintió una intensa punzada en el brazo izquierdo. Luego un golpe violento le hizo tambalearse sobre sus pies. Sintió, al mismo tiempo, el dolor de la carne arrancada por el plomo. Su corazón pareció estallar, mas, a pesar de esto, su mente conservo su extraordinaria claridad.

Después, Duane oyó como el gatillo del arma de Lawson caía inofensivo sobre las cápsulas descargadas. Al notar Longstreth que había ya disparado todas las balas, empezó a blasfemar y a maldecir. Duane, frío y seguro de sí mismo, espero. Mientras tanto, Longstreth quiso levantar el cadáver y, amparado por el, acercarse a la mesa en que estaba su propio revólver. Pero, considerando que al hacerlo se expondría a una muerte segura, vio que no podría realizar su intento. Se inclino para mirar a Duane por debajo del brazo de Lawson, que pendía algo separado del costado. Los ojos de aquel hombre estaban animados de mortal propósito. No era posible equivocarse acerca de su expresión. Más de una vez Duane tuvo ocasión de apuntar a aquellos ojos, a la parte superior de la cabeza de Longstreth o a uno de sus costados. De pronto, Longstreth arrojó el cadáver de Lawson, pero mientras caía, y antes de que pudiese dar un salto para alcanzar el revolver, Duane le apunto diciendo

-¡No salte! ¡Quieto! ¡Le juro por Dios que le voy a matar!

Longstreth se hallaba, quizás, a tres metros de la mesa en que estaba el revolver. Duane le vio calcular sus posibilidades y admiró y respetó su valor. Vio como medía la distancia que le separaba del arma. Aquel hombre tenía un aspecto magnífico, estaba decidido y Duane tendría que matarle.

-¡Oiga, Longstreth! - se apresuró a gritar -. ¡Esto ha terminado ! Está usted vencido. Pero piense en su hija. Estoy dispuesto a no matarlo. Me esforzaré en procurar su libertad con una condición. Lo haré por ella. Está usted solo. En cuanto quiera, acudirán en mi auxilio Morton y sus hombres. Ríndase. Consienta en lo que voy a pedirle v le salvare la vida. Quizá podré persuadir a Mac Nelly para que le deje volver libre a su país. Lo haré por Ray. Tal vez podremos salvarle la vida y la felicidad.

-¡Aprisa! ¡Decídase!

-¿Y si me niego? - pregunto Longstreth con sombrío y terrible acento.

-¡Si se niega, lo mato, como hay Dios! Tenga en cuenta que no puede mover una sola mano. Así, pues, déme su palabra, o prepárese a morir. ¡Aprisa, Longstreth! ¡Sea hombre! ¡Por ella! ¡Aprisa! ¡Si tarda un segundo, lo mato!

-¡Conforme, Buck Duane! Le doy mi palabra -contestó dirigiéndose al sillón y dejándose caer en el.

Longstreth miro de un modo muy raro la mancha de sangre que tenía, Duane en el hombro.

-¡Ahí vienen ellas! - exclamó de pronto -. ¿Quiere ayudarme a transportar a Lawson? Conviene que no lo vean.

Duane miraba entonces hacia el patio y los corrales. La señorita Longstreth y Ruth aparecieron en aquel momento. Se acercaban rápidamente, muy alarmadas. Los dos hombres metieron en la casa el cadáver de Lawson antes de que las jóvenes pudiesen verlo.

-¿Está usted malherido, Duane? -preguntó Longstreth.

-Me parece que no.

-Lo siento mucho. Si antes me hubiese usted dicho todo eso... ¡Maldito Lawson! Él tiene la culpa de todo.

-Bien se aprovechó usted de él, Longstreth.

-Sí, pero en cambio, me expuse a que usted me matara. Ahora, Duane, recuerdo sus palabras y sus promesas. Hemos de procurar la felicidad de Ray. Dentro de un momento estará aquí, y eso me resultará más violento que el ponerme delante de un revolver a punto de disparar.

-Tal vez ahora sea duro, mas espero que al fin todo acabará bien.

-¿Quiere usted hacerme un favor, Duane? -preguntó Longstreth, avergonzado.

-Sin duda.

-Dígale usted a mi hija y a su prima que le hirió Lawson. Como va está muerto, no importa que le echemos la culpa. Por otra parte, Duane, le aseguro que va me siento otro. Vuelven a predominar en mí los antiguos sentimientos y me arrepiento de todo lo que he hecho. Le aseguro, por D: os, que, si pudiese, cambiaría gustoso con el destino de Lawson.

-Me alegro mucho de oírle, Longstreth - replicó Duane -. Confesaré que Lawson me hirió. Éste será nuestro secreto.

En aquel momento entraron las jóvenes en la estancia. Duane oyó dos leves gritos en tonos diferentes y vio también dos rostros muy pálidos. Ray se acercó a él y elevó su temblorosa mano para señalar la sangre que había en su pecho. Y, sin pronunciar palabra, volvió los ojos hacia su padre.

-¡Papá! -exclamó, por fin, retorciéndose las manos.

-No perdáis el ánimo-replicó Longstreth -. Sed valerosas. Duane ha recibido una ligera herida, pero Floyd, en cambio..., ha muerto. Escuchadme, voy a contároslo rápidamente. Hemos luchado. Lawson..., el revólver de Lawson hirió a Duane. Pero este me permitió separarme de ese imbécil y puedo añadir que, en realidad, me salvó. Ahora voy a repartir mis propiedades, devolviendo cuanto pueda de todo lo que he robado... y abandonaré Texas lo antes posible, en compañía de Duane, en calidad de detenido. Él dice que quizá podrá lograr que el capitán Mac Nelly me deje en libertad. Y eso lo hará por ti, hija mía.

La joven estaba en pie, comprendiendo que, por fin, había salido de la horrible situación en que se hallaba, y la sombría y trágica gloria de sus ojos se fijaba sucesivamente en su padre y en Duane.

-Es preciso que cobre usted ánimo -le dijo éste-. Yo temía que esto la arruinara a usted. Su 'padre ha salido con vida y podrá seguir viviendo. Tengo la seguridad de poder prometerle que le devolverán la libertad. Quizás, una vez esté de nuevo en Louisiana, no se llegará a conocer la vida deshonrosa que ha llevado aquí. Esta región está muy lejos de su antigua casa solariega. Y aun en San Antonio y en Austin tiene muy poca importancia

la mala reputación de un hombre. Además, es difícil, en nuestros tiempos y en esta región, trazar una línea que separe al ranchero del ladrón de ganado. Más de una vez he oído decir a un conocido ranchero que todos los ganaderos han robado un poco. Su padre llegó aquí, se estableció y, como otros muchos, tuvo éxito. No sería justo examinar su conducta de acuerdo con las leyes y las costumbres de un país civilizado. Luego, por una u otra razón, frecuentó el trato de unos malvados y quizás el respeto a su propia palabra le ató más de una vez las manos. Muchos asuntos referentes a tierras, a aguas y a algunas cabezas de ganado extraviadas se decidían lejos del tribunal y estoy seguro de que él mismo no llegó a darse cuenta de las faltas que cometía. Unas arrastraban u las otras y, por fin, se vio metido en negocios que sin ninguna duda podían calificarse de criminales. Para protegerse, se rodeó de los hombres que le auxiliaban, y así nació la banda de forajidos. Otras muchas, también poderosas, se han desarrollado del mismo modo. Él no pudo luego dominar ya a sus hombres y se vio ligado a ellos, de manera que sin negocios fueron cada vez menos honrados. Eso había de tener como resultado inevitable el derramamiento de sangre, y su padre se convirtió en jefe, por ser el más poderoso. Cualesquiera que sean los cargos que se le hagan ahora, yo creo que podría haber sido un hombre infinitamente peor.

XXIV

Fi día veintiséis por la mañana, Duane se dirigió a Bradford con tiempo para tomar el primer tren. Sus heridas no le molestaban mucho. Longstreth le acompañaba y no se quedaron atrás su hija y la señorita Ruth Herbert. Los cuatro salían de Fairdale para siempre. Longstreth entregó todas sus propiedades a Morton, con encargo de repartirlas según él y sus amigos considerasen justo. Duane salió de noche de Fairdale en compañía de sus amigos, atravesó Sanderson al amanecer y llegó a Bradford a la hora que se había propuesto.

Aquella mañana que tanta importancia había de tener

en su vida encontró a Duane sereno exteriormente, pero hundido en la mayor agitación interna. Deseaba llegar cuanto antes a Val Verde. ¿Estaría el capitán Mac Nelly con sus guardias rurales, según el había procurado? Con más enojo y cólera que nunca recordó al feroz Poggin.. Duane soporto horas, semanas y meses de espera, esperó, durante las largas horas de su vida de proscrito; pero, ahora se le había agotado la paciencia. De pronto, el silbido de la locomotora le hizo dar un salto.

El tren era muy rápido, pero a el le parecía que avanzaba con gran lentitud.

Poco deseoso de sentarse ante Longstreth y los demás pasajeros del vagón, cambio su asiento por uno situado a espaldas de su detenido. Apenas había cruzado con él la palabra. Longstreth, con la cabeza inclinada, estaba entregado a sus reflexiones. Las jóvenes ocupaban un asienta inmediato y estaban pálidas pero serenas. A veces, el tren se detenía breves instantes en una estación. En la segunda, mitad del viaje, Duane observo una. carretera que corría paralela a la vía del ferrocarril, a veces a muy corta distancia y otras bastante más lejos. Cuando el tren llegó a veinte millas de Val Verde, Duane distinguió un grupo de jinetes que avanzaban al trote hacia el Este. Al verlos, sintió que su corazón latía con violencia. ¡La cuadrilla! Creyó reconocer a Poggin y sintió una

contracción interior. También diviso a Blossom Kane, al gigante Boldt, cuyo rostro ocultaba una negra barba, al rojizo Panhandle Smith y a Fletcher. Además vio a otro hombre desconocido. ¿Sería Knell? No, no podía ser él.

Duane se inclino sobre el asiento y tocó el hombro de Longstreth.

-¡Mire! -murmuró.

Pero Cheseldine estaba ya rígido, porque también había visto a aquellos hombres. El tren paso ante ellos con extraordinaria rapidez y la banda de forajidos pareció retroceder, y, al fin, se perdió de vista.

Duane no volvió a dirigir la palabra a Longstreth hasta que el tren estuvo en Val Verde.

Se apearon y las jóvenes les siguieron con la misma naturalidad que si fuesen viajeros corrientes. La estación era bastante mayor que la de Bradford y reinaba en ella la agitación propia de la llegada de un tren.

Duane examino rápidamente los rostros de los que es peraban y se fijo en un individuo cuyo semblante creyó reconocer. El otro, a su vez, dio muestras de haber visto antes a Duane, aunque esperaba, sin duda, alguna señal o una indicación cualquiera. Entonces, Duane acabo de reconocerle. Era Mac Nelly, que se había afeitado el bigote, lo cual le cambio mucho, haciéndole parecer más joven.

En cuanto Mac Nelly observo que Duane se disponía a saludarle, se apresuro a acudir a su lado. Centellearon sus ojos y era evidente que estaba deseando adquirir noticias, aunque se contenía. Luego, con la mirada interrogo a Duane, señalándole a Longstreth, porque éste no tenía ciertamente el aspecto de forajido.

- ¡Duane! ¡Dios mío! ¡Cuánto me alegro de verle! - exclamo el capitán. Luego, al fijarse más en el rostro de su subordinado vio algo en él que contuvo su entusiasmo o, por lo menos, el deseo de manifestarlo.

-Dé usted la mano a Cheseldine -dijo Duane en voz baja.

El capitán de los guardias rurales se quedo mudo e inmóvil, pero al notar que Longstreth le tendía la mano, él, a su vez, le tendió la suya y se la estrecho.

-¿Ha venido con usted alguno de sus hombres? -pregunto Duane.

-No, están en la población.

-;Bueno, vamos! Usted, Mac Nelly, acompañe a este señor, porque como vienen con nosotros unas señoritas, yo iré detrás con ellas.

El grupo tomo el camino que conducía al centro de la población. Longstreth andaba cual si acompañase a unos amigos a comer. Las jóvenes guardaban silencio. Mac Nelly parecía estar soñando y hasta que hubieron recorrido cuatro manzanas nadie pronunció una palabra.

De pronto, Duane se fijo en un edificio de piedra que daba esquina a la calle principal. Veíase en el un gran letrero que decía : Rancher's Bank.

--Ahí está el hotel - dijo Mac Nelly -. Algunos de mis hombres se hallan en él. Los demás están diseminados.

Cruzaron la calle, atravesaron la puerta y el vestíbulo, y luego Duane rogó a Mac Nelly que les llevase a una habitación particular. El capitán no replico palabra y se apresuro a complacerle. Una vez se vieron solos, Duane cerró la puerta y, dando un gran suspiro de alivio, contemplo tranquilamente a las personas que le acompañaban.

-Señorita Longstreth, ruego a usted y a la señorita Ruth que se sienten cómodamente y no se apuren. - Luego; volviéndose al capitán, añadió -: Esta señorita, mi capitán, es

Librodot

hija del hombre a quien le presenté antes, y esta otra, su sobrina.

Luego, Duane relato brevemente la historia de Longstreth y aunque no disculpo al jefe de los ladrones de ganado, se mostró generoso con él.

-En cuanto me vi cara a cara con Longstreth - termino diciendo - estaba dispuesto a matarlo o a ofrecerle la libertad bajo determinadas condiciones. Escogí lo último en beneficio de su hija. Él ha cedido todas sus propiedades y estoy seguro de que cumplirá las condiciones que se le han impuesto. El nombre de Cheseldine está envuelto en un misterio que acabará por olvidarse,

Pocos momentos después, Duane siguió a Mac Nelly a una habitación más espaciosa, semejante a un hall, y allí vio a algunos hombres que se ocupaban en leer y en fumar. Duane los reconoció como guardias rurales.

Mac Nelly hizo seña a sus hombres. -¡Aquí está Duane, muchachos!

-¿Cuántos hombres tiene usted? - pregunto Duane.

-Quince.

Mac Nelly casi abrazo a Duane y sin duda lo hubiera hecho de no advertir su solemne y preocupado aspecto. Entonces empezó a pasear de un lado a otro; varias veces intento hablar, moviendo sin cesar los brazos. Estaba fuera de sí. Sus guardias se acercaban a él, ansiosos, como perros dispuestos a echar a correr para obedecer al amo. Todos hablaban a la vez y la palabra más frecuente y significativa que pronunciaban era «forajidos».

Mac Nelly dio con una mano un puñetazo en la palma de la otra.

-Eso hará saltar de alegría al ayudante. Tal vez no consigamos todavía convencer al gobernador. Pero, de todos modos, le demostraremos lo que son capaces de hacer los guardias rurales. ¿Como ha podido usted lograr esto, Duane?

-Tenga usted en cuenta, capitán, que aún no se ha realizado la mitad de ese trabajo. La cuadrilla de Cheseldine se acerca ahora por la carretera. Los vi desde el tren v entrarán en la población a las dos y media en punto.

-¿Cuántos? -pregunto Mac Nelly.

-Poggin, Blossom Kane, Panhadle Smith, Boldt, Jim Fletcher y otro a quien no conozco. Son los individuos más notables de la banda, de modo que estoy seguro de que serán los bandidos más peligrosos con quien hayan podido enfrentarse los guardias rurales.

-¡Poggin! Ése es el más peligroso. En Val Verde me he enterado ya de la historia de todos. ¿Donde está Knell? Dicen que es muy joven, pero un verdadero demonio.

-Knell ha muerto.

-¡Ah! -exclamo Mac Nelly en voz baja. Luego se calmo y en tono ya de mando, añadió-: Hoy, Duane, es usted el jefe. Yo me considero un guardia rural a sus ordenes. Todos haremos lo que usted mande. Tenemos fe absoluta en usted, de modo que le ruego nos comunique su plan lo antes posible, para transmitir las ordenes necesarias a los muchachos que no están aquí.

-¿Se da usted cuenta de que no hay que pensar siquiera en intentar la detención de Poggin, Kane y los demás?-pregunto Duane.

-No, no lo comprendo - replico Mac Nelly sin ambages.

-No es posible. Por más que se haga, no se conseguiría prenderlos. En cuanto se vean sorprendidos, dispararán con la mayor rapidez y puntería. ¡Poggin! Recuerde que ese

hombre no tiene igual empuñando el revolver... a no ser que... Será preciso matarlo cuanto antes. También habrá que matar a los demás. Todos ellos son criminales empedernidos que no conocen el miedo y que se mueven con la rapidez de un rayo.

-Bien, Duane. Habrá lucha. Quizás eso facilite las cosas. Mis hombres están deseando andar a tiros. Comuníquenos, pues, su plan.

-Ponga usted un hombre a cada extremo de la calle y en el límite de la población. Todos bien ocultos y armados con rifle para evitar la fuga de cualquier forajido, en caso de salir con vida. He examinado ya el edificio del Banco. Está muy bien situado para nuestro objeto. Ponga usted cuatro hombres en esa habitación que hay frente al Banco, dos de ellos a cada una de las ventanas abiertas. Convendrá que se oculten hasta que empiece la cosa. Conviene que estén ahí para el caso que esos forajidos recelen algo antes de entrar en el Banco. Los demás guardias se hallarán en el lado interior de los mostradores, y allí permanecerán escondidos. Ahora conviene ir al Banco para explicar el asunto a los empleados a fin de impedir que cierren el establecimiento. Sin embargo, convendrá que pongan en seguridad su oro. A pesar de eso, los empleados y el cajero han de estar en sus respectivos puestos. Lo primero que Poggin hará cuando llegue será escudriñar el lugar con la mirada, porque esos individuos obran siempre con la mayor prudencia. De modo que es preciso ser más hábiles que ellos, o resignarse a perder. En cuanto los empleados del Banco estén enterados del plan, convendrá mandar a los hombres uno a uno. Es preciso evitar todo cuanto pueda llamar la atención y suscitar el recelo.

-Muy bien. Me parece de perlas. Ahora dígame dónde se propone esperar usted.

Duane oyó la pregunta de Mac Nelly llamándole mucho la atención, porque hasta entonces había formado el plan y lo expuso con detalles de un modo maquinal. Pero, en cuanto le dirigió aquella pregunta, quedóse asombrado y pensativo e inclinó la cabeza.

-¿Dónde se quedará usted, Duane? - insistió el otro, mientras le miraba con sus agudos ojos.

-Pues esperaré dentro del edificio, junto a la puerta de entrada - contestó, haciendo un esfuerzo.

-¿Por que?

-Verá usted-dijo Duane lentamente-. Poggin aparecerá en primer lugar, pero los otros no andarán muy lejos. Hasta entonces no entrarán al asalto. Lo principal, pues, es impedirles que entren, porque en el instante en que lo hagan empezarán a tiros y eso costaría la vida a alguien. Por consiguiente, si es posible, les impediremos el paso en la misma puerta.

-Pero ¿se ocultará usted?

-¿Que si me ocultaré? - Tal idea no se le había ocurrido aún a Duane.

-Hay una puerta muy ancha y un vestíbulo, con algunos escalones, que conducen al Banco. En ese vestíbulo hay una puerta que lleva a algún sitio. Podríamos situar allí a algunos hombres y usted esperaría con ellos.

Duane guardó silencio.

-Mire, Duane - exclamó Mac Nelly, muy nervioso-. Conviene que no corra peligros innecesarios. Por consiguiente, se esconderá con los demás.

-¡No! -exclamó Duane con indignación.

Mac Nelly se quedó mirándole y luego pareció comprender a su subordinado.

-Hoy no puedo darle órdenes, Duane. Solamente me limito a aconsejarle. Pero no

Librodot

necesita usted correr más peligros. Ha realizado un gran servicio, pagándome con creces el perdón que le procuré. Se ha redimido sobradamente. El gobernador, el ayudante general y todo el Estado se apresurarán a tributarle honores. Este asunto está va casi terminado. Mataremos a esos forajidos o, por lo menos, a un número suficiente de ellos rara destruir para siempre su poderío. Además, como guardia rural, no debe correr más peligro que su capitán.

Duane continuaba silencioso. Veíase solicitado por dos fuerzas. Una de ellas era tan poderosa que parecía anonadarle. Por fin, la parte más débil de su alma encontró la voz necesaria para preguntar:

-¿Quiere usted' asegurar el éxito de esta empresa?

-No hay duda.

-Pues ya le he dicho cómo hay que hacerlo. Yo conozco a los hombres con quienes vamos a enfrentarnos. Y en choques como éste hay que ser rápido en la acción. Por eso quiero estar allí.

Mac Nelly miró desalentado a sus hombres y meneó la cabeza.

-Ha realizado usted su cometido, ha preparado la trampa... ¿Cree usted, acaso, que esta extraña determinación le parecerá agradable a la señorita Longstreth? - preguntó Mac Nelly en voz baja.

Como árbol a quien se cortan las raíces, Duane vibró al oír estas palabras y levantó los ojos cual si acabara de ver un espectro.

-Podrá usted conquistarla, Duane -continuó el capitán-. ¡Oh! No conseguirá usted engañarme, porque en seguida me di cuenta de lo que ocurría. Luche con nosotros bien protegido y luego vuelva a su lado. Al servicio de los guardias rurales de Texas ha cumplido usted su deber mejor que nadie. Yo aceptaré su dimisión, y, en adelante, será usted libre, feliz y gozará de honores. Esa joven le ama; lo he visto en sus ojos. Ella...

Pero Duane le interrumpió con un gesto feroz. Se puso en pie y todos los demás dieron un paso atrás. Hasta aquel momento se mostró fosco y silencioso, pero ahora parecía más extraño y siniestro aún.

-¡Basta! Estoy decidido-dijo con acento sombrío-. Ya le he dicho a usted cuál es mi plan. ¿Estamos de acuerdo, o prefiere que vaya yo solo al encuentro de Poggin y de su banda?

Mac Nelly profirió una maldición, sin duda muy enojado. Y al mirar a Duane sus ojos tenían una expresión de pena.

El ex proscrito se quedó solo.

Nunca estuvo su mente tan rápida y clara para comprender los complicados y fugitivos impulsos de su extraña naturaleza. Estaba decidido a salir al encuentro de Poggin antes de que nadie tuviese la oportunidad de hacerlo. Mataría primero a Poggin y luego a todos los demás. Sentíase inflexible e incapaz de desistir de aquella decisión.

¿Por qué? No tardó en comprenderlo. Ya no era guardia rural, ni le importaba nada el Estado o la posibilidad de librar a sus paisanos de un peligroso criminal. Sencillamente, deseaba matar a Poggin. Era muy significativo el hecho de que hubiese olvidado a los demás fugitivos. Ahora era el pistolero, el luchador apasionado y terrible. La sangre de su padre, el espíritu valeroso de su madre, que luchó para sobrevivir en las hostiles circunstancias que le rodeaban en aquella comarca... Todo aquello circulaba entonces por sus venas; y los hombres a quienes mató, uno tras otro, y sus años de fugitivo, lo convirtieron, a su pesar, en un verdadero pistolero. Así lo comprendía amargamente. Y al

Librodot

fin se estremecía ante el impulso incontenible e inhumano, ante la sed de sangre del pistolero. Mucho tiempo atrás creyó sellar en una tumba aquella inclinación horrible, aquella necesidad de matar y volver a matar para olvidar las espectrales visitas de su víctima. Pero en realidad estaba aún en su mente, y ahora aparecía más poderosa y violenta que nunca, vigorizada por su descanso y aumentada por la violenta pasión peculiar e inevitable de aquel producto criminal de la frontera de Texas. Aquellas pasiones eran violentísimas, primitivas, mucho más bajas de lo que hubiera debido sentir cualquier hombre inteligente. Entonces no sentía más que el orgullo de sus actos, la vanidad de ser más rápido que nadie en empuñar un revólver. Y tenía intensos celos de cualquier rival que pudiera presentarse.

Duane no acababa de creerlo, pero era así, con toda evidencia. Lo que temió durante tantos años habíase convertido en monstruosa realidad. El respeto de sí mismo, el sentimiento del honor que informó todos sus actos durante los años que pasó perseguido, todo aquello habíase desprendido de él con la mayor facilidad. Veíase desnudo, con el alma al descubierto, y se dijo que era propia de Caín. Desde que, sin merecerlo, fue marcado con el estigma del crimen, se sintió arruinado para siempre. Mas ahora, cuando conscientemente se entregaba a aquel impulso pasional, se consideró perdido. No tenía reparo en confesárselo. Pero aquella alma que tanto despreciaba se alzó de pronto y, temblando, recordó a Ray Longstreth.

A partir de aquel momento sus ideas fueron terriblemente angustiosas. Como o podía gobernar las eventualidades de aquel encuentro fatal, y como toda su rapidez y el mortífero instinto que le animaba habría de ocuparse solamente de Poggin, aunque tal vez en vano; como detrás de este último habría unos excelentes tiradores, a quienes no podría vigilar, era probable que allí terminase la carrera de Buck Duane. Aquello no le importaba. Pero amaba a la joven, quería que fuese suya, y toda su dulzura, su amor y sus súplicas constituyeron un tormento para él.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Ray Longstreth.

-¡Duane!- dijo con suave acento- El capitán Mac Nelly me ha indicado que viniese a verle.

-Pero usted o debió obedecerle -replicó él.

-En cuanto me dijo lo que ocurría, yo habría venido, tanto si él lo deseaba como no. Me dejó usted, mejor dicho, nos dejó a todos anonadados. No tuve tiempo de darle las gracias. Y ahora lo hago. ¡ Oh, sí, con todo mi corazón ! Se ha portado usted con la mayor nobleza. Mi padre no sabe cómo expresarle su gratitud. Cumplirá fielmente lo ordenado. Pero ahora recuerdo, Duane, que me han encargado que me apresure y estoy aquí perdiendo el tiempo con el mayor egoísmo.

-Diga lo que quiera y luego déjeme. Conviene que no venga a debilitarme cuando voy a tomar parte en una lucha desesperada.

-¿No hay modo de evitarla? - murmuró la joven acercándose a el.

-No es posible hacer otra cosa.

Mac Nelly envió a la joven para debilitar la decisión de Duane. Éste no tenía ninguna duda acerca del particular. Y comprendió también que ella obedeció muy a gusto. Los ojos de la joven eran tan bellos como siempre, aunque le miraban con el mayor dolor y centelleaban de un modo que Duane no había observado antes.

-Va usted a correr un riesgo espantoso. Permítame pedirle que no lo haga. Me dijo... que me quería... y yo... ¡Oh, Duane... ! ¿No lo comprende?

Librodot

Su voz, de tono profundo y dulce en extremo, temblaba entrecortada. Por fin, se interrumpió.

Duane experimentó algo parecido a un choque repentino; por un instante fue capaz de coordinar las ideas. Ella extendió las manos, y la maravilla de sus ojos quedó oculta por un torrente de lágrimas.

-;Dios mío ! ¡No es posible que usted me quiera! -exclamó él con voz ronca.

La joven se acercó a el con la manos suplicantes.

-¡Oh, sí! ¡Le quiero...! ¡Le quiero con toda mi alma! - replicó.

Con extremada rapidez, Duane cogió a la joven y la estrechó entre sus brazos. Y mientras la tenía abrazada, sintiendo el contacto de su cálido y palpitante pecho y la presión de sus brazos, la realidad de aquella carne y de aquella sangre le infundió un miedo terrible. Por un momento fue tan poderosa aquella influencia, que llegó a vencer los demonios que le poseían. Y él seguía abrazando a su amada, cual si hubiera sido su propia alma, toda la fuerza que podía tener en la tierra, y su esperanza en el cielo.

La tremenda lucha acabó con la duda. Duane recobró la visión de las cosas y sintióse penetrado de una emoción de dulzura y plenitud inefable, fuerte como un vino embriagador, profunda como su propia naturaleza y tan gloriosa y terrible como el resplandor del sol para quien ha pasado largo tiempo en la oscuridad. Convertido en un proscrito, en un hombre errabundo, en un pistolero, en una víctima de las circunstancias, perdió, con todo aquello, algo más importante que la misma vida; siguió el interminable y ensangrentado camino como homicida fugitivo, cuya mente se iba cerrando de un modo inevitable a todo lo que no fuese el instinto de sobrevivir; sufrió negra desesperación, y ahora, mientras estrechaba en sus brazos a aquella mujer, sintiendo el pecho de ella apoyado en el suyo, en aquel momento que casi podía llamarse de resurrección, Duane se inclinó bajo la tormenta de pasión y de alegría que sólo podía sentir quien había sufrido tanto.

-¿Me quiere usted... un poco? - murmuró con voz insegura.

Al mismo tiempo se inclinó hacia ella, mirando con intensidad sus negros y húmedos ojos.

Ella profirió una exclamación que tanto podía parecer una carcajada como un sollozo y rodeó con sus brazos el cuello de Duane.

-¿Un poco? ¡Oh Duane! ¡Duane...! ¡Mucho, muchísimo!

Se encontraron sus labios en el primer beso. La dulzura y el ardor de la boca de la joven fue algo nuevo e irresistible para Duane. Su corazón, dolorido y hambriento, palpitó con inusitada violencia y sintió la necesidad de amor propia del proscrito. Se abandonó al encanto de aquel momento y ella, acudiendo a él, le devolvió beso por beso, abrazo por abrazo, con el rostro sonrojado, cerrados los ojos, hasta que, vencida por la pasión, se apoyó sobre el hombro de Duane.

Éste se figuró que la joven estaba a punto de desmayarse. Adivinó entonces que ella le había comprendido muy bien y que en aquel momento no le habría negado cosa alguna, ni siquiera la vida. Pero la pobre niña estaba anonada por la pena y aquello despertó los remordimientos de Duane.

Luego, ella pareció recobrar las fuerzas y se acercó más a él, apoyándose en su cuerpo, con el rostro levantado para mirarle. Duane sintió en las suyas las manos de su amada, que eran suaves, cariñosas y fuertes, como acero cubierto de terciopelo. Sintió de nuevo el rítmico movimiento y el calor de su pecho y se echó a temblar. Quiso apartarse

Librodot

de ella, pero, al intentarlo, la joven se acercó más todavía. Continuaba con el rostro levantado y Duane veíase obligado a mirarla. Estaba maravillosa : pálida, aunque resplandeciente, con los rojos labios entreabiertos; en sus negros ojos había una mirada seductora. Pero aquello no era todo, porque la joven estaba dominada por la pasión, por un ánimo invencible y por la voluntad femenina, profunda y poderosa.

-Te amo, Duane -dijo-. ¡ Por mi amor, no vayas al encuentro de ese terrible bandido! En estos momentos te dejas dominar por un instinto violento. Si me quieres, trata de vencerlo.

Duane sintióse débil de repente y. al tomar nuevamente a la joven en sus brazos, apenas tuvo fuerza vara llevarla a una silla, que estaba cerca. Ella, a su vez, parecía carecer de fuerzas y era evidente que ya había desaparecido su tranquilidad, pues estaba palpitante y temblorosa, con las mejillas encendidas y humedecidas por las lágrimas, en tanto que sus brazos se agarraban a él con extraordinaria tenacidad. Luego le ofreció su boca, murmurando «Bésame». Era evidente que deseaba retenerle, hacerle desistir de su propósito.

Duane se inclino y, rodeando con sus brazos el cuello de la joven, la atrajo hacia sí. Mientras tuvo sus labios unidos a los de ella, le pareció flotar en el ambiente. Aquel beso le obligo a cerrar los ojos; sentíase incapaz de levantar la cabeza. Y allí permaneció inmóvil, abrazándola, ciego, indefenso, envuelto en una dulzura gloriosa. Ella le dio un largo e interminable beso. Sus labios, sus húmedas mejillas, su cabello, la suavidad de su cuerpo, el aroma que de el se desprendía, la tierna pasión de sus brazos y el movimiento de su pecho al respirar, todo aquello parecía envolverle, reteniéndole.

Duane no tenía ya fuerzas para alejarse de ella. Se rindió a sus labios y a sus brazos, observándola, devolviéndole sus caricias, a pesar de comprender su propósito, fascinado, maravillado por la dulzura que emanaba de la joven. ¡Aquello era amor de mujer! Sus años de vida errante borraron de él todo el amor juvenil que conociera. Y ahora debía abandonar a la dulce muchacha, aquel extraño fuego que temía y a la vez amaba, a la mujer que su alma torturada habría deseado por compañera de toda la vida. Hasta aquel momento, jamás conoció la importancia que la mujer tenía para el hombre. Importancia que no era solo física, debido a la belleza y a la maravillosa sensación experimentada por el contacto de la palpitante carne, sano espiritual también, porque veía lo que en circunstancias más felices habría podido corresponderle, y adivinaba la vida digna que podría llevar en honor de tal mujer.

- ¡No te vayas! ¡No te vayas -exclamo ella, al notar que él se apartaba con cierta violencia.

-¡Debo hacerlo! ¡Adiós, adorada mía! ¡Acuérdate de que te amaba!

Y, al mismo tiempo, libertaba sus manos y daba un paso hacia atrás.

-¡Ray, querida..., creo... creo que volveré! -murmuró.

Pero pronunció estas palabras mintiendo a sabiendas.

Llegó a la puerta y dirigió a la joven una última mirada, para fijar en su memoria aquel rostro pálido, animado por unos negros ojos de trágica expresión.

-¡Duane!

Él huyó entonces, dando un gemido, sintiéndose penetrado de intenso dolor.

Para olvidarla y recobrar el ánimo, quiso pensar solamente en Poggin, en aquel hombre de leonado cabello, de ojos amarillos como un jaguar, dotado de recia y poderosa musculatura. Volvió a recordar el formidable aspecto de aquel bandido v hasta incluso se

Librodot

esforzó en sentir aquel odio y aquel miedo. inexplicable. No podía negarse que Poggin le hizo sentir un miedo extraordinario. ¿Por que, si odiaba de tal modo la vida? Poggin iba a ser la prueba suprema de su valor. Aquel instinto anormal terrible, que a la sazón era tan profundo como los mismos cimientos de su vida, exigía aquella violenta y fatal solución. Y se emocionaba al recordar que Poggin también había demostrado tenerle miedo.

Aquella pasión se apoderó de Duane y, cuando salió de la estancia, volvía a ser el hombre feroz, implacable, resuelto a arrostrar las consecuencias que pudieran sobrevenir, rápido como una pantera, sombrío como la muerte, víctima de su feroz impulso.

En la calle reinaba la mayor tranquilidad. Cruzó la esquina del Banco. Dentro, el reloj señalaba las dos. Atravesó la puerta y penetro en el vestíbulo; después de mirar a su alrededor, subió los escalones y entró en el Banco. Los empleados estaban sentados ante sus escritorios, al parecer, ocupados en su trabajo respectivo, pero no era difícil observar que estaban nerviosos. El cajero palideció al ver a Duane. Acurrucados detrás de los mostradores, se habían situado algunos guardias rurales. Estaba abierta la rejilla de todas las ventanillas y la caja cerrada. No había ningún dinero a la vista. De pronto llegó un cliente, habló con el cajero, y este le invitó a volver al día siguiente.

Duane se encaminó de nuevo hacia la puerta. Desde ella podía examinar toda la calle y divisar, incluso, una buena parte del campo. Allí esperó mientras los minutos le parecían tan largos como siglos. No vio a nadie cerca de el ni tampoco pudo oír cosa alguna. En aquella violentísima situación, hallábase aislado de todo el mundo.

Pocos minutos antes de la media apareció a lo lejos un oscuro y compacto grupo de jinetes que daba vuelta al camino para penetrar en la calle. Avanzaban al trote de sus monturas formando un grupo que hubiese llamado la atención de todo el mundo en cualquier momento o lugar. Al penetrar en la población avivaron el paso de sus caballos. Hallábanse a cuatro manzanas de distancia y, rápidamente, siguieron aproximándose. Duane retrocedió hasta situarse en el centro del vestíbulo, en la parte alta de los escalones, para detenerse en el umbral de la ancha puerta.

Creyó percibir un ruido confuso, en el que se destacaban los choques de las herraduras de los caballos contra el suelo. Desde su observatorio sólo podía ver la esquina de la calle. Súbitamente aparecieron en su campo visual unos bayos cubiertos de polvo y, casi en seguida, se oyó el ruido que producían nerviosas patas al detenerse, obedeciendo a sus jinetes.

Duane vio al leonado Poggin mientras hablaba con sus compañeros. En seguida echó pie a tierra y los demás se apresuraron a seguirle. Todos ellos tenían el aspecto de rancheros que desearan realizar algún negocio u operación en el Banco. Ninguno llevaba al descubierto los revólveres. Poggin se dirigió sin vacilar hacia la puerta del Banco, apresurando un poco el paso. Los demás le seguían, formando compacto grupo. Blossom Kane llevaba un maletín en la mano izquierda. Jim Fletcher quedóse en la acera y había recogido ya en su mano las riendas de todos los caballos.

Poggin fue el primero en penetrar en el vestíbulo y tras él, a derecha e izquierda, respectivamente, Kane y Boldt.

Al entrar vio a Duane.

-¡Cuidado! -exclamó.

Algo pareció estallar en el pecho de Duane, dejándole repentinamente helado. ¿Sería el miedo?

-¡Buck Duane! - exclamó Kane.

Librodot

Un instante después, Poggin levantó los ojos y Duane los clavó en el suelo.

El bandido saltó con la rapidez propia del jaguar y casi con la misma celeridad Duane extendió el armado brazo.

Simultáneamente se oyeron los disparos de ambas armas.

Antes de oprimir el gatillo de la suya, Duane sintió un golpe. Sus pensamientos se sucedieron rápidos y observó que la mano que sostenía el revólver se aflojaba de pronto. ¡Poggin disparó antes que él! Horrible agonía agobió su pecho. Entonces tiró y siguió tirando al azar. A su alrededor oyó una verdadera tempestad de tiros. Vió rojos fogonazos, chorros de humo y percibió agudos gritos. Él, mientras tanto, sentía hundirse. ¡El final ! ¡Sí, el final! Con la vista turbia, vio caer a Kane y luego a Boldt. Pero su tortura suprema, mucho más amarga que la muerte, consistió en ver a Poggin todavía en pie, revuelta su cabellera, que parecía la melena de un león, apoyado en la pared, con el rostro ensangrentado, verdaderamente formidable y magnífico, mientras disparaba con ambos revólveres.

Todo se desvaneció y se oscureció para él. Cesó aquel mortífero trueno y Duane cayó, sintiéndose flotar. Luego le pareció ser arrastrado por una corriente y que el dulce y pálido rostro de Ray Longstreht, animado por los negros ojos de trágica expresión, huía también de su vista y desaparecía... se desvanecía...

XXV

Resplandeció la luz ante los ojos de Duane..., era una luz intensa y rara que aumentaba y disminuía. Por largo tiempo oyó unos estampidos apagados. Aquello era un sueño, en el que no había nada; parecíale ser arrastrado mientras soportaba un enorme peso; sucesivamente se veía en la oscuridad, alumbrado por la luz, percibía "o-nidos y hasta movimientos; también experimentaba una sensación vaga de que transcurría mucho tiempo... ¡ mucho ! Además allí había fuego, unas llamas que subían, que consumían cuanto encontraban. Y por fin una espesa nube le envolvió y le llevó muy lejos.

Vagamente vio entonces una habitación extraña, personas desconocidas que se movían a su alrededor y oyó débiles voces, muy lejanas, como propias de un sueño. De nuevo volvió a ver con mayor claridad, con la inteligencia más despejada, pero todo !e parecía carecer de realidad y estar envuelto en una extraña nube. Comprendió que no estaba muerto. Yacía inmóvil como una piedra v sentía un peso enorme sobre su cuerpo, además de un dolor intenso y apagado.

Se inclinó hacia él un rostro femenino pálido y dolorido, como uno de los antiguos fantasmas, pero de expresión dulce y elocuente. Luego pudo ver también el semblante de un hombre que le miraba a los ojos y parecía decir desde muy lejos.

-¡Duane...! ¡Duane...! ¡Ah! ¡Me ha conocido!

Después de aquello hubo otro largo intervalo de oscuridad. Al volver a la luz, aquella vez más clara, vio de nuevo al mismo hombre. Era Mac Nelly y una vez lo, hubo reconocido, el pasado se alejó rápidamente.

Duane se esforzó en hablar. Pero estaba muy débil y apenas podía mover los labios.

-¡Poggin! -murmuró. Su primer pensamiento consciente lo dedicaba al bandido.

Aquélla era su pasión dominante, el instinto más fuerte en él.

-Poggin ha muerto, Duane; destrozado a balazos -replicó Mac Nelly con acento solemne-. ¡Cómo luchó! Mató a dos guardias e hirió a otros. ¡Dios mío! ¡Era un tigre! Agotó las balas de tres revólveres antes de que pudiéramos derribarle.

-¿Pudo... huir... alguno...?

-Solamente Fletcher, el que estaba al cuidado de los caballos. Todos los demás murieron. Este asunto está ya terminado, Duane, ¡terminado por completo! Le aseguro, amigo, mío, que es usted...

-¿Y ella?

-La señorIta Longstreth ha estado casi constantemente una enfermera, le curaba las heridas. Hace pocas noches, Duane, se puso usted tan mal, tanto, que yo creo que solamente gracias al ánimo de ella pudo usted volver a la vida. ¡Oh! Es una joven estupenda. Sepa usted, Duane, que no perdió nunca el ánimo ni el valor. En fin, ahora vamos a llevarle a usted a su casa y ella nos acompañará. Inmediatamente después de la lucha final, el coronel Longstreht salió para Louisiana. Yo se lo aconsejé, porque aquí estaban los ánimos muy excitados. Era mejor que se marchara cuanto antes.

-¿Tengo... alguna... probabilidad... de restablecerme?

-¡Ya lo creo! - exclamó el capitán-. Se pondrá usted bien. De todos modos, llevará durante toda la vida una buena cantidad de plomo en el cuerpo. Pero eso se puede resistir. Debe saber usted, Duane, que todo el Sudoeste conoce su historia. Nunca más tendrá que avergonzarse de su nombre. Ha desaparecido ya por completo su fama de proscrito, porque Texas está convencida de que siempre fue usted un guardia rural secreto. En la actualidad es usted un héroe. Por consiguiente, puede ya pensar en su hogar, en su madre, en esa noble joven y en su porvenir.

Los guardias rurales llevaron a Duane a su casa de Wellston.

Durante el destierro de Duane se había construido un ferrocarril y Wellston cobró gran importancia. En la estación se había reunido una gran multitud, que guardó el mayor silencio mientras sacaban a Duane del vagón.

En cuanto estuvo en el andén, lo rodearon innumerables rostros. Él pudo recordar a algunos que fueron compañeros de escuela, amigos o vecinos. Muchas manos se levantaron para sostenerle, haciéndole objeto de un entusiasta recibimiento en la misma población de la que había huído. Pero aquella recepción le emocionó de un modo extraordinario y se turbó la claridad de su visión.

Luego llegó a una casa blanca, que era su antiguo hogar.

¡Qué extraña le pareció y, al mismo tiempo, con cuánta realidad se ofreció a sus ojos ! Su corazón latía con violencia. ¿Sería verdad que hubiesen pasado tantos años? Aquello le parecía muy familiar v, al mismo tiempo, muy raro y de mayores proporciones que las que recordaba.

Los guardias rurales, sus compañeros, le metieron en la. casa, le tendieron en la cama y le dispusieron las almohadas para que descansara cómodamente. Aunque la casa estaba llena de gente, reinaba en ella un silencio extraordinario. Duane dirigió la mirada hacia la puerta abierta.

De pronto entró una joven de elevada estatura, vestida de blanco, y sus negros ojos estaban cubiertos de lágrimas, a pesar de que le miraban con intensa alegría. Acompañaba a una señora anciana de cabellos blancos, semblante austero, sombrío y triste. ¡Su madre !

Librodot

Parecía estar débil y quebrantada, pero avanzaba muy erguida. Estaba pálida - y temblorosa, mas conservaba toda su arrogante dignidad.

La joven vestida de blanco profirió un leve grito y se arrodilló junto a su lecho. Su madre, mientras tanto, abrió los brazos y exclamó.

-¿Quién es este hombre? ¡Oh, no me han devuelta a mi hijo! ¡Este hombre es su padre! ¿Dónde está mi hijo? ¡ Hijo mío! ... ¡ Oh hijo mío!

Cuando Duane recobró las fuerzas, le parecía muy agradable sentarse junto a la ventana que daba al oeste y mirar al tío Jim, mientras agitaba su bastón y escuchaba sus palabras. El anciano estaba ya muy quebrantado. Contaba muchas cosas interesantes de las personas a quienes Duane había conocido y que crecieron, se casaron, fracasaron, lograron éxito, se marcharon y murieron. Pero resultaba difícil conseguir que el tío Jim consintiera en hablar algo distinto a revólveres, Proscritos y luchas a tiro limpio. Al parecer, no comprendía que la mención de estas cosas fuese penosa para Duane. El tío Jim se había convertido en un niño y estaba muy orgulloso de su sobrino. Quería saber con todo detalle los sucesos que le ocurrieron durante su largo destierro. Y lo que principalmente le agradaba era mencionar las balas que Duane conservaba aún en el cuerpo.

-Son cinco balas, ¿verdad? -preguntó por centésima vez-. Recibiste cinco en la última pelea. ¡Caramba! Y antes ya llevabas seis.

-Sí, tío-replicó Duane.

-Cinco y seis hacen un total de once. ¡Caramba! Hay que ser muy hombre para llevar tanto plomo. Pero estoy seguro de que aún serías capaz de llevar más. En Wellston tenemos a ese negro Edwards, que lleva una tonelada de balas en el cuerpo. Pero él no le da importancia. También

tenemos a Cole Miller. Le he visto. En su tiempo fue un hombre muy malo. Según dicen lleva veintitrés balas. Pero es más alto y corpulento que tú y tiene más carnes... resulta curioso que el doctor sólo consiguiera sacarte una bala de la clavícula. ¿No te parece, Buck? Era del calibre cuarenta y uno, que es muy poco usado. Yo la vi y quería guardarla, pero la señorita Longstreth no quiso dármela. Parece que en los revólveres de Poggin quedó una bala del mismo calibre que la que te extrajeron. Te aseguro que, si no te la hubiesen sacado, habría acabado por matarte.

-Tienes razón, tío -contestó Duane sintiendo que le invadía su antiguo humor sombrío.

Pero no se veía sometido con frecuencia a la infantil adoración del héroe por parte de su tío Jim. La señorita Longstreth era la única persona que parecía comprender su mal humor, y cuando estaba a su lado se esforzaba, en hacerle olvidar todo recuerdo penoso.

Una tarde, mientras le acompañaba, al lado de una ventana, llegó un telegrama para él. Los dos jóvenes lo leyeron a la vez y vieron que decía

«Ha salvado usted al Servicio de los guardias rurales en el Estado de la Estrella Solitaria. MAC NELLY. »

Ray se arrodilló al lado de Duane y él se figuró que deseaba hablar del asunto que desde entonces había evitado. El rostro de la joven seguía pálido, pero tenía entonces una dulce expresión; y aunque sus negros ojos parecían apenados todavía, ya no tenían su antigua mirada trágica.

Librodot

-¡Cuánto me alegro, tanto por Mac Nelly como por el Estado! -dijo Duane.

Ella no contestó porque, al parecer, estaba sumida en sus pensamientos. Duane hizo un gesto de dolor.

-¿Acaso te duele más que otras veces?-se apresuró a preguntar la joven.

-No. Me duele como siempre. Y este dolor será constante. Ya sabes que estoy lleno de plomo. Pero no me importa un poco de dolor.

-¿Será, pues, la antigua tristeza..., el temor...? - murmuró la joven-. ¡Cuéntamelo!

-Sí, sigue asediándome. Pronto me habré repuesto y podré volver a salir. Entonces ese infierno volverá a atormentarme.

-¡Oh, no! -exclamó ella, emocionada.

-Y algún cowboy borracho, algún imbécil que empuñe un arma, me perseguirá por todas partes, adondequiera que vaya-continuó desalentado-. ¡ Buck Duane! Todos querrán matar a Buck Duane.

-¡Calla, no hables así! Escúchame, recuerda aquel día en Val Verde, cuando fui a rogarte que desistieras de tu encuentro con Poggin. ¡Oh, qué hora tan terrible para mil Pero entonces comprendí la verdad. Pude comprender la lucha entre la pasión de matar y el amor que por mí sentías. Si entonces hubiese sabido lo que sé ahora, habría podido salvarte. Hoy lo comprendo y me explico la pasión que te domina. Pero nunca más tendrás que empuñar un arma, porque, gracias a Dios, no habrás de matar a nadie más.

Como el hombre que se ahoga y que se agarra incluso a una paja, él hizo esfuerzos para sostenerse a flote, apoyado en la esperanza que le ofrecían las palabras de la joven, pero no pudo expresar su apasionado deseo.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos.

-Y eso será - añadió - porque siempre estaré a tu lado. Porque constantemente me hallaré entre ti y esa cosa tan terrible que llevas dentro.

Estas palabras parecían dar la absoluta seguridad de que, en efecto, la joven podría cumplir lo ofrecido. Duane comprendió que a la sazón le abrazaba una mujer mucho más fuerte que aquella que tanto le rogara aquel día fatal.

-¡Nos casaremos y nos marcharemos de Texas! - añadió suavemente la joven, mientras el rubor invadía sus hermosas mejillas.

-¡Ray!

-Sí, nos casaremos, aunque usted, caballero, no me lo haya propuesto siquiera.

-Pero, querida mía..., ten en cuenta-replicó con voz ronca Duane -, ten en cuenta... que podríamos tener hijos..., un niño. ¡Un niño que heredaría la sangre de su padre!

-Rogaré a Dios que me conceda un hijo. Y no temo

lo que tanto miedo te da a ti. Pero aunque sea así, también. heredará mi sangre.

Duane sintió una tormenta en su interior, y en su terror se mezclaba una intensa alegría. La resplandeciente gloria del amor, en los ojos de aquella mujer, le hacía tan débil como un niño. ¿Cómo era posible que le amara?... ¿Cómo podría disponerse a afrontar con tanta valentía la vida a su lado? Ella, entre tanto, le estrechaba en sus brazos y se oprimía contra él. Estaba resuelta a interponer entre Duane y aquel terrible pasado, su fe, su amor y su belleza. Poseía todo aquello y estaba dispuesta a utilizarlo en beneficio de él. Pero Duane no se atrevía a aceptar tal sacrificio.

-Pero Ray..., querida y noble Ray..., ten en cuenta que soy pobre. No tengo nada. Además, estoy lisiado.

-¡Oh! Ya llegará el día en que te restablecerás por completo. Y ahora, escucha.

Tengo dinero. Mi madre me legó una considerable fortuna. Cuanto tenía, lo heredó de su padre. Nos llevaremos al tío Jim y a tu madre. Iremos a vivir a Louisiana..., a mi antiguo hogar. Está muy lejos de aquí. Allí tengo una plantación en la que podrás ocuparte. Hay caballos y ganado..., un gran bosque de cipreses cuya madera se puede aprovechar. ¡Oh! Tendrás mucho que hacer y allí olvidarás tus tristes recuerdos. Aprenderás a querer a mi hogar, que es muy hermoso. Allí hay muchas alamedas, en donde crecen las flores y los ruiseñores cantan durante toda la noche.

-¡Adorada mía! - exclamó Duane con insegura voz -. ¡No, no!

Sin embargo, estaba seguro de que acabaría por ceder y de que no podría resistir un momento más. ¿Qué era aquella locura de amor?

-Seremos felices-murmuró ella- ¡Oh, estoy segura! Ven, ven conmigo.

Diciendo estas palabras, cerró sus bellos ojos, de largas pestañas, v le ofreció sus dulces y trémulos labios.

Con el corazón palpitante, Duane se inclinó sobre ellos. Luego estrechó a la joven sobre su corazón y con turbia mirada contempló las lejanas colinas del Oeste, hacia donde el sol se ponía, despidiendo resplandores dorados; hacia el Nueces y hacia las desiertas selvas de Río Grande, que no volvería a ver nunca más.

En aquel momento solemne, Duane aceptó la felicidad de una nueva vida, confiando en que aquella mujer valerosa y tierna sería más fuerte que la oscura y funesta pasión que ensombreció su pasado.

Tal vez volvería aquella llama ardiente, aquella locura, aquel instinto cruel que le obligaba a derramar sangre. Volverían también aquellos pálidos y vagos fantasmas de ojos acusadores ; pero ya, durante toda su vida, le protegerían la fe, el amor y la belleza de aquella noble mujer.